

MADRID EN LA NOVELA IV

Estudio y selección
de María José Conde

MADRID EN LA LITERATURA





MADRID EN LA NOVELA IV



MADRID EN LA NOVELA IV

Este volumen está compuesto por novelas escritas en el primer tercio del presente siglo. En todas ellas, ya sea con un estilo propio del modernismo, posnaturalista o grotesco -desde el realismo o desde el humor macabro o vanguardista-, sus autores coinciden en presentar Madrid como centro de sus novelas, convirtiéndola así en el auténtico protagonista.

Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura

ISBN 84-4511-065-9



9 788445 110652



**MADRID
EN LA
NOVELA 1900-1936
IV**





MADRID EN LA NOVELA 1900-1936

IV

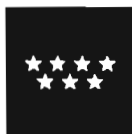
Estudio y selección
María José Conde Guerri



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID

MADRID EN LA LITERATURA



Comunidad de
Madrid

Ref.: 0585



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Cubierta: *El entierro de la sardina*
José Gutiérrez Solana

Dirección editorial: Agustín Izquierdo
Diseño de la cubierta: María González-Conejero Hilla
Gestión administrativa: Sección de Publicaciones de la Consejería de
Educación y Cultura
Maquetación y preimpresión: Ilustración 10

- © Herederos de Azorín
- © Herederos de Pío Baroja
- © Herederos de V. Blasco Ibañez
- © Herederos de Ramón Pérez de Ayala
- © Herederos de Emilio Carrere
- © Herederos de Ramón del Valle-Inclán
- © Herederos de Enrique Jardiel Poncela
- © Herederos de Ramón Gómez de la Serna
- © Herederos de Carmen de Burgos

- © Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Secretaría General Técnica, 1994
- © Del estudio y la selección, María José Conde Guerri
- © Del prólogo Manuel Longares

Depósito Legal: M-38435-1995
I.S.B.N.: 84-451-1065-9



Presentación

En la literatura y en el arte en general, el espacio es, junto con el tiempo, uno de los elementos configuradores del mundo. El hombre –y especialmente el escritor– da forma a sus preocupaciones vitales y expresa sus sentimientos a través de dimensiones y objetos espaciales.

En la Literatura Española, Madrid es una de las mayores fuentes de inspiración para los artistas y constituye uno de los marcos más recurrentes en los diversos géneros.

Nuestra Comunidad, a través de su colección «Madrid en la Literatura», va recorriendo las modalidades literarias en que aparece representada por los escritores más significativos.

En «Madrid en la novela», «Madrid en la poesía», «Madrid en el teatro» y «Madrid en la prosa de viaje» conviven Miguel de Cervantes y Mateo Alemán, Góngora y Lope de Vega, Pérez Galdós y Palacio Valdés, Baroja y Valle..., la historia de nuestra literatura, que ha encontrado en Madrid uno de sus universos más acogedores.

Los lectores de dentro y de fuera de nuestra Comunidad encontrarán en los textos de esta colección los rasgos de un Madrid que ha sabido combinar, a lo largo del tiempo, lo mejor de la tradición y la renovación.

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS
Consejero de Educación y Cultura



Prólogo

El madrileño de principios de siglo no tenía otra diversión que acudir a la Puerta del Sol. La inercia o la falta de recursos y un sentido mesiánico del entretenimiento o de la historia le reunía allí con sus iguales. Cualquiera hora del día era buena para frecuentar la plaza, de forma que estaba llena de gente mañana, tarde y noche, y es fama que nunca permanecía desierta.

En comprobar este supuesto parece haberse ocupado don Serafín Baroja, el padre del novelista Pío Baroja, que alternaba su profesión de ingeniero de minas con la de letrista de zarzuelas y colaborador de periódicos vascos. Con científica curiosidad instaló en un extremo de la plaza su garita de observador, y tras un tiempo de espera que no indican las crónicas, pues bien pudo durar meses y acaso años, su paciencia mereció premio. Entre las tres y las cuatro de la madrugada de un día concreto, la Puerta del Sol se quedó vacía.

Fue desde luego un segundo, lo que tarda la perplejidad en recobrase del ultraje. Inmediatamente alguien, borracho, ramera o juerguista, se personó en la plaza rompiendo el encanto y la sensación de incredulidad derivada de tan extraordinario suceso. Pero ese momento anterior de soledad de la Puerta del Sol, inapresable de puro efímero y ya inmortal para quien lo gozara, se incluye en las antologías por su extravagancia.

Aun no existía el Guinness para recoger esta anécdota, seguramente mixtificada, pues parece concebida para mayor gloria de la Puerta del Sol. Estaba siempre tan concurrida, se nos viene a decir, que fue un milagro encontrarla sin gente. Ningún notario dio fe de aquel segundo de soledad pero la misma hipérbole en que se sus-

tancia lo torna verosímil. Y aún se afirma que el hecho de haber cazado aquel trance –fugaz como el flash de magnesio– después de perseguirlo con la saña del perdiguero tras la liebre, le permitió a don Serafín Baroja ganar una apuesta.

No es caso único. En aquel entonces en que la gente acudía a la Puerta del Sol a contemplar y ser contemplada, muchos caballeros solían olvidarse de negocios públicos y obligaciones domésticas para organizar con los amigos de la tertulia retos similares a éste, con dinero de por medio, que concluían por lo general, ante un cocido en los restaurantes de Lhardy o Botín sufragado por el perdedor.

Desde la periferia peninsular laboriosa, es decir, desde las aceñas, los arrozales o los textiles brotaba la queja ante este banquete al que no se les invitaba: ¿Cuándo y en qué se emplean estos señoritos? Porque si Benito Pérez Galdós, por ejemplo, les había colocado en alguna oficina del Estado para que se ganasen la vida, es como si estuvieran cesantes, porque nunca aparecieron por el lugar de trabajo y quien quisiera encontrarlos debía merodear por los alrededores de la Puerta del Sol, o entrar en los cafés.

Y en efecto, lo que a estos madrileños nativos o de adopción les proporcionaba un hueco en las hemerotecas y en el chascarrillo, es que siempre estaban en la Puerta del Sol. Por real gana o en cumplimiento de las leyes de la hospitalidad. Pues había que enseñar el recinto al provinciano, al aldeano palurdo y a ese turista que, a la manera del viajero ilustrado del XVIII, traspasaba la frontera de Francia, surcaba la meseta de Castilla con riesgo de robo o epidemias de los desaprensivos naturales y una vez franqueada la aduana de Madrid, invadía la capital a uña de caballo y descargaba su equipaje en una posada de las inmediaciones –quizá la del Peine, en la calle de Postas– para acercarse deprisa y corriendo a la Puerta del Sol a tomar el pulso a aquel fenómeno de la ocupación continuada de la plaza, ocupación a la que él mismo contribuía con su candidez de antropólogo despistado.

Formaban su paisaje el forastero curioso, quizá en viaje de novios, y el nativo ufano de su cuna. O lo que es igual: su población se reclutaba por envidia o por herencia, es decir por instinto de emulación o por las leyes de la sangre. Muchos madrileños habían nacido en ese lugar a consecuencia de una distracción de su madre –que quizá allí fue embarazada– y se creían con derecho a no ser desalojados de donde vinieron al mundo. Y otros se habían comprometido a visitar la Puerta del Sol igual que el mahometano la Meca: al menos una vez en su vida, atraídos por “el prestigio oriental de su nombre”, que dice Valle-Inclán en *Viva mi dueño*.

En un instante impreciso de su vida, el habitante de Madrid sufría el secuestro de la Puerta del Sol: Había presenciado la quinta función de Apolo, un debate en el Congreso de los Diputados o la actuación de Chelito en los cafés de camareras. Acaso pretendía dirigirse a la Plaza de Oriente o, si procedía del Campo del Moro, a la calle de Alcalá; acaso trataba de acceder por Carretas al café de Pombo —que haría famoso Ramón Gómez de la Serna con su tertulia— o quería adentrarse por Preciados y Tetuán hacia Casa Labra, a fundar el Psoe. Debía atravesar para ello la Puerta del Sol. Y pese a que nadie se lo impedía, bien podía no llegar a su destino, pues más de una vez ese ciudadano no terminaba de cruzar la plaza.

Supongamos que por alguna de sus arterias entraba en la Puerta del Sol a buen ritmo, con ánimo resuelto a cumplir el objetivo determinado. Mas, por mucha prisa que llevara, en un punto de su trayecto acababa deteniéndose. Alguien le chistaba para saludarle y echar un párrafo, o acaso partía de él la iniciativa pues resultaba imposible no encontrar a algún conocido en aquel sitio.

Supongamos que ese ciudadano íntegro rompía con los que deseaban retenerle y reanudaba su caminata. Desgajamiento meritorio pero baldío porque al poco tiempo se repetía la parada. De este modo, a fuerza de bienvenidas y parabienes, ese hombre emprendedor perdía gas, insensiblemente naufragaba en aquella turbamulta, poco a poco dejaba de ser transeúnte, abandonaba su condición de ave migratoria para encariñarse con el trozo de terreno que pisaba, dueño de él traicionaba el rumbo de su marcha, y prendido de aquella argamasa invisible formaba parte del corrillo de los que le aguardaban como reclamo, engrosando de este modo el enjambre rumoroso y la manifestación ociosa y expectante.

Expectante no se sabe de qué pero remotamente poseída de la importancia de su papel. Porque en una encrucijada como la Puerta del Sol, concebida para desfile civil pues nada había de valioso en su arquitectura o edificaciones que incitara a detener el paso, los que se estacionaban en ella con cierta periodicidad no lo hacían en busca de una belleza que allí, francamente, no se encontraba, sino por una vanidad legendaria que les movía a encadenarse al enclave donde se les garantizaba si no un puesto en la Historia o en la política, un lugar en la foto periodística del acontecimiento.

En el fondo menos desvelado de su conciencia presentían estos fatuos que sobre aquel kilómetro cero de donde arrancaban todas las carreteras de la Península y por el que con relativa frecuencia galopaba la carroza de los Borbones, iban a descender el mensaje del Olimpo, las tablas de la ley, la voz de la Enciclopedia o, más in-

teresadamente para su hambruna, el milagro de los panes y los peces.

Al espectador actual de la plaza le cuesta creer que la Historia se empeñase en actuar en un escenario tan poco lucido. Y si esto pensamos del marco nada digamos de los comparsas. Porque viendo a quienes transitaban por la Puerta del Sol en los primeros años del siglo resulta inverosímil que el destino los eligiese como testigo de sus incursiones. Y es que, en efecto, se trataba de esos parias tocados de bombín, bigote, botines y negro pantalón ajustado que con las manos prendidas de las solapas de la chaqueta de cuadros escupían sin venir a cuento una banalidad barroca con énfasis de sentencia académica mientras mascaban churros o altramuces.

A estos herederos del Dos de Mayo les vemos en las fotos de época paseando del brazo de su pareja por la Puerta del Sol con ampulosidad de sultanes o escuchando al tratante que pregona rosas de olor, o pavos, o mantas zamoranas sobre un fondo crepuscular de tranvías, con los chiquillos jugándose la vida por viajar colgados de mala manera del vehículo.

Son los celebradísimos personajes de piso bajo y lengua desentemplada que immortalizará el sainete de Arniches y a los que Federico Chueca hace cantar por la Pradera de San Isidro en busca del billete de lotería premiado que está a punto de invalidarse porque se esconde en el bolsillo del chaleco blanco que las mujeres llevaron a lavar al Manzanares, en el cesto de ropa sucia.

Pero estos personajes vulgares poseen el apresto que les da la geografía —son el ombligo del universo hispánico— y heredan la alícuota histórica derivada de su condición de capitalinos. Quizá inconscientemente, se atrincheran en la Puerta del Sol siguiendo la tradición de sus mayores del Siglo de Oro, que montaban la tertulia bien cerca, en las escalinatas del Mentidero de San Felipe, donde matan al conde de Villamediana. O quizá dan vueltas y más vueltas por ese polígono sin soportales porque barruntan que en cualquier momento de su infatigable asedio pueden desencadenarse hazañas como las encarnadas por sus antepasados, que convierten la plaza en escenario de reyertas y sublevaciones.

Y es que la Historia tiene que aterrizar allí porque de hacerlo en otro lado pasaría inadvertida. Un suceso sin público no se anota en los papeles. No da igual derrocar al rey en su trono que en un muladar. Quizá la epopeya acudió al reclamo de la gente reunida en la Puerta del Sol o fue la misma gente que abarrotaba la plaza la que la provocó. No tiene sentido debatir qué fue primero, si el acontecimiento o los testigos. porque lo más probable es que se entremez-

clen. En cualquier caso, una lista de los episodios que se producen en ella –y de los que se aprovechan los escritores madrileñistas como Emilio Carrere, en sus recreaciones– ilustra sobre la capacidad de la plaza para atraer, con su invisible pararrayos, el fenómeno insigne.

En esas mismas paredes donde hoy se levantan respetables hogares de clase media, se alzó en el siglo XIX el espontáneo cadalso que agarró al policía Francisco Chico. Sobre ese pavimento que a principios de este siglo limpian los descuideros –según denuncia Pardo Bazán– se arrastraron los cañones en la algarada de los sargentos del cuartel de San Gil. Desde el balcón del edificio principal de esta Puerta ha de proclamarse en 1931 la Segunda República. Y casi veinte años antes, en un rincón de la misma plaza ha caído asesinado el presidente del Consejo de Ministros José de Canalejas.

La cámara capta a los que el suceso pilla cerca del crimen, más atentos al objetivo del reportero que al cadáver tendido junto al escaparate de la librería San Martín. Frente a él se había detenido Canalejas a examinar las novedades literarias cuando un disparo de pistola le envió al otro mundo. Quizá sea el único político español que muere mirando libros.

¿Qué libros se exhiben en un escaparate de la Puerta del Sol en 1912? La retina de Canalejas seguramente incide en aquellos de historia o política que interesan a las gentes de su oficio. Pero a lo mejor se fija también en aquellos otros –hablamos ahora de poesía y de novela– que su autor entregó en cuartillas a la imprenta, de donde los saca, oliendo aún a tinta, para repartirlos por las redacciones de los periódicos y presentárselos al librero con el ruego de una colocación destacada en su escaparate.

Estos libros de literatura, no nos engañemos, son los que menos favor despiertan en el público. Y eso no deja de ser paradójico, pues estos libros almacenan el palpito privado, la conmoción personal que discurre por la Puerta del Sol posiblemente a la vez que el hecho histórico –aunque nada tenga que ver con él– y con una duración tan fugaz e indeleble como el portento que hizo ganar su apuesta a don Serafín Baroja.

Porque simultáneamente al atentado, el motín o la arenga, la hija de Fortunata sale como todas las mañanas de su casa de la calle Mayor hacia la Puerta del Sol, instigada por uno de los mil quehaceres domésticos cotidianos. A la misma hora, en un rincón de la plaza, disimulados entre el gentío que acecha novedades o mata el hambre y el ocio, dos conspiradores tramán una conjura contra el ministro que ocupa el edificio aledaño. Y con toda probabilidad en

ese mismo gabinete, el ministro y sus ayudantes elaboran un importante decreto para fusilar o dar garrote a esos u otros conspiradores en los descampados de los suburbios.

Pero ese día singular en que Fortunata –llamémosla así– atraviesa la Puerta del Sol, no lo ha elegido la historia de España para sus anales. Que una mujer y un hombre se vean por primera vez entre tanta gente y que en ese mismo instante se reconozcan afines pertenece a la historia privada. Y es ésta la que se subleva ese día en la mirada del observador melancólico que redacta su *Diario de un enfermo* reivindicando sus fueros de cronista sentimental:

“Esta mañana, al cruzar la Puerta del Sol, he encontrado... mejor diría *la* he encontrado. ¿A quién? No sé; esbelta, rubia, toda de negro, con severo traje negro, luminosos los ojos, triste y aleteante la mirada; no la he visto nunca y la he visto siempre. Un momento, instintivamente, vibrantemente, nos hemos mirado sin detenernos. Ella ha seguido; yo he seguido...”

Este aliento particular que planea un instante por la Puerta del Sol sin que la mayoría de los congregados en ella se aperciba de su aparición es el que se encierra en las páginas de un libro. No nos importa que consigne una vivencia o responda a la fantasía del escritor. En el silencio se crea y a la consideración de sus contemporáneos reposa, durante un tiempo, en el escaparate del librero.

No recibe entonces ese libro el mismo eco que el parlamento del político o el magnicidio. En las columnas de súplica del periódico vemos, prácticamente camuflada, su reseña: un comentario de circunstancias, diplomático, que redacta el periodista amigo a cambio de unas costillitas de lechal y unos langostinos en el café de Fornos. Porque desde que el mundo es mundo, la literatura que prevalece no suele ser la que se vocea, la que halla instantáneo beneplácito y hace millonario al autor.

Esta otra literatura, reñida con la fama, se impone lenta pero inexorablemente, sin alardes de publicidad. Por intuición la distingue el lector avezado en el anaquel del librero y de la perspicacia de su paladar se felicita más tarde, en la soledad de su cuarto, cuando después de abrir las páginas intonsas se encara con el texto y se siente preocupado por su pensamiento y lenguaje.

En las páginas de ese libro acaso no está retratada su vida cotidiana ni la de sus contemporáneos. Pero en él figura el idioma que habla o el que deseaba escuchar porque refleja los latidos de su corazón. Y su importancia deriva de la influencia que ha de ejercer, de modo duradero, en el comportamiento de los hombres.

Casi cien años después, los que vuelvan su atención a cualquier

ra de estos libros singulares —y sirve a ese propósito esta antología de prosas—, habrán de descubrir en ellos la temperatura del siglo que hoy agoniza y que entonces asomaba con la lozanía habitual en este tipo de fenómenos; de forma silente, casi clandestina, con la soterrada pujanza que sólo unos elegidos advierten.

De manera semejante al fluido que emboscado en conductos de acero transporta discretamente su carga de energía por las calles y las casas de la ciudad ante la indiferencia de los transeúntes, y que sólo de forma esporádica y quizá por el descuido de un vecino, manifiesta su vigor en estallido memorable, así han circulado los libros selectos por el siglo en que se escribieron.

Son, a primera vista, recordatorios de una época desaparecida. Que examinados ahora por el observador no superficial reverdecen el decorado en que se gestaron y transmiten la conmoción de quienes lo poblaban.

Un malestar modernista recorre mil novecientos. Es fruto de la encrucijada de la fecha aunque no propiamente contemporáneo ya que hunde sus raíces en el romanticismo decimonónico. El héroe es el enfermo de Azorín, una víctima de la melancolía y de la abulia al que la vida se le presenta como una carga ominosa de sensaciones indominables: nada de cuanto le rodea y se le ofrece en la España que ha perdido su Imperio ultramarino se le antoja digno de su consideración y esfuerzo.

Ese héroe azoriniano, cuyo *Diario de un enfermo* se publica en 1901, padece los mismos síntomas que el protagonista de otra novela suya, *La voluntad*, aparecida en 1902. El tedio vital es la respuesta adolescente a esta falta de estímulos. Semejanzas con ellos se observan en los personajes de algunos cuentos de *Vidas sombrías*, el primer libro que publica Pío Baroja, en 1900, y de la tercera novela de éste, *Camino de perfección*, del año 1902.

Tanto en *Diario de un enfermo* como en *La voluntad*, Azorín mantiene largas conversaciones de carácter filosófico con Olaiz, el seudónimo que protege a su amigo Pío Baroja. Este ha contado en un libro de madurez, *Juventud, egolatría*, su primer encuentro con Azorín. Tiene lugar en el paseo de Recoletos y es tan expeditivo como su prosa:

“— ¿Usted es Baroja? —me dijo.

— Sí.

— Yo soy Martínez Ruíz.

Nos dimos la mano y nos hicimos amigos”.

Su incipiente relación enseguida se rodea de afines. Entre ellos, el editor de ambos, Bernardo Rodríguez Serra, que fallece en 1902.

En los cuatro primeros años del siglo, Azorín y Baroja alternan la edición de sus libros con una serie de actividades sociales: emprenden viajes hacia una cuna artística compartida: Toledo y El Greco; colaboran en revistas efímeras: *Juventud*, *Alma Española*; y convierten en manifiestos de la nueva generación el estreno de *Electra*, de Galdós, o las actividades políticas de *Los Tres*, la alianza de carácter regenerador que engloba a Baroja, Azorín y Ramiro de Maeztu y de la que Baroja, ya desengañado de su eficacia, se burla en las páginas de *La busca*, al endosársela a tres golfos.

En torno al año de 1904, la fecha en que Baroja publica *La busca*, remite esta fiebre de los dos amigos por pregonar en ceremonias públicas esa nueva sensibilidad. Baroja ha alcanzado una nombradía modesta pero suficiente para dedicarse exclusivamente a la literatura y eso hará sin desmayo, de forma metódica, a lo largo de su vida. En cambio Azorín, aunque disponga entonces del mismo reconocimiento literario que su compañero, prefiere coquetear con las inquietudes y los comportamientos de una época anterior a la marcada por su célebre seudónimo.

Antes de adoptar el seudónimo de Azorín en el que parece cristalizar, depurado de otras inclinaciones vocacionales, la dedicación sacerdotal a la literatura, el ciudadano José Martínez Ruiz llegó a la capital de España desde la periferia alicantina, dispuesto a ocupar un sitio en la Puerta del Sol y en el banquete de fama y honores que la óptica provinciana presumía opíparo.

Puede que ese banquete no fuera tan sustancioso como sus sueños le hacían creer y ahí está la dramática penuria de Alejandro Sawa –que pese a ser madrileño encarnaba el rigor de las desdichas– para espantar a los temperamentos pusilánimes. Pero Azorín y tantos otros literatos de la provincia sabían –y así lo habían manifestado a sus íntimos en interminables conversaciones de madrugada– que el escritor que no hubiese nacido en la capital de España se veía precisado a salir de su tierra y plantarse en la Puerta del Sol si quería ver su libro expuesto en el escaparate de la Librería San Martín, leídos sus versos en el Ateneo de la calle del Prado, representada su comedia en los teatros del centro y divulgado su nombre por las tertulias de los cafés de la calle de Alcalá.

De los diez autores seleccionados en esta antología, tres nacen en Madrid: Emilio Carrere, Ramón Gómez de la Serna y Enrique Jardiel Poncela. Los siete restantes abandonan en un momento dado su tierra para ubicarse donde su voz sea oída. Ese designio de exiliados les acompaña prácticamente desde que su vocación artística se les concreta. José Ortega y Gasset, otro madrileño, les ima-

gina en un rincón del casino provinciano abstraídos de los cotilleos de su modesta tertulia, maquinando en soledad o con los de su confianza, este desplazamiento trascendental para sus ilusiones. “Me parece verlos —ha escrito— silenciosos, agría la mirada, hostil el gesto, recogidos sobre sí mismos como pequeños tigres que aguardan el momento para el magnífico salto predatorio y vengativo”.

Baroja es vasco, Pérez de Ayala asturiano, Blasco Ibáñez valenciano, Trigo extremeño, Valle-Inclán gallego, Carmen de Burgos, almeriense y Azorín, como ya dijimos, alicantino. La ciudad que les acoge no ha de exigirles que escriban de ella. Lo harán, no obstante, como se refleja en las novelas que aquí se han seleccionado. Pero buena parte de la obra de estos autores remite a su lugar de su nacimiento, donde registran sus primeras experiencias.

Esta ciudad adoptiva a la que llegan forzados por su vocación y de la que sufren todos los desdenes inimaginables, no les regala nada. Simplemente les muestra aquellos lugares públicos y privados —desde paseos y avenidas hasta salones teatrales y academias— que, transitados por la gente que les interesa, ha de enmarcar sus relaciones profesionales y servirles de proyección para su fama. Es el peaje imprescindible del artista novel que nos describe Ramón Pérez de Ayala en *Troteras y Danzaderas*.

En un primer momento, por consiguiente, estos escritores tratan de situarse en las redacciones de los periódicos o cerca de los políticos. Es el medio más sencillo de ganarse simultáneamente renombre y sustento. No es hora todavía de sacar de la maleta de la pensión los primeros escritos porque primero hay que ocuparse de colocar un suelto en el periódico o, mejor que todo, de granjearse notoriedad por algún escándalo en el vestuario, en la actitud o por su lengua de hacha. Y así, Baroja cuenta en sus memorias que Ramiro de Maeztu le presentó a Galdós de la siguiente manera:

“—Este es Pío Baroja, un hombre que habla mal de todo el mundo y también de usted, don Benito”.

Unos llegan a Madrid en mejores condiciones que otros. Baroja posee el negocio familiar de la panadería y Blasco Ibáñez el acta de diputado en Cortes. Pero mientras Azorín pasea por la ciudad con un paraguas rojo como solitario instrumento de escándalo, Felipe Trigo lo hace en magnífico automóvil. Ha podido pagárselo con los beneficios que le produce su primera novela, *Las ingenuas*, que se edita en el mismo año, 1901, en que aparece el *Diario de un enfermo*. Muy poco debió cobrar Azorín por esta novela. Por el contrario, Sainz de Robles afirma que la primera edición de *Las ingenuas* reporta a Trigo cien mil pesetas. Por *El mayorazgo de Labraz*, edi-

tada en 1903, Pío Baroja recibe dos mil pesetas que pierde jugando a la Bolsa.

El tumulto que levanta Azorín con sus piruetas verbales y políticas es pequeño en relación al que despierta Trigo. Este novelista extremeño, que ha sido médico militar en Filipinas, se convierte al pisar Madrid en un apóstol de la revolución sexual. “Venus con el místico resplandor de la Concepción Inmaculada”, es la bandera que enarbola para sus narraciones, ancladas teóricamente en un naturalismo descarnado que la pluma del novelista idealiza.

En los quince primeros años del siglo, Felipe Trigo llega a Madrid, triunfa y se suicida, dejando una obra de regular extensión. Pero lo que compone es, en definitiva, antes que un fenómeno literario, sociológico. Aparentemente la obra de este escritor puede inscribirse entre los intentos regeneradores de los más destacados intelectuales de la época. Mas, como señalaría André Gide, con buenos sentimientos no se hace literatura, y el éxito de Trigo, lastrado por una debilidad artística evidente, parece deberse a la oportunidad con que arroja sus intuiciones a la expectación pública.

A Felipe Trigo se le ha presentado como profeta y también como visionario. Pero sus exageraciones no se apartan de una realidad terca, la realidad fabricada por la ciudad en auge cuando admite dentro de sus muros a los desarraigados de las afueras para la comercialización del sexo.

En estos años, la capital de España, según el escritor José Francés, “es un furioso, un epiléptico himno al amor”. Lo atestiguan, matizando la anterior afirmación, los sociólogos Constancio Bernaldo de Quirós y José María Llanas Aguilianedo en su estudio sobre *La mala vida en Madrid*, también editado en 1901:

“Según el censo de 31 de diciembre de 1899, toca a la prostitución un 0,73 por ciento de las mujeres y hay una prostituta por cada ciento diecisiete hombres. Pero bajo ese doble millar de prostitutas caracterizadas, existen millares mucho más numerosos de mujeres prostituidas... A éstas se las llama, administrativamente, prostitutas clandestinas... Esta prostitución viene a ser por consiguiente, siete y media veces mayor que la autorizada. De este modo, fijando en diecisiete mil el número total de prostitutas, tenemos que existe una, no ya para cada ciento diecisiete hombres, como antes parecía, sino para cada trece o catorce. En efecto, en la actual situación social, la prostitución viene a ser una de las labores más propias del sexo femenino”.

La prostitución, siguen diciendo estos autores, viene a considerarse por la mayoría de la población femenina implicada en ella co-

mo un servicio natural de su sexo y en cierta medida equivalente al que prestan los varones en el Ejército durante la mili.

Al caer la noche, la prostitución callejera avanza al centro de la ciudad desde los arrabales dominados por los adolescentes golfos de Baroja. En el extrarradio de gitanos y traperos que constituyen la horda de Blasco Ibáñez, algunos hombres practican la caza furtiva y las mujeres venden su fuerza de trabajo como bestias de carga o se prostituyen cuando les fracasa el noviazgo que prometía redimirles de la miseria. Entran entonces en la rueda del infortunio que les conducirá –tarde o temprano– al hospital o a la Morgue: una enfermedad mal curada o el navajazo del compadre borracho, iluminado por la desesperación de los celos, acaba con sus días en una cama de caridad o al aire libre de los desmontes. Eluden este destino las obreras de carácter firme, las que dominan a su pareja y reinan sobre sus hijos, esas mujeres un poco sargentos que el sainete destaca, para gozosa diversión de los burgueses, paseando por la Puerta del Sol en un domingo sin aliciente para la crónica de sucesos porque lo respeta la bomba anarquista o esa agitación sindical que aplasta la policía a caballo. El domingo que aprovecha la jovencita de los barrios bajos para pasear con el novio que aterriza, cargado de regalos, de las zonas elegantes de la capital. Orgullosa de su cuerpo, de su piel de ninfa, de sus ojos paganos y de su cintura de culebra está convencida de que no ha de sufrir la misma suerte aciaga de sus contemporáneas de clase: ni la desvergonzada prostitución de las lobas pajilleras, que menciona Antonio de Hoyos, ni la subrepticia de los teatros infames de género ínfimo, alegremente ensalzada por Alvaro Retana. Ramón Gómez de la Serna ha sabido condensar en esa heroína del Rastro que se cree nardo inmune a la pestilencia de su ambiente la esencia antigua del Madrid zarzuelero y asainetado –esclavo de un género demasiado chico para abarcar los sentimientos–, y la fragancia extranjera que irrumpe por el horizonte con un olor a gasolina que acaba con el estigma rural. *La Nardo*, esa novela corta de modernidad insuperable, respira ese ambiente nuevo, más abierto a Europa que a la cultura del bronce. Es el paisaje que al término de la Primera Gran Guerra encandila a los que llevan congregándose en torno a la Puerta del Sol todos los días –y singularmente el último del año– al acecho de una redención de las alturas. Poco a poco, los más avispados desertan del merodeo por la plaza; con un golpe de fortuna a la Bolsa se procuran el viaje extraordinario en el Transiberiano, de aventuras galantes regadas con espumosos carísimos; o, gracias a sus dotes seductoras, viven sin dar golpe del dinero de la dama excéntrica, ajada y



con perros aristócratas. Igualmente, las aldeanas de clase humilde que siguen arribando a la capital a ganarse el pan, acaban conquistando un porvenir menos áspero que sus antecesoras en el servicio doméstico de la casa burguesa. No evitan problemas con ello pero al menos liman los perfiles más broncos y grandilocuentes de su aventura. De modo semejante, al final de los locos años veinte, la sociedad entera maquilla sus padecimientos, su obstinada confrontación con la vida. El símbolo de la nueva era es también un producto elaborado. Ya a principios de siglo se ponderaban sus virtudes pero ahora, a medida que se acomoda al paisaje industrial y cosmopolita, despierta furor en los madrileños, ese furor que es un ruido, el ronco cascabel de los caballos del motor de explosión que Fernández Flórez adivina impulsando a los peatones de la plaza de Cibeles: “todos eran automóviles de ojos encendidos –escribe–, iracundos y clamorosos, animados de una vida propia y real, ansiosos de sangre humana”.

MANUEL LONGARES





Introducción

El período 1900-1936 es particularmente interesante en la ciudad de Madrid. La mayoría de edad de Alfonso XIII (1902), el atentado del que es objeto el día de su boda por parte de Mateo Morral en la calle Mayor (1906), el comienzo de la apertura de la Gran Vía (1910), el asesinato de Canalejas en la Puerta del Sol (1912), el discurso de Ortega en el teatro de la Comedia con motivo de la creación de la Liga de Educación Política (1913), la huelga general en agosto de 1917, la inauguración del Metro (1919), el pronunciamiento de Primo de Rivera (1923) y su dimisión en 1930, el nombramiento del gobierno de la República (1930), y las elecciones generales de febrero de 1936 son algunos de los variados acontecimientos que contempla la capital. Viviendo los ecos de la primera contienda mundial y al borde de la guerra civil, Madrid ya no tiene nada que ver con el entorno del siglo XIX. Es lógico entonces que los escritores que se acercan al vivir madrileño lo retraten con unos tintes muy distintos a los de literatos anteriores. Para componer esta selección hemos elegido a diez autores que publican sus novelas a lo largo de tres décadas, en una progresiva evolución cronológica: Diario de un enfermo (1901), La Busca (1904), La horda (1905), Troteras y danzaderas (1913), El domador de demonios (1918), Los negociantes de la Puerta del Sol (1919), El misterio de la casa de los gatos (1920), Viva mi dueño (1928), Espérame en Siberia, vida mía (1930) y La Nardo (1930). Tal disparidad se ha intentado también plasmar en los autores porque en efecto poco tiene que ver Azorín con Felipe Trigo, Emilio Carrere con Enrique Jardiel Poncela y éste con Ramón Pérez de Ayala. Incluso las páginas analizadas no corresponden en ocasiones a

sus novelas más prototípicas, lo que da ocasión de acceder a otros rasgos de su estilo creador, sumamente reveladoras de su tiempo vital, de la fecha en la que fueron escritas. Es el caso de un Azorín, todavía Martínez Ruiz, en el melancólico y modernista Diario de un enfermo, o Baroja y Blasco Ibáñez enfrentados en violenta polémica por las historias aquí descritas. Presentamos así mismo dos narraciones difíciles de hallar, procedentes de la colección La Novela Corta, de Emilio Carrere y Felipe Trigo. Pérez de Ayala, Jardiel Poncela, “Colombine” y Gómez de la Serna ofrecen textos muy significativos aunque poco populares como Troteras y danzaderas o Los negociantes de la Puerta del Sol, mientras Valle Inclán ha sido escogido en función de la fecha de publicación del libro, un magnífico exponente del esperpento que alcanza su plenitud en los años veinte.

Pero ya sea con un estilo propio del modernismo, posnaturalista o grotesco, desde la perspectiva del realismo o el humor –macabro o de Vanguardia– todos los autores coinciden en presentar a Madrid como centro de sus novelas, convirtiéndola además en el auténtico protagonista. Si repasamos los distintos argumentos veremos que la historia es siempre la misma. Un hombre enfrentado a la colectividad, perdido en el entorno, buscando su propia identidad en el paisaje heterogéneo del mundo, simbolizado en el microcosmos de la capital, Madrid. Nos encontramos así con el gran tema de la novela a comienzos del siglo XX: el yo y los otros, la construcción del individuo atento y, en ocasiones, a despecho de las circunstancias. Un ejercicio de perspectiva subjetiva, lejos ya de la observación realista decimonónica, en el que cada autor da su visión personal. Visión que refleja significativamente su contexto sociocultural e ideológico, denotativo de los distintos momentos del ambiente madrileño.

Los primeros años reflejan el ambiente de la revolución industrial y la polémica regeneracionista que había rodeado la crisis del 98. Las broncas descripciones en Baroja y Blasco Ibáñez con su insistencia en plasmar el submundo de los alrededores de Madrid así lo demuestran. Es la temática de la lucha por la vida en su faceta más cruda la que siempre emerge ante el lector. Incluso una obra en apariencia tan lejana a ello como Diario de un enfermo coincide también, incidiendo en lugares como la Puerta de Sol y el bullicio de la capital, en subrayar el hostil camino que tiene que seguir en Madrid un marginado, ya sea por razones económicas o intelectuales.

Aparentemente soslayado el problema, durante la década de los diez la confrontación individuo-sociedad opera en el terreno

del éxito intelectual. Es la idea de la fama unida a consideraciones críticas sobre la situación española la que domina en Pérez de Ayala y Trigo. Como se podrá observar el recuerdo del estilo modernista, naturalista y en todo caso la hiperbolización de la realidad ha sido sustituido por una retórica dialéctica puesta al servicio de la novela reportaje. Los cenáculos del Madrid triunfante de periodistas, críticos y teatros son presentados sin ambajes en ambos escritores que efectúan un recorrido minucioso por los locales, entonces y hoy todavía algunos, sagrados para la consolidación de la popularidad literaria. En Trigo la reflexión está viciada aún de recuerdos decimonónicos pero en cambio resulta indudable que Troteras y danzaderas se inscribe ya en la literatura que pretende un distanciamiento de la sociedad española en un momento en el que la Guerra mundial replantea el concepto de Europa. También una cuestión que cobra extraordinaria vigencia es el papel de la mujer en la literatura del nuevo siglo, motivo por el que hemos situado, en la frontera de las dos décadas, un relato de “Colombine”. Carmen de Burgos es sin lugar a dudas la más afortunada escritora de todas las que, como Margarita Nelken, Sofía Casanova o Magda Donato quisieron dignificar la depauperada situación cultural femenina de la época. Los negociantes de la Puerta del Sol cuenta además con una doble ventaja. No es una narración “feminista” en el peor sentido de proclama doctrinal antiliteraria del texto, y ofrece una panorámica perfectamente documentada del lugar histórico.

El final del conflicto bélico aporta pues literariamente la expresividad de vanguardia y otra respuesta a la visión del problema. En contra de lo que se pudiera esperar, un sector de los lectores de los años veinte disfruta con las narraciones relativas al Madrid antiguo, pródigas en leyendas y un hálito de misterio que embellece nuevamente las viejas calles de los Austrias. Hemos citado a Emilio Carrere pero podríamos haber señalado los relatos de Diego de San José, de Eduardo Marquina o de Jose M^a Vargas Vila para indicar la reconstrucción histórica del Madrid de los siglos XVI y XVII que se opera en las páginas de muchos autores. Históricamente esta es una época de contrastes y por ello no debe extrañar que junto a estas narraciones, un punto “arqueológicas” como las hubiera denominado un seguidor de Blasco Ibáñez, se sitúen otras de la más absoluta modernidad. Ese es el motivo por el que la siguiente novela citada ha sido Espérame en Siberia, vida mía. Aunque publicada en 1930 la historia de Jardiel Poncela entra de lleno en los parámetros de la vanguardia ramoniana que había al-



canzado su consolidación a partir de 1920. Ideológicamente supone una sátira de las aventuras descritas por sus folletinescos compañeros —es decir, Carrere y los demás— y formalmente proyecta una acumulación de imágenes humorísticas que alteran el discurso literario. Madrid también se ve sometido a una nueva visión. Prosigue la peripecia del hombre en su entorno pero ahora la capital está teñida de cosmopolitismo. Cuando triunfan el cine, los medios de transporte y la sociedad de los felices veinte, la ciudad jardiesca está repleta de los signos de la nueva urbe que quiere acabar definitivamente con el patetismo del siglo XIX. Estéticamente la mejor expresión de tal proceso es la novela de Ramón Gómez de la Serna. A diferencia de otras narraciones del autor como El torero Caracho, Gran Hotel, o Cinelandia no existen en La Nardo alusiones a la gran ciudad ni tampoco al nuevo Madrid de la brillante posguerra europea. Por el contrario Ramón vuelve a escoger un ámbito espacial, El Rastro y las zonas adyacentes, ya utilizado por anteriores escritores. El cambio y la novedad redica en que por obra de la expresividad de vanguardia, la misma dimensión física se altera, y Aurelia “la Nardo” ya no es víctima de Samuel, ni siquiera de un Madrid socialmente cruel, sino de la imagen literaria de la ciudad, escenario dinámico al tiempo de todas las situaciones.

Como hemos visto Madrid se convierte de 1900 a 1936 en el gran escenario de muchas novelas. Dominado por la horda en Blasco Ibáñez o dominador cosmopolita en Jardiel; espacio indiferente, cruel, legendario o infrarreal para Trigo, Baroja, Carrere y Gómez de la Serna, será siempre el gran antagonista que posean los héroes de estas novelas del XX en la búsqueda de su singularidad. Cabría preguntar, sobre todo a la vista de algunos párrafos de novelas de José Díaz Fernández o César Arconada donde se empieza a percibir un conflicto sangriento en sus calles en vísperas del 36, si posee también los rasgos que le atribuye Valle-Inclán en su intemporal Viva mi dueño. Pero ese será otro Madrid. Y también otra novela.

MARIA JOSÉ CONDE GUERRI
Universidad de León



Azorín

José Martínez Ruiz (Monóvar 1873 - Madrid 1967) constituye un caso excepcional en la literatura española. Un ejemplo de cómo un escritor mediante un cambio de nombre y estética literaria puede adoptar una nueva identidad personal. Es el primogénito de los nueve hijos de una familia acomodada, religiosa y tradicional, con ascendencia hidalga. El primer acontecimiento significativo de su vida sucede al cursar interno el bachillerato en el colegio de los padres escolapios de Yecla. Una época de emociones contradictorias que aparece frecuentemente en sus novelas, en especial en la nostálgica *Confesiones de un pequeño filósofo*. En 1896 José Martínez Ruiz llega a Madrid y comienza a ejercer su gran pasión: el periodismo, al que ya se había dedicado desde unos años antes en Valencia. De 1896 a 1900 el autor es conocido como una de las plumas más corrosivas de la prensa madrileña. Colabora en *El país*, *El progreso* y en sus trabajos –*Anarquistas literarios* (1895), *Charivari* (1897), entre otros– manifiesta una profunda inquietud social vinculada a la ideología anarquista. Sobre el futuro Azorín ejercen gran influencia los principales pensadores del anarquismo en aquel momento: Kropotkin con su obra *La conquista del pan*, Faure con *El dolor universal* y Renan, que se traducen en una enorme furia contra los valores establecidos enarbolada por un iracundo Ahrimán, dios persa del mal, y seudónimo empleado a veces por el autor. Las dificultades económicas y el desencanto de la anterior ideología, unido a una peculiar interpretación de Nietzsche y al escepticismo abúlico finisecular harán que poco a poco y, en todo caso a partir de 1904, se apague Martínez Ruiz y nazca en su lugar Azorín, conservador, impresionista y atento al detalle. Cuatro novelas han basta-



do para este cambio de piel: *Diario de un enfermo*, *La voluntad*, *Antonio Azorín* y *Confesiones de un pequeño filósofo*. El autor ya no será conocido nunca más como “el hombre del paraguas rojo”. Ahora se concentra en su lema de pequeño filósofo: “vivir es ver volver”.

Simultáneamente su vida política también experimenta cambios. Gran amigo de Baroja desde su juventud, formará parte de la debatida generación del 98, a la que él mismo da nombre en 1913. Lejos de pasadas propuestas, Azorín se acerca al conservadurismo de Maura y La Cierva, ocupando un puesto de diputado de 1907 a 1919, acomodando sus intereses ideológicos a la política imperante, centrado cada vez más en su literatura. Es ahora donde se produce la consolidación del Azorín tradicional, lírico glosador de los pueblos españoles, conservador crítico literario y vanguardista dramaturgo. *Madrid*, *Clásicos contemporáneos*, *Old Spain*, *Don Juan*, *Doña Inés*... son algunos de sus títulos en uno y otro género. Nombrado en 1924 académico de la Lengua Española, su muerte acaecida a los 94 años representa el adiós definitivo de un hombre taciturno y solitario, encerrado desde hacía muchos años en la melancolía que caracterizó a la generación finisecular.

Gran lector de los clásicos, entre sus autores favoritos se encontraban también el vitalista Nietzsche, Schopenhauer y su pesimista filosofía, el determinismo de Taine, Krause, Flaubert, los hermanos Goncourt y más adelante Proust y Rilke. Pero especialmente Montaigne. Con él sintonizó “al tratarse de un filósofo de lo concreto, de lo menudo, de lo trivial, del detalle prosaico, de lo que vemos y palpamos todos los días en la casa y en la calle”. Este es, por supuesto, el Azorín tradicional que lleva la denominada estética del reposo a su cénit durante la década de los veinte. Pero existe otro escritor, aún Martínez Ruiz, que se proyecta en pleno periodo de creación de sí mismo en *Diario de un enfermo*.

Diario de un enfermo es de 1901 y compone la primera novela del ciclo antes mencionado. Fue escrita a raíz de un viaje efectuado con Baroja a Toledo, el propio Baroja lo plasmaría igualmente en *Camino de perfección*, y constituye el primer y difícil paso hacia la consolidación de Azorín, basándose en experiencias personales. El protagonista es el propio yo del escritor que en busca de la paz interior, va y viene de Madrid a Toledo y a Levante, entre noviembre de 1898 y abril de 1900. Conoce a una mujer, se enamora y se casa con ella pero su muerte, en una violenta hemoptisis, vuelve a dejar naufrago al escritor en ciernes, ya abocado al suicidio al término de la novela. Siguiendo el curso vital del protagonista la narración pre-

senta una estructura fragmentaria y en ocasiones inconexa, pues sólo tienen importancia los ecos de los acontecimientos vividos en el ánimo del autor. Novela en consecuencia impresionista, llena de una melancolía romántica que define muy bien al personaje y su entorno. Por ello junto a la figura masculina, el otro protagonista de la historia es Madrid. Como ha dicho nada más comenzar la narración, él se encuentra “jadeante de melancolía, siento la angustia metafísica”. En consecuencia el paisaje urbano que le acompaña es igualmente nostálgico. Lejos de la pulcritud minuciosa de los hombres de la generación del 68 y del entorno regeneracionista de algunos compañeros finiseculares, tampoco se da aquí un Madrid “absurdo y brillante”. Azorín escoge la parte céntrica de la ciudad –la Puerta del Sol, la calle de Alcalá– a modo de circunstancia, plena de gente y bullicio, que resalta aún más su individualidad, conduciéndole a la reflexión singular. Otras veces el lugar elegido es diametralmente opuesto pero invita por igual a la melancolía. El ya desaparecido cementerio de San Nicolás presenta toda una descripción modernista que solo se recupera en las páginas siguientes, cuando al describir ciertas calles y comercios el escritor anticipa parte de los rasgos de su mirada de anticuario minucioso con la que luego comprenderá su ensayo *Madrid*. En las páginas seleccionadas aparecen referencias a otros espacios geográficos como Levante o la ciudad de Toledo. No están incluidas por imperativos de estructura narrativa sino que reflejan muy bien las oposiciones capital/provincia, interior/mediterráneo que forman el marco de la inadaptación del autor-protagonista.





La visita del obispo, de José Gutiérrez Solana

Diario de un enfermo

15 noviembre, 1898.

¿Qué es la vida? ¿Qué fin tiene la vida? ¿Qué hacemos aquí abajo? ¿Para qué vivimos? No lo sé; esto es imbécil, abrumadoramente imbécil. Hoy siento más que nunca la eterna y anonadante tristeza de vivir. No tengo plan, no tengo idea, no tengo finalidad ninguna. Mi porvenir se va frustrando lentamente, fríamente, sigilosamente. ¡Ah mis veinte años! ¿Dónde está la ansiada y soñada gloria? Larra se suicidó a los veintisiete años; su obra estaba hecha...

Uno tras otro, monótonos todos, aburridos todos, siento pasar los días. La vejez llega; las esperanzas mueren. Hay momentos en que, solo, ferozmente solo, agriado por el triunfo de un compañero, me siento ante las cuartillas y en genial, poderoso arranque, escribo... escribo... capítulos de incoada novela, fragmentos de comenzada historia íntima, páginas vibrantes y calurosas por las que la inquieta pluma corre, cabrilla, salta... El cansancio llega; la llama que me enciende el rostro se apaga; dejo la pluma.

Y pienso.

Pienso en la inanidad de la lucha, en lo fugaz de la gloria, en lo pueril de los que nuestros abuelos llamaban *fama póstuma*... Dentro de cuatro, de seis, de diez mil años, quinientos mil años, ¿qué será de Homero, de Shakespeare, de Cervantes?

Dentro de mil millones de siglos, ¿existirá siquiera el tiempo? Se acabará el tiempo. El tiempo no es eterno. El tiempo —dicen los metafísicos— no puede ser eterno; la eternidad no es ni puede ser



sucesiva. La eternidad es vida interminable, vida tal que se concentra en un punto toda ella, vida en la que todo es presente y en la que no hay pasado ni futuro. Si la eternidad fuera sucesiva, se agrandaría a cada siglo transcurrido, y se daría el paradójico y extraño caso de que lo infinito se aumentaba...

Nada es eterno; todo cambia, todo pasa, todo perece. Cuando pase la Tierra, y pase el Universo, y pase el Tiempo, el mismo implacable Tiempo que lo hace pasar todo, ¿dónde estarán los aplausos entusiastas, unánimes, estruendosos, que anoche en la Comedia tributaban a un amigo a quien yo, en la soledad de literato incomprendido, envidio?

Cae la tarde; estoy solo. Siento, a pesar de mis sutiles consuelos filosóficos, honda tristeza. Es domingo, anodino domingo, abrumador domingo. El cielo está triste; llueve finamente a ratos. Pienso.

Las sombras avanzan. Sólo veo la mancha blanquecina en el balcón. ¿Qué es la vida? ¿Para qué venimos a la Tierra, unos después de otros, durante siglos y siglos, y luego desaparecemos todos y desaparece la Tierra? ¿Para qué?

Veo a los transeúntes pasar por la acera de enfrente, cobijados en sus paraguas, como fantasmas. Llueve, llueve. Mi tristeza se pronuncia de una manera dolorosa. Estoy jadeante de melancolía; siento la *angustia metafísica*.

Noche.

* * *

3 diciembre.

Desde aquí oigo el tintineo de un piano de manubrio que tocan ahí enfrente. Han organizado un baile popular en una carpintería. He estado hace un momento en la puerta. Casi a oscuras, alumbradas por un humoso quinqué, pasaban y repasaban voluptuosamente las parejas, juntos, apretados el bailaror y la bailadora, el brazo de *él*, ceñido al talle de *ella*; la cabeza de *ella*, yacente en el hombro de *él*; jadeantes ambos, los ojos resplandecientes, los cuerpos lacios...

Y yo aquí, leyendo filosofías.

¿Soy un imbécil?

El organillo sigue; sus notas cristalinas, retozonas, saltantes, llegan a raudales. Las parejas pasan y repasan al compás de una habanera, de una lánguida, desmayada, enardecedora habanera...

Y yo aquí leyendo filosofías... ¿Dónde está la vida: en los libros o en la calle? ¿Quién es más filósofo: yo, que paso horas y horas devorando las hórridas metafísicas de estos bárbaros, o el desenfadado mozo que siente palpar junto a sí el abultado pecho de una hembra enardecida, y aspira su aliento, y lee en sus ojos ansias de espasmos deliciosos? ¿Quién es más hombre?

Vivamos, vivamos. Los grandes artistas *crearon* porque *vivieron*. Cervantes, Quevedo, Lope... aventureros, duelistas, navegantes, soldados, gentes que gustaron todos los placeres, corrieron todos los azares, sufrieron todos los dolores.

* * *

10 diciembre.

He trabajado esta mañana en mis investigaciones históricas. Durante horas y horas he manejado infolios, he tomado notas, he compulsado citas. ¿No es esto tonto? ¿No es estúpido, brutalmente estúpido, inhumano, brutalmente inhumano? ¡Yo, fuerte, joven, inteligente, pasarme días y días leyendo en viejos libros, desentendido de la vida, huido de la realidad diaria y vibradora, cerrado a las fuertes y voluptuosas emociones del amor, de la ambición, del odio, del azar!

¡No más libros; no más impresas y polvorientas hojas, catálogos de sensaciones muertas, índices de ajenas vidas, huellas de los que fueron, rastros de los que amaron! Quiero vivir la vida en la vida misma; quiero luchar, amar, crear. Siento a ratos revivir en mí y surgir poderosos del fondo de mi personalidad, impulsos de ira, de codicia, de generosidad, de amor. ¡De amor! Yo no he vivido el amor. Todos mis amores han sido fugaces, momentáneos, desabridos. Y cuando en mis soledades, repleto de sensaciones librescas, harto de contemplar hombres a través de otros hombres, de sentir vidas a través de otras vidas, veo en la calle, en un tranvía, en un teatro, una mujer hermosa, de inteligentes y tristes ojos, de mirar sugestionador y comprensivo, siento conmovirse todo mi ser y sueño con idilios tumultuosos y febriles...

Los días claros, luminosos, tibios; los días del renacimiento primaveral, en que todo, plantas y pájaros, hombres y brutos, canta un grande himno a la vida —al bienestar, al placer— este estado de mi espíritu se pronuncia con una agudeza dolorosa. Envidio al buen burgués que pasa el brazo, *religiosamente*, de su apetitosa consor-



te; envidia al mozo con su novia, ingenua o maliciosa, modesta o presumida; envidia al rufián con su daifa, desgarrada hembra, provocativa hembra... Siento en esos momentos ansias de las metódicas satisfacciones del uno; de los *tantalismos* –conatos de placer– del otro; de las perversidades y decadencias del último. E instintivamente, de golpe, aparece en mi cerebro la sensación de rostros ansiosos, rostros lívidos y fatigados, respiraciones anhelantes, súplicas, quejidos, imprecaciones, manos crispadas...

* * *

11 diciembre

Esta mañana, al cruzar la Puerta del Sol, he encontrado..., mejor diría *la* he encontrado. ¿A quién? No sé; esbelta, rubia, toda de negro, con severo traje negro, luminosos los ojos, triste y aleteante la mirada; no la he visto nunca y la he visto siempre. Un momento, instintivamente, vibrantemente, nos hemos mirado sin detenernos. *Ella* ha seguido; yo he seguido...

Y, sin embargo, una fuerza misteriosa nos atraía.

Diríase que habíamos vivido juntos eternidades en otros mundos...

¿Por qué no he ido yo a *ella* y *ella* no ha venido a mí?

* * *

12 diciembre.

–Olaiz –le he dicho a mi amigo Olaiz–, es preciso *vivir la vida*, experimentar todas las sensaciones, gustar de todas las formas del placer y de todos los matices del dolor. Vivamos. Abracémonos a la Tierra, pródiga Tierra; amémosla, gocémosla. Amemos; que nuestro pecho sea atormentado por el deseo y vibre de placer en la posesión ansiada. No más libros; no más hojas impresas, muertas hojas, desoladoras hojas. Seamos libres, espontáneos, sinceros. Vivamos.

La tarde era radiante, clara tarde de tibio otoño madrileño. Queríamos sorprender al pueblo, a la ruda masa, en su vida diaria, en sus batallas y pasiones; queríamos ver tipos de bestia humana, escenas, interiores foscas, ambiente, en fin, de fieros apetitos y trabajos fieros. Hemos salido a las afueras, lentamente, por la calle de

Toledo. Confortador y alegre, el sol bañaba la pintoresca calle. A un lado, la masa gris del mercado de la Cebada, desiertas las bulliciosas avenidas, silenciosos los sótanos; a otro, tiendas populares, modestas tiendas: fruterías con sus verduras variadas, brillantemente verdes unas, oscuras otras; bazares de ropas, ondulantes al viento los lienzos colgados por muestra en las fachadas; tintorerías con sus rojas oriflamas; despachos de huevos con sus blancos montones lucidores... Los tranvías suben fatigosamente; del fondo negro de los mesones salen atestados y rechinantes carros.

Bajamos, bajamos. Por la ronda de Valencia, salimos a un desaharrapado barrio de hórridas viviendas mohosas, lavaderos, almacenes de trapos, pasadizos empedrados, torcidos, que se pierden en la negrura; empinadas escaleras, desvencijadas, lóbregas. En los balcones, rotos los cristales, hinchadas las maderas, sacan al sol blancas y remendadas ropas, pintorescos lienzos de mil desteñidos colores, magros, sobados, ahoyados colchones goteados de rojo, manchados de amarillo... Desgreñada, chancleteante, aupándose con ambas manos la falda, cruza de una acera a otra una comadre; un grupo de viejas, negras, silenciosas, *automáticas*, tricotea, sentado en una puerta, con las largas agujas; gorjea un canario; suenan los acompasados y recios golpes de un carpintero; tras un terraplén pasa rápidamente la chimenea humeante de una locomotora...

El paseo continúa. El cielo se anubarra poco a poco. Por una plazoleta salimos a un vertedero cubierto de grisáceos cartones puestos a secar, y, enfilada una sombría alameda de grandes olmos horros de follaje, pasados los cuadros yermos y yermas avenidas de secular jardín abandonado, a la otra parte del río, nos detenemos y volvemos la cabeza... La gran ciudad aparece a lo lejos, arriba, empinada, en grande, inmenso, formidable montón de paredes grises y rojizos muros, tejados resaltantes, humosas chimeneas, torres agudas, panzudas cúpulas, moles disformes que rompen violentamente el conjunto de diminutos tejadillos y sobresalen salpicadas de los puntitos negros de sus ventanas. El Observatorio, a la derecha, destaca su redondeada silueta; cerca, contrastan con el uniforme gris las rojas paredes de la Escuela de Caminos; más allá, dominando la inacabable mancha negra, brilla la bola del Banco de España, radiante, áurea, luminosa. Lentamente va cambiando el cielo su añil intenso en sucio y triste gris. Enfóscanse las notas claras, piérdense las negras, vagas, inciertas, indecisas. La gran ciudad, en sus contornos, en sus ángulos, en sus distantes suburbios, se esfuma sombría y tétrica en la lejanía. La tarde muere: un postrer rayo de sol ilumina el cuadro con carminosos resplandores de in-



cendio. Brillan los minúsculos cristales de mil ventanas, llamea la montera de una estación, enciéndose en tonos rojizos, vivos, despedidores de reverberaciones múltiples, el conjunto todo de tejados, torres, chimeneas, paredones... A la izquierda, pasado el puente, espejean los coches que vuelven, lentos, tambaleantes, *trágicos*, de un entierro.

* * *

15 enero 1899.

Hoy, en la Castellana, *la* he visto. Hablaba descuidado, baja la vista, con un amigo... *De pronto* he levantado los ojos y me he encontrado con su mirada, un mirada tembladora, inconscientemente ansiosa, indefinible en su misteriosa y fugaz expresión inefable. Hay fuerzas misteriosas, poderosas fuerzas, que atraen irresistiblemente a dos seres –hombre, mujer– que se ven por primera vez en la calle, en un teatro, en un travía... Parece que se trata de un *reconocimiento*, de afectuosa renovación de viejas amistades.

Pasan los días, pasan los meses, pasan los años...

Una tarde, una mañana, una noche, rápidamente, al cruzar una plaza, al pasar en un coche, se renueva el encuentro; y vuelve, andando el tiempo, a renovarse... El ansia misteriosa crece; titilean las miradas; hácese más densa y palpable la corriente que va de uno a otro espíritu...

Y las dos vidas siguen sus destinos impasibles, sojuzgadas por la fuerza de las cosas que las separa, contemplándose de lejos y fugazmente, trágicas y ansiosas.

¿Qué fuerza misteriosa las impulsa una hacia otra?

¿Qué implacable fatalidad una de otra las aleja?

* * *

20 febrero.

Hoy he visitado a una provecta comedianta al final de la calle de Alcalá, en un destartalado hotelito. He sentido piedad por esta senectud vanidosa y pobre... En el jardín, diminuto, yermo, los árboles se secan; dentro, en la casa, se desvencijan los muebles, se destiñen los cortinajes, se rae la alfombra.

En el vestíbulo, un enorme retrato de la histrionisa, vestida con chillón y anticuado traje blanco sonríe inexpresivamente. Se respira en el aire la acre frivolidad de las ficciones teatrales; se palpa la inanidad de los fugaces triunfos bambalinescos. Un mueble deslustrado, un añadido en la alfombra, un *bibelot* roto, el *parquet* sin brillo; mil detalles, en fin, que esa desdichada gente del teatro y de la política juzga que escapan al artista no habituado al *confort*, hablan del implacable *debe*, de la lucha íntima y gimoteante por el lujo...

La actriz entra. Abultada, informe, perdido el talle, muertos los ojos, apergaminadas las mejillas, hondamente surcada la faz toda; esta pobre comedianta, por la vanidad forzada a fingir ridículamente, en la escena, apasionada y riente juventud, sufre y gime en su destartado hotelito, mísera, desdeñada, vieja...

* * *

25 febrero.

Me devora la fiebre. Ayer estuve escribiendo toda la tarde, toda la noche, rápidamente. No paro, no sosiego, no duermo en estos momentos de laboriosa excitación. ¿Estoy loco? La cara se me inflama, el cerebro estalla, el cuerpo todo tiembla, la pluma corre vertiginosa, vibra, salta, tacha nerviosamente, rehace la frase, forcejea, lucha pertinaz y bravía..., hasta que el periodo surge radiante y la sensación limpia y sugestiva queda gravada, cincelada,

¿Días crueles? ¿Hay dolor como éste? ¿Hay dolor como pensar a todas horas, a pesar de todo, contra todo, en el asunto indefinido del libro comenzado? Este eterno monólogo vocifera en mi cerebro, me excita, me enardece, me vuelve loco. Ya es la frase exacta que no encuentro, la remembranza de una actitud que quiero clavar en las cuartillas, la visión de un paisaje que quiero hacer visible y plástico... El trabajo cerebral persiste, obstinado, implacable. Dejo la pluma; me acuesto; el sueño se rebela; la imaginación trafaga; me levanto; tomo rápidamente una nota; torno a acostarme; torno a levantarme; salgo a la calle; hablo; ando, ando enardecido, alucinado..., y el monólogo devorador prosigue. La fiebre me consume, mis manos tiemblan: escribo cuartillas y cuartillas, cientos de cuartillas. La frase brota retorcida, atormentada, angustiada, brutal, enérgica...

Pasa un día, dos, tres; la inanición me debilita, el insomnio me abate, el frío llega, la fiebre amengua. Caigo en un largo y profundo sopor; ni una línea puede escribir mi pluma desmañada y torpe.

¿Estoy loco? ¿Es ésta la fiebre del genio: acongojadora y placentera, deleitosa y amarga?

* * *

2 marzo.

Hoy un tranvía ha atropellado a un anciano en la Puerta del Sol. Luis Veillot abominaba del telégrafo, de los ferrocarriles, de la fotografía, de los barcos de vapor... ¿Por qué no abominar? Hay una barbarie más horrible que la barbarie antigua: el industrialismo moderno, el afán de lucro, la explotación colectiva en empresas ferroviarias y bancarias, el sujetamiento insensible, en la calle, en el café, en el teatro, al mercader prepotente.

Trenes que chocan y descarrilan, tranvías eléctricos, prematuros tranvías que atropellan y ensordecen con sus campanilleros y rugidos, hilos eléctricos que caen y súbitamente matan, coches que cruzan en todas las direcciones, zanjas y montones que turban el paso, olas de gente que van y vienen, encontronazos, empujones, gritos, silbidos... La atención, exasperada, tirante, se fatiga, se anota. La personalidad, incapaz del esfuerzo grande y sostenido, se *disuelve*. Todo es rápido, fugaz, momentáneo; el éxito de un libro, la popularidad de un autor dramático, una amistad, un amor, una amargura. Nos falta el tiempo. Las emociones se atropellan; la sensación, apenas esbozada, muere. La voluptuosidad de una sensación apaciblemente gustada es desconocida. Nos falta el tiempo. Ayer he visto un tratado para que los jóvenes aprendan la geografía «con mucha prontitud». ¡Oh Pecuchet! ¡Oh Bouvard!

Me ahogo, me ahogo en este ambiente inhumano de civilización humanitaria. Estoy fuera de mí; no soy yo. Mi voluntad se evapora. No siento las cosas, las presiento; trago, sin paladear, las sensaciones...

Me marchó a Toledo...

* * *

3 marzo.

Me marchó de Madrid. Al salir del Carmen, la he visto esta mañana, triste, fatigada, pensadores los luminosos ojos... Ha habido un ins-

tante, rápido, fugacísimo, en que creía que íbamos a hablarnos. ¡Qué angustia! Yo estaba anhelando la ansiedad; sentía pesar sobre mi cerebro todo mi destino. Ella ha seguido; yo he seguido. ¿Por qué no nos hemos hablado? ¿Es la muerte o es la vida lo que en estos momentos supremos se ha decidido? ¡Oh tragedias del misterio! ¡Oh sigilosas tragedias de los destinos silenciosamente frustrados!

* * *

4 marzo.

En el tren, camino de Toledo. Llego a Castillejo. En la estación, a lo lejos, veo la silueta de una mujer. “¿Irás ella mañana al Carmen?”, pienso.

¡Soy un cobarde! ¡Soy el más grande de los miserables! Nervioso, exasperado, me recrimino, me desespero, marchó por el andén de un lado para otro jadeante de tristeza. Y ya en el tren, decidida la vuelta a Madrid, caigo en el hondo sopor: sedante calma, imbécil calma.

* * *

2 abril.

Este huero señor a quien los comicastro llaman *maestro en hacer comedias* tiene el don de enfurecerme.

Esta tarde lo he visto. Nada más antiliterario: parece un barrigudo relojero, calmoso y metódico, o un fabricante de calzado de lujo. «¡Ah, pero mueve admirablemente *las figuras*; tiene el secreto de *las situaciones!*», me decía un académico joven. Y, según eso, un ajedrecista consumado es un consumado literato... Detesto, detesto a este prosaico, vacío, grosero, espíritu, maestro en farfullar sainetes anodinos, cuentista zafio, foliculario insulso. El arte es algo más grande, más intenso, más desbaratado, más tumultuoso y genial. No es la geometría rígida, el acompasamiento frío, la teatralesca habilidad china de este idiota...

* * *



6 abril.

Esta tarde leía yo una novela de un peregrino ingenio castellano... ¡Qué rudo, qué brutalmente incomprendido es el arte de nuestro tiempo!

Dentro de dos, de tres, de cuatro siglos, los artistas se asombrarán de nuestra grosería. Lo extraordinario y anormal llenan el teatro y la novela. Como antes no supieron comprender la Naturaleza, ni acertaron con la poesía del paisaje, ahora no comprendemos lo artístico de los matices de las cosas, la estética del reposo, lo profundo de un gesto apenas esbozado, la tragedia honda y conmovedora de un silencio. ¡Estupendo caso! A lo largo de la evolución humana, la sensibilidad y la exteriorización de la sensibilidad no han marchado uniforme y paralelamente; y así, en nuestros días, mientras que las sensaciones han venido a ser múltiples y refinadas, la palabra, rezagada en su perfectibilidad, se encuentra impotente para corresponder a su misión de patentizar y traducir lo que siente. Hay cosas que no se pueden expresar. Las palabras son más grandes que la diminuta, sutil sensación sentida. ¿No habéis experimentado esto? ¿No habéis experimentado sentimientos que no son odio y tienen algo de odio que no se puede decir, que no son amor y tienen algo de amor que no se puede expresar? ¿Cómo traducir los mil matices, los infinitos cambiantes, las innumerables expresiones del silencio? ¡Ah el silencio! ¡Ah los silencios trágicos, feroces, iracundos de la amistad y del amor! ¿Dónde están las palabras que hablen lo que hay en el ambiente silencioso que rodea a dos amantes, ya felices, sin esperanzas ya, sin ansias ya?

Esta tarde misma paseaba yo por la Castellana, desierta. Un perro ha pasado, ligero, contoneante, *frívolo*. ¿Cómo era ese perro? Diríase –con el crítico– que iba *como cantando*...

* * *

8 mayo.

Casi no puedo escribir; no tengo fuerzas, no tengo alientos. Ayer, al pasar frente a Fornos, vi a dos muchachas solas, vestidas de negro, limpias, deliciosamente limpias, rubia la una, morena la otra. ¡Eran tan simpáticas, tan modestas, tan sencillamente elegantes! ¡Reían tan candorosamente disputando!... Las seguí; corrimos dos o tres calles; atravesamos una plaza; entramos, por fin, en



una calleja silenciosa, estrecha, desierta. Ya en la casa, un principal, una de ellas levantó los visillos. He vuelto esta mañana; he vuelto esta tarde...

Esta tarde, tímido, ansioso, he preguntado a la portera. La portera me ha dicho... La angustia me estrangulaba; no podía hablar. He salido pálido, pálido. Una señora que en el entresuelo de enfrente me ha visto pasar y repasar como un romántico, sonreía.

Me he enfurecido brutalmente. Ahora estoy aletargado.

* * *

20 mayo.

Día gris: vespertino crepúsculo opaco, sucio, triste... Pienso en el esfuerzo doloroso y estéril. Luchar, penar, sufrir, ¿para qué? ¿Para las generaciones futuras? Iniquidad es el progreso.

El progreso es el bienestar de las presentes generaciones a costa de las luchas y de los sufrimientos de las generaciones pasadas. ¿Cómo reparar la injusticia irreparable? ¿Cómo indemnizar, ¡oh puritanos!, a los hombres que antaño por nosotros penaron y lucharon? El progreso es una *explotación retroactiva*.

Vivamos impasibles; contemplemos impávidos la fatal corriente de las cosas. El dolor es tan irreal como el placer; tristes o alegres, infortunados o dichosos, nada somos en este espejismo universal de la realidad que nos rodea. ¿Existimos acaso? ¿No es *lo objetivo* una alucinación de los sentidos? ¿Cómo certificamos de que el tacto, y el oído, y el gusto, y el olfato, y los ojos no nos engañan? ¿Cómo salir, sin destruirla, de esta bárbara cárcel de la propia subjetividad? ¿Cómo conocer la Esencia, que es espíritu, y no puede ser percibida por los sentidos, que son materia?

Sí; acaso sea la realidad una ilusión, y nosotros mismos, ilusiones que flotan un momento y desaparecen en la Nada, también quimera.

* * *

2 junio.

Esta noche *la* he visto otra vez. La he seguido. Hemos recorrido calles, atravesado plazas, llegado a la Puerta del Sol. En la Puerta

del Sol hemos tomado el tranvía del barrio de Argüelles. Frente a la calle de Quintana hemos bajado. La seguía *otro*, recatado, cauteloso. A mí me devoraba el ansia de sus ojos llameantes, tristemente aleteadores. Ha entrado en su casa, cerca de unos desmontes, frente a la mancha negra de la Moncloa.

He visto luego luz en uno de los balcones. Paseaba, paseaba, exaltado, frenético, loco. La presencia *del otro*, inmóvil, me exasperaba. Sentía vehementes impulsos de arrojarme sobre él; sentía la apocadora aprensión del peligro latente. Al pasar junto a él, una de las veces, he recitado mentalmente unos versos y he pensado que, al terminar, *acaso* le agrediera. Y he terminado, y ciegame, sin pensar, me he arrojado sobre él, brutal y bárbaro, apabullándolo a recios puñetazos, arañándolo, sangrándolo, mordéndolo... He visto culebrear en el aire la brilladora hoja de un puñal. Lo he cogido ansiosamente, he forcejeado ansiosamente y lo he tirado. Después hemos caído por tierra mi rival y yo en feroz abrazo. Los reflejos del puñal, que presentía detrás de mí, me acariciaban la espalda, con dulce voluptuosidad suprema. Repentinamente, durante un segundo, me he encogido, tembloroso, y de mi garganta se ha escapado un ronco estertor... Me he levantado calenturiento, jadeante, rendido.

En la vecindad, un piano tocaba los primeros compases de la *Rapsodia húngara*, lentos, pausados, solemnes.

* * *

20 julio.

Salgo para Levante. ¡Ah, mi tierra amada!... Alrededor de la capital, campos pelados, amarillentos, cubiertos de rastrojos, abierta la tierra por el arado, despedazada en enormes terrones, desnuda de árboles... De tiempo en tiempo, un almendro retorcido y costroso, una copuda higuera, una palma solitaria que balancea en la lejanía del horizonte sus corvas ramas. Después, pasadas las cercanías de la ciudad, dejando atrás el desierto de bancales aterronados: grandes manchas de viñedos, bosques de algarrobos, el ejército gris de los olivos perennales. Y casas rojizas, lienzos de pared tostados por el sol, agujereados por ventanas diminutas... A la puerta, un carro que eleva en el diáfano azul sus varaes, y en la muralla, contrastando con el verde de las albahacas que adornan los huecos, largas ristras de encendidos pimientos... Más arriba, perdida ya la franja blanca del mar, enormes moles azules, compli-

cada malla de montañas, la formidable cordillera de Salinas, aldeaño de la provincia, con sus estribaciones, ramas, cruzamientos, oteros, hijuelas mil que de la alta madre se desgajan y forman barrancos al abismo, recuestos de sembrado, planos de viñas, cuyo oleaje de pámpanos desborda de los blancos ribazos escalonados y baja saltando, como cascada bulliciosa, hasta morir mansamente en las orillas de la laguna... ¡Plena montaña levantina! En el fondo del inmenso collado, el lago blanco y sereno, bordeado de juncares, retratando en sus aguas grupos de álamos enhiestos, tupidos olmos, casas de labor con sus chimeneas humeantes, sus anchos corrales, sus dilatadas bodegas. Y por todas partes, el empinado muro de las montañas, grises, verdinegras, zarcas las lejanas; en una ladera, un pueblecillo microscópico, y, a los lejos, perdido en el horizonte, asomando por una gargante de piedra, el triángulo rojizo de un castillo moruno que luce a los postreros rayos del sol como un grano de oro...

* * *

26 agosto.

Desasosegado, inquieto, me levanto y abro el balcón. La brisa de la madrugada entra en una larga inspiración refrescadora. Todo calla. Arriba, en el cielo, brilla parpadeante el lucero de la mañana. Los amplios bancales, las montañas pobladas de pinos, los vastos olivares que bajan hacia la laguna escalonados son una negra mancha. En la lejanía, por encima del fosco recorte de una loma, el cielo palidece. Un camino que se pierde en la negrura blanquea.

Todo calla. Incesante, tembloroso, llega de los enfoscados parrales el susurro de una fuente. Un gallo, casi imperceptible, continuado, cacarea en lo hondo; se oye una lejana canción, trémula, recortada. La palidez del cielo se acentúa en tenue claridad; tíñese el horizonte de suaves tonos verdes, violetas, rojos. Las negras copas de los olivos resaltan en el fondo blanquecino de la tierra. Distintos, los caminos serpentean a lo lejos. Enfrente, bajo copudo árbol, una mancha gris se agita, temblotea, hace ruido de cadenas.

El día llega radiante. Cacarean, pausados, alternados, los gallos. Enciéndese en vivo carmín el horizonte. Divísanse los olivares, los almendros retorcidos, los anchos y entrelazados pámpanos de las vides, los distantes pinares. Allá abajo, tras grandes cuadros



de viña y extensos términos de barbecho, en el fondo del collado, la laguna se extiende silenciosa y blanca.

Es de día. Una puerta se abre: salen labriegos tosiendo, carraspeando.

* * *

2 septiembre.

Al anoecer, mientras yo cenaba, lo ha dicho sentenciosamente el mayoral: *Palmeres per baix, señal d'aigua*. Señal de agua... Por Occidente asoma el nubarrón, formidable, inmenso, amenazador. Cúbrese la luna: queda el suelo en sombras temerosas. Y en el aire flota la vaga calma, el reposo profundo de la tormenta que se allega. En la casa duerme la gente; en los bancales entona la menuda fauna el coro inmenso de sus cantos.

Resuena a lo lejos, tras las montañas, un sordo trueno. Las nubes se espesan; ruedan como vellones dilatados, y ocultan las lomas próximas, y casi se desgarran en los pinos. Repítense más cerca los truenos; un relámpago ilumina la campiña; caen anchas gotas.

Dentro remuévese la gente; una puerta se abre y un labriego inspecciona el cielo.

El fragor de la tormenta arrecia; atropéllanse los relámpagos; retumban los tremendos truenos en todo el valle y hacen temblar la casa; unos, secos, repentinos, arrancados; otros, redoblantes, como horrísono y repercutiente tableteo. Pónense en pie los moradores todos de la hacienda; enciéndense los candiles; se hacen pronósticos para las secas tierras; se espera con impaciencia y temor la crisis del nublado.

De repente, formidable aluvión de granizo salta en las tejas, destroza la parra de la puerta, combate las maderas de las ventanas... Horrible y feroz pánico se apodera de todos: *¡Mare de deu! ¡Señó!*... Los viejos contemplan la desolación, moviendo la cabeza; los mozos, taciturnos; la casera arroja las trébedes en medio de la calle y clama a todos los santos. Y como por milagro, el tintineo de las tejas cesa; clarea el granizo; desaparece entre el turbión de agua... Serénanse los semblantes; repite, convencida, la vieja: *¡Mira si es veritat!* Contemplan todos con regocijo el salvador diluvio.

El momento de angustia ha pasado, pero la lluvia arrecia y hay que salir a preparar los partidores e inspeccionar las regueras, para que la corriente se encamine al aljibe. Y salen los hombres con

hachones, liados en mantas, vereda arriba. El resplandor tiembla a los embates del viento, salta, se pierde entre los pinos, reaparece más lejos... El agua descende en lurte poderoso por los barrancos; braman roncamente las ramblas; salta el desbordado mar por los recuestos, socavando los árboles, soterrando las cepas, desmoronando los ribazos.

Los corrales se inundan; encharcan las goteras las cámaras, y en el seco aljibe, colmada la rebalsa, cae el torrente con colosal estrépito.

Poco a poco se apagan los truenos y escasean los relámpagos. Cesa la lluvia. Por Oriente blanquea el cielo...

* * *

10 octubre.

Vuelvo a Madrid.

* * *

II

1 noviembre.

Es el 1 de noviembre; el otoño avanza; las hojas caen. He ido al cementerio de San Nicolás, vetusto, ruinoso, tétrico, solitario. En el pórtico, agrietado y mohoso, las campanas tañen lúgubrementemente, tañen. En los patios crece bravía y desbordada la hierba; invade el musgo las funerales losas; rajan anchas grietas las paredes. Las arcadas, repletas, se hunden y desmoronan; de los nichos, empolvados, rotos los cristales, penden mustios ramos, viejas coronas, cintas descoloridas. Silencio, tristeza... Por una lejana galería cruza con fuerte taconeo un grupo de labriegos; un obrero deletrea un epitafio; dos ancianos –mujer y marido– comen plácidamente ante

una losa orlada de rojas y blancas flores.

Me detengo en uno de los patios.

Subido a una escalera, un criado fregotea una negra lápida. Madre e hija miran ansiosas. La joven, rubia, pálida, esbelta en su sencillo traje negro, alarga una corona. Y, un momento, su figura tenue, extendidos los brazos hacia el cielo, parece arrancada de una tabla gótica: virgen en extática posición, suplicante, angustiada, retorcida por espasmos dolorosos.

Cae la tarde. Las campanas tañen. A lo lejos resuenan los agudos silbos de las máquinas; más cerca, en la capilla, los clérigos, cansados, entonan sus melancólicas salmodias. Quedan desiertos los patios. Las sombras de los visitantes pasan como fantasmas a lo largo de las galerías. En el fondo lóbrego de los corredores, destacan, titilantes, trémulas, las luces de hachones y lamparillas, y en el hueco de un nicho destapado, las últimas claridades del crepúsculo hacen brillar los dorados galones de una carcomida caja.

Entre las sombras, la virgen enlutada se esfuma a lo lejos; yo la sigo anodadado y silencioso. Las campanas tañen lúgubrementemente, tañen.

* * *

3 noviembre (doce mañana).

Día de inquietud, de ansiedad, de fiebre. Cada vez que paso ante sus balcones, me siento sugestionado por una fuerza misteriosa... No sé cómo andar, cómo poner las manos, dónde mirar. Creo que estoy haciendo algo ridículo... ¿Se ríe de mí? ¿Miran los vecinos? Positivamente, soy un idiota...

* * *

3 noviembre (cinco tarde).

Le escribo. Hago un borrador; lo rompo; hago dos, tres, cuatro. Parezco un niño. ¿Seré conciso, cortés, frío? ¿Escribiré como un romántico?

* * *

3 noviembre (diez noche).

Cuando he pasado, ha levantado los visillos. Anohecía. Enfrente han encendido un farol. A sus reflejos he visto pegada a los cristales, como a través de la mirilla de un féretro, su cara pálida, pálida...

* * *

12 noviembre.

Quiero apasionadamente, brutalmente, a esta mujer pálida. Alta, rubia, fina, de negro siempre, sencilla siempre, sus ojos grandes parece que miran constantemente al infinito. Su mirar es de una tristeza inefable: una luz misteriosa aletea con titilaciones fascinadoras en sus pupilas... Habla poco, sonrío, sonrío con levísima, casi imperceptible sonrisa plácida. Y cuando se mueve y anda es tal la sobriedad y severa gallardía del movimiento, que pone respeto en todos los labios y ansias de férvida adoración en todos los pechos...

* * *

13 noviembre.

¿No habéis oído nunca lo que dicen las viejas fotografías desteñidas de los cementerios? El otro día, en San Nicolás, vi una sugestionadora. Era un hombre anónimo, vulgar, como todos los hombres; un hombre en pie, apoyado en una columna de cartón, vestido con rígido, tieso chaquet, anguloso chaquet de antaño, a cuadros el pantalón, romas las botas. No tenía expresión; no tenía luz en los ojos, ni gesto en la boca. Frío, vulgar, anodino, como todos, igual que todos... Detrás del polvoroso cristal del nicho, al lado de flores secas, de lazos descoloridos, la fotografía se va destiñendo poco a poco, se va destiñendo.

¿Qué ha sido este hombre? ¿Qué ha hecho este hombre? ¿Para qué ha vivido? ¿Para qué habré vivido yo dentro de cincuenta años?

Todas la mañanas, a las ocho, cuando voy a San Isidro, me encuentro en la calle de las Botoneras, frente a las dos tabernas juntas, a una vieja, la tía Antonia. La tía Antonia es chiquita, desharrapada, sucia, astrosa; marcha apoyada en un sobado palo; can-



ta a ratos; bebe siempre. El vaho recio de las dos tabernas la atrae; el alcohol la posesiona. No tiene idea del espacio ni del tiempo; ignora lo que pasa; no percibe las cosas; no sabe que vive, ni advertirá la muerte.

La tía Antonia vive poderosamente sin vivir: vive la nada, la voluptuosa y liberadora Nada.

... Mientras esto escribo, llega, lejana, angustiada, a retazos, la música de una mísera orquesta callejera. Llega el sonido modulador, tembloroso, de la flauta; el áspero y concentrado rezongueo del contrabajo. Canta piedad la flauta, tierna, amorosa, ingenua; ríe socarronamente, escéptico, inexorable, impío, el contrabajo.

* * *

19 noviembre.

En el tren. El vagón —de tercera—, lleno de labriegos tocados de pardos y aceitosos sombreros; carnosos labriegos de belfos labios resecaos, agrietados; a cureña rasa la faz erizada de cerdosos pelos; en la comisura de la boca, la colilla, apagada, tostada... Las mujeres, rígidas, glaciales, la cesta sobre las rodillas, pasados los brazos por el asa, callan. Sale el sol; desgárrase a pedazos la niebla. El cuadro se anima: charlan, beben, comen. Lucen los rojos carrillos glotonamente hinchados; blancos dientes rasgan viandas; un forzado brazo empina una botella liada en un periódico...

En un rincón, una vieja dormita.

Es una vieja vestida de negro, arrebujada en un gran pañuelo negro. Entre los anchos y salientes pliegues, en lo hondo de la negrura, la seca, rugosa, pálida, exangüe cara, gris la boca, cubierto un ojo, enfermo, por una cortinilla azul. El sol, radiante, penetra en el vagón. La cara de la vieja se ilumina. Destaca violentamente, azulada, cadavérica, media; queda en la sombra, indecisa, negruzca, la otra media.

Comen, beben, charlan, labriegos y payesas. La vieja, dormida, da una violenta cabezada. Silba el tren y modera su marcha. A lo lejos divisase la mole de un viejo alcázar con sus torres perdidas en la bruma.

* * *



19 noviembre (doce mañana).

Recorro un corto pasadizo; entro luego en otro, largo, angosto, lóbrego. En una de las paredes, una cruz tosca, de madera; en la otra, restos de sencillo altar, jirones deshilachados y negruzcos de una pintura. Ando, ando; mis pasos suenan ruidosamente. Salgo a una plaza diminuta, solitaria. A un lado, más honda que el común piso, la portalada de una iglesia –de rojas puertas tachonadas de clavos negros–; portalada con su cobertizo bajo, casi terrero, sostenido por columnas de granuloso y rasposo granito; enfrente, la fachada blanquecina –roja la puerta, verdes los cerrados balcones– de una casa. El resto, elevados muros pardos, desconchados, agujereados por grandes ventanas con rotas celosías, por pequeñas ventanas foscas; albas paredes reverberantes de cal enjalbegadas. Sol, claro y radiante sol. En el cielo, de intenso azul, se recorta poderoso y bravío el campanil de una iglesia; en uno de los blancos muros, la viva lumbre solar pinta el dentelleo de un tejado. Crece aterciopelada la hierba en las oquedades de un peñasco, y el musgo engarza los cantos del empedrado y forma por toda la plaza vistoso encaje verde.

Reposo; silencio aplanador.

De cuando en cuando, el grito lejano, angustioso, de un arenero llega; y llega el moscardoneo armonioso, persistente, levísimo, de los rezos de un convento. Se oye el tintineo de una campanilla; el murmullo cesa. En lo alto de las campanas, en el añil del cielo, aletea voluptuosa una paloma.

* * *

19 noviembre (diez noche).

(En el café de Revuelta.)

Al pasar por una calle, he visto a un hombre que llevaba a cuestas un ataúd blanco listado de oro. He sentido la sugestión irresistible, avasalladora, de seguirle. Le he seguido, emocionado, ansioso, tembloroso, atraído por la fuerza poderosa del misterio y de la muerte. Hemos recorrido callejones, cruzado recodos y encrucijadas, atravesado plazas, desfilado por angostos y lóbregos cobertizos... El macabro paseo se prolonga; la angustia crece en mí; quiero marcharme y no puedo: los reflejos dorados, el cabrilleo de los galones del ataúd al pasar por bajo de los faroles, me fascina. Sigo



y sigo al fúnebre portador de la caja. Un momento me quedo atrás, y a lo lejos, en la negrura hórrida de una angosta calleja, percibo tambaleante, próxima a perderse, la mancha blanquecina que me llama.

Por la calle de Santo Tomé entramos en la del Ángel y bajamos por la rápida pendiente. En una plazoleta, en el portal de una casa, el hombre se detiene. La caja gime roncamente al ser dejada en tierra. El hombre llama. Una mujer se asoma a una ventana. «¿Es aquí donde han encomendado una cajita para una niña?», pregunta el hombre...

No, no es allí; la peregrinación comienza de nuevo. Dos viejas hablan en un portal: «Es la mayor –dice una, al ver pasar el ataúd–; la de la *casa de los escalones*. ¡Qué bonita era! Estaba para casarse»

Llegamos. Vuelve a gemir roncamente *la cajita*. Llama el hombre y pregunta; le abren; entra; torna a cerrarse la puerta...

Angustiado, anhelante, divago a través de la vetusta ciudad silenciosa, inhabitada, muerta...

* * *

20 noviembre (doce mañana).

Esta mañana, a las siete, he estado en Santo Domingo el Antiguo. Ante una Dolorosa, un sacerdote decía lentamente misa. Al fondo, contrastando con las blanquísimas paredes, resalta el dorado retablo, y en el retablo, los retorcidos, desmadejados, grises, negruzcos, siniestros personajes del *Greco*... Por las dos bajas rejas se divisa el anchuroso coro. Arrodilladas, blancas en sus hábitos, tocadas de negro, las monjas rezan. Silencio, dulce reposo. Dos, tres, cuatro mujeres arrebuajadas en negros mantos, inclinadas, recogidas, pasan silenciosamente sus rosarios. Poco a poco va aclarando. Distingo, en primer término, inmóvil, rígida, una monja pálida, bajos los ojos, abultada la cara; una monja como la del poeta:

Té la cara carnosa i molt afable,
i un xic de sota-barba arrodonida,
i un clot a cada galta.

¿Qué hará esta monja? ¿Qué harán todas las monjas del convento durante todo el día, durante todo el año, durante toda la vida? Su vida profunda, intensa, augusta, es la vida de «la muy mag-

nífica y generosa señora doña María de Silva», que reposa en la iglesia...

El celebrante acaba. Un reloj suena argentinamente las ocho. Desaparecen una a una, en silencio, suavemente, las monjas; desaparece la última, una monja baja, gruesa, de andar lento y fatigoso contoneo. La puerta del fondo se cierra.

¿Qué harán las monjas? ¿Qué hará la pálida monja de la redondeada sotabarba y los hoyuelos en las mejillas?

* * *

20 noviembre (siete tarde).

Esta tarde he ido a la iglesia de San Román. El sacristán ha quitado el ara de un altar, y por la abertura que ha quedado al descubierto he bajado a un angosto receptáculo repleto de momias, amontonadas, apisonadas. En la pared, en pie, en eterna actitud de macabra cortesía, dos, cuatro, seis figuras.

No he visto nunca tal espanto como las momias de estos hombres muertos violentamente en alguna insurrección o invasora guerra, arrojados acaso vivos, en plena vida o moribundos, a algún profundo subterráneo. Los gestos y actitudes lo indican; son actitudes de desesperación, de terror, de suprema angustia: bocas torcidas, cuellos contraídos, manos crispadas...

Por un angosto agujero entra escasa luz, que alumbra el cuadro. Brillan intactos, blancos, salientes, apretados, con feroz expresión de rabia agónica, los dientes de una momia; a pedazos, desgarrado, pendiente, cuelga el cuero cabelludo de otra. Una niña, vestida con un trajecillo que le llega a las rodillas, cruzados los brazos beatamente, reposa en pie en un rincón. En su cara intacta se lee la resignación fervorosa e ingenua...

En la mesa en que escribo, sobre negra caja de laca, tengo una de sus manos: fina, pequeña, piadosamente recogida, doblados ligeramente los secos dedos, puesto bajo el índice el pulgar. El reflejo verde de la lámpara la ilumina. Un momento, la imaginación, febril, finge que se colorea y acarnosa el seco pergamino, que se distienden los dedos, que se anima la mano toda y da golpes cariñosos sobre la negra tapa; golpes con que la juventud muerta saluda y llama a la juventud viva...

* * *



21 noviembre (doce mañana).

Esta mañana, a las diez, he paseado por las afueras, al pie de las murallas. Hacía una mañana radiante. El sol iba disipando poco a poco la bruma. A la izquierda, sobre las colinas, entre el verde oscuro de los olivos, brillan las blancas paredes de las labores. Una línea blanquizca rompe el gris de la montaña y desciende hasta el pie, serpenteando. La tierra baja comienza: un diminuto cementerio, de un solo patio, limpio de cipreses y yerbajos, destaca en primer término. Reverbera el sol en su amplia galería calada de nichos; penden ante los nichos puestas a secar, variadas y blancas ropas. Cuadros de verde sembradura, extensos términos de negruzcos barbechos, alamedas de desnudos olmos, se extienden a lo lejos, en la hondonada. Y más lejos, desmantelada, yerma casi, la tierra toma tintes grises, claros verdes, verdes sucios, azulados, rojizos, negros. La llanura se pierde, adusta, desolada, en el horizonte, entre la bruma. A la derecha, al fin de una alameda, un cementerio. Más allá, sobre una rapada calva, amarillenta loma, otro cementerio, y una línea de cipreses que desfila, resaltando sobre el cielo, y llega a la mole del hospital de Afuera.

Brilla el sol; se oye el ronco rumor del Tajo y el persistente campaneó de las iglesias.

* * *

22 noviembre (tres madrugada).

Esta noche he comido con el gobernador. Este gobernador, antiguo amigo, es un sutil artífice de la prosa, que poco a poco se va apagando.

Del fervido artista, sincero y reflexivo, ya apenas quedan en él rastros. El ambiente de la política, el diario trato y continuo sobo de politicastos y cínicos mangoneadores, van amenguando su fe de antaño, sus ansias juveniles de Ideal. Todas mis charlas con él, estos días, han sido un silencioso análisis. Siento ante él la angustia que se siente ante un ser querido que se muere.

Y se muere. Sólo, desamparado en esta ciudad muerta, perdida la fe en el consolador trabajo literario, ansioso de medro, nostálgico de la febril vida del Casino y del Salón de conferencias, mi amigo pasea hastiado por las anchas salas de este destartalado caserón, recibe automáticamente a *las comisiones*, saluda, habla, sonrío con penosa violencia.



En el despacho oficial, tomamos café. A través de las esmeriladas bombas, suavemente matizada, la luz baña los largos divanes, la mullida alfombra a grandes flores amarillas, la mesa cargada de cartas, telegramas, antipáticos expedientes. Sobre el rojo *peluche* de un diván, destaca reciamente la blancura vivísima de una almohada. Mi amigo se recuesta: hablamos, divagamos, monologamos en el silencio desolador de la ancha sala...

Las horas pasan lentas, inacabables. Llega la medianoche. La campana de la catedral suena solemne, angustiada, desparramando por la ciudad dormida su trágico lamento. Callamos. El silencio pesa sobre nosotros. Espantado de la siniestra calma, huyendo de mí, recito unos versos de Verlaine:

Las sanglots longs
des violons
de l'automne,
blessent mon coeur
d'une langueur
monotone.

Tout suffocant
et blême, quand

sonne l'heure
je me souviens
des jours anciens
et je pleure.

Et je m'en vais
au vent mauvais

qui m'emporte
Decà delà
pareil à la
feuille morte.

El silencio torna; la melancolía flota en el aire. Los ojos de mi amigo llamean un instante; yo, hundido en un sillón, pienso... a lo lejos suena el campaneo cristalino de un convento.

Azorín. Diario de un enfermo. (Madrid, Aguilar, 1959, 2ª ed.)



Pío Baroja

Pío Baroja y Nessi (San Sebastián 1872 - Madrid 1956) experimentaría desde muy pequeño parte de aquellas características temperamentales: melancolía, hipersensibilidad, malhumor, que le harían repetirse a sí mismo, ya adulto: “Baroja no serás nunca nada”. El trabajo del padre como ingeniero de minas obliga a la familia a cambiar frecuentemente de residencia y ámbito geográfico contribuyendo a aumentar la sensación de soledad del futuro escritor. Es un mal estudiante que cursa la carrera de Medicina y se doctora en 1893 con su tesis *El dolor. Estudio de psicofísica*. Poco después marcha a Cestona para ejercer como médico rural pero la desolación se adueña de él y regresa a Madrid en 1896. Intenta luego la aventura industrial regentando la panadería de su tía pero vuelve a fracasar y a final de 1898 decide dedicarse exclusivamente a la literatura y al periodismo. A partir de ese momento y exceptuando sus frecuentes viajes por España y Europa nada interceptará su producción literaria, gran parte escrita en la casa solariega de Itzea en Vera de Bidasoa. Su extensísima obra creativa se ve acompañada por otras calificaciones profesionales. Miembro del grupo de “los Tres”, de la llamada “Generación del 98” –marchamo azorinesco contra el que se rebelará–, miembro de la Real Academia Española, mantuvo hasta su muerte el nihilismo y la angustia existencial que se reflejan en sus personajes ficticios. Atenazado en el desequilibrio entre una intensa vida interior y su incapacidad de realizarla por medio de la acción, Baroja escapa de su sufrimiento por medio de un agnosticismo extremo, político, religioso, social, que le hará apropiarse de la frase del filósofo Du Boys-Reymond, convirtiéndola en su amargo lema: “Ignoramus, ignorabimus”.



Su obra narrativa está dividida en trilogías donde se hace perceptible la distinción de dos etapas. La primera recoge sus mejores creaciones y sus personajes novelescos representativos: Fernando Osorio y Andrés Hurtado. A este periodo pertenecen *Camino de perfección*, *El árbol de la ciencia*, *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* y *El mayorazgo de Labraz*, entre otras. En su segunda etapa Baroja acomete un gran proyecto. Las *Memorias de un hombre de acción*, veintidós novelas enlazadas por la biografía de Eugenio de Aviraneta, eje fundamental de esta heterogénea novela histórica, desde 1913 a 1935. Para el lector actual cobran enorme interés sus memorias publicadas con el título “Desde la última vuelta del camino” en las que Pío Baroja pasa revista al mundo de su juventud, a la estética del modernismo y a sus propias reflexiones literarias, teñidas todas las opiniones por su ácido desencanto.

Fiel reflejo de su actitud ideológica es *La Busca*. Fue publicada en 1904 formando con *Mala hierba* y *Aurora roja* la trilogía de *La lucha por la vida*. En la obra Baroja expresa, no sin compasivo humor, la jungla que rodea al adolescente Manuel en su primer conocimiento de la vida. Manuel intenta subsistir en el Madrid de principios de siglo y en su aventura personal el autor traza un retrato naturalista del ambiente de los suburbios, casi lindante con el del hampa. Ni golfos ni trabajadores por completo, los personajes secundarios como El Bizco o Vidal forman parte de la anónima multitud que pulula en el bajo Madrid. Espectador de excepción en la Corrala y junto al Manzanares es Manuel. Cual buen héroe noventayochesco él también se verá desgarrado entre la acción y la abulia. Por ello en la historia adquiere gran importancia su encuentro con Roberto Hasting. Frente a la indolencia del muchacho y la brutalidad del entorno destaca el dogmático Roberto, futuro prototipo del hombre de voluntad.

Las páginas seleccionadas pertenecen al final de la novela y vuelven a tener como protagonista principal a Manuel. Pero más protagonista, si cabe, que en anteriores capítulos porque ahora discurren los últimos episodios de su lucha en Madrid. Para describirlos Baroja elige tres ambientes prototípicos de la capital a principios de siglo. El primero es el de las prostitutas de baja estofa a las que conoce por mediación de sus amigos; el segundo, el Madrid popular del señor Custodio. Un trasunto de “locus amoenus” para el muchacho, patéticamente presentado en la enumeración de objetos como el tiovivo, y que se destroza con los amoríos de la Justa. Un episodio de fracaso vital que tiene su correlato en la pintura de la

corrida de toros, punto álgido de la novela desde donde Manuel se precipita ya a su destino. Consecuentemente el tercer espacio pertenece al mundo de los mendigos. Un intrincado laberinto que arranca de la Puerta del Sol y se complica en multitud de calles por donde desfila la barahúnda desharrapada. Nunca en toda la novela el autor había acumulado tantos datos de precisión urbanística en su afán de presentar como un mapa geográfico el microcosmos de la noche, opuesto al del día. Esta oposición construida sobre el mismo ámbito locativo fundamenta la narración y da lugar al final abierto con que se cierra la historia.

Estilísticamente el autor desarrolla aquí todas las características de su “retórica de tono menor”: párrafo muy breve, imprecisos nexos sintácticos y un léxico que transmite el color, en la paleta de Solana, del entorno madrileño más sórdido.



La busca

TERCERA PARTE

V

Vestales del arroyo.— Los trogloditas

NADA. Tenemos que separarnos de ese bruto de *Bizco*. Cada vez le tengo más odio y más asco.

—¿Por qué?

—Porque es un bestia. Que se vaya con esa vieja zorra de la Dolores. Nosotros, tú y yo, vamos a ir al teatro todas las noches.

—¿Cómo?

—Con la *clac*. No tenemos que pagar; lo único que hay que hacer es aplaudir cuando nos den la señal.

La condición le pareció a Manuel tan fácil de cumplir, que le preguntó a su primo:

—Pero oye, ¿cómo no va todo el mundo así?

—Todos no conocen como yo al jefe de la *clac*.

Fueron, efectivamente, al teatro de Apolo. Manuel los primeros días no hizo más que pensar en las funciones y en las actrices. Vidal, con la superioridad que tenía para todo, aprendió las canciones en seguida; Manuel, en secreto, le envidiaba.



En los entreactos iban los de la *clac* a una taberna de la calle de Barquillo, y algunas veces a otra de la plaza del Rey. En esta última abundaban los alabarderos del circo de Price.

Casi todos los que formaban la legión de aplaudidores contaban pocos años; algunos, en corto número, trabajaban en algún taller; la mayoría, golfos y organilleros, terminaban después en comparsas, coristas o revendedores.

Había entre ellos tipos afeminados, afeitados, con cara de mujer y voz aguda.

A la puerta del teatro conocieron Vidal y Manuel una cuadrilla de muchachas, de trece a diez y ocho años, que merodeaban por la calle de Alcalá, acercándose a los buenos burgueses, fingiéndose vendedoras de periódicos y llevando constantemente un *Heraldo* en la mano.

Vidal cultivó la amistad de las muchachas; casi todas eran feas, pero esto no estorbaba para sus planes, que consistían en ensanchar el radio de acción de sus conocimientos.

—Hay que dejar las afueras y meterse en el centro —decía Vidal.

Vidal quería que Manuel le secundase, pero éste no tenía aptitudes. Vidal llegó a ser el indispensable para cuatro muchachas que vivían juntas en Cuatro Caminos, que se llamaban la *Mellá*, la *Goya*, la *Rabanitos* y la *Engracia*, y que habían formado como Vidal, el *Bizco* y Manuel una sociedad, aunque anónima.

Las pobres muchachas necesitaban alguna protección; las perseguían los polizontes, más que a las demás mujeres de la vida porque no pagaban a los inspectores. Solían andar huyendo de los guardias y agentes, los cuales, cuando había recogida, las llevaban al Gobierno Civil, y de aquí al convento de las Trinitarias.

La idea de quedar encerradas en el convento producía en ellas verdadero terror.

—¡Eso de no ver la *caye*! —decían, como si fuera un tremendo castigo.

Y el abandono de noche, en las calles desamparadas, para otros motivo de horror; el frío, el agua, la nieve, era para ellas la libertad y la vida.

Hablaban todas de manera tosca; decían *veniría*, *saliría*, *quedaría*; en ellas el lenguaje saltaba hacia atrás en curiosa regresión atávica.

Adornaban sus dichos con larga serie de frases y muletillas del teatro.

Llevaban las cuatro una vida terrible; pasaban la mañana y tarde durmiendo y se acostaban al amanecer.

—Nosotras somos como los gatos —decía la *Mellá*— cazamos de noche y dormimos de día.

La *Mellá*, la *Goya*, la *Rabanitos* y la Engracia, solían venir de noche al centro de Madrid, acompañadas por un mendigo de barba blanca, cara sonriente y boina a rayas.

El viejo venía a pedir limosna, era vecino de las muchachas y éstas le llamaban el *Tío Tarrillo* y le daban broma por las borracheras que pescaba. Completamente chocho, le gustaba hablar de lo corrompido de las costumbres.

La *Mellá* contaba que el *Tío Tarrillo* la quiso forzar al volver a casa los dos solos una noche en los jardinillos del Depósito de Agua, y la dio a la muchacha tanta risa que no pudo ser.

El mendigo se indignaba al oír esto y perseguía a la indiscreta como un viejo fauno.

De las cuatro muchachas la más fea era la *Mellá*; con su cabeza gorda y disforme, los ojos negros, la boca grande con los dientes rotos, el cuerpo rechoncho, parecía la bufona de una antigua princesa. Había estado a punto de entrar de corista en un teatro; pero no pudo, porque, a pesar de su buena voz y oído, no pronunciaba con claridad por la falta de dientes.

Estaba la *Mellá* siempre alegre, a todas horas cantando y riendo; llevaba una polvera pequeña en el bolsillo del delantal, que en el fondo de la tapa tenía un espejo, y mirándose en él a la luz de un farol, se enharinaba la cara a cada paso.

La *Mellá* era cariñosa y de muy buen corazón; a Manuel se le atragantaba por demasiado fea; la muchacha quería captarse sus simpatías, pero Vidal aconsejó a su primo que no se quedara con ella; le convenía más la *Goya*, que sacaba más dinero.

A Manuel no le gustaba la *Mellá*, a pesar de sus arrumacos; pero la *Goya* estaba comprometida con el *Soldadito*, un hombre con oficio, según decía ella, porque cuando se ponía a trabajar era pianista de manubrio.

Este organillero sacaba los cuartos a la *Goya*, que como más bonita, tenía también su parroquia; el *Soldadito* la vigilaba, y cuando se iba con alguno, la seguía y la esperaba a la salida de la casa de citas para sacarle el dinero.

Vidal, de las cuatro, se dignaba proteger a la *Rabanitos* y a la Engracia; las dos se lo disputaban. La *Rabanitos* parecía una mujer en miniatura: carita blanca, con manchas azules alrededor de la nariz y de la boca; cuerpecillo raquítrico y delgaducho; labios finos y ojos grandes de esclerótica azul; en el vestir, una vieja, con su mantoncito obscuro y su falda negra: ésta era la *Rabanitos*. Echa-

ba sangre por la boca con frecuencia; hablaba con remilgos de comadre, haciendo gestos y jeribeques, y todo su dinero lo gastaba en mojama, en caramelos y en golosinas.

La Engracia, la otra favorita de Vidal, era el tipo de la mujer de burdel: llevaba la cara blanca, por los polvos de arroz; sus ojos, negros y brillantes, tenían expresión de melancolía puramente animal; al hablar enseñaba los dientes azulados, que contrastaban con la blancura de su cara empolvada. Pasaba de la alegría al enfado sin transición. No sabía sonreír. En su cara aleteaba tan pronto la estupidez como una alegría canallesca, insultante y cínica.

La Engracia hablaba poco, y cuando hablaba era para decir algo muy bestial y muy sucio, algo de un cinismo y de una pornografía complicada. Tenía la imaginación monstruosa y fecunda.

Un imaginero macabro hubiese encontrado algo genial tallando en piedra los pensamientos de aquella muchacha en el infierno de una Danza de la Muerte.

La Engracia no sabía leer. Vestía blusas vistosas, azules y sonrosadas; pañuelo blanco en la cabeza y delantal de color; andaba siempre corriendo de un lado a otro, haciendo sonar las monedas del bolsillo. Llevaba ocho años de buscona y tenía diez y siete. Se lamentaba de haber crecido, porque decía que de niña ganaba más.

Las amistades de Manuel y de Vidal con las muchachas duraron un par de meses; Manuel no se decidía por la *Mellá*, le resultaba demasiado fea; Vidal extendía su radio de acción, copeaba con unos cuantos chulos y se dedicaba a la conquista de una florera que vendía claveles.

La Engracia y la *Rabanitos* tenían odio feroz a la muchacha.

—Esa —decía la *Rabanitos*—, esa está ya tan *deshonrá* como nosotras...

Una noche, Vidal no se presentó en Casa Blanca, y a los dos o tres días apareció en la Puerta del Sol con una mujerona alta, vestida de gris.

—¿Quién es? —le preguntó Manuel a su primo.

—Se llama Violeta; me he quedado con ella.

—¿Y la otra, la de Casa Blanca?

Vidal se encogió de hombros.

—Quédate tú con ella si quieres —dijo.

La antigua querida de Vidal dejó de aparecer también por Casa Blanca, y a las dos semanas de no pagar, el administrador puso a Manuel en la calle y vendió el mobiliario: unas cuantas botellas vacías, un puchero y una cama.

Manuel durmió durante algunos días en los bancos de la plaza de Oriente y en las sillas de la Castellana y Recoletos. Era el final del verano y todavía se podía dormir al raso. Algunos céntimos que ganó subiendo maletas de las estaciones le permitieron ir viviendo, aunque malamente, hasta octubre.

Hubo días en que no comió más que tronchos de berza cogidos en el suelo de los mercados; otros, en cambio, se regaló con banquetes de setenta y ochenta céntimos en los figones.

Llegó octubre, y Manuel empezó a helarse por las noches; su hermana mayor le proporcionó un gabán raído y una bufanda; pero, a pesar de esto, cuando no encontraba sitio donde dormir bajo techado, se moría de frío en la calle.

Una noche, a principios de noviembre, Manuel se encontró a la puerta de un cafetín de la Cabecera del Rastro con el *Bizco*, que iba encorvado, casi desnudo, con los brazos cruzados por delante del pecho, y descalzo; tenía un aspecto imponente de miseria y de frío.

Dolores la *Escandalosa* le había dejado por otro.

—¿Dónde podríamos ir a dormir? —le preguntó Manuel.

—Vamos a las cuevas de la Montaña —contestó el *Bizco*.

—Pero ¿allá se podrá entrar?

—Sí; si no hay mucha gente.

—Entonces, andando.

Salieron los dos, por Puerta de Moros y la calle de los Mancebos, al Viaducto; cruzaron la plaza de Oriente, siguieron la calle de Bailén y la de Ferraz, y, al llegar a la Montaña del Príncipe Pío, subieron por una vereda estrecha, entre pinos recién plantados.

A oscuras anduvieron el *Bizco* y Manuel de un lado a otro, explorando los huecos de la Montaña, hasta que la línea de luz que brotaba de una rendija de la tierra les indicó una de las cuevas.

Se acercaron al agujero; salía del interior un murmullo interrum-pido de voces roncas.

A la claridad vacilante de una bujía, sujeta en el suelo entre dos piedras, más de una docena de golfos, sentados unos, otros de rodillas, formaban corro jugando a las cartas. En los rincones se esbozaban vagas siluetas de hombres tendidos en la arena.

Un vaho pestilente se exhalaba del interior del agujero.

Temblaba la llama, iluminando a ratos, ya un trozo de la cueva, ya la cara pálida de uno de los jugadores, y, al parpadear de la luz, las sombras de los hombres se alargaban y se achicaban en las paredes arenosas. De cuando en cuando se oía una maldición o una blasfemia.

Manuel pensó haber visto algo parecido en la pesadilla de una fiebre.

–Yo no entro –le dijo al *Bizco*.

–¿Por qué? –preguntó éste.

–Prefiero helarme.

–Haz lo que quieras. Yo conozco a uno de esos. Es el *Intérprete*.

–¿Y quién es el *Intérprete*?

–El capitán de los golfos de la Montaña.

A pesar de estas seguridades, Manuel no se decidió.

–¿Quién está ahí? –se oyó que preguntaban desde dentro.

–Yo –contestó el *Bizco*.

Manuel se alejó de allá a todo correr. Cerca de la cueva había dos o tres casuchas reunidas, con un corral en medio, cercadas por una tapia de pedruscos.

Era aquello, según el nombre irónico puesto por la golfería, el Palacio de Cristal, nido de palomas torcaces de bajo vuelo que garfaban en el cuartel de la Montaña, y a las cuales, por la noche, acompañaban gavilanes y gerilfaltos amigos.

El paso del corral estaba cerrado por una puerta de dos hojas.

Manuel la examinó por ver si cedía, pero era fuerte, y blindada con latas extendidas y claveteadas sobre esteras.

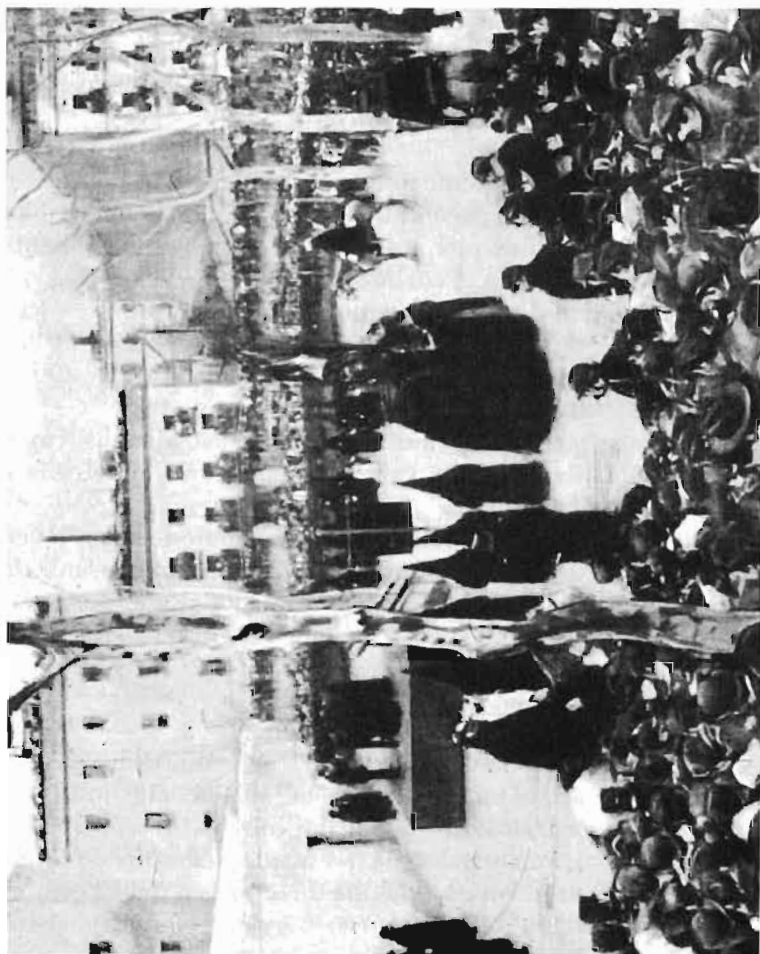
Pensó que allí no habría nadie, e intentó saltar la tapia; subió sobre el muro bajo de cascote y, al ir a pasar, se enredó en un alambre, cayó una piedra de la cerca al suelo, comenzó a ladrar un perro con furia y se oyó de dentro una maldición.

Manuel pudo convencerse de que el nido no estaba vacío, y huyó de allá. En un hueco, algo resguardado de la lluvia, se metió y se acurrucó a dormir.

Era de noche aún cuando se despertó tiritando de frío, temblando de la cabeza a los pies. Echó a correr para entrar en reacción; llegó al paseo de Rosales y dio varias vueltas arriba y abajo.

La noche se le hizo eterna.

Dejó de llover; a la mañana salió el sol; en un agujero abierto en la pendiente del terraplén, Manuel se guareció. El sol comenzaba a calentarse de manera deliciosa. Manuel soñó con una mujer muy blanca y muy hermosa, con cabellos de oro. Se acercó a la dama, muerto de frío, y ella le envolvió con sus hebras doradas y él se fue quedando en su regazo agazapado dulcemente, muy dulcemente...



El garrote vil, de Ramón Casas.

VI

El señor Custodio y su hacienda.—A la busca

... Y dormía con el más dulce de los sueños, cuando una voz áspera le trajo a las amargas e impuras realidades de la existencia.

—¿Qué haces ahí, golfo? —le dijeron.

—¡Yo! —murmuró Manuel, abriendo los ojos y contemplando a quien le hablaba—. Yo no hago nada.

—Sí; ya lo veo, ya lo veo.

Manuel se incorporó; tenía ante sí un viejo de barba entrecana y mirada adusta, con un saco al hombro y un gancho en la mano. Llevaba el viejo gorra de piel, una especie de gabán amarillento y bufanda roja, arrollada al cuello.

—¿Es que no tienes casa? —preguntó el hombre.

—No, señor.

—¿Duermes al aire libre?

—Como no tengo casa...

El trapero se puso a escarbar en el suelo, sacó algunos trapos y papeles, los guardó en el saco y, volviendo a mirar a Manuel, añadió:

—Más te valdría trabajar.

—Si tuviera trabajo, trabajaría; pero como no tengo... a ver... —y Manuel, harto de palabras inútiles, se acurrucó para seguir durmiendo.

—Mira... —dijo el trapero— ven conmigo. Yo necesito un chico... te daré de comer.

Manuel miró al viejo, sin contestar nada.

—Conque ¿quieres o no? Anda, decídetelo.

Manuel se levantó perezosamente. El trapero subió la cuesta del terraplén con el saco al hombro, hasta llegar a la calle de Rosales, en donde tenía un carrito, tirado por dos burros. Arreó el hombre a los animales, bajaron el paseo de la Florida, y después, por el de los Melancólicos, pasaron por delante de la Virgen del Puerto y siguieron la Ronda de Segovia. El carro era viejo, compuesto con tiras de pleita, con su chapa y su número, y estaba cargado con dos o tres sacos, cubos y espuelas.

El trapero, el señor Custodio, así dijo él que se llamaba, tenía facha de buena persona.

De cuando en cuando recogía algo en la calle y lo echaba en el carro.

Debajo del carro, sujeto por una cadena y andando despacio, iba un perro con lanas amarillas, largas y lustrosas, perro simpático que, en su clase, le pareció a Manuel que debía ser tan buena persona como su amo.

Entre el Puente de Segovia y el de Toledo, no muy lejos del comienzo del Paseo Imperial, se abre una hondonada negra con dos o tres chozas sórdidas y miserables. Es un hoyo cuadrangular, ennegrecido por el humo y el polvo del carbón, limitado por murallas de cascote y montones de escombros.

Al llegar a los bordes de esta hondonada, el trapero se detuvo e indicó a Manuel una casucha próxima a un *Tío Vivo* roto y a unos columpios, y le dijo:

–Esa es mi casa; lleva el carro ahí y vete descargando. ¿Podrás?

–Sí; creo que sí.

–¿Tienes hambre?

–Sí, señor.

–Bueno; pues dile a mi mujer que te dé de almorzar.

Bajó Manuel con el carro hasta la hondonada por una pendiente de escombros. La casa del trapero era la mayor de todas y tenía corral y un cobertizo adosado a ella.

Se detuvo Manuel a la puerta de la casucha; una vieja le salió al encuentro.

–¿Qué quieres tú, chaval? –le dijo–. ¿Quién te manda venir aquí?

–El señor Custodio. Me ha encargado que me diga usted dónde tengo que dejar lo que va en el carro.

La vieja le indicó el cobertizo.

–Me ha dicho también –agregó el muchacho– que me dé usted de almorzar.

–¡Te conozco, lebrel! –murmuró la vieja.

Y después de refunfuñar durante largo rato y de esperar a que Manuel descargara el carro, le dio un trozo de pan y de queso.

La vieja desenganchó los dos borricos del carrito y soltó al perro, que se puso a ladrar y a jugar de contento; ladró a los burros, uno negro y otro rucio, que volvieron la cabeza para mirarle, y le enseñaron los dientes; persiguió desesperadamente a un gato blanco de cola erizada como un plumero, luego se acercó a Manuel, que, sentado al sol, comía su trozo de queso y de pan en espera de algo. Almorzaron los dos.

Manuel dio vuelta a la casa para verla. Uno de sus lados estrechos lo componían dos casetas de baño.

Estas dos casetas no se hallaban unidas; dejaban entre ambas un espacio tapado por una puerta de hierro, de las usadas para cerrar las tiendas, llenas de orín.

Formaban las dos paredes más largas de la casa del trapero estacas embreadas, y la pared contraria a la de las dos casetas de baño estaba construida con piedras gruesas e irregulares, y se curvaba hacia el exterior con un abombamiento como el del ábside de una iglesia. Por dentro, esta curvatura correspondía a un hueco a modo de ancha hornacina, ocupado por el fogón de la chimenea.

La casa, a pesar de ser pequeña, no tenía un sistema igual de cubierta; en unas partes, las latas, con grandes pedruscos encima y con los intersticios llenos de paja, sustituía a las tejas; en otras, las pizarras sujetas y afianzadas con barro; en otras, las chapas de cinc.

Se notaba en la construcción de la casa las fases de su crecimiento. Como el caparazón de una tortuga aumenta a medida del desarrollo del animal, así la casucha del trapero debió ir agrandándose poco a poco. Al principio, aquello debió ser una choza para un hombre solo, como la de un pastor; luego se ensanchó, se alargó, se dividió en habitaciones; después agregó sus dependencias, su cubierta y su corraliza.

Frente a la puerta de la vivienda, en un raso de tierra apisonado, se levantaba un *Tío Vivo*, rodeado de una valla bajita, octogonal, en cuyos palitroques, podridos por la acción de la humedad y del calor, se conservaban algunos restos de pintura azul.

Aquellos pobres caballos del *Tío Vivo*, pintados de rojo, ofrecían a las miradas del espectador indiferente el más cómico y al mismo tiempo el más lamentable de los aspectos; uno de los corceles, desteñido, presentaba color indefinible; otro debió de olvidar una de sus patas en su veloz carrera; algunos de ellos, en postura elegantemente incómoda, simbolizaban la tristeza humilde y la modestia honrada y de buen gusto.

Al lado del *Tío Vivo* se levantaba un caballete formado por dos trípodes, sobre los cuales se apoyaba una viga, cuyos ganchos servían para colgar los columpios.

La hondonada negra contaba con tres casuchas más, las tres construidas con latas, escombros, tablas, cascotes y otros elementos similares de construcción; una de las chozas se cuarteaba por vejez o mala construcción, y para impedir su caída, su dueño, sin duda, la puso, a lo largo de una de las paredes, una fila de estacas, en las cuales se apoyaba como un cojo en su muleta; otra de las casas te-

nía, a modo de asta de bandera, un palo largo en el tejado, con un puchero en la punta...

Después de almorzar, Manuel indicó a la vieja cómo el señor Custodio le había dicho que se quedara allí.

—Dígame usted si tengo que hacer algo —concluyó diciendo.

—Bueno; quédate aquí. Ten cuidado con la lumbre; si el puchero hierve, déjalo; si no, echa al fuego un poco de carbón. ¡Reverte! ¡Reverte! —gritó la vieja, llamando al perro—. Que se quede aquí.

Se fue la mujer y quedó Manuel solo con el perro. La olla hervía. Manuel, seguido de Reverte, recorrió la casa por dentro. Estaba dividida en tres cuartos: una cocina pequeña y un cuarto grande, al cual entraba la luz por dos altos ventanillos.

En este cuarto o almacén, por todas partes, de las paredes y del techo, colgaban trapos viejos de diversos colores, ropas blancas, barretinas y boinas rojas, trozos de mantones de crespón. En los vasares y en el suelo, separados por clases y tamaños, había frascos, botellas, tarros, botes, un verdadero ejército de cacharros de cristal y de porcelana; rompían fila esos botellones verdosos hidrónicos de las droguerías y unas cuantas ventrudas damajuanas; luego venían botellas de azumbre, altas, negruzcas; bombonas recubiertas de paja; después seguía la sección de aguas medicamentosas, la más variada y numerosa, pues en ella se incluían los sifones de agua de Seltz y de agua oxigenada, los botellines de gaseosa, las botellas de Vichy, de Mondáriz, de Carabaña; y pasada esta sección, se amontonaba la morralla, los frascos de perfumería, los tarros y botes de pomada, de crema de velutina.

Además de este departamento de botillería, había otros: de latas de conserva y de galletas, colocadas en vasares; de botones y llaves metidos en cajas; de retales, de cintas y de puntillas arrollados en carretes y cartones.

A Manuel le pareció agradable aquello. Hallábase todo arreglado, limpio, relativamente; se notaba la mano de una persona ordenada y pulcra.

En la cocina, enjalbegada de cal, brillaban los pocos trastos de la espetera. En el fogón, sobre la ceniza blanca, un puchero de barro hervía con un glu glu suave.

De fuera, apenas llegaba vagamente, y eso como un pálido rumor, el ruido lejano de la ciudad; reinaba un silencio de aldea; a intervalos, algún perro ladraba, algún carro resonaba al dar barquinazos por el camino y volvía el silencio, y en la cocina sólo se escuchaba el glu glu del puchero, como un suave y confidencial murmullo...

Manuel echaba una mirada de satisfacción, por la rendija de la puerta a la hondonada negra. En el corral, las gallinas picoteaban la tierra; un cerdo hozaba y corría asustado de un lado a otro, gruñendo y agitándose con estremecimientos nerviosos; Reverte bostezaba y guiñaba los ojos con gravedad, y uno de los burros se revolcaba alegremente entre pucheros rotos, cestas carcomidas y montones de basura, mientras el otro le contemplaba con la mayor sorpresa, como escandalizado por un comportamiento tan poco distinguido.

Toda aquella tierra negra daba a Manuel una impresión de fealdad, pero al mismo tiempo de algo tranquilizador, abrigado; le parecía un medio propio para él. Aquella tierra, formada por el aluvión diario de los vertederos; aquella tierra cuyos únicos productos eran latas viejas de sardinas, conchas de ostras, peines rotos y cacharros desportillados; aquella tierra, árida y negra, constituida por detritus de la civilización, por trozos de cal y de mortero y escorias de fábricas, por todo lo arrojado del pueblo como inservible, le parecía a Manuel un lugar a propósito para él, residuo también desechado de la vida urbana.

Manuel no había visto más campos que los tristes y pedregosos del pueblo de Soria y los más tristes aún de los alrededores de Madrid. No sospechaba que en sitios no cultivados por el hombre hubiese praderas verdes, bosques frondosos, macizos de flores; creía que los árboles y las flores sólo nacían en los jardines de los ricos...

Los primeros días en casa del señor Custodio parecieron a Manuel de demasiada sujeción; pero como en la vida del trapero hay mucho de vagabundaje, pronto se acostumbró a ella.

Se levantaba el señor Custodio todavía de noche, despertaba a Manuel, enganchaban entre los dos los borricos al carro y comenzaban a subir a Madrid, a la caza cotidiana de la bota vieja y del pedazo de trapo. Unas veces iban por el paseo de los Melancólicos; otras, por las rondas o por la calle de Segovia.

El invierno comenzaba; a las horas que salían, Madrid estaba completamente a oscuras. El trapero tenía sus itinerarios fijos y sus puntos de parada determinados. Cuando iba por las rondas subía por la calle de Toledo, que era lo más frecuente, se detenía en la plaza de la Cebada y en Puerta de Moros, llenaba los serones de verdura y seguía hacia el centro.

Otros días se encaminaba por el Paseo de los Melancólicos a la Virgen del Puerto, de aquí a la Florida, luego a la calle de Rosales, en donde escogía lo que echaban algunos volquetes de la basura; seguía a la plaza de San Marcial y llegaba a la plaza de los Mostenses.

En el camino, el señor Custodio no veía nada sin examinar al pasar lo que fuera, y recogerlo si valía la pena; las hojas de verdura iban a los serones; el trapo, el papel y los huesos, a los sacos; el cok medio quemado y el carbón, a un cubo, y el estiércol, al fondo del carro.

Regresaban Manuel y el trapero por la mañana temprano; descargaban en el raso que había delante de la puerta, y marido y mujer y el chico hacían las separaciones y clasificaciones. El trapero y su mujer tenían habilidad y rapidez para esto, pasmosa.

Los días de lluvia hacían la selección dentro del cobertizo. En estos días la hondonada era un pantano negro, repugnante, y para cruzarlo había que meterse en el lodo, en algunos sitios hasta media pierna. Todo en estos días chorreaba agua; en el corral, el cerdo se revolcaba en el cieno; las gallinas aparecían con las plumas negras, y los perros andaban llenos de barro hasta las orejas.

Después de la clasificación de todo lo recogido, el señor Custodio y Manuel, con una espuerta cada uno, esperaban a que vinieran los carros de escombros, y cuando descargaban los carreros, iban apartando en el mismo vertedero: los cartones, los pedazos de trapo, de cristal y de hueso.

Por las tardes, el señor Custodio iba a algunas cuadras del barrio de Argüelles a sacar el estiércol y lo llevaba a las huertas del Manzanares,

Entre unas cosas y otras, el señor Custodio sacaba para vivir con cierta holgura; tenía su negocio perfectamente estudiado, y como el vender su género no le apremiaba, solía esperar las ocasiones más convenientes para hacerlo con alguna ventaja.

El papel que almacenaba se lo compraban en las fábricas de cartón; le daban de treinta a cuarenta céntimos por arroba. Exigían los fabricantes que estuviera perfectamente seco, y el señor Custodio lo secaba al sol. Como a veces querían escatimarle en el peso, solía meter en cada saco tres o cuatro arrobas justas, pesadas con una romana; en la jerga del talego pintaba un número con tinta, indicador de las arrobas que contenía; estos sacos los guardaba en una especie de bodega o sentina de barco que había hecho el trapero ahondando en el suelo del cobertizo.

Cuando había una partida grande de papel se vendía en una fábrica de cartón del Paseo de las Acacias. No solía perder el viaje el señor Custodio, porque además de vender el género en buenas condiciones, a la vuelta llevaba su carro a las escombreras de una fábrica de alquitrán que había por allá, y recogía del suelo carbonilla muy menuda, que se quemaba bien y ardía como cisco.



Las botellas las vendía el trapero en los almacenes de vino, en las fábricas de licores y de cervezas; los frascos de específicos, en las droguerías; los huesos iban a parar a las refinerías, y el trapo, a las fábricas de papel.

Los desperdicios de pan, hojas de verdura, restos de frutas, se reservaban para la comida de los cerdos y gallinas, y lo que no servía para nada se echaba al pudridero y, convertido en fiemo, se vendía en las huertas próximas al río.

El primer domingo que estuvo allí Manuel, el señor Custodio y su mujer aprovecharon la tarde. Hacía mucho tiempo que no salían juntos por no dejar la casa sola; se vistieron los dos muy elegantes y fueron a visitar a su hija, que estaba de modista en el taller de una parienta.

Manuel se quedó solo muy a gusto con Reverte, contemplando la casa, el corral, la hondonada; hizo dar vueltas al *Tío Vivo*, que rechinó como malhumorado; se subió al caballete del columpio, contempló a las gallinas, molestó un poco al cerdo y corrió de un lado para otro, perseguido por el perro, que ladraba alegremente con furia fingida.

Atraía a Manuel, sin saber por qué, aquella negra hondonada con sus escombreras, sus casuchas tristes, su cómico y destartalado *Tío Vivo*, su caballete de columpio y su suelo, lleno de sorpresas, pues lo mismo brotaba de sus entrañas negruzcas el pucherete tosco y ordinario, que el elegante frasco de esencias de la dama; lo mismo el émbolo de una prosaica jeringa, que el papel satinado y perfumado de una carta de amor.

Aquella vida tosca y humilde, sustentada con los detritus del vivir refinado y vicioso; aquella existencia casi salvaje en el suburbio de una capital, arrojado allí de la urbe, con desprecio, escombros y barreños rotos, tiestos viejos y peines sin púas, menospreciado por la ciudad, se dignificaba y se purificaba al contacto de la tierra.

Manuel pensó que si con el tiempo llegaba a tener una casucha igual a la del señor Custodio, y su carro, y sus borricos, y sus gallinas, y su perro, y además una mujer que le quisiera, sería uno de los hombres casi felices de este mundo.

VII

El señor Custodio y sus ideas.—La Justa, el “Carnicerín” y el “Conejo”.

El señor Custodio era hombre inteligente, de luces naturales, muy observador y aprovechado. No sabía leer ni escribir, y, sin embargo, hacía notas y cuentas; con cruces y garabatos de su invención, llegaba a sustituir la escritura, al menos para los usos de su industria.

Sentía el señor Custodio un gran deseo de instruirse, y a no ser porque le parecía ridículo, se hubiese puesto a aprender a leer y escribir. Por las tardes, concluido el trabajo, solía decir a Manuel que leyese los periódicos y revistas ilustradas que recogía por la calle, y el trapero y su mujer prestaban gran atención a la lectura.

Guardaba también el señor Custodio unos cuantos tomos de novelas por entregas que había dejado su hija, y Manuel comenzó a leerlos en voz alta.

Las observaciones del trapero, el cual tomaba por historia la ficción novelesca, eran siempre atinadas y justas, reveladoras de un instinto de sensatez y de buen sentido. El criterio sensato del trapero a Manuel no siempre le agradaba, y a veces se atrevía a defender una tesis romántica e inmoral; pero el señor Custodio le atacaba en seguida, sin permitirle que siguiera adelante.

Por razón de su oficio, el trapero tenía una preocupación por el abono que se desperdiciaba en Madrid.

Solía decir a Manuel:

—¿Tú te figuras el dinero que vale toda la basura que sale de Madrid?

—Yo, no.

—Pues haz la cuenta. A sesenta céntimos la arroba, los millones de arrobas que saldrán al año... Extiende eso por los alrededores y haz que el agua del Manzanares y la del Lozoya rieguen esos terrenos, y verías tú huertas y más huertas.

Otra de las ideas fijas del trapero era la de regenerar los materiales usados. Creía que se debía de poder sacar la cal y la arena de los cascotes de mortero, el yeso vivo del ya viejo y apagado, y suponía que esta regeneración daría una gran cantidad de dinero.

El señor Custodio, que había nacido cerca de aquella hondonada en donde estaba su casa, sentía por sus barrios, y, en general,



por Madrid gran entusiasmo; el Manzanares era para él un río tan serio como el Amazonas.

El señor Custodio tenía dos hijos, de los cuales no conocía Manuel más que a Juan, un chulapo alto y moreno, que estaba casado con la hija de la dueña de un lavadero de la Bombilla. La hija, Justa de nombre, estaba de modista en un taller.

En las primeras semanas, ninguno de los hijos apareció por casa de los padres. Juan vivía en el lavadero, y la Justa, con una pariente suya, dueña de un taller.

Manuel, que solía hablar mucho con el señor Custodio, pudo notar pronto que el trapero era, aunque comprendiendo lo ínfimo de su concición de orgullo extraordinario, y que tenía acerca del honor y de la virtud las ideas de un señor noble de la Edad Media.

Al mes de vivir allí, estaba Manuel un domingo a la puerta de la casa, después de comer, cuando vio que por la pendiente del vertedero bajaba una muchacha. Al verla de cerca, Manuel quedó rojo, luego pálido. Era la chiquilla que había ido dos o tres veces a casa de la patrona, a probar trajes a la Baronesa, pero hecha una mujer.

Se acercó la muchacha, levantando las faldas y las enaguas almidonadas, cuidando de no ensuciarse los zapatitos de charol.

—¿Qué vendrá a hacer aquí? —de dijo Manuel.

—¿Está padre? —preguntó ella.

Salió el señor Custodio y abrazó a la muchacha. Era la hija del trapero, la Justa, de quien Manuel oía hablar continuamente, y que, sin saber por qué, se había figurado que debía de ser muy flaca, muy esmirriada y desagradable.

La Justa entró en la cocina, y después de mirar las sillas, por si tenían algo que ensuciara su vestido, se sentó en una. Luego habló por los codos, diciendo tonterías a porrillo y riendo ella misma sus chistes.

Manuel la escuchaba silencioso; la verdad es que no era tan guapa como se había figurado, pero no por eso le gustaba menos. Tendría unos diez y ocho años, era morena, bajita, de ojos muy negros y muy vivos, la nariz respingona y descarada, la boca sensual, de labios gruesos. Era algo fondoncilla y abundante de pecho y de caderas; iba limpia, fresca, con el moño muy empingorotado y unos zapatos nuevos y relucientes.

Mientras hablaba la Justa y la oían extasiados sus padres, se presentó en la cocina un jorobado de una de las casuchas de la hondonada, a quien llamaban el *Conejo*, y que tenía, efectivamente, en sus rostro gran semejanza con el simpático roedor cuyo nombre llevaba.

Era el *Conejo* del gremio del señor Custodio, y conocía a Justa desde niña; Manuel solía verle todos los días, pero no paraba su atención en él.

Entró el *Conejo* en casa del señor Custodio y se puso a decir simplezas y a reírse a carcajadas, pero de un modo tan mecánico que molestaba, porque parecía que detrás de aquel reír continuo debía haber amargura muy grande. La Justa le tocó la joroba, pues sabido es que esto da la buena suerte, y el *Conejo* se echó a reír.

—¿Te han llevado alguna otra vez a la Delegación? —le preguntó ella.

—Sí; muchas veces... ¡i... ¡i...

—¿Y por qué?

—Porque el otro día me puse a gritar en la calle; ¡Aire, quién compra el paraguas de Sagasta, el sombrero de Krüger, el orinal del Papa, una lavativa que se le ha perdido a una monja cuando estaba hablando con el sacristán!...

El *Conejo* daba gritos formidables y la Justa se reía a carcajadas.

—¿Y ya no cantas la misa como antes?

—Sí, también.

—Pues cántala.

El jorobado había tomado, como motivo de escándalo, el Prefacio de la Misa, y substituía las palabras sagradas por otras con que anunciaba su comercio, y empezó a gritar:

—Quién me vende... las zapatillas... los pantalones... las alpargatas... las botas viejas... y las usadas... las lavativas... los orinales y hasta la camisa.

A la Justa le producían los gritos del jorobado una risa nerviosa. El *Conejo*, después de cantar dos o tres veces el Prefacio, tomó el aire de las rogativas y cantó unas cosas con voz de tiple y otras con voz de bajo:

El sombrero de copa... y en vez de decir *Liberanos dominé*, decía: ahora mismo compraré... el chaleco viejo... una perra gorda daré...

El jorobado tuvo que callarse para que dejara de reír la Justa.

De pronto ésta advirtió el entusiasmo de Manuel, y, a pesar de que no le parecía una gran conquista, se puso seria, le animó y le dedicó miradas furtivas, que hicieron latir apresuradamente el corazón del muchacho.

Cuando se fue la hija del señor Custodio, Manuel se quedó como si le hubieran dejado a oscuras. Pensó que con el recuerdo de las miradas incendiarias tendría que vivir dos o tres semanas.

Al día siguiente, cuando Manuel se encontró con el *Conejo*, escuchó las tonterías que le dijo el jorobado, que siempre estaba hablando del obispo de Madrid-Alcalá, y luego trató de llevar la conversación al tema del señor Custodio y su familia.

–Es guapa la Justa, ¿verdad?

–Psch... sí –y el *Conejo* miró a Manuel con aspecto reservado de hombre que oculta un misterio.

–Usted la ha conocido de chica, ¿eh?

–Sí; pero he conocido a otras muchas.

–¿Tiene novio?

–Sí lo tendrá. Todas las mujeres tienen novio, a no ser que sean muy feas.

–¿Y quién es el novio de la Justa?

–Cualquiera; yo creo que es el obispo de Madrid-Alcalá.

El *Conejo* era hombre de aspecto muy inteligente; tenía la cara larga, la nariz corva, la frente ancha, los ojos pequeños y brillantes y una perilla rojiza y en punta como la de un chivo.

Un tic especial, un movimiento convulsivo de la nariz agitaba su rostro de vez en cuando, y era lo que le daba más semejanza con un conejo. Reían pronto con carcajada nerviosa, metálica, sonora, como con risa sorda de polichinela. Miraba a la gente de arriba abajo y de abajo arriba, de manera insolente a fuerza de ser burlona, y para más sorna detenía su mirada en los botones del traje de su interlocutor, e iba danzando con la vista de la corbata al pantalón y de las botas al sombrero.

Tenía especial empeño en vestir de un modo ridículo y le gustaba adornarse la gorra con vistosas plumas de gallo, andar con botas de montar y hacer otra porción de extravagancias.

Le gustaba también embromar a la gente con sus mentiras, y afirmaba las cosas que inventaba con tal tesón, que no se comprendía si se estaba riendo o hablando en serio.

–¿No sabe usted lo que le ha pasado esta tarde al obispo de Madrid-Alcalá en las Cambronerías? –decía a algún conocido.

–No.

–Pues que ha ido a hacer una visita para darle una limosna a *Garibaldi*, y *Garibaldi* le ha sacado una jícara de chocolate al señor obispo. Se ha sentado el señor obispo, ha tomado una sopa y clac... no se sabe qué le ha pasado; se ha quedado muerto.

–¡Pero, hombre!...

–Es cosa de los republicanos –decía el *Conejo*, muy serio, y se marchaba a otra parte a propagar la noticia o a contar otro embuste. Se metía en un grupo:

—¿Ya saben ustedes eso de Weyler?

—No; ¿qué ha pasado?

—Nada; que al volver del Campamento unas moscas se le han puesto en la cara y le han comido toda la oreja. Ha pasado por el puente de Segovia echando sangre.

Así se divertía aquel bufón.

Por las mañanas echaba el saco a la espalda e iba al centro de Madrid y anunciaba su oficio por las calles, mezclando en sus pregones a personajes políticos y hombres ilustres, lo que algunas veces le había valido los honores de la Delegación.

Era el *Conejo* perverso y malintencionado como un demonio; la muchacha de los alrededores que tuviera su lío podía temblar, porque se las apañaba para sorprenderla. Lo sabía todo, lo husmeaba todo; pero, al parecer, no se valía de sus descubrimientos. Con asustar, estaba satisfecho.

—El *Conejo* lo sabrá —le solían decir algunas veces cuando se sospechaba algo.

—Yo no sé nada; yo no he visto nada —contestaba él riéndose—; yo no sé nada.

Y de aquí no había medio de sacarle.

Cuando Manuel fue conociendo al *Conejo*, sintió por él, si no estimación, cierto respeto por su inteligencia.

Era tan listo aquel jorobado bufón, que se las arreglaba en el Rastro muchas veces para engañar a sus colegas, que de tontos no tenían un pelo.

Casi todas las mañanas se reunían los traperos en la cabecera del Rastro para cambiar impresiones y prendas usadas. El *Conejo* se enteraba de lo que necesitaban los vendedores de los puestos, y aquello que querían; él lo compraba a los traperos y se lo revendía a los de los puestos, y entre cambalaches y ventas siempre salía ganando...

En los domingos sucesivos la Justa tomó como entretenimiento el entusiasmar a Manuel. La muchacha tenía una libertad absoluta de palabra y conocimiento completo y acabado de todas las frases y timos madrileños.

Manuel, al principio, se mostraba respetuoso; pero viendo que ella no se incomodaba, se iba atreviendo cada vez más, y la abrazaba a traición. La Justa se desasía con facilidad y se reía al ver al mozo con su cara seria y la mirada brillante de deseos.

Con la libertad de palabras que le caracterizaba, la Justa tenía conversaciones escabrosas; contaba a Manuel lo que la decían en la calle, las proposiciones que los hombres deslizaban en su oído y ha-

blaba con gran delectación de compañeras de taller que habían perdido su flor de azahar en la Bombilla o en las Ventas con cualquier Tenorio de mostrador, que se pasaba la vida atusándose el bigote delante del espejo de alguna perfumería o tienda de sedas.

Las frases de la Justa tenían siempre doble sentido y eran, a veces, alusiones candentes. Su malicia y su coquetería chulesca y desgarrada creaba en derredor suyo una atmósfera de deseo.

Manuel sentía por ella anhelo doloroso de posesión, mezclado con gran tristeza, y hasta con odio, al ver que la Justa se reía de él.

Muchas veces, al verla llegar, Manuel se juraba a sí mismo no hablarla, ni mirarla, ni decirla nada, y entonces ella le buscaba y le sonreía y le provocaba haciéndole señas y dándole con el pie.

Era la Justa de una desigualdad de carácter perturbadora. Unas veces, al verse asida por Manuel de la cintura y sentada en sus rodillas, se dejaba abrazar y besar; otras, en cambio, sólo porque se le acercaba y le tomaba la mano, le soltaba una bofetada que le dejaba aturdido.

—Y vuelve por otra —añadía, al parecer incomodada.

Manuel sentía ganas de llorar de ira y de rabia, y se tenía que contener para no preguntarle con lógica infantil: “¿Por qué la otra tarde dejaste que te besara?” Pero luego pensaba en la ridiculez de una pregunta así hecha.

La Justa iba sintiendo cierto cariño por Manuel, pero cariño de hermana o de amiga; como novio, como pretendiente, no le parecía bastante para tomarle en serio.

Aquel flirteo, que fue para la Justa como un simulacro de amor, constituyó para Manuel un doloroso despertar de la pubertad. Sentía vértigos de lujuria, que terminaban en atonía y en aplacamiento mortales. Y entonces echaba a andar de prisa con el paso irregular de un atáxico; muchas veces, al atravesar el pinar del Canal, le entraban deseos de dejarse ahogar en el río; pero el agua sucia y negra no invitaba a sumergirse en ella.

En estas rachas de lujuria era cuando le acometían con más fuerza los pensamientos negros y tristes, la idea de la inutilidad de su vida, de la seguridad de un destino adverso, y al pensar en la existencia de abandono que se le preparaba, sentía su alma llena de amargura y los sollozos le subían a la garganta...

Un domingo de invierno, la Justa, que había tomado la costumbre de ir todos los días de fiesta a casa de sus padres, dejó de aparecer por allá; Manuel supuso si la causa de esto sería el mal tiempo, y pasó toda la semana intranquilo y nervioso, contando los días



as que faltaban para ver a la Justa.

Al domingo siguiente, Manuel se apostó en la esquina del Paseo de los Pontones a esperar que pasara la muchacha, y al verla de lejos le dio un vuelco el corazón. Venía acompañada por un joven elegante, medio torero, medio señorito, con un sombrero cordobés y capa azul llena de bordados. Al final del Paseo se despidieron la Justa del que la acompañaba.

Al otro domingo, la Justa se presentó en casa de su padre con una amiga y el joven de la capa bordada, y presentó a éste al señor Custodio. Dijo después que era hijo de un carnicero de la Corredera Alta, y muy rico, hermano de una muchacha del taller, y a su madre la Justa le confesó, alborozada, que el muchacho le había pedido relaciones. Aquella frase de pedir relaciones, que lo dicen relamiéndose, desde la princesa altiva hasta la portera humilde, encantó a la mujer del trapero, mayormente tratándose de un muchacho rico.

El hijo del carnicero fue considerado en casa del señor Custodio como prototipo de todas las perfecciones y bellezas; Manuel únicamente protestaba y fulminaba sobre el *Carnicerín*, como le denominó desde el primer momento con desprecio, miradas asesinas.

Los sufrimientos de Manuel al comprender que la Justa admitía con entusiasmo como novio al hijo del carnicero fueron crueles; ya no la melancolía, la ira y la desesperación más rabiosa agitaban su alma.

Eran también demasiadas ventajas las de aquel mozo: alto, gallardo, esbelto, de naciente y rubio bigote, bien vestido, con los dedos llenos de sortijas, bailarín consumado y guitarrista hábil; tenía casi el derecho de estar tan satisfecho de su persona como lo estaba.

—¿Cómo no notará esa mujer —pensaba Manuel— que ese tipo no se quiere más que a sí mismo? En cambio, yo...

Solía haber los domingos baile en una explanada próxima a la Ronda de Segovia, y el señor Custodio, con su mujer, la Justa y su novio, iban allí. A Manuel le dejaban guardando la casa; pero algunas veces se escapó para ver el baile.

Cuando vio a la Justa bailando con el *Carnicerín* le dieron ganas de ahogarles a los dos.

Luego el novio era de una petulancia extraordinaria; cuando bailaba se contoneaba y parecía que iba jaleándose y piropeándose a sí mismo y que guardaba en el ritmo del baile algo tan precioso, que un movimiento de abandono podría echarlo todo a perder. Ni aun para decir misa, lo hubiera hecho con tanta ceremonia.

Como es natural, un conocimiento tan completo de la ciencia

del baile, unido a la conciencia de su superioridad, daban al *Carnicerín* admirable aplomo. Era él quien se dejaba conquistar indolentemente por la Justa, que estaba frenética. Al bailar se le echaba encima, sus ojos brillaban y le temblaban las alas de la nariz; parecía que le quería sujetar, tragar, devorar. No separaba la vista de él, y si le veía con otra mujer se alteraba su rostro rápidamente.

Una de las tardes, el *Carnicerín* hablaba con un amigo suyo. Manuel se acercó a oír la conversación.

—¿Es aquella? —le preguntaba el amigo.

—Sí.

—Gachó, cómo está de *colá* contigo.

Y el *Carnicerín*, con sonrisa petulante, añadió:

—La tengo *chalá*.

Manuel, en aquel momento, le hubiera arrancado el corazón.

La decepción amorosa hizo que Manuel pensara en abandonar la casa del señor Custodio.

Un día se encontró cerca del Puente de Segovia con el *Bizco* y otro golfo que le acompañaba.

Iban los dos desharrapados; el *Bizco* tenía el aspecto más ceñudo y brutal que nunca; llevaba una chaqueta vieja, por entre cuyos agujeros se veía la piel negruzca; los dos marchaban, según le dijeron, al cruce del camino de Aravaca con la carretera de Extremadura, a un rincón que llamaban el Confesionario. Allí pensaban reunirse con el *Cura* y el *Hospiciano* para asaltar una casa.

—Anda, ¿vienes? —le dijo irónicamente el *Bizco*.

—Yo, no.

—¿Dónde estás ahora?

—En una casa... trabajando.

—¡Valiente panoli! Anda, vente con nosotros.

—No, no puede ser... Oye, ¿y Vidal? ¿No le has vuelto a ver?

El rostro del *Bizco* quedó más ceñudo.

—Ya me las pagará ese charrán. No se escapa sin que yo le pinte un chirlo en la cara... Pero, ¿vienes o no?

—No.

Las ideas del señor Custodio habían influido en Manuel fuertemente; pero como, a pesar de esto, sus instintos aventureros le persistían, pensaba marcharse a América, en hacerse marinero, en alguna cosa por el estilo.

VII

La plaza.—Una boda en la bombilla.—Las calderas del asfalto...

El noviazgo del *Carnicerín* y de la Justa se formalizaba; el señor Custodio y su mujer se bañaban en agua de rosas, y únicamente Manuel creía que el matrimonio, al fin, no se realizaría.

El *Carnicerín* era demasiado estirado y señorito para casarse con la hija de un trapero; Manuel pensaba que iba a ver si se aprovechaba de la ocasión; pero nada autorizaba por el momento estas malévolas suposiciones.

El *Carnicerín* se mostraba generoso y tenía delicados obsequios para los padres de su novia.

Un día de verano convidó a toda la familia y a Manuel a una corrida de toros. La Justa se puso muy elegante y bonita para ir con su novio. El señor Custodio llevaba las prendas de toda gala: el sombrero hongo nuevo; nuevo, aunque tenía más de treinta años; su chaqueta de pana, forrada, excelente para las regiones boreales, y un bastón con puño de cuerno comprado en el Rastro; la mujer del trapero llevaba un traje antiguo y pañuelo alfombrado, y Manuel estaba ridículo con su sombrero, sacado del almacén, que le salía un palmo por delante de los ojos; traje de invierno que le sofocaba, y botas estrechas.

Detrás de la Justa y del *Carnicerín*, el señor Custodio, su mujer y Manuel llamaban la atención de la gente, que se reía al verlos.

La Justa se volvía a mirarlos y sonreía. Manuel iba furioso, sofocado; el sombrero le apretaba en la frente y le dolían los pies.

Salieron a la calle de Toledo y llegaron en el tranvía a la Puerta del Sol; allí subieron a un ómnibus, que los llevó a la Plaza de Toros.

Entraron, y, dirigidos por el *Carnicerín*, se colocaron cada uno en su sitio. Había empezado la corrida; la plaza estaba llena. Se veían todas las gradas y tendidos ocupados por una masa negra de gente.

Manuel miró al redondel; iban a matar al toro cerca de la barrera, a muy poca distancia de donde ellos estaban. El pobre animal, ya medio muerto, andaba despacio, seguido de tres o cuatro toreros y del matador, que, encorvado hacia adelante, con la muleta en una mano y la espada en la otra, marchaba tras de él. Tenía el matador un miedo horrible; se ponía enfrente del toro, tanteaba

dónde le había de pinchar, y al menor movimiento de la bestia se preparaba para correr. Luego, si el toro se quedaba quieto, le daba un pinchazo; después, otro pinchazo, y el animal bajaba la cabeza y, con la lengua fuera, chorreando sangre, miraba con ojos tristes de moribundo. Tras de mucho bregar, el matador le clavó la espada más, y lo mató.

Aplaudió la gente y comenzó a tocar la música. El lance le pareció bastante desagradable a Manuel; pero esperó con ansiedad. Salieron las mulillas y arrastraron al toro muerto.

Al poco rato cesó la música y salió otro toro. Los picadores se quedaron cerca de las vacas, los toreros se aventuraban un poco, daban un capotazo y echaban a correr en seguida.

No era aquello, ni mucho menos, lo que Manuel se figuraba; lo visto por él en los cromos de *La Lidia*. El creía que los toreros, a fuerza de arte, andarían jugando con el toro, y no había nada de aquello; encomendaban su salvación a las piernas, como todo el mundo.

Después de los capotazos de los toreros, dos monosabios comenzaron a golpear con unas varas al caballo de un picador, hasta hacerle avanzar al medio. Manuel vio al caballo de cerca: era blanco, grande, huesudo, con aspecto tristísimo. Los monosabios acercaron el caballo al toro. Este, de pronto, se acercó; el picador le aplicó la punta de su lanza, el toro embistió y levantó al caballo en el aire. Cayó el jinete al suelo, y lo cogieron en seguida; el caballo trató de levantarse, con todos los intestinos sangrientos fuera, pisó sus entrañas con los cascos y, agitando las piernas, cayó convulsivamente al suelo.

Manuel se levantó pálido.

Un monosabio se acercó al caballo, que seguía estremeciéndose; el animal levantó la cabeza como para pedir auxilio; entonces el hombre le dio un cachetazo y lo dejó muerto.

—Yo me voy. Esto es una porquería —dijo Manuel al señor Custodio—; pero no era fácil salir de allí en aquel momento.

—Al muchacho —dijo el trapero a su mujer— no le gusta.

La Justa, que se enteró, se echó a reír.

Manuel esperó la muerte del toro mirando al suelo; volvieron a salir las mulillas, y al arrastrar el caballo quedaron todos los intestinos en el suelo, y un monosabio los llevó con el rastrillo.

—Mira, mira el mondongo —dijo, riendo, la Justa.

Manuel, sin decir nada ni hacer caso de observaciones, salió del tendido. Bajó a unas galerías grandes, llenas de urinarios que olían mal, y anduvo buscando la puerta, sin encontrarla.

Sentía rabia contra todo el mundo; contra los demás y contra él. Le pareció el espectáculo una asquerosidad repugnante y cobarde.

El suponía que los toros era una cosa completamente distinta a lo que acababa de ver; pensaba que se advertiría siempre el dominio del hombre sobre la fiera, que las estocadas serían como rayos y que en todos los momentos de la lidia habría algo interesante y sugestivo; y, en vez del espectáculo que él soñaba, en vez de la apoteosis sangrienta del valor y de la fuerza, veía una cosa mezquina y sucia, de cobardía y de intestinos; una fiesta en donde no se notaba más que el miedo del torero y la crueldad cobarde del público recreándose en sentir la pulsación de aquel miedo.

Aquello no podía gustar —pensó Manuel— más que a gente como el *Carnicerín*, a chulapos afeminados y a mujerzuelas indecentes.

Al llegar a casa, Manuel arrojó de sí con rabia el sombrero y las botas y el traje con el cual había ido a la plaza tan ridículo...

Se comentó mucho por el señor Custodio y su mujer la indignación de Manuel, y a él mismo le produjo cierto asombro; comprendía que no le hubiera gustado; lo que le chocaba es que le produjese tanta ira y tanta rabia.

Pasó el verano; la Justa comenzó a hacer los preparativos para la boda; Manuel, mientras tanto, proyectaba marcharse de casa del señor Custodio y salir de Madrid. ¿Adónde? No lo sabía; cuanto más lejos, mejor —pensaba.

En el mes de noviembre se celebró la boda de una compañera del taller de la Justa, en la Bombilla. No podían ir el señor Custodio y su mujer y Manuel acompañó a la Justa.

Vivía la novia en la Ronda de Toledo, y su casa era el punto de partida de los invitados.

A la puerta esperaba un ómnibus grande, en donde cabían una infinidad de personas.

Subieron todos los invitados; la Justa y Manuel se acomodaron en la imperial del coche y esperaron un rato. Se presentaron los novios, rodeados de una nube de chiquillos que gritaban; él tenía facha de hortera; ella, esmirriada y fea, parecía una mona; los padrinos iban detrás, y en el grupo de éstos, una vieja gorda, chata, bizca, de pelo blanco, con una rosa roja en la cabeza y una guitarra en la mano, avanzaba con aire flamenco.

—¡Viva la novia! ¡Vivan los padrinos! —gritó la bizca; contestaron todos sin gran entusiasmo, y echó a andar el coche en medio de la algarabía y las voces de unos y de otros. En el camino fueron todos chillando y cantando.

Manuel, al no ver a *Carnicerín* allí, no se atrevía a alegrarse, pensando que estaría ya en los Viveros.

La mañana era hermosa, húmeda; los árboles, de color de cobre, iban desprendiéndose de sus hojas secas, a impulso de las ráfagas suaves de viento; surcaban el cielo pálido nubes blancas; la carretera brillaba por la humedad; a lo lejos, en el campo, ardían montones de hojas, y las humaredas espesas corrían rasando la tierra.

Se detuvo el coche en una de las fondas de los Viveros; bajaron todos del ómnibus, y se reprodujeron los gritos y el clamoreo. El *Carnicerín* no estaba allí; pero se presentó poco después, y en la mesa se colocó al lado de la Justa.

A Manuel le pareció el día odioso; hubo momentos en que sintió ganas de llorar. Pasó toda la tarde desesperado en un rincón, viendo cómo bailaba la Justa con su novio al compás de las notas del organillo.

Al anochecer, Manuel se acercó a la Justa y, con gravedad cómica, la dijo bruscamente:

—Vamos, tú —y viendo que no le hacía caso, añadió—: Oye, Justa, vamos a casa.

—Anda. ¡Déjame a mí en paz! —replicó ella con malos modos.

—Es que tu padre ha dicho que por la noche estés en casa. Anda, vamos.

—Oye, niño —dijo el *Carnicerín* con pausa—. ¿A ti quién te da vela en este entierro?

—A mí me han encargado...

—Bueno; pues tú te callas. ¿Sabes?

—No me da la gana.

—Te haré callar yo calentándote las orejas.

—¿Usted a mí?... Si usted lo que es es un morral, un ladrón —y Manuel se echó sobre el *Carnicerín*; pero uno de los amigos de éste le soltó un garrotazo en la cabeza que lo dejó atontado. Trató el muchacho de volver a acometer al hijo del carnicero; dos o tres individuos le empujaron y lo zarandearon hasta ponerle en la carretera, a la puerta de la fonda.

—¡Hambrón!... Golfo —gritaba Manuel.

—Expresiones en casa —le dijo una de las amigas de la Justa con sorna— y *canalla* novedá.

Manuel, avergonzado y sediento de venganza, medio aturdido aún con el golpe, se tapó la cara con la boina y fue andando por el camino, llorando de rabia. Al poco tiempo sintió alguien que se le acercaba corriendo tras él.

–Manuel, Manolillo –le dijo la Justa con voz cariñosa y burlesca–, ¿qué tienes?

Manuel respiró fuerte y se le escapó un largo sollozo de dolor.

–¿Qué tienes? Anda, vuelve. Iremos juntos.

–No, no; déjame.

Luego no supo qué resolución tomar, y sin hablar más, echó a correr camino de Madrid.

La carrera secó sus lágrimas y reanimó sus iras. Estaba dispuesto a no volver a casa del señor Custodio, aunque se muriera de hambre.

La ira le subía en oleadas a la garganta; sentía furor negro, vagas ideas de acometer, de destruir todo, de echar todas las cosas al suelo y despanzurrar a todos los hombres.

El prometía al *Carnicerín* que, si alguna vez le encontraba a solas, le echaría las zarpas al cuello hasta estrangularle, le abriría en canal como a los cerdos y le colgaría con la cabeza para abajo y un palo entre las costillas y otro en las tripas, y le pondría, además, en la boca una taza de hoja de lata, para que gotease allí su maldita sangre de cochino.

Y luego generalizaba su odio y pensaba que la sociedad entera se ponía en contra de él y no trataba más que de martirizarle y de negarle todo.

Pues bien; él se pondría en contra de la sociedad, se reuniría con el *Bizco* y asesinaría a diestro y siniestro, y cuando, cansado de hacer crímenes, le llevaran al patíbulo, miraría al pueblo con desprecio y moriría con un supremo gesto de odio y de desdén.

Mientras barajaba en la cabeza todas estas ideas de exterminio, iba oscureciendo. Manuel subió a la plaza de Oriente, y de allí siguió por la calle del Arenal.

Estaban asfaltando un trozo de la Puerta del Sol; diez o doce hornillos, puestos en hilera, vomitaban por sus chimeneas un humo espeso y acre. Todavía las luces blancas de los arcos voltaicos no había iluminado la plaza; las siluetas de unos cuantos hombres que removían la masa de asfalto en las calderas con largos palos, se agitaban diabólicamente ante las bocas inflamadas de los hornillos.

Manuel se acercó a una de las calderas y oyó que le llamaban. Era el *Bizco*; se hallaba sentado sobre unos adoquines.

–¿Qué hacéis aquí? –le preguntó Manuel.

–Nos han derribado las cuevas de la Montaña –dijo el *Bizco*–, y hace frío. Y tú, ¿qué? ¿Has dejado la casa?

–Sí.

–Anda, siéntate.

Manuel se sentó y se recostó en una barrica de asfalto.

En los escaparates y en los balcones de las casas iban brillando luces; llegaban los tranvías suavemente, como si fueran barcos, con sus faroles amarillos, verdes y rojos; sonaban sus timbres, y corrían por la Puerta del Sol, trazando elegantes círculos. Cruzaban coches, caballos, carros; gritaban los vendedores ambulantes en las aceras, había una baraúnda ensordecedora... Al final de una calle, sobre el resplandor cobrizo del crepúsculo, se recortaba la silueta aguda de un campanario.

–Y a Vidal, ¿no lo ves? –preguntó Manuel.

–No. Oye: ¿tú tienes dinero? –dijo el *Bizco*.

–Veinte o treinta céntimos nada más.

–¿Vamos por una libreta?

–Bueno.

Compró Manuel un panecillo, que dio al *Bizco*, y los dos tomaron una copa de aguardiente en una taberna. Anduvieron después correteando por las calles, y a las once, próximamente, volvieron a la Puerta del Sol.

Alrededor de las calderas del asfalto se habían amontonado grupos de hombres y de chiquillos astrosos; dormían algunos con la cabeza apoyada en el hornillo, como si fueran a embestir contra él. Los chicos hablaban y gritaban, y se reían de los espectadores que se acercaban con curiosidad a mirarlos.

–Dormimos como en campana –decía uno de los golfos.

–Ahora no vendría mal –agregaba otro– pasarse a dar una vuelta por la Plaza Mayor, a ver si nos daban una libra de jamón.

–Tiene trichina.

–Cuidado con el colchón de muelles –vociferaba uno chato, que andaba con una varita dando en las piernas de los que dormían–. ¡Eh, tú, que estás estropeando las sábanas!

Al lado de Manuel, un chiquillo raquítico de labios belfos y ojos ribeteados, con uno de los pies envuelto en trapos sucios, lloraba y gimoteaba; Manuel, absorto en sus ideas, no se había fijado en él.

–Pues no berreas tú poco –le dijo al enfermo un muchacho que estaba tendido en el suelo, con las piernas encogidas y la cabeza apoyada en una piedra.

–Es que me duele mucho.

–Pues, amolarse. Ahórcate.

Manuel creyó oír la voz del *Carnicerín*, y miró al que hablaba. Con la gorra puesta sobre los ojos, no se le veía la cara.

–¿Quién es ése? –preguntó Manuel al *Bizco*.

–Es el capitán de los de la Montaña: el *Intérprete*.

–¿Y por qué le habla así a ese chico?

El *Bizzo* se encogió de hombros con un ademán de indiferencia.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Manuel al chiquillo.

–Tengo una llaga en un pie –contestó el otro, volviendo a llorar.

–Te callarás –interrumpió el *Intérprete*, soltando una patada al enfermo, el cual pudo esquivar el golpe–. Vete a contar eso a la perra de tu madre... ¡Moler! No se puede dormir aquí.

–Amolarse –gritó Manuel.

–Eso ¿a quién se lo dices? –preguntó el *Intérprete*, echando la gorra hacia atrás y mostrando su cara brutal de nariz chata y pómulos salientes.

–A ti te lo digo ¡ladrón! ¡cobarde!

El *Intérprete* se levantó y marchó contra Manuel; éste, en un arrebató de ira, le agarró del cuello con las dos manos, le dio con el talón derecho un golpe en la pierna, le hizo perder el equilibrio y le tumbó en la tierra. Allí le golpeó violentamente. El *Intérprete*, más forzado que fuerza moral, y Manuel estaba enardecido y volvió a tumbarle, e iba a darle con un pedrusco en la cara, cuando una pareja de municipales les separó a puntapiés. El *Intérprete* se marchó de allí avergonzado.

Se tranquilizó el corro, y fueron, unos tras otros, tendiéndose nuevamente alrededor de la caldera.

Manuel se sentó sobre unos adoquines; la lucha le había hecho olvidar el golpe recibido a la tarde; se sentía valiente y burlón, y encarándose con los curiosos que contemplaban el corro, unos con risas y otros con lástima, se puso a hablar con ellos.

–Se va a terminar la sesión –les dijo–. Ahora van a dar comienzo los grandes ejercicios de canto. Vamos a empezar a roncar, señores. ¡No se inquieten los señores de público! Tendremos cuidado con las sábanas. Mañana las enviaremos a lavar al río. Ahora es el momento. El que quiera –señalando una piedra– puede aprovecharse de estas almohadas. Son almohadas finas, como las gastan los marqueses de Archipipi. El que no quiera, que se vaya y no moleste. ¡Ea!, señores: si no pagan llamo a la criada y digo que cierre...

–Pero si a todos estos les pasa lo mismo –dijo uno de los golfos–; cuando duermen van al mesón de la Cuerda. Si todos tienen cara de hambre.

Manuel sentía verbosidad de charlatán. Cuando se cansó se apoyó en un montón de piedras y, con los brazos cruzados, se dispuso a dormir.

Poco después el grupo de curiosos se había dispersado; no quedaban más que un municipal y un señor viejo, que hablaba de los golfos en tono de lástima.

El señor se lamentaba del abandono en que se les dejaba a los chicos, y decía que en otros países se creaban escuelas y asilos y mil cosas. El municipal movía la cabeza en señal de duda. Al último resumió la conversación, diciendo con tono tranquilo de gallego.

—Créame usted a mí: éstos ya no son buenos.

Manuel, al oír aquello, se estremeció; se levantó del suelo en donde estaba, salió de la Puerta del Sol y se puso a andar sin dirección ni rumbo.

“¡Estos ya no son buenos!” La frase le había producido impresión profunda. ¿Por qué no era bueno él? ¿Por qué? Examinó su vida. El no era malo, no había hecho daño a nadie. Odiaba al *Carnicerín* porque le arrebatava su dicha, le imposibilitaba vivir en el rincón donde únicamente encontró algún cariño y alguna protección. Después, contradiciéndose, pensó que quizá era malo y, en ese caso, no tenía más remedio que corregirse y hacerse mejor.

Embebido en estos pensamientos oyó, al pasar por la calle de Alcalá, que le llamaban repetidas veces. Era la *Mellá* y la *Rabani-tos*, acurrucadas en un portal.

—¿Qué queréis? —las dijo.

—*Na*, hombre, hablarte. ¿Has heredado?

—No; ¿qué hacéis?

—Aquí filando —contestó la *Mellá*.

—¿Pues qué pasa?

—Que hay recogida, y ese morral de *ispetor*, a pesar de que le pagamos, nos *quie* llevar a la *delega*. ¡Acompañanos!

Manuel las acompañó un rato; pero una y otra se fueron con unos señores y él quedó solo. Volvió a la Puerta del Sol.

La noche le pareció interminable: dio vueltas y más vueltas; apagaron la luz eléctrica, los tranvías cesaron de pasar, la plaza quedó a oscuras.

Entre la calle de la Montera y la de Alcalá iban y venían delante de un café, con las ventanas iluminadas, mujeres de trajes claros y pañuelos de crespón, cantando, parando a los noctámbulos; unos cuantos chulos, agazapados tras de los faroles, las vigilaban y charlaban con ellas, dándoles órdenes...

Luego fueron desfilando busconas, chulos y celestinas. Todo el Madrid parásito, holgazán, alegre, abandonaba en aquellas horas las tabernas, los garitos, las casas de juego, las madrigueras y los refugios del vicio, y por en medio de la miseria que palpitaba en las ca-

lles, pasaban los trasnochadores con el cigarro encendido, hablando, riendo, bromeando con las busconas, indiferentes a las agonías de tanto miserable desharrapado, sin pan y sin techo, que se refugiaba temblando de frío en los quicios de las puertas.

Quedaban algunas viejas busconas en las esquinas, envueltas en el mantón, fumando...

Tardó mucho en aclarar el cielo; aun de noche se armaron puestos de café; los cocheros y los golfos se acercaron a tomar su vaso o su copa. Se apagaron los faroles de gas.

Danzaban las claridades de las linternas de los serenos en el suelo gris, alumbrado vagamente por el pálido, con el cuello del gabán levantado, se deslizaba siniestro como un búho ante la luz, y mientras tanto comenzaban a pasar obreros... El Madrid trabajador y honrado se preparaba para su ruda faena diaria.

Aquella transición del bullicio febril de la noche a la actividad serena y tranquila de la mañana hizo pensar a Manuel largamente.

Comprendía que eran las de los noctámbulos y las de los trabajadores vidas paralelas que no llegaban ni un momento a encontrarse. Para los unos, el placer, el vicio, y la noche; para los otros, el trabajo, la fatiga, el sol. Y pensaba también que él debía de ser de éstos, de los que trabajan al sol, no de los que buscan el placer en la sombra.

FIN

Pío Baroja, *La Busca*, (Madrid, Caro Raggio, 1972.)





Vicente Blasco Ibáñez

Vicente Blasco Ibáñez (Valencia 1867 - Mentón 1928) consiguió hacer de su vida una biografía casi tan complicada como la trama de sus novelas. A los catorce años se escapa de su casa y va a Madrid donde tras muchas peripecias se convierte en el “negro” literario del folletinista Manuel Fernández y González. En 1886 entra de redactor en *EL correo de Valencia* e inicia su actividad política a favor de la causa republicana, lo que le acarreará encarcelamientos y un breve exilio en París que él rentabiliza muy bien para su literatura. De 1890 a 1891 el escritor reside en el barrio Latino y traba conocimiento con las principales figuras del movimiento Naturalista francés que le habrán de servir de pauta para las inminentes *Arroz y tartana* (1894) y *Flor de Mayo* (1895). A su regreso funda el periódico republicano *El pueblo*, iniciando su tarea de editor con la publicación de relatos valencianos. En la misma línea editorial está su contribución a “F. Sempere y compañía”, y a la editorial Española-americana, germen de la futura Prometeo. De carácter extrovertido y violento, sus manifestaciones políticas bordean siempre el escándalo y así es como en 1895 una campaña a favor de la independencia de Cuba le obliga a marchar a Italia para posteriormente someterse a un consejo de guerra y ser encarcelado. En 1898 es elegido diputado de Unión republicana permaneciendo en su escaño a lo largo de seis legislaturas. Quizás fuera el cansancio de los avatares políticos o el creciente éxito de sus novelas —para 1909 ya escrito *La horda* o *La maja desnuda*— lo que motivaran el progresivo alejamiento de Blasco de la política activa. En los días de la primera guerra mundial se declara a favor de los aliados e inicia un largo peregrinaje por Europa y América siempre en olor de multi-



tud, sobre todo a partir del éxito en 1916 de *Los cuatro jinetes de Apocalipsis*. Por ello, del grupo de literatos que publicaron entre 1900 y 1936, destaca Blasco Ibáñez como una de las pocas figuras que consiguió morir en pleno éxito literario, acompañado de una leyenda de amoríos y fortunas millonarias, a la que tampoco estuvo ajeno el mundo de Hollywood que con su máximo galán de la época, Rodolfo Valentino, llevó a la pantalla muchas de sus películas.

Una trayectoria biográfica la del escritor que llegará a contrastar en algunas ocasiones con sus propios postulados ideológicos, habiéndose definido como un socialista utópico, “amante de la ciencia y la Justicia social que desechen la religión fetichista y adormeceadora”. Estas vacilaciones ideológicas vuelven a repetirse al observar su literatura y ha sido la causa de su inclusión en esta antología. Aunque contemporáneo de los hombres de la llamada “generación del 98”, estos le menospreciaban por su óptica escasamente intelectualizada de la realidad y la exuberancia palpable en sus historias de costumbrismo valenciano como *La barraca* o *Cañas y barro*. Con todo, Blasco Ibáñez tampoco participa de la estética realista de Pereda y Valera porque su actitud crítica ante los problemas de España entra en la órbita de la perspectiva finisecular como bien se observa en su ciclo de novelas de tema social, de 1903 a 1905, en su etapa de novela psicológica, cada vez más lejos del apogeo naturalista, de 1906 a 1909, y en sus novelas de aventuras históricas, 1922-1930.

En tal sentido *La horda* resulta una novela muy explicativa de la evolución de Blasco Ibáñez. Escrita en 1905 pertenece a la primera etapa del escritor, vinculado al naturalismo y al retrato desgarrado de los bajos fondos madrileños. La narración comienza con una panorámica de las afueras de la capital progresivamente invadida por una horda de golfos y basureros sobre los que el autor vuelca toda la fuerza dramática de un “estilo en bruto”, lleno de descripciones plásticas. Resulta inevitable la asociación con *La busca* (1903) e incluso en la época el propio Pío Baroja se quejaba de haber sido plagiado. Las dos novelas en sus páginas finales aparecen en esta selección para que el lector pueda formarse sus propias opiniones, y por ello creemos conveniente subrayar aquí la interpretación de Eugenio de Nora al anotar que “frente a la lucidez y el escepticismo barojiano, la novela de Blasco es sonoramente panfletaria y vindicativa”.

Las páginas escogidas son un fiel reflejo de esta tesis. Pertenecen justo al final de la novela y están protagonizadas por Isidro Maltrana, un intelectual mísero sumergido en las desgracias de la



horda. Junto al marcado acento naturalista al describir la sordidez de las Cambroneras y la enfermedad de su amante Feli, que alcanza su apogeo en los recuerdos zolescos de la escuela de San Carlos, destaca el mensaje de Blasco Ibáñez, antitético al de Baroja. Sumergido en la contemplación de Madrid, uno de los párrafos de mayor riqueza expresiva e incluso de lirismo, Isidro Maltrana será un hombre dispuesto a todo, esperanzado en que un día los miserables se adueñarán de la sociedad en un significativo pacto de las circunstancias con su propia voluntad.





La horda

XI

El mismo día de la nevada, un nuevo infortunio conmovió dolorosamente a Isidro.

Al volver a su casa pudo comer. El dueño del tenducho de las Cambroneras pareció apiadarse de su miseria aceptando todas las promesas de pronto pago. La inclemencia del tiempo ablandaba al tendero, y el joven logró subir con dos panes, una botella de vino, queso y una lata de sardinas.

Fiesta completa. Después de comer sintió un renacimiento de su amor a la vida. Arañó sus bolsillos para reunir las últimas briznas de tabaco; lió un pitillo y, despidiendo nubes de humo con la voluptuosidad del bienestar, contempló detrás de los cristales el paisaje nevado que tan honda tristeza le inspiraba horas antes.

Feli apenas pudo comer: sentía repugnancia ante aquellos manjares... Una náusea los repelía de su boca, y de nuevo se sumió en su inmovilidad, en aquel agotamiento que la hacía permanecer como insensible.

El joven se apartó de la ventana al sentir un suspiro de angustia.

–No veo..., no veo –gimió Feli, llevándose la mano a los ojos.

Maltrana corrió hacia ella.

–¿Qué te pasa, nena? ¿Qué sientes?

–Mi padre...–dijo con voz lenta–, mi tío Manolo...; frío, mucho frío.

La incoherencia de sus palabras inspiró miedo al joven.

Sus ojos estaban inmóviles, considerablemente agrandados, con un estrabismo que dejaba al descubierto toda la córnea, empujando las pupilas a un ángulo de los párpados. Se llevaba las manos a la frente.

—Dolor..., mucho dolor —murmuró como una niña enferma. Después se tentaba el estómago, repitiendo el mismo quejido. Inclínaba la cabeza, como si no pudiese resistir el peso de aquella cefalalgia que entorpecía sus facultades intelectuales. Contestaba con incoherencia a las angustiosas preguntas de Isidro o no las contestaba, permaneciendo en un silencio enfurruñado.

De repente se quejó del zumbido de sus orejas, que parecía enloquecerla; del hormigueo que sentía en su cuerpo, de la rigidez que inmovilizaba sus miembros.

—Todo rueda —gimió—. Ruedan las paredes...; se abre el piso...; un agujero muy negro, ¡muy negro! Isidro, cógeme..., agárrame, que me caigo..., ¡que me caigo!

Y, a pesar de que el joven la tenía fuertemente sujeta entre sus brazos, ella manoteaba, defendiéndose para no caer en el negro abismo que veía su trastornada imaginación.

Luego dio un alarido y rompió a llorar con desesperados gritos.

—¡Mi padre..., mi pobre padre! Mírale: está en la puerta..., entra..., nos mira; lleva una mortaja... blanca, blanca como la nieve.

Sus ojos, extraviados, miraron hacia la puerta; y había tal seguridad en sus palabras, que Maltrana se volvió, creyendo por un momento en la certeza de la alucinación.

Con grandes esfuerzos pudo llevarla hasta el pobre lecho, y la tendió en él, creyendo terminada la crisis. Seguía llorando; el joven esperaba que las lágrimas la librasen del dolor que le oprimía los pulmones y le atravesaba la frente como si fuese un clavo enrojecido.

Pronto se convenció de que la crisis iba en aumento. Feli, tendida en la cama, ya no movía su cabeza de un lado a otro con penoso vaivén. La inclinaba sobre el hombro derecho, al mismo tiempo que sus ojos seguían mirando hacia la izquierda con una fijeza inquietante, como si contemplase algo que le infundía pavor. Las pupilas se dilataban; la boca entreabríase con el temblor de las mandíbulas o se cerraba oprimiendo la lengua. La palidez de su rostro tomaba un tinte lívido; la respiración era penosa, breve, irregular, agitada por ruidosos suspiros. De pronto interrumpióse aquélla con una contracción violenta de los músculos del pecho, y la enferma quedó inmóvil, como si fuese a perecer por asfixia.

Maltrana agitábase en torno de la cama, aturcido, sin saber qué hacer, aterrado por su soledad y su inexperiencia.

—Feli..., nena mía; respira..., habla. ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

Y le golpeaba las manos, tiraba de sus brazos, le soplabla en la boca, como si quisiera devolver aire a sus pulmones.

Duró esto menos de un minuto, pero al joven le pareció interminable; sentía una angustia casi igual a la de la enferma. Volvió ésta a respirar y su inmovilidad se trocó de pronto en una agitación loca. Los músculos orbiculares se contrajeron y ensancharon, los párpados se cerraron y abrieron, aleteando con loca rapidez. Los ojos rodaban en sus órbitas, lanzando una luz extraña, como si la electricidad de la convulsión reflejase en sus pupilas verdosas centellas. Las mandíbulas se cerraron fuertemente, ensangrentando la lengua. Una espuma burbujeante asomó a las comisuras de los labios con sordos rugidos. El cuerpo se contraía y dilataba, doblándose como un arco, mientras la cabeza y los pies se hundían en las desordenadas ropas del lecho.

Isidro corría como un loco por la habitación. Después abrió la ventana.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Teodora!... ¡Señora Teodora!...

Nadie le oía. La calle, la plaza, el inmediato callejón de los gitanos, todo estaba en silencio, cubierto de nieve sin la negra silueta de una persona.

Siguió gritando, con la angustia del miedo, y, por fin, de la primera casucha vio surgir una cara bronceada, llena de arrugas, con ojos de curiosidad.

—¡Salguerillo!... ¡Salguero! ¡Por tus muertos te lo pido! Avisa a la Teodora... que venga. Mi mujer se muere.

Cuando se retiró de la ventana vio a Feli revolviéndose en el suelo, rugiendo, con una expresión espantable que crispaba los nervios, llena de espuma, que se coloreaba de rojo con la sangre de la lengua. Las convulsiones la habían hecho caer de la cama, golpeando el suelo con su vientre. El joven tuvo que realizar grandes esfuerzos para subirla y sujetarla, evitando que rodase otra vez.

Su respiración comenzó a ser menos agitada. Abrióse su boca, absorbiendo el aire con grandes y ruidosas aspiraciones: la nariz se dilató desmesuradamente, chocando después sus alillas al contraerse. Los brazos se extendieron pegados a las piernas inmóviles. Los ojos mostraban las pupilas dilatadas, con una veladura mate, como si fuesen ojos de cadáver. Un sueño pesado, letárgico, se apoderó de ella.

Maltrana creyó por un momento que había muerto, pero al aproximar el oído a sus labios se tranquilizó. Una débil respiración animaba con su estertor el cuerpo inmóvil.

Entonces oyó que llamaban a la puerta y fue a abrir para que entrasen la Teodora y otra vieja.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Las gitanas llegaban corriendo, alarmadas por el recado de Salguero; pero Isidro creyó que había pasado algo así como un siglo.

Dejóse caer en una silla, como si al recibir auxilio de aquellas mujeres sintiese de golpe todo el terror que la crisis le había causado.

La Teodora examinó a la enferma, mientras Isidro le explicaba lo ocurrido con voz temblorosa. Ella conocía estos accidentes; había visto muchas mujeres sufrir lo mismo en sus embarazos.

—Es mal de corazón, don Isidro —decía con la certeza que le proporcionaba su ciencia—. La señorita es tan poca cosa, que el embarazo la trae trastorná. Esto, en cuanto suerte la *churumbela* que yeva dentro, ya no se repite.

Después habló de sangrarla: ella era capaz de hacer la operación. Había pinchado a todos los enfermos del barrio con una maestría que ya quisieran tenerla muchos barberos. Pero ante el gesto de Maltrana se contuvo. Conformes: no la sangraría; por el momento había pasado el peligro; pero en cuanto despertase la pobre *señorita* iba a administrarle unas tacitas de un cocimiento que hacía milagros: hierbas del campo recogidas por ella misma y que guardaba en su casa. La compañera fue por las hierbas, y Maltrana y la vieja quedaron junto a la enferma, contemplándola silenciosos.

Feli dormía tranquilamente, con los ojos cerrados. El sueño parecía arrollar en su avance los últimos signos de la enfermedad.

Cuando despertó, después de anochecer, llevóse la mano a la frente, como si quisiera fijar sus recuerdos. Miró en torno de ella, titubeando, como extrañada de verse en el lecho en plena noche, a la luz de una bujía que marcaba en la pared las sombras de Isidro y la Teodora sentados junto a la cama.

—Ya está buena la *señorita* —gritó la vieja—. ¡Olé, ya tenemos niña!

Maltrana, instintivamente, se abalanzó a la enferma, besándola repetidas veces, sin hacer caso de la extrañeza de Feli, que pugnaba por reunir sus recuerdos.

La gitana, ayudada por su compañera, confeccionó en la cocina su famosa infusión, de la que hizo varias tazas a la enferma.

Viendo tranquila a Feli, se fueron las dos viejas, recomendándoles que no abandonase el lecho. Aquello no había sido más que una crisis propia de su estado; tal vez habría cogido frío. Había que cuidarse, que el tiempo era muy perro.

Al quedar solos los jóvenes, Isidro habló a la enferma del miedo que había sentido.

—Creía que ibas a morir, que te perdía por un instante.

Y añadía con sencillez, temblando aún su voz con el recuerdo de la pasada emoción:

—¡Ay Feli! ¡No mueras, mi alma! No he sabido lo que te amo hasta esta tarde, en que creí que te ibas para siempre.

La enferma movía con pena una de sus manos y acariciaba la cabellera crespa de Maltrana, lamentándose de la forma aterradora de la crisis, como si ésta fuese un acto de su voluntad.

—¡Pobrecito —decía lentamente—, qué susto te he dado! Aún se te conoce en la cara: estás pálido, te tiembla la voz. Ríñeme por mala... Te juro que no lo haré más. Yo contendré mis nervios; yo procuraré no dejarme llevar por ellos, aunque reviente.

Volvió a dormirse muy entrada ya la noche. El silencio era absoluto. Fuera de la casa, ni un ruido de pasos, ni una voz; la nieve pesaba sobre la vida, ahogando hasta sus menores movimientos.

Helaba. Un frío punzante e irresistible, el frío que sigue a las grandes nevadas, deslizábase por las rendijas de la madera, filtrábase por las paredes.

Feli se agitó en su lecho, murmurando con suspiro infantil, sin abrir los ojos:

—Frío, mucho frío.

Estaba cubierta por la única manta que tenían en la casa y el mantoncillo que le había comprado Isidro al comenzar el invierno. El joven extendió sobre el cuerpo de ella un traje de percal y la poca ropa blanca que colgaba de unos clavos. Estas telas sutiles eran de un abrigo ilusorio.

La enferma seguía estremeciéndose, y el pobre Isidro, que temblaba de frío, se quitó el macferlán para añadirlo a la cubierta.

Era una noche terrible. Maltrana paseábase por el cuarto como si estuviese en medio de la calle. No se oía ruido de viento; la calma era absoluta; pero en este ambiente tranquilo, el frío resultaba más punzante, más mortal. Parecía que el mundo acababa aquella noche, que el sol ya no saldría más, que la tierra iba a permanecer por siempre bajo su mortaja de nieve.

El joven entró en la cocina. En una cazuela quedaban unas brasas abandonadas por la Teodora después de su cocimiento. Metió en la habitación aquel anafe improvisado, colocándolo cerca de la cama.

Feli seguía quejándose entre sueños.

—Frío..., mucho frío... Tengo los pies de hielo.



Paisaje de Madrid, de Aureliano de Beruete.

Él se quitó la chaqueta, una prenda de verano que aún subsistía sobre sus hombros como testimonio de pobreza, y la extendió sobre la cama.

El fuego mortecino iba extinguiéndose. Isidro pensó con envidia en la fuerza de los obreros. De tener el vigor de un albañil, de un peón de adoquinado, arrancarían una puerta, harían astillas una ventana para mantener el fuego; se defenderían de la noche cruel, eterna como la muerte. Lamentaba su miseria física, que añadía nuevas tristezas a su situación. Estaba desarmado para la vida: el último de los vagabundos que marchaban por las calles valía más que él con toda su cultura inútil.

Fuego..., necesitaba lumbre. Se lo pedía Feli angustiosamente, en el tormento de la congelación, que turbaba su sueño.

Miró con rabia los papeles y libros apilados en un rincón. En Madrid no encontraba quién le diese pan; pero siempre volvía a casa con los bolsillos llenos de papeles. Los camaradas le ofrecían periódicos para que leyese sus artículos; los autores le regalaban libros con pomposas dedicatorias. “Al erudito y notable escritor Isidro Maltrana, su admirador...” ¡Le admiraban! ¿Por qué? Tal vez por su miseria. Vendía los libros por unos cuantos reales, por lo que querían darle, y, sin embargo, siempre tenía volúmenes en su casa: versos tristes de gentes con salud y medios para defenderse del hambre; novelas sobre crisis de las almas; tratados para resolver el conflicto social. El papel le perseguía, le rodeaba: había nacido para ser su siervo. ¡Siempre el papel, negro de tinta, acusándole, cerrándole el camino! Mientras tanto, el pan y el bienestar huían de él, yéndose en busca de los brutos.

Con la cólera que le inspiraban estos pensamientos arrojó en el triste rescoldo un volumen, el primero que halló a mano. El papel grueso y brillante se ennegreció, al mismo tiempo que de sus páginas encorvadas por el fuego surgía una llama, esparciéndose denso humo por la habitación.

Ni calor podía dar el maldito papel motivo de envidias y locuras para muchos imbéciles. Y temiendo que el humo le obligase a abrir la ventana, cogió la cazuela con el volumen chamuscado, llevándola a la cocina.

Al volver paseó largo rato con los brazos cruzados y las manos en los sobacos, temblando de frío, agitando sus piernas violentamente, como si temiese quedar yerto.

Feli abrió los ojos y mostró asombro al ver a Isidro en mangas de camisa. Iba a constiparse; hacía mucho frío. ¿Dónde tenía sus ropas?...



Maltrana mintió con un cinismo que hacía llorar. Había dejado su abrigo sobre la cama porque tenía calor. La noche era magnífica; aún sentía en su estómago la tibieza del vino que había bebido por la tarde y de aquellas sardinas, que eran su bocado de príncipe.

El pobrecito, al decir esto, daba diente con diente y fingía reírse para ocultar su temblor.

El frío acabó por obligarle a refugiarse en el lecho, Feli protestaba contra su empeño de permanecer en vela; sentíase bien; el peligro había pasado...

Juntáronse los dos cuerpos por la atracción del calor, pegándose el uno al otro con intensos escalofríos. Se confundían sus alientos y los sudores de su piel; experimentaban la voluptuosidad del bienestar animal al ir calentándose poco a poco en esta comunión de sus cuerpos. Maltrana sentía la dura redondez del hemisferio materno, el contacto de aquel fardo de vida que amenazaba su futuro. La juventud había huido de él para condensarse en esta cavidad. La pobre Feli había perdido de golpe la alegría y la salud, se había unido, creyendo en la hermosura de la vida, en la eterna primavera del amor, con las risas inconscientes del pájaro, para verse de pronto prisioneros de su propia obra, transformados en vulgares procreadores, con todas las angustias de la responsabilidad.

Feli dormía otra vez, y su amante pensaba. En la oscuridad de la habitación parecía embrollar sus ideas. Sin saber por qué, recordó uno de sus juegos en el Hospicio. Los muchachos cogían una mosca, le arrancaban las alas, empujándola después, pretendiendo que volase.

¡Ay! Él era como aquella mosca. Le habían arrebatado las alas; le habían arrebatado las armas naturales para la lucha por la vida. Hubiese sido mejor dejarle en las profundidades sociales donde había nacido, dedicado al trabajo manual, como sus ascendientes, sus brazos serían fuertes, sus manos estarían duras: no le faltaría el pan. Atravesaba Madrid con el rubor del pedigrüño, con la vileza del mendigo de levita, inventando embustes para comer, mientras los hambrientos de blusa encontraban siempre un medio para satisfacer su hambre. Aquí ayudaban a descargar un carro; más allá abrían la portezuela de un carruaje; pedían a todos, y las manos caritativas daban y daban, como si la tosquedad del trabajador manual despertase mayor compasión. El vagaba encogido, vergonzoso, sin otro recurso que asediar a los amigos con el espectáculo de su miseria, y se oía llamar sablista inaguantable, mientras el otro era el pobre obrero, merecedor de protección.

¡Ay! ¡Aquella pobre señora que le había trasplantado!... ¡Cuán-
to daño le hizo sin saberlo! Pensaba en ella con agradecimiento; pe-
ro decía que hubiera sido mejor no conocerla nunca, no haber
abierto un libro, pasar del Hospicio al aprendizaje. Ahora sería ofi-
cial de albañil; su Feli le llevaría su cesta a la obra, como la llevaba
su madre; comerían en una acera, en un paseo, sin otra aspiración
que la alegría de satisfacer las necesidades del cuerpo. Hasta los
peligros de muerte constituían una ventaja. La caída del andamio,
el derrumbamiento de un piso eran medios para salir rápidamente
de este mundo de miserias, acabando de una vez.

Todo resultaba preferible a su existencia actual, a su situación
ambigua, sin el mendrugo de los de abajo ni el bienestar que gozan
los de arriba. Ni era de los siervos alimentados ni de los señores que
dominan.

Había estudiado para ser infeliz, para conocer y paladear todas
las fealdades de la existencia. No podía creer en las mentiras acep-
tadas por la buena fe de los humildes. La instrucción le había ser-
vido para rozarse con los privilegiados, conociendo las abundan-
cias que los rodean. Carecía de vigor físico para trabajar como un
hombre; era un enclenque debilitado por el estudio, y el desarrollo
de su pensamiento no le servía siquiera para abrirse paso.

¡Pobre mosca mutilada! Le habían arrancado las alas de su na-
cimiento, y la mala suerte se divertía empujándole, gritando: “¡Vue-
la!...” ¿Cómo iba a remontarse? Estaba vencido sin remedio; caído
en el suelo, sin fuerzas para moverse. El estudio desordenado y an-
sioso sólo servía para anular su voluntad. Pasaba la existencia en-
terándose de lo que miles de seres pensaron a través de los siglos, y
cuando las necesidades de la vida lo impulsaron a la acción, encon-
trábase desarmado, sin fuerzas para seguir su camino.

La sombra que le envolvía al pensar esto era una imagen de su exis-
tencia. ¡Todo negro! ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?... Y como si su propia
desgracia no le bastase, el amor había unido a él una infeliz, cuyo úni-
co delito era quererle y admirarle; la había colgado de su brazo para
que marcharse con más dificultad, tropezando a cada paso, tirando
penosamente de esta compañera, que al principio era la alegría y se to-
caba, poco a poco, en una cadena que arrastraba tras él, impidiéndole
avanzar. Todo lo veía negro, con la lobreguez de una miseria a cuyo
fin estaba la muerte. Deseaba morir, acabar de una vez esta existen-
cia sin objeto, dar fin a una vida fracasada, irresistible y penosa, co-
mo una equivocación de la Suerte. Pero, ¿y ella? ¿Y la dulce compa-
ñera que había abandonado la órbita de su existencia para seguirle,
arrebataada por la mala atracción de su mala fortuna?...

Maltrana, escuchando la respiración de Feli, palpando en la sombra su cuerpo desfigurado por la maternidad, experimentó el mismo remordimiento que si la hubiese asesinado y tuviera el cadáver tendido junto a él. Sintió la cobardía de aquella tarde ante el espacio cubierto de nieve; un empequeñecimiento de niño abandonado, un deseo de achicarse, de dejar de ser hombre, de convertirse en un insecto, en una planta, en una piedra, en algo que estuviese muy debajo de las crueldades humanas; y rompió a llorar silenciosamente, permaneciendo entre el sueño y el doloroso desvelo, víctima de pavorosas alucinaciones, hasta que se filtró la luz del día por las rendijas de la ventana.

Al volver de Madrid, en la tarde siguiente, pisando la nieve convertida en fango, encontró su vivienda en revolución. Venía alegre: había logrado reunir unas cuantas pesetas: pero olvidó su gozo al ver a la Teodora con otras gitanas en torno de Feli, que estaba en el lecho, sumida en el sopor de la crisis.

Habíase repetido el ataque. La enferma tenía en la frente una contusión que denunciaba su caída al suelo. Las gitanas, advertidas por una vecina, habían corrido en su auxilio.

Teodora fruncía el ceño al hablar al joven... Don Isidro, la pobre *señorita* estaba muy enferma. Estos ataques iban a repetirse con frecuencia. Eran cosas del embarazo, que se presentaba muy mal. Según su cuenta, faltaba un mes para que Feli llegase al parto; pero este mes era de grandes peligros. No tenían dinero para pagar a un médico; allí faltaba todo. El tenía que salir a ganarse el pan, ellas podían hacer un favor de cuando en cuando, como buenas cristianas pues que eran, aunque gitanas; pero esto no era posible a todas horas, pues sus casas y familias también exigían cuidados.

—En fin, don Isidro —dijo la gitana—: que hay que tomar una resolución. Pecho al agua; algo durilla es la cosa; pero yo creo que la pobre *señorita* estaría mejor en el hospital.

¡El hospital! Maltrana quedó aturdido, como si esta palabra equivaliese a un golpe... Pasado un rato pudo reflexionar ¡El hospital! ¿Y por qué no?

Lo habían hecho para las gentes como ellos; era un lugar de delicias, comparado con esta habitación desmantelada, en cuyos rincones creía ver encogidos los espectros del hambre y el dolor... En él habían muerto sus padres.

Pasó aquella noche sin acostarse, velando a Feli, que había recobrado sus facultades; pero apenas podía hablar. Su lengua estaba hinchada, con grandes rasguños, por habérsela mordido durante la crisis.

Isidro se explicó tímidamente, mientras ella le contemplaba silenciosa, con sus ojos que parecían agrandados por los recientes espasmos. Allí estaba muy mal: podía morir abandonada durante una ausencia suya, lo mismo que morían los irracionales, y él estremecía sólo al pensarlo. ¡No, no!... Y gesticulaba enérgicamente, como si la viese ya en su imaginación muriendo durante la noche, sin otro socorro que los gritos y las carreras del amante enloquecido por la desgracia.

—Yo no sé cómo decírtelo, nena —murmuró con voz temblona, haciendo larga pausas—. Hay que tener valor..., apreciar las cosas tales como son. Lo que voy a decirte no es más que una idea... Si tú no quieres, no será... Podías entrar en el hospital... No, no te asustes. No en el hospital adonde van todos; en las clínicas, en la Facultad. Yo tengo buenos amigos de mis tiempos de estudiante... Te verían los catedráticos...; todos unos sabios. Asunto de permanecer allí un mes cuanto más. Tendrías la criatura rodeada de más cuidados que aquí... sanarías, y luego continuaríamos nuestra vida más feliz que ahora, pues la mala suerte no va a atormentarnos siempre.

Isidro esperaba una explosión de llanto, la protesta de una repugnancia instintiva, y quedó asombrado al ver la inmovilidad del rostro de Feli, sus ojos fijos y tristes puestos en él. Tras una larga pausa, bajó la cabeza en señal de afirmación. Sí que aceptaba: iría al hospital; pero sin participar de los optimismos del joven.

—No siento—murmuró moviendo su lengua con gran dificultad—, no siento más que el no verte..., y que, tal vez no volveremos a vernos nunca.

—¡Feli de mi alma! —gritó Isidro—. No digas eso; no lo creas, nena mía. Volveremos a ser felices. Verás qué bien te tratan allí.

A la mañana siguiente, Maltrana salió muy temprano, dirigiéndose a la calle de Atocha para esperar en la puerta de San Carlos a un antiguo camarada de la época estudiantil, que ya era doctor y ayudante en una clínica.

Apellidábase Nogueras, y era un joven de carácter alegre, pequeño de cuerpo, con lentes de grueso cristal, que tomaba a broma los lances de la vida, como si le curase de todo espanto el diario espectáculo de las miserias y desarreglos de la máquina humana. No había visto a Isidro en mucho tiempo, y al reconocerle en la puerta de la Facultad de Medicina, le echó los brazos al cuello, riendo de su facha miserable.

—Eso de la literatura debe ir mal —dijo—. ¿Necesitas algo de mí? Pide lo que quieras, menos dinero. Ya ves: doctor, profesor clínico,

y tengo quinientas pesetas al año... con descuentos. Menos que los que barren los ministerios.

El alegre doctor cesó de reír ante la gravedad de Maltrana. Es-te le habló de Feli y de su enfermedad.

—Vamos, es una queridita que te has echado —dijo el médico.

Isidro contestó afirmativamente. Sí; una querida a la que ama-ba como muchos maridos no aman a sus mujeres; una querida que podía gloriarse de una fidelidad que pocas esposas conocían.

—Bueno; adelante —dijo el médico, levantando los hombros—. ¿Y qué es lo que tiene?

Maltrana explicó las crisis de Feli, haciendo un esfuerzo para recordarlas en todos sus detalles.

—No digas más —interrumpió el doctor—. Los síntomas son claros. Pensaba bajar contigo a las Cambroneras para verla; pero ya no es necesario; eso es lo que llamamos nosotros eclampsia puerperal. Hay que provocar el parto, acelerarlo, o corre el peligro de muerte. Trá-ela esta tarde; yo te esperaré en la Comisaría. La meteremos en la clínica de partos. Yo no estoy en ella, pero recomendaré tu *socia* al compañero con grandísimo interés. Hasta la tarde, ¿eh?...

Tenía prisa: su catedrático le esperaba en la sala de profesores. Le mostró la entrada de la Comisaría: una puertecita algo más aba-jo del gran portalón de la Facultad. Allí, a las cuatro.

Y se fue sonriente, sin que el dolor de su camarada arañase el caparazón de indiferencia con que parecían acorazarle las desdi-chas humanas.

Por la tarde abandonó Feli su casa. Fue una marcha lenta, que hizo sufrir mucho a Maltrana. Al verla pasar la puerta del tabuco creyó percibir en su oído un lamento desgarrador. Se iba para no volver; se cumplirían los presentimientos de la enferma. ¡Probable-mente la perdería para siempre!

La cuesta de las Cambroneras y el paseo de los Ocho Hilos fue-ron como una calle de Amargura.

Feli, envuelta en su mantoncillo, cubierta la cabeza con un pa-ñuelo que formaba visera sobre sus ojos, avanzaba con torpe paso apoyándose en su amante.

Sus piernas, hinchadas, apenas podían moverse; el abdomen monstruoso la atormentaba con peso sofocante. Las largas sema-nas de inacción en su casucha de las Cambroneras habían entorpe-cido los resortes de su movilidad. Detenía-se a los pocos pasos; se dejaba caer, jadeando, en todos los bancos y poyos del paseo.

La Teodora quiso acompañarla hasta la Fuentecilla, animán-dola con sus palabras y gesticulaciones gitanescas.

—Arriba, mi niña... A ver cómo echamos unos pasitos más; a ver cómo se mueven eso *pinreles* bonitos.

Y volviéndose hacia Maltrana, murmuraba con expresión llorosa:

—Está muy malita, don Isidro. ¡Qué bien jase usted en llevársela!...

Pasaron la puerta de Toledo, y en la Fuentecilla se separó la gitana, después de dar varios besos a la enferma.

—Que el *Baró* der sielo te ponga pronto buena; que su Santísima Mare no se aparte de ti. Adió, terronsito de asúcar; adió armendrita durse...

Y sus últimas palabras ya no se oyeron, pues se alejó con la cara oculta en el delantal.

Isidro hizo subir en un carruaje de alquiler a la llorosa Feli, conmovida por los adioses de la gitana. Recordaba el joven los primeros tiempos de su amor, cuando vagaban por las cercanías de Madrid, ocultándose de las gentes. Desde entonces no había ido en coche. Ahora, todo el dinero que guardaba en el bolsillo, una peseta y algunas monedas de cobre, era para pagar esta carrera de dolor, la última, tal vez, que harían juntos.

Entraron en la Comisaría por entre varios grupos de mujeres andrajosas con niños de pecho y hombres de mísero aspecto, todos mostrando repugnantes enfermedades: cegueras purulentas, costras roedoras, abcesos que desfiguraban sus miembros, retorciéndolos. Esperaban su turno para la consulta gratuita. Un fuerte olor de antiséptico impregnaba el ambiente.

Nogueras, el alegre doctor, los vio por un ventanillo del despacho inmediato, y salió a su encuentro. Miraba con fijeza a Feli, y ésta bajó los ojos, avergonzada... ¡Pchs! No era gran cosa como mujer...

Quedaron los dos amantes frente a frente, en una situación embarazosa.

Maltrana, al venir en el carruaje, estremecíase pensando en el horror de la separación, llantos, gritos, abrazos y, tal vez, un nuevo ataque de la enferma.

No fue así; no hubo nada de esto. Sólo un silencio, una sencillez en la separación, más desgarradora que los extremos ruidosos del dolor.

El médico habló de las recomendaciones que había hecho al compañero de la clínica de partos. Tenía ya su cama reservada; hasta había interesado a la monja del departamento.

—Cuando usted quiera, la acompañaré —dijo, mostrando cierta prisa.

Por fin, se miraron, sin una lágrima, sin un suspiro, abriendo los ojos desmesuradamente, con expresión de terror. ¡Iban a separarse!...

Ella fue la primera en dar un paso. ¡Ay, el valor de las mujeres!...

–Adiós, Isidro.

–Adiós, Feli.

Sus voces eran gemidos; pero no lloraron, no se atrevieron a besarse, a estrecharse las manos en presencia del mediquillo bur-lón, y de aquellos enfermos que los miraban fijamente.

Ella se alejó por un corredor oscuro, precedida por el médico. Su paso oscilaba...; pero no quiso volver el rostro atrás, como si temiese perder toda su firmeza.

Maltrana salió a la calle, y a los pocos pasos hubo de apoyarse en la pared. Tenía frío; un frío de sepulcro, que se le colaba hasta el alma. Lucía el sol de la tarde, un sol que Isidro no había visto nunca; un sol oscuro, empañado, fúnebre, como si el astro del día enviase sus rayos al través de negra urdimbre: como si estuviese en-vuelto en un crespón.

XII

Ya no volvió a las Cambroneras. Tuvo miedo de vivir en aquella casa sin Feli. Sentía el terror de los que pierden a un ser querido y no osan penetrar en la mortuoria habitación ¿Qué iba a hacer solo en aquel extremo olvidado de Madrid, entre las gitanas que le recordarían a la amante?...

Necesitaba ver gente nueva, aturdirse, olvidar su tristeza.

Aquella noche volvió a la Redacción, después de una ausencia de tantos meses. Los compañeros le recibieron con irónicas ovaciones.

–¡Homero! ¡Ya está aquí el gran *Homero*! ¡Salud al ilustre *ta-barrista*!

Y le preguntaron si traía como fruto de su soledad algún artículo de los que sembraran el pánico en los suscriptores.

Algunos de la Redacción le habían visto paseando con Feli por el Retiro.

–Di, *Homero*: ¿qué has hecho de aquella muchacha tan simpática que llevabas del brazo?... ¿La encontraste en algún libro griego? ¿Era ática o beocia?

–Está en el hospital –contestó Maltrana con los ojos llorosos.

Su acento fue tan triste, que impuso silencio a los alegres compañeros.

Pasaba las noches en la Redacción. Había perdido la costumbre de trasnochar, y como no quería volver a su casa, buscaba los cuartos a oscuras, dormitando en un diván. Si llegaba una visita y había que encender la luz, Maltrana era despertado como un perro, y, sacudiendo las aletas del abrigo, pasaba a otro cuarto o se iba a la calle, buscando terminar el sueño en la casa de algún amigo.

Apenas comía. Ansioso de distracción, de conversaciones que le aturdiesen, juntábase muchas noches con ciertos borrachos famosos, y bien entrada la mañana se los veía por las calles más céntricas, con paso inseguro, discutiendo a voces de filosofía o literatura. En mitad de una disputa, el recuerdo de Feli asustaba a Isidro, y rompía a llorar. Los compañeros daban culpa de este llanto al coñac. Beberían cerveza.

Muchas mañanas iba a la puerta de San Carlos a esperar a Nogueras. Este hacía un vago gesto de repulsión al olerlo.

—Sigues mal camino, chico; apestas a aguardiente. ¿Qué resuelves emborrachándote?...

Maltrana contestaba con mal humor. No pedía consejos: lo que deseaba era conocer el estado de Feli. El joven doctor mostrábase impaciente. ¿Creía él que no tenía otras cosas en que ocuparse?...

—¡Figúrate, con seis mil reales por todo sueldo!... Tengo que visitar mucho y a gentes que pagan mal. Esa muchacha no es de mi clínica... La vi anteayer. Me pareció que estaba bien; pero si los ataques de eclampsia se repiten, puede morir en uno de ellos. Van a provocarle el parto; tal vez esto la salve.

Al día siguiente fue Nogueras quien, al verle, le habló el primero.

—Eres padre; arriba te guardan un niño las monjas. Su salud es buena y la madre no ha salido mal del parto. Si no quieres que esa segunda edición de tu persona vaya a la inclusa, recoge pronto al pequeño.

Maltrana no experimentó ninguna emoción. Sólo pensó en ir a las Carolinas para dar la noticia a su abuela. ¿Qué iba a hacer él con un chiquillo? La señora Eusebia se encargaba de cuidarlo.

Y la abuela, conmovida por el suceso, bajó a Madrid para recoger a su bisnieto, acompañada de otra mujer. Isidro fue con ellas hasta San Carlos; pero no quiso pasar de la puerta. Le dominaba el egoísmo de su cobardía. Ya había sufrido bastante. ¿Iba a mejorarse ella porque le viese?...

Cuando salió la abuela quiso enseñarle el niño, que su amiga, más joven y fuerte, llevaba en brazos.

—Míalo, Isidro —gemía la vieja, llorando de alegría—. Es un querubín; ¡qué rico!... Es hijo tuyo, ¡tu mismo retrato!...

Maltrana miró esta carne palpitante, apenas contorneada, que se removía en el fondo de un mantón. Sí que era su retrato: feo, con su misma fealdad y la de aquel pillete que estaba en la cárcel entre los rateros menores. La misma cabeza enorme que parecía moldeada por las manos de la desgracia. La *Mariposa* se llevaba su bisnieto. Nada de buscarle nodriza en las Carolinas. Conocía a cierta mujer del barrio que se había casado con un músico de regimiento, y ahora, retirado él del servicio, tenía una tiendecita junto a la carretera de Extremadura, en el cerro de los Corvos. Acababa de perder a un pequeño, y ella se encargaría de lactar al bisnieto por poco dinero.

La vieja, antes de marcharse, le habló de Feli. La había visto; estaba muy enferma.

—¡Lo que ha llorado esa chica antes que nos llevásemos el pequeño! ¡Los besos que le ha dado!... Me preguntó por ti... Ve a verla, hombre; la pobre se alegrará, y bien lo necesita.

Maltrana pasó mucho tiempo sin visitar a Feli. Todos los días formábase el propósito de verla a la mañana siguiente. Pasaba la noche de café en café, y la madrugada, de taberna en taberna, con los camaradas de vida errante, siempre triste y bebiendo para olvidar.

Por la mañana llegábase hasta San Carlos a recibir noticias. Le bastaba con saber que Feli seguía bien. Le acometía el miedo de verla en este lugar de dolor y que ella adivinase su embriaguez.

—Un día me acompañarás —decía a Nogueras—; no, ahora, no. Me siento sin fuerzas. Además, estoy algo borracho. ¿No me lo conoces?...

Por fin, una mañana se mostró resuelto: quería verla. Adivinábase cierta preparación en su aseo exterior, como si acudiese a una entrevista amorosa. Iba recién afeitado; ocultaba algo bajo las alas del macferlán, que parecía menos viejo después de unos cuantos pases de cepillo.

Nogueras le hizo atravesar los claustros de la Facultad, subieron escaleras, pasaron otros claustros, y, por fin, el médico abrió la puerta.

Lo primero que vio Maltrana fue las tocas blancas de una monja, ocupada en arreglar con sus manos de cera las flores de trapo y las velillas de un altar. Estaban en una sala de paredes enjalbegadas de un blanco de hueso, con zócalo de ladrillos blancos también. La pieza parecía dividida por un muro hasta el lí-

mite del zócalo, con grandes espacios abiertos entre las pilastras que sostenían el techo.

Isidro vio muchas camas de hierro con cubiertas de percal floreado, y junto a ellas, mesillas con redomas y escupideras. Sobre las almohadas destacábanse cabezas de mujeres de verdosa demacración, con las cabelleras enmarañadas y sucias. Maltrana recordó las salas de los hombres. Estos eran menos repugnantes en sus dolencias. La hembra se agostaba con la mayor rapidez así que la enfermedad disolvía los almohadillados carnosos de sus encantos.

El médico se detuvo ante un lecho; allí tenía a la que buscaba. Isidro tardó algunos instantes en reconocerla. Hubiera pasado varias veces ante ella sin que llamase su atención. ¡Cuál cambiada la veía! Olvidando su tristeza de enferma, evocaba siempre en sus recuerdos la Feli hermosa y alegre de los primeros tiempos de su amor. Y ahora, viéndola enflaquecida, con las facciones descajadas, más fea y mísera aún que el día en que salió de las Cambronerías, tenía que hacer un esfuerzo para reconocerla. Creyó ver a una amiga de Feli, a una buena compañera que le recordaba a la otra, a la de los días felices que, ¡ay!, no volverían nunca.

Quedó inmóvil ante la cama, con aspecto tímido, cohibido por aquellas cabezas greñudas, mascarones de dolor y miseria, que convergían en ellos sus miradas curiosas.

—¿Cómo está? —preguntó en voz queda.

Saludábalo Feli silenciosa, con una sonrisa que daba frío, contrayendo las arrugas de su rostro exangüe, marcándose la punta de su fina mandíbula con la agudeza de un hierro de lanza. ¡Y allí había puesto él sus besos muchas veces, en la embriaguez de la pasión!... ¡Miseria de la vida! Sus ojos, unos ojos de loca, con el estrabismo de las frecuentes crisis, era lo único que aún delataba la extinta hermosura.

En el lecho inmediato vio a una jovencita que llevaba envuelto el pelo en un pañuelo rojo y abrigados los hombros con una chaquetilla de color de manteca. Mostraba entre las puntillas de la camisa sus pobres pechos de tísica, que apenas si se destacaban con ligera hinchazón sobre el mísero costillaje. Era una criada que había dado a luz una niña; una pobre bestia de trabajo convertida en madre por el capricho momentáneo del señorito. La chaquetilla de señora que le servía de abrigo en el hospital era, tal vez, la única recompensa de su caída.

Feli, al contemplar a Isidro, mostraba también en sus ojos cierta extrañeza, como si le encontrase cambiado. Había transcurrido

muy poco tiempo, y, sin embargo, creían verse, verse después de larguísima ausencia.

Permanecieron silenciosos mucho rato, mirándose; pero sin atreverse a despegar los labios. Al fin, habló ella por el impulso maternal. ¿Y su hijo?...

Maltrana fingióse enterado. Estaba allá, en la carretera de Extremadura, con su nodriza, una gran mujer buscada por la abuela. Podía permanecer tranquila... ¡Y él aún no había ido al cerro de los Corvos, ni conocía a la nodriza!

Después le preguntó por su enfermedad. Feli hablaba con voz queda; parecía resignarse a permanecer siempre allí sin esperanzas de volver al mundo. Su voz era lenta, con largos titubeos; notábase cierta incoherencia en sus palabras; se adivinaban sus esfuerzos para ordenar las frases y encauzar el pensamiento.

Mientras la oía, Isidro miraba con el rabillo del ojo a la monja, en pie junto al altar, hablando con el médico. ¡Ay, aquellas gentes que vivían en diario contacto con la miseria humana! ¡Qué duros, qué fuertes! ¡Qué indiferencia ante el dolor ajeno, que no era para ellos más que un accidente vulgarísimo! Su mirada fría parecía tener callos. La contorsión de dolor, la muerte, todo resbalaba sobre ellos sin el menor arañazo, sin producir la más leve turbación.

La monja, después de hablar con el médico, miró a Maltrana con cierta curiosidad. Su olfato de experta conocedora de la vida adivinaba a la pareja ilegal, al amor rebelde, que desprecia los convencionalismos sociales. Su curiosidad de mujer excitábase con el perfume del pecado; su severidad le hacía abominar de aquella juventud que se adoraba a espaldas de la religión.

Maltrana no sabía qué decir. La tristeza creaba un gran vacío en su pensamiento. Además, le cohibían tantas miradas fijas en él. Era un martirio permanecer ante Feli sin poder cogerle la mano, atemorizado por los ojos hostiles de la monja.

Se echó atrás las aletas del abrigo y dejó sobre la cama un mazo de violetas que llevaba oculto. Su perfume pareció dulcificar aquel ambiente, que olía a carne enferma y antisépticos.

—¡Ay! ¡Flores! —dijo Feli con vocecilla infantil—. ¡Flores!

Y su mirada acarició a Isidro con expresión de gratitud. Era un poco de poesía esparciéndose sobre la cama del hospital. ¡Flores!... Y los dos pensaron lo mismo. Vieron con la imaginación los almendros de la Huerta del Obispo, que habían sido testigos de sus primeras entrevistas; las flores que él arrojaba sobre su cama, al despertarla, de vuelta de los banquetes, las que habían presenciado sus vespertinos paseos, cuando salían cogidos del brazo, como bur-

gueses, a cubierto de la miseria y seguros de que nada podía turbar su felicidad.

—¡Flores! —repitió—. ¡Cómo te lo agradezco!

Maltrana se excusaba con timidez. Eran violetas; no tenía dinero para más. Aun así, le había costado mucho el adquirirlas. Costaban muy caras. Las flores nacían para los ricos; y aún gracias que les dejaban para ellos el cielo y el sol... Había recordado también su predilección por las naranjas. Quería traerle una; pero después de recorrer las fruterías de la calle Mayor, buscando las primeras que acababan de llegar, había desistido por su pobreza. Todo su dinero se lo habían llevado las violetas.—Otro día, ¿me oyes?—murmuraba en su oído, como si le propusiese una travesura infantil—. Otro día te las traeré, sin que se entere la monja, sin que lo vea el médico.

Y ella decía que sí, mirando al amante con sus ojazos tristes, mientras se llevaba a la cara el mazo de violetas, oliéndolo con delectación.

Nogueras carraspeó con insistencia llamando a Maltrana. La entrevista se prolongaba demasiado; otro día, más. Isidro cogió la mano amarillenta que ella le tendía.

—Adiós, Feli... Adiós, nena. Volveré.

La enferma le recordó su promesa. Debía traerle naranjas y flores, ¡muchas flores!

El trastorno mental de sus crisis le hacía olvidar la penuria del amante.

Maltrana no volvió. Transcurrieron varios días sin que el doctor le encontrase por la mañana en las cercanías de San Carlos. Esta visita había bastado para darle cierta tranquilidad.

Una noche, al salir Nogueras del teatro de Apolo, dio con él en la acera de la calle de Sevilla, iba borracho, más sucio y abandonado que otras veces. Adivinábase en las arrugas de su abrigo y en el abandono de sus ropas que dormía sin desnudarse, allí donde se lo permitían los accidentes de su existencia vagabunda. Estaba pálido, con los ojos hundidos y las facciones enjutas; una cara de hambre y alcoholismo. Al ver a Nogueras hizo un esfuerzo para mostrarse sereno.

—¿Y aquélla?—preguntó.

El doctor mostróse pesimista. *Aquélla* iba muy mal. No la había visto: le faltaba el tiempo; pero el camarada encargado de la clínica tenía pocas esperanzas. Repetíanse con frecuencia los ataques de eclampsia, y en uno de ellos podía morir. Bastaba que la respiración se retardase algunos segundos al quedar su organismo contraído por las convulsiones, para que sobreviniese la asfixia.

—Y tú, ¿por qué no vas a verla? —preguntó el doctor.

—¿Para qué? —exclamó el bohemio—. Sufro mucho; me falta el valor para volver. Me hace daño verla entre aquellas mujeres sucias y enfermas, no poder hablarle con libertad. Me miran todas, como si fuese un animal extraño. La monja me molesta.

Calló un instante, y luego añadió con expresión de vergüenza, empañándose sus ojos de lágrimas:

—No puedo ir con las manos vacías: la pobre desea flores...; se las prometí. Hace días que quiero comprarle un ramo grande, muy grande, para cubrir su cama, para que se imagine que todo un jardín corre hacia ella, esparciéndose a sus pies... Pero no tengo dinero...; nada, absolutamente nada. No puedo comprar ni un ramito de los que venden en la calle. Apenas como; ando por ahí como un perro sin amo. Si no encontrase algún amigo de los que convidan a beber, ya me hubiese muerto...

Al despedirse del doctor dijo flojamente, con la pereza de una voluntad enferma y cobarde:

—Ya iré...; iré cuando tenga dinero..., cuando pueda llevarle algo. Creo que no morirá en seguida, que aún vivirá algún tiempo. ¿No crees tú lo mismo?

Nogueras levantó los hombros con expresión de duda. Sí, era posible que se salvase: enfermas más graves que ella recobraban la salud. Pero su vida estaba en peligro de extinguirse por asfixia cada vez que sufría un ataque. Nada podía él afirmar.

Transcurrió una semana sin que volviesen a verse. Una mañana se encontraron en la Puerta del Sol: el doctor vio a Maltrana con aspecto más miserable aún: parecía un pordiosero, sucio, roto, entregado a su abandono, sin el auxilio de una mano femenina que lo adecentase. Nogueras tenía prisa.

Había estado dos días fuera de Madrid por un asunto profesional, y lo esperaban en la Facultad.

—Una mala noticia, Isidro. Aquella muchacha ya no vive.

Maltrana abrió los ojos con asombro, como si esa noticia rebasase los límites de lo posible.

—¿Estás seguro? ¿La has visto tú?...

Nogueras hizo un gesto disciplente.

—¿Qué tiene de extraordinario su muerte?... Era de esperar. Ha muerto y todos nosotros moriremos también... Yo no la he visto, tengo otras cosas a que atender. Pero el día que salí de Madrid me lo dijo el compañero. Acababa de morir.

Maltrana se quedó inmóvil, con la cabeza baja, anonadado por la noticia. Después fijó en el doctor sus ojos interrogantes.

—¿Y qué han hecho de ella?... ¿Y el cadáver? ¡Dime, por Dios, adónde la llevaron!...

Sentía un remordimiento inmenso por su egoísmo y su cobardía. Deseaba visitar su tumba, ya que había pasado los días vagando, sin atreverse a verla en el hospital.

El doctor le contestó con una sonrisa que daba frío. Su tumba era la fosa común, adonde iban todos los muertos pobres. La infeliz muchacha no tenía parientes ni quien pagase los gastos de su entierro. Isidro no se había presentado para arreglar las cosas, y era seguro que su cuerpo, antes de ir al cementerio, habría pasado por la sala de disección. ¡Sufrían tal escasez de cadáveres!...

Maltrana no quiso oír más. Volvió la espalda sin despedirse del amigo como si huyese de su remordimiento y su vergüenza. Vagó por las calles haciendo esfuerzos por no llorar. La gente le miraba; y, fatigado de esta curiosidad, quiso salir de la población, caminar por el pueblo.

Veía las casas al través de densa niebla; las personas y los carruajes pasaban junto a él como fantasmas, sin ruido alguno. No pensaba: creía tener hueca la cavidad de su cráneo; le zumbaban las sienes. Su lengua repetía por lo bajo, con una tenacidad estúpida:

—¡Despedazada..., despedazada!

Poco a poco su pensamiento, que parecía haber huido lejos, muy lejos, aproximábase, volvía a entrar en él. Un recuerdo de los primeros años de su juventud, de su época de estudiante, iniciábase débilmente, y crecía y crecía hasta tomar el relieve de la realidad.

Veíase subiendo una escalerilla de la escuela de San Carlos, con un compañero de hospedaje, estudiante de Medicina, que iba a recoger unos zapatos en el laboratorio. Isidro asomaba a una ventana. Abajo, un pequeño patio con pavimento de losas húmedas, como si cayese en ellas con frecuencia un chaparrón de cubos de agua. Sobre las losas, un monigote de abultado tronco y brazos y piernas delgados, esqueléticos, contraídos por grotesca actitud. Creyó que esta figura de cartón, groseramente modelada por algún artista inhábil, toda ella del mismo color amarillo: faltaba que le pintaran las cejas y que sobre la calva adaptasen una peluca para darle cierto viso de realidad. En los peldaños de una escalera vio varias cabezas cortadas descansando sobre su base, pero sin piel, mostrando el rojo de los músculos y el azul oscuro de sus venas. Maltrana había contemplado con curiosidad estos juguetes de la ciencia. Eran piezas de cartón para el estudio de los alumnos. Y al hacer la pregunta al amigo, éste rompió a reír.

—No, tonto. Son cadáveres preparados para la clase de disección. Ese cuerpo es de una mujer.

Luego, el compañero, con la superioridad del fuerte, para poner a prueba los escrúpulos del estudiante de libros, le hacía entrar en el anfiteatro, llevándolo de mesa en mesa. ¡Qué limpiamente trabajaban aquellos carniceros de blusa blanca! Aquí, un brazo encogido sobre el mármol, sin más que los huesos y los tendones, tirantes y limpios como si fuesen a vibrar: un arpa para tañerla en una fiesta de caníbales. Más allá, piernas que, mostraban el cruzado almohadillamiento de los músculos rojos; troncos abiertos al aire, con el rosa tierno de sus costillajes. Esta gran carnicería de mármol y cristal hacía pensar en una humanidad horriblemente superior pervertida por la antropofagia, donde los fuertes se alimentaban con los despojos de los débiles. Un gesto de dura curiosidad contraía los rostros; las manos sin misericordia, armadas de acero, hundíanse en los secretos de aquella carne fría, limpia, anónima, sin personalidad, que no recordaba su origen humano.

¡Y en el matadero de la investigación había desaparecido su Feli! ¡Allí se había disuelto su cuerpo, sin que bajasen a la tierra más que estos restos informes y despedazados en el fondo de una puerta!...

“¡Feli! ¡Feli!...” Repetía su nombre, recordando los mil detalles de su amorosa intimidad. La oreja sonrosada, cuyo lóbulo mordía dulcemente al mismo tiempo que murmuraba palabras dulces: su cabecita, que en las noches de invierno se refugiaba en su hombro con el mismo ademán tímido del pájaro que oculta su pico bajo el ala; sus piernas de diosa, que pretendía ocultar ruborosamente cuando él le probaba aquellas medias adquiridas en el Rastro; su vientre antes de la deformación maternal, con el gracioso hoyuelo umbilical, que parecía gesticular cuando se conmovía con la agitación de la risa; la doble copa de alabastro de sus pechos, aquellas dos magnolias de amor..., todo había sido despedazado bajo el acero, sin piedad, sin misericordia. Manos que no la conocían habían violado el secreto de aquel cuerpo que le despertaba por las mañanas con su roce de satén, cuando ella pasaba a gatas por encima de él para levantarse, poniendo un instante sus ojos sobre los suyos, confundiendo las respiraciones de los dos.

¡Feli! ¡Feli!... ¿Qué pecado había cometido para que la fatalidad privase hasta de la paz de la tumba?...

Maltrana lloraba ahora, sin miedo a que la gente se fijase en él.

Estaba en el campo. Al mirar en torno, vio a corta distancia el cementerio de San Martín. Sin darse cuenta había marchado ins-

tintivamente hacia aquellos lugares que presenciaron las primeras dichas de su amor.

No se atrevió a entrar en el cementerio. La Muerte le asediaba con sobrada insistencia para que él fuese a devolverle la visita. ¡Ay, cómo odiaba a la infame señora de los ojos sin luz, de la piel intensamente pálida, que una tarde había descrito allí dentro, ante la absorta muchacha! ¡Con qué delectación la escupiría en su pecho voluminoso y amargo, en sus flancos potentes, si pasase ante él!... Cierto que tras sus pisadas resurgía la vida; que otras Felis vendrían al mundo; pero no eran para él!... La suya, la que había tenido en sus brazos, ésa no volvería nunca. Había sido un rayo de sol al través de las nubes de su cielo, saludado por la espiral de las ilusiones, que volaban como palomas.

Las nubes cerrábanse para siempre, el rayo de sol se extinguía y las palomas venían al suelo transidas de frío.

Marchó, como en peregrinación, por la senda que aquella tarde precursora de su felicidad había seguido con Feli.

Deteníase como un devoto a saborear en ciertos sitios el religioso goce del recuerdo. Aquí había entregado su dinero a unas mendigas para que se emborrachasen celebrando su dicha; más allá, Feli le daba a chupar una naranja, con mohínes graciosos. Al llegar al embarcadero, vagó por los alrededores con una insistencia que puso en guardia a los dueños, alarmados por el aspecto mísero de Maltrana.

Cerca del Canalillo le faltaron las fuerzas. El recuerdo le aplastaba; también él iba a morir, necesitaba olvidar: la vista de estos sitios le hacía gran daño. El invierno deshojaba los árboles; la tierra estaba yerma. Era el mismo escenario de su dicha, como él era el mismo Maltrana; pero había soplado un viento glacial, matando la alegre hojarasca, llena de rumores y de cánticos, dejando sólo el escueto follaje. Los almendros de la Huerta del Obispo, que derramaban en otros tiempos lluvias de flores sobre la cabeza de Feli, parecían ahora escobas plantadas por el mango. Isidro, tambaleándose como un herido, fue en busca de su abuela.

Zaratustra y la señora Eusebia lo escucharon silenciosos, pero sin participar de su emoción. ¿Conque la chica del *Mosco* había muerto? ¡Todo sea por Dios! Y el par de vejstorios replegábase en su egoísmo, sintiéndose más fuerte, más feliz, con la satisfacción de conservar su existencia mientras la muerte ensañábase con la juventud.

La tía *Mariposa* sólo pensaba en su bisnieto, de cuya salud hacía grandes elogios. Poco le importaba la suerte de la madre; toda su atención era para el pequeño.

Isidro se quedó allí. ¿Adónde ir?... Su cobarde laxitud había llegado a los últimos límites de la indiferencia. Estaba atravesando el momento de las grandes renunciadas a la vida. De ser creyente, se hubiese hecho ermitaño, lego de un convento de trapenses, asceta de un desierto. Ahora comprendía la huida del mundo, el aislamiento cruel, las santas locuras de ciertos desesperados que, al ser mordidos por el dolor, encuentran remedio en su ignorancia y su fe.

Permaneció varios días en la cabeza de *Zaratrustra*, complaciéndose en su suciedad, haciendo de esto una mortificación.

¡Ay, la conciencia! ¡La agobiadora pesadez del remordimiento! Ya no sentía dolor por la muerte de Feli. Lo que le avergonzaba era el abandono en que la había dejado la cobardía de su floja voluntad, el egoísmo de no entristecerse viéndola enferma... ¡La pobre había muerto sola, en aquella cuadra blanca, rodeada de humanas bestias que sólo pensaban en ellas con el egoísmo del dolor, sin una mirada de cariño, sin una mano que estrechase la suya! ¡Y este crimen era ya irremediable! ¡Ay, si Feli pudiese resucitar, sólo por un día, por una hora! Era su idea fija y tenaz... ¡Si volviese a la vida, aunque fuese para morir a los pocos instantes! Él cumpliría su deber y quedaría más tranquilo: la pasión de su existencia tendría un final digno. Correría a su lado, para no abandonarla hasta el último momento. Sentíase capaz de robar para que sus restos reposasen en un féretro hermoso, para que se librase de la fosa común, para que no la llevaran a aquel matadero blanco donde eran descuartizados los cadáveres... Pero, ¡ay!, sólo se muere una vez. El mal no tenía remedio. ¡Miserable de él! ¿Dónde estaba la poesía de su pasión? ¿Qué había de común entre él y aquellos amantes que había visto en los libros, inclinados sobre el lecho de la moribunda, abrazándola y gimiendo el último adiós?... ¡Feli, Feli! A cambio de su propia vida, pedía él que resucitase un instante, el tiempo preciso para besarla, para que partiese con el convencimiento de que la amaba, para salvar su cuerpo adorado de la odiosa profanación.

Tardó unas dos semanas en volver a Madrid. Una mañana que entró en la villa vio de lejos a Noguerras camino de San Carlos, y sintió la necesidad de hablarle. Le inspiraba nueva simpatía, por haber conocido a Feli; creía encontrar en él un vago recuerdo de la muerta.

El doctor le saludó alegremente, mirándole con ojos de miope mientras limpiaba los cristales de sus lentes.

Después recordó a la *queridita* infeliz, con cierta ligereza, sin dar importancia a aquella pasión de Maltrana. ¿Se había consola-

do? ¿Tenía ya alguna otra sustituta? ¡Ah, bohemio incorregible! Para él era la vida: libre, mujeriego y sin la esclavitud de ocupaciones apremiantes.

Después contrajo la frente, como si concentrase sus recuerdos.

—Hombre, una cosa curiosísima —añadió—. ¿Recuerdas aquel día en que te dije que la muchacha había muerto?... Pues no era verdad, cuando llegué a San Carlos, después de mi viaje me lo dijo el compañero. Fue un error suyo: la creyó muerta en un ataque, pero salió de él.

Maltrana abrió los ojos, quedo inmóvil de asombro, como si fuese a presenciar aquella resurrección con la que había soñado tantas veces, como si Feli surgiera ante él.

—Pero ¿vive? —dijo temblando.

—No, hombre; murió, pero fue una semana después. Yo pensé avisarte, escribirte; pero ¿quién diablo adivina dónde vives, con esa vida que llevas?... Murió, no lo dudes; ahora es de veras. Tú eres un espíritu superior, y ciertas preocupaciones no te conmueven. No dudes que ha muerto. Yo vi su cadáver en la mesa de la clase de disección.

¡Ah, la Suerte! ¡La diosa malvada y caprichosa!... Hasta el último momento jugueteaba con él.

*

Terminaba el invierno. La tarde parecía de primavera, con su cielo azul y límpido y su sol de dulce tibieza.

Maltrana atravesó el puente de Segovia, entrando después en la carretera de Extremadura.

Vestía de luto. El macferlán, la odiada librea de la miseria, ya no pendía de sus hombros. La suerte le trataba con menos rudeza al verle solo. Trabajaba, le admitían artículos en algunas revistas, le encargaban traducciones, vivía en una casa de huéspedes y ahorra para pagar a la nodriza de su hijo. No conocía la abundancia, pero tampoco las angustias y estrecheces de antes. Era el bienestar que llegaba; pero ¡cuán tarde y que insípido le parecía!...

Caminó por una acera junto a la cual serpenteaba un arroyo. Miraba distraídamente los rótulos de las puertas. Casi todos eran de tabernas, pero tabernas de las afueras, que a la vez servían de figones y merenderos. “Vinos, por Fulano.” Y aquí el nombre del dueño del establecimiento, como si fuesen los taberneros quienes los fabricaban.

En una casucha de tablas llamó su atención otro rótulo: “Taberna de Agustín, alias el *Botero*. Cocidos a diez céntimos.” ¡A diez



céntimos! ¿En qué consistirían estos cocidos?... Pensó en ellos con repugnancia, pero se dijo que alguna vez habría visitado la taberna en otra época, de conocer su baratura.

En muchos balcones exhibíanse anuncios de pirotécnicos, con muestras de ruedas de artificio y enormes petardos. Todos los polvoristas de Madrid se habían instalado en este barrio, que parecía la calle principal de un lugarón, con sus rústicos paradores y las casas sucias del polvo de los carros.

Maltrana, siguiendo cuesta arriba, llegó al final de la doble fila de casas. La carretera perdíase de vista, flanqueada a un lado por la tapia interminable de la Casa de Campo y al otro por las colinas, en cuyos surcos comenzaba a surgir la cabellera de una cebada triste, pisada con frecuencia por los transeúntes.

Siguió Maltrana una senda que conducía a una casucha en lo más alto de un montecillo. Era el cerro de los Corvos, y la casa aquella tiendecita donde criaban a su hijo.

La mujer cosía a la puerta del establecimiento, bajo una parra seca, en una pequeña explanada, desde la cual dominábase toda la parte de Madrid que mira al río.

Al reconocerle, la nodriza se levantó apresuradamente. Quería sacar al pequeñuelo, que dormía después de una noche de insomnio y llantos.

Maltrana se opuso. Que durmiese; ya lo vería después.

Se sentó en un banco, ante una mesa de tablas desunidas, contemplando el magnífico panorama. La mujer quiso obsequiarle... ¿Un poco de aguardiente?

Pero él hizo un gesto de repugnancia. Agua, nada más que agua. Y ella sacó un jarro de la oscura tienda que exhalaba un hedor de salazón, bebidas alcohólicas y grasa. La adquisición del agua costábales grandes esfuerzos en aquella altura. Su marido pasaba el día bajando y subiendo el cerro para llenar dos cubas en la fuente de la carretera.

Después, la nodriza habló de la pésima marcha de sus negocios. Iban a perder los ahorros que su marido, el pobre músico, había hecho en el Ejército. Las casuchas cercanas al cerro eran de pobres que vivían en la peor miseria: ladrilleros casi todos que sólo encontraban trabajo en verano. Los otros meses pasábanlos entre privaciones, pidiendo fiado en la tienda. No tenían otro recurso que merodear en la Casa de Campo, saltando la tapia para recoger cardillos, que vendían en Madrid.

—Yo he visto muchas miserias, don Isidro —añadía—; pero ésta es la peor de todas. Mire usted ese niño que sube con la botella... De

seguro que no trae dinero. Y hay que darles, so pena de perder de un golpe todo lo atrasado.

Se metió en la tienda, seguida del muchacho, y Maltrana permaneció abstraído en la contemplación de Madrid.

Vista desde allí, la población era monumental, soberbia. Pocas capitales de Europa parecían tan hermosas. Al frente, la enorme masa del Palacio Real, con sus pilastras salientes cortando negras filas de ventanas. A un lado, la colina del Príncipe Pío, coronada de cuarteles; el extremo opuesto, la cúpula de San Francisco el Grande y el Seminario. Arriba el cielo sin una nube, límpido, como si su azul lo hubieran lavado las últimas lluvias, con una diafanidad que absorbía y borraba instantáneamente el humo de las chimeneas. Abajo, en los declives que conducen al Manzanares, grandes masas de vegetación: las arboledas del Campo del Moro, de la Virgen del Puerto, de la cuesta de la Vega. La masa blanca del caserío partía-se más allá del puente de Segovia, y una línea metálica, una barra horizontal y negra, unía los dos lados de esta corte: era el Viaducto.

Madrid, visto desde allí, parecía una capital portentosa, una imponente metrópoli. Entre el azul del cielo y el verde de los árboles alineábanse las más solemnes manifestaciones de su vida, sus más poderosas grandezas. La vivienda de los reyes en medio; a un lado, los cuarteles, sobre aquella colina que era el Monte de Marte de Madrid; al opuesto, el templo suntuoso, que parecía aplastar con su grandeza las casuchas inmediatas, y otro cuartel sin armas, donde se albergaban los reclutas de la fe vestidos de negro.

Nada faltaba: era la imagen completa de la nación: todo parecía haberse concentrado en esta cara monumental de la gran villa.

Abajo, en la Virgen del Puerto, sonaba el redoble de unos tambores; y Maltrana veía entre los árboles cómo marchaban al compás de cajas los soldados nuevos, cual filas de hormigas, aprendiendo a marcar el paso.

“¡Rataplán..., rataplán!”, cantaban los parches; y el bohemio, en su contemplativa abstracción, creía entenderlos. Los tamborcillos le hablaban: parecía que adivinando sus pensamientos, le decían burlonamente: “Va a durar..., va a durar.” Y no mentían. Mientras ellos redoblasen en este tono uniforme, mecánico, sin fiebre y sin locura, todo seguiría lo mismo.

Después, su mirada se fijaba en la parte de acá del río. Grandes tejados rotos, con anchas brechas por las que se colaba el aire y la lluvia. Eran caserones abandonados que servían de albergues a los miserables. Junto a ellos brillaban al sol las cubiertas de cinc herrumbroso y las latas viejas de las cabañas de los mendigos. El hor-

miguero de la miseria también estaba allí. También acampaban frente a esta cara de Madrid, que era la más hermosa, los vagabundos, los desesperados, los abortos de la sombra, toda muchedumbre que él había visto una noche, con los ojos de la imaginación, rodando en torno de los felices, de la caravana dormida en el beatífico sopor del hartazgo.

Maltrana pensó en los traperos de Tetuán, en los obreros de los Cuatro Caminos y de Vallecas, en los mendigos y vagos de las Peñuelas y las Injurias, en los gitanos de las Cambronerías, en los ladrilleros sin trabajo del barrio que tenía delante, en todos los infelices que la orgullosa urbe expelía de su seno y acampaban a sus expuestas haciendo una vida salvaje, subsistiendo con las artes del hombre primitivo, amontonándose en la promiscuidad de la miseria, procreando sobre el estiércol a los herederos de sus odios y los ejecutores de sus venganzas.

La capital, dominadora y triunfante, parecía abrumar el espacio con su pesada grandeza. Reía destacándose sobre el azul del cielo, con el temblor de las grandes vidrieras de sus palacios heridas por el sol, con la blancura de sus muros, con el verde rumoroso de sus jardines, con la esbeltez de las torres de sus iglesias. No veía la muchedumbre famélica esparcida a sus pies, la horda que se alimentaba con sus despojos y suciedades, el cinturón de estiércol viviente, de podredumbre dolorida.

Era hermosa y sin piedad. Arrojava la miseria lejos de ellos, negando su existencia. Si alguna vez pensaba en los infieles era para levantar en sus afueras monasterios, donde las imágenes de palo estaban mejor cuidadas que los hijos de Dios, de carne y hueso; conventos de monstruosa grandeza, cuyas campanas tocaban y tocaban en el vacío, sin que nadie las oyese. Los pobres, los desesperados, no entendían su lenguaje: adivinaban lo falso de su sonido. Tocaban para otros: no eran llamamientos de amor: eran bufidos de vanidad.

Alguna vez la horda dejaría de permanecer inmóvil. Los que entraban en Madrid al amanecer se presentarían a mediodía. Ya no aceptarían los despojos: pedirían su parte; no tenderían la mano: exigirían con altivez.

Y las gentes felices temblaban de pavor ante las caras amenazantes, las vestiduras miserables, las miradas de famélico estrabismo, los anhelos locos y criminales de la destrucción. ¿Dónde se habían ocultado hasta entonces aquellos monstruos? ¿De qué antro surgían?... Y bien, gentes dichasas: habéis vivido con ellos sin saberlo. Acampaban junto a vuestros muros, pasaban todos los días ante vuestras puertas a la hora de vuestro sueño. No los habéis vis-

to porque eran débiles, porque se arrastraban humildes. Negabais su existencia porque no proferían amenazas. Ni piedad ni misericordia tuvisteis con ellos cuando aún era tiempo...

Maltrana examinaba mentalmente esta avalancha de miserias, odios y desesperaciones, que podía transformarse en un ejército. ¿Qué le faltaba a la horda? Jefes, pastores audaces que la guiasen a las alturas, conociendo el camino. ¡Ay, si los que nacían en su seno armados con la potencia del pensamiento no despertasen avergonzados de su origen! ¡Si los siervos de la pobreza, como él, en vez de ofrecerse cobardemente a los poderosos, se quedasen entre los suyos, poniendo a su servicio lo que habían aprendido, esforzándose en regimenter a la horda, dándole una bandera, fundiendo sus bravías independencias en una voluntad común!...

Oyó vagidos a sus espaldas y la voz de la tendera.

—¡Al papá, Isidrito, al papá! ¡Hazle manos: saludale!

Quedó sobre sus rodillas aquel paquete de grasa infantil, en el que se marcaban apenas los ojos, dos gotitas negras. Oía a leche agria, a orines, a los fuertes sahumeros con que la nodriza pretendía ocultar sus hedores vitales. Maltrana aspiraba con delicia este perfume. Le besó en la boquita desdentada: no se atrevió a limpiarse las babas que le había dejado en el bigote.

¡Ser padre! ¡Contemplar una prolongación de su vida, un doble de su personalidad, un testimonio de su existencia, que años después de morir él afirmaría el paso por el mundo de un hombre llamado Maltrana!... Aquella carnecita blanca y suave como el plumón era suya: había en ella algo de su ser y de aquella otra carne, ¡ay!, despedazada que había desaparecido para siempre en el misterio de la tierra.

¿Qué le importaba ya la suerte de los infelices, el destino y los tremendos conflictos que pudieran desarrollarse en lo futuro?

A vivir: toda su vida la tenía en sus brazos. El calor de este cuerpecillo infundía una resolución egoísta y brutal. Al coger a su hijo sentíase fuerte. Era como un arma que le daba confianza y valor para seguir su marcha.

Quería que fuese de los felices, de los dichosos, de los fuertes. Ya que el mundo estaba organizado sobre la desigualdad, que figurase su hijo entre los privilegiados, aunque para ello tuviese que aplastar a muchos.

Lo que no había logrado la miseria y el triste destino de Feli, lo conseguiría aquel chiquitín con sólo su contacto.

Caía hecha polvo la herrumbre de su voluntad. Era otro hombre: su audiencia consideraba con desprecio todos los obstáculos.

Sentíase capaz de robar, de matar, por su hijo. No tenía otra herramienta, otra arma que su pluma; pero haría de ella un puñal, una palanqueta, algo implacable que sirviese para la muerte y el despojo. Lo que no había osado hacer por el amor lo haría por su hijo. Se lanzaría en plena lucha, con la insolencia del mercenario. Adiós ideas, fe, entusiasmos... Ilusiones, todo ilusiones. Despreciaba su cultura, pero pensaba aprovecharla para hacerse pagar mejor. El dinero y el poder tendrían un siervo más.

Su suerte estaba echada. Se revolvería en la abyección, paladearía su envilecimiento, se vendería como esclavo para que su hijo fuese libre. Su destino era el del asaltante que cae en el foso para que el hermano de armas entre por la brecha. Él desaparecería en el fango, pero Maltrana que venía detrás pasaría vencedor sobre el puente de sus espaldas.

Y mirándose en aquellos ojitos bobos, sin expresión, que le contemplaban fijamente, Maltrana decía a su hijo con el pensamiento.

“Llegarás, chiquitín. Yo marcharé a gatas delante de ti; abriré con la lengua un camino en el barro para que avances sin ensuciar-te. No temas que caiga desalentado, que vuelva a sentirme cobarde y te abandone como a la pobre mártir. Este amor que ahora nace es de hierro. Ya soy otro. Soy... tu padre.”

Vicente Blasco Ibáñez, *La horda*, (Madrid, Aguilar, 1967).

Ramón Pérez de Ayala

Ramón Pérez de Ayala (Oviedo 1880 - Madrid 1962) nace en el seno de una familia pequeñoburguesa. De niño es alumno de la Compañía de Jesús en diversos colegios lo que propiciará los cimientos de una sólida formación en los clásicos así como su talante anticlerical por el recuerdo de desagradables acontecimientos vividos. Tras cursar la carrera de leyes en la Universidad de Oviedo donde conoce a destacados miembros de la Institución Libre de Enseñanza y recibe las enseñanzas de Clarín, llegará a Madrid en 1902 para doctorarse. En la capital toma contacto con varios escritores empeñados en la aventura modernista –Juan Ramón Jiménez, los hermanos Machado, Rafael Cansinos-Asséns– estética a la que él mismo se suma con varias publicaciones. Con el paso de los años y especialmente desde 1907 cambiará el talante de su literatura al tiempo que la faceta de político e intelectual comprometido va abriéndose camino en su vida. Tras sus viajes a Italia y Alemania para ampliar estudios, colabora en 1914 con la “Liga de educación política española” bajo la dirección de Ortega. Al estallar la primera guerra mundial se declara aliadófilo y germanófilo, desarrollando una intensa actividad en pro de la República. Nombrado académico de la Lengua en 1928, al proclamarse la República es designado embajador en Londres, cargo del que cesa en 1936. La guerra civil española provoca una auténtica conmoción en el ánimo de Pérez de Ayala, educado en el ámbito krausista, miembro de la generación del 14 e inscrito en un reformismo novecentista próximo al liberalismo aristocratizante inglés. Durante la posguerra el escritor marcha a Francia e Hispanoamérica para regresar definitivamente a España en 1954. Los últimos años de su existencia trans-



curren de modo retirado, dedicado a la lectura y a los artículos de crítica literaria, por desgracia olvidada para la juventud una trayectoria novelística que el propio autor interrumpió inesperadamente en 1928 tras el éxito de *La pata de la raposa*, *A.M.D.G.*, *Belarmino* y *Apolonio y Tigre Juan*.

Troteras y danzaderas fue escrita en Munich y se publicó en 1913. Literariamente forma parte de un ciclo narrativo compuesto por *Tinieblas en las cumbres*, *A.M.D.G.*, y *La pata de la raposa*, y pertenece a su segunda época como escritor. Hasta entonces Pérez de Ayala había publicado obras de un marcado carácter modernista que se quiebra en 1907 con el inicio de las citadas novelas. El ciclo completo presenta los avatares de Alberto Díaz de Guzmán que al igual que su alter ego Pérez de Ayala es un intelectual abúlico que intenta hallar un camino para su desorientación en medio de episodios de tinte erótico y anticlerical suprimidos en su día por la censura en las muy perseguidas *Tinieblas en las cumbres* y *A.M.D.G.* Cuando encuentre el equilibrio Alberto-Pérez de Ayala habrá abominado de la moral simbolista y el parnaso decadente, para integrarse en un reformismo ideológico compartido también por Ortega y Gasset. “Cuando España sea liberal y se eduque en la sensibilidad se libertará” es el mensaje contenido en su conferencia *El liberalismo y la loca de la casa* y también en *La pata de la raposa*, el último libro del ciclo y el volumen paradigmático de la generación del 14.

Troteras y danzaderas se sitúa cronológicamente entre la segunda y la tercera parte de *La pata de la raposa*. Alberto se ha despedido de su novia Fina con la promesa de volver para casarse tras triunfar en el Madrid literario. Los acontecimientos que suceden en la capital constituyen la base temática del libro que lejos que estructurarse en una acumulación de peripecias, se convierte en un documento reportaje de la realidad cultural de la época. Fiel a este propósito Pérez de Ayala esconde bajo los nombres de los personajes a auténticas figuras de aquel mundo cultural. Así en las páginas seleccionadas aparece Teófilo Pajares, caricatura del poeta modernista; en él se funden los rasgos de autores como Villaespesa, Carrere, Marquina, o Enrique de Mesa. Teófilo es un ser tragicómico que aspira a la plenitud en un entorno mediocre que limita sus posibilidades. Aunque al final del libro y poco antes de morir encuentre su serenidad, comprendiendo que la vida es superior al arte, estas páginas nos lo presentan en uno de sus momentos de característica desorientación. Enamorado estático de Rosina, su pesimismo alcanza notas tragicómicas en la escena de la muerte del

anarquista Santonja, perfectamente engarzada en el discurso dialéctico sobre la vida y la cultura que ofrece la narración. No es pues una casualidad que el Ateneo madrileño se ofrezca como la tribuna idónea para presentar a otros personajes. Conoceremos al orador Raniero Mazorral, o sea Ramiro de Maeztu, y a Antón Tejero, personalidad literaria de Ortega y Gasset. Estas figuras introducen largos parlamentos presididos por el tema de España y la política donde Pérez de Ayala ofrece lo mejor de su estilo, pleno de digresiones, notas eruditas y una ironía que busca lo armónico de las posiciones enfrentadas. También hay alusiones a Arsenio Bériz –Federico García Sánchez– que se ofrece en su visión de la aldea y la pequeña ciudad como un complemento crítico a la vida de Alberto quien ya se ha sumergido en al actividad de la capital, olvidando su existencia rural estéril.

Las otras protagonistas de las páginas, convenientemente separadas en el libro por un espacio perspectivístico son Verónica, Rosina y sus amigas, artistas en trance de educación que forman la grotesca compañía de Teófilo. De nuevo aquí crítica especializada ha encontrado figuras reales de la vida madrileña. Verónica sería Tórtola Valencia, la renovadora bailarina; y Rosina, “La Fornarina”. La respuesta de Pérez de Ayala a este panorama en clave literaria del mundo madrileño de principios de siglo parece contenerse al final del libro. Cuando Enrique Muslera –García Morente– un joven recién llegado de Alemania vuelva a retomar la vieja cuestión de Nicolás Masson de Morvilliers: “¿Qué le debe Europa a España?”, formulada, ahora en “¿Qué es lo que ha producido?”, Alberto será tajante: “Troteras y Danzaderas, amigo mío, Troteras y Danzaderas”.



Troteras y danzaderas

Hermes Trimegisto y Santa Teresa

[...] –¿Quieres que vayamos a dar una vuelta por el Prado, al sol, antes de meternos en esa catacumba del Ateneo? –rogó Teófilo.

–Sí, hombre. Hoy se apetece derretirse en el sol, no pensar, volatilizarse, ser una cosa gaseosa y tibia.

–No pensar... Derretirse... Hoy y siempre.

–¿Te vas a poner trágico?

–Yo... ¿para qué? –Teófilo hizo una mueca grotesco-trágica que movió a risa a su compañero—. Sí, hombre, riete. No sé si compadecerte o envidiarte; no comprendes nada del sentimiento.

–¿Quién te lo ha dicho? Pudiera ser que lo comprendiese, y algunas cosas más. Por ejemplo: entre bastidores los efectismos teatrales quedan destruidos.

–¡Bah! Resulta que yo estoy haciendo el papel del hombre cansado de la vida.

–No es eso; aparte de que hay actores que entran en situación con toda su alma y lloran de veras, pero el público se ríe de ellos, porque les falta la expresión emotiva.

–Y a mí me falta, ¿eh? ¿Qué le voy a hacer yo?

–Tampoco es eso. Lo que yo te quería decir al hablarte de que entre bastidores se matan los efectismos teatrales es que todos los sentimientos, por tristes que sean, llevan en sí su medicina.

–Caramba, qué expeditivo estás. A ver. . .



–Todo consiste en meterse entre los bastidores de uno mismo, introspeccionarse, convertirse de actor en espectador y mirar del revés la liviandad y burla estofa de todos esos bastidores, bambalinas y tramoya del sentimiento humano.

–Eso es, y aun suponiendo que uno pueda desdoblarse en dos partes tan fácilmente como tú dices, el ver con la una la liviandad y burda estofa de la otra es un espectáculo consolador, ¿verdad?

–A la larga, sí.

–¿Qué llamas tú a la larga? Porque yo ya va para seis meses que intento una cosa semejante, y como si no. Lo que ocurre es que cuando la gangrena está dentro no hay morfina que valga. Si fuera tan fácil inyectar filosofía como cacodilato de sosa... Pensarás que me hago el interesante, pero es que tú no sabes... –Teófilo creía mantener el secreto de sus congojas; pero eran varios los que conocían su origen, entre ellos Alberto.

Continuaron paseando en silencio. Alberto introdujo las manos en los bolsillos de la chaqueta y se encontró con un papel que resultó ser una carta cerrada. Había recibido tantas cartas tristes en su vida, que cada nuevo sobre que a sus manos llegaba le infundía terror. Solía guardar las cartas sin abrirlas, y después de algún tiempo las leía o las quemaba, según el humor. Contempló esta carta, rugosa y sucia ya; era letra conocida, no podía decir de quién. Estuvo dándole vueltas entre las manos dudando si leerla o arrojarla por una boca de alcantarilla. Por fin la abrió.

–Hombre, de Bériz.

–¿El qué?

–Esta carta.

–¿Qué es de él?

–No sé aún. Ahora veremos. –Leyó: –“Querido Guzmán: Dirá usted y los amigachos de Madrid (no es que le llame amigacho. Ya sabe que siempre le he tenido gran afecto y consideración): ¿qué será de aquel sinvergüencilla de Bériz? Y la verdad es que yo fui un sinvergüencilla en vísperas de pasar a mayores, como yo comprendo que se hubiera verificado si me quedo en Madrid. Pero... ¿se acuerda usted de una célebre noche en el circo, ¡qué nochecita aquella, che!, y lo que usted me dijo: “Vete a tu pueblo, Arsenio, vete a tu pueblo”, ni más ni menos que como Hamlet aconsejaba a Ofelia que se fuese a un convento? Y ahora caigo en la cuenta que nos tratábamos de tú. En Madrid se pierden las distancias: todos somos unos... golfos, y no lo digo por usted, o por ti, que ya no me acordaba. Luego, cuando uno se aparta de ese guirigay, vuelven a establecerse las jerarquías. A lo mío. Aquel consejo me estaba siem-

pre sonando dentro de la cabeza, y un buen día (esto es un galicismo, ché, pero, ¿qué importa?), me dije: si no es hoy no es nunca. Y sin decirme oxe ni moxte, lié las maletas, y Arsenio volvió a su pueblo a casarse con su novia, pero, sobre todo..., a hacer gran arte. ¡Una tontería de quimeras y ambiciones! Pero a medida que el eco de Madrid se iba apagando dentro de mí, y aquellas famosas jerarquías restableciéndose, me empezó a nacer el sentido común. ¿Gran arte yo? Vaya, que no es por ahí. Comprendí que son contados los que pueden permitirse ese lujo, y que Dios no me llamaba por ese camino, sino por el del honesto matrimonio burgués, y hacer hijos y más hijos, sanos, robustos y alborotadores como yo, y como yo, un poquitín, nada más que un poquitín, sinvergüencillas. Pues nada, que la semana que viene me caso, así, a los veintidós años, y el mes que viene me tendrás despachando abanicos para enviar con viento fresco al mundo entero. No te doy parte de mi boda con la perspectiva de un regalo. No lo admitiría; aparte de que ya sé que la literatura se parece a los abanicos en que da aire, pero se diferencia en que no da dinero además. Iré de viaje de novios a Francia, pero embarcado. No paso por Madrid así me aspen. Soy feliz y espero que te alegrarás de saberlo. Si tienes un minuto libre y quieres enviarme un epitalamio, y mejor, si quieres escribirme una carta, te lo agradeceré. ¿Cómo van tus cosas? ¿Y aquella Pilarcita? No sé si te dije que cayó antes de mi huida, y la verdad es que estaba bien, diantre. Un abrazo, *Arsenio*".

—¡Qué suerte de muchacho! Si yo hubiera hecho lo mismo no hace más de seis meses, cierto día que recibí una carta de mi madre... —murmuró Teófilo, y su voz era un hacinamiento de sombras.

—Tu caso no es el mismo. Tú tienes ya un nombre y, por lo tanto, un deber adscrito a ese nombre.

—Sin embargo, recuerdo que también a mí me aconsejaste en una ocasión...

—Cierto; porque creí que lo que te apuraba era la situación económica. Pero ahora... tienes ese destinillo que te dio don Sabas, en su testamento ministerial; la Roldán te va a estrenar un drama y será un éxito.

—Pero tú dices que es muy malo.

—Por eso será gran éxito.

—Entonces, ¿cuál es mi deber?

—Hacerlos buenos.

—¿Y si entonces no gustan y me muero de hambre?

—No importa.

—Tienes razón. Nada hay que importe, nada hay que importe.

Paseaban a lo largo del Botánico, acercándose a una de sus fuentes. Teófilo sintió, captándole las potencias, la reviviscencia del pasado, como si aún gravitase sobre su costado la dulce pesadumbre de Rosina en aquella mañana de otoño, cuando se habían detenido ante la alborozada hoguera cuyo canto se abrazaba al runrún del agua, y él había dicho: “Lo más hermoso del mundo es la mujer, porque participa de la naturaleza del agua y de la del fuego”. La abundancia de emoción le forzó ahora a hablar.

—¿Querrás creer que desde que el ciego se marchó a Asturias me falta algo? Estos últimos veinte días me han parecido veinte siglos. Los ratos que con él pasaba todas las tardes eran para mí divinos. Yo, que no he visto nunca el mar, lo he sentido al través de las palabras de aquel hombre. Mi drama a él se lo debo. Yo había imaginado siempre el mar como algo monstruoso y rugiente. Pero el ciego me hizo sentir el encanto del mar, que es de naturaleza femenina, captante, fascinadora, suave... Los enamorados del mar parecen enamorados de una mujer, y parece que todos los que han vivido cerca del mar se enamoran. Es una mujer y una mala mujer. El ciego decía: “Yo siempre tuve miedo al mar, mucho miedo; pero no puedo vivir sin él. Vivo aquí porque estoy ciego, y ya, para el caso, lo mismo da estar en una parte que en otra, porque lo llevo dentro de mí.” A veces, cuando habían regado las calles asfaltadas, el ciego decía: “Huele un *poquiñín* a mar”. Él decía un *poquiñín*. Y cuando pasábamos cerca de una de esas señoras elegantes que llevan un perfume sin perfume, una cosa que huele a mañana, ¿me entiendes?, entonces el ciego decía: “Huele a mar”. ¡Cosa más rara! Yo creía, o me figuraba, que el ruido del mar era un ruido enorme, y así, un día, estando en los andenes del paseo de coches, le dije: “¿Es éste el ruido del mar?” Él se enfadó, y contestó: “El mar no hace ruido, el mar tiene voz. Este es un ruido que se coge con las manos”. Y en cierta ocasión, estando sentados en Recoletos, pasó junto a nosotros un niño que arrastraba sobre la arena, a golpes, un cajoncito de madera. Dijo el ciego: “Esa es la voz del mar. Son las últimas olas pequeñas de la playa”. Yo no caía al principio en la cuenta, porque apenas si se oía el ruido del cajoncito. Y como yo me asombrase, el ciego añadió: “Siempre es esto, pero en grande”.

Hubo una pausa.

—¿Qué sabes de Rosina? —preguntó Alberto sin subrayar las palabras.

—Pss. Lo que todo el mundo sabe. Lo que dicen los periódicos. Que es una estrella de los *music-halls* y que hace furor en París —respondió Teófilo, afectando excesiva indiferencia.



—Eso ya lo sabía yo. El padre, ¿no te decía más?

—Lo que te he contado. Al principio, don Sabas, a pesar de la fama de avaro que tiene, mantenía al ciego y lo mantenía bien. Luego la hija comenzó a mandarle dinero. A lo último le ordenó que se fuera a Asturias, adonde llevaría también a la pequeña Rosa Fernanda.

—Y Rosina, ¿no te ha escrito nunca?

—¡Escribirme!...—exclamó Teófilo con amargura. Recobróse en seguida y añadió—: ¿A qué santo me iba a escribir? He hablado con ella media docena de palabras en toda mi vida.

—¿Y aquel otro amigacho tuyo? ¿No se llamaba Santonja?

—Hace días que no le veo. Me entristecía demasiado. ¡Pobre Santonja! También a ése le debo el haber comprendido hondamente algunas cosas; por ejemplo, que en la vida lo de más monta es ser sano, fuerte, robusto. Me parece haberte dicho que Santonja está desviado de la espina dorsal; es un ser monstruoso e infeliz. Si a esto añades que siente por la vida y por el amor de las mujeres un verdadero frenesí, como cosas que le están vedadas, te darás cuenta de sus sufrimientos. Con todo, es un hombre extraordinariamente dulce y bondadoso. Yo me explico muchas veces que la mayoría de los españoles maldigan de sus padres. De pequeños nos enseñan la doctrina y a temer a Dios, y a este pobre cuerpo mortal, a este guiñapo mortal, que lo parta un rayo. A los veinticinco años somos viejos y la menor contrariedad nos aniquila. Somos hombres sin niñez y sin juventud, espectros de hombres. ¿No has observado, cuando hay un gran público de españoles, la extrema delgadez de la mayoría? Se dirá que es porque comemos poco y mal. En parte es verdad; pero, sobre todo, es porque no se han cuidado de hacernos hombres cuando éramos niños.

—Ya es cosa vieja. La delgadez es el ideal estético de la belleza masculina en España. Recuerdo que la lozana andaluza no encuentra mejor cosa que decir en elogio de un mancebo sino “¡qué pierna tan seca y enxuta!”

—Nuestros padres nos han condenado desde niños a ser desgraciados. Y no hablemos de los que nacen contrahechos, como ese Santonja. ¿Hay derecho a dejar vivir a un ser que nace deforme? No, no y no. ¿No hubo un filósofo griego que aconsejaba matar a las criaturas enfermizas o monstruosas?

—Sí; Platón.

—Dirán que era un bárbaro. Los bárbaros son los que permiten que vivan.

Caminaban en silencio. Acercábanse al Ateneo.

—Es curioso —observó Teófilo, como hablando consigo mismo—. Me he pasado unos cuantos años con la pretensión de ser un gran poeta y consagrado exclusivamente a la poesía, y en todo ese tiempo produje, sobre poco más o menos, dos docenas de versos al año. Descubro un día que el arte es un engaño ridículo, que es una cosa inútil y hueca, o bien una guasa, un juego, como lo son todas las cosas de la vida, y en seis meses mal contados produzco más que en los varios años anteriores y mejor, aunque tú digas lo contrario.

—No digo yo tal.

—Porque, en efecto, Alberto, ¿para qué molestarse por nada? Todo es inútil, todo es inútil.

Subían las escaleras del Ateneo. Cierta expresión del rostro de Teófilo, que en otro tiempo era circunstancial, se había constituido en habitual, desde hacía seis meses. Era un gesto pueril y simpático, y podía traducirse así: “Yo os perdono que seáis como sois. Perdonadme que sea como soy, porque la verdad es que yo no tengo la culpa”.

No es menor la disensión de los filósofos
en sus escuelas que de las ondas en el mar.

La Celestina

PASANDO del aire azul y soleado a los lóbregos pasillos del Ateneo, esclarecidos en pleno día con luz artificial, Teófilo no pudo por menos de exclamar:

—Da grima sumirse en este antro, con un sol como el que hoy hace. ¡Qué indecente obscuridad!

Acercóseles Luis Muro a tiempo para oír la exclamación:

—Señor —acudió Muro en seguida—, que estamos en el país de los viceversas. ¿No es el Ateneo el foco más radiante de la intelectualidad española? Pues, según nuestra lógica, ha de estar a oscuras o iluminado con luz artificial. En último término, ¿qué importa todo? La cuestión es pasar el rato. Toros, política y mujeres, esta es nuestra santísima trinidad. Ahora que parece que para los toros se requiere virilidad, para la política entusiasmo y para el amor el incentivo de la juventud, y aquí viene nuestra afición a lo paradójico: los toreros son estetas, los políticos *viejos chochos*, y las prostitutas, viceversa de los políticos, como dijo Cánovas. Pero, en último término, la cuestión es pasar el rato. —Hablaba en un tono sarcástico, de agrura y desesperanza. Muro era afamado por sus versos satíri-



cos, versos nerviosos y garbosos, de picante venustidad en la forma y austero contenido ideal, como maja del Avapiés que estuviera encinta de un hidalgo manchego. Muro había nacido en el propio Madrid, y su traza corporal lo declaraba paladinamente. Aun cuando propendía a inclinar el torso hacia adelante, había en las líneas maestras de su cuerpo, y lo mismo en las de su arte, esa aspiración a ponerse de vez en cuando en jarras que se observa en las figuras de Goya; esto es, la aptitud para la braveza. Hablaba con quevedesco conceptismo y dicacidad, y componía retruécanos sin cuento. Su charla y sus versos eran de ordinario tonificantes, como una ducha. Comenzaron a pasear a lo largo del pasillo de retratos, Muro, Teófilo y Alberto. Llevaba Muro la conversación, haciendo chascar de continuo ese látigo simbólico que se supone siempre en manos de la sátira, falaz instrumento que suena a beso y levanta ronchas. El pasillo estaba colmado de un ir y venir de gente bien trajeada, de aspecto indulgente y fatuo, por donde se entendía que eran políticos profesionales. Poblaba el aire ese vasto moscardoneo compacto, cuya correspondencia dentro de las sensaciones visuales es el gris cenizoso; rumor mantenido maravillosamente en el mismo tono siempre; ruido sordo, impersonal y yerto, no nacido de las diferentes pasiones e ideas individuales, antes movido por una causa exterior a manera de viento entre abedules. Este es el rumor específico de los pasillos del Congreso. Quien una vez lo haya oído y comparado con el rumor que anima un gran concurso humano, en un mitin o en un espectáculo público, por ejemplo, habrá echado de ver que es éste un murmurio orgánico, caliente, en tanto aquél es simplemente un ruido.

Afluían por momentos nuevas gentes a oír la palabra de Raniero Mazorral, entre ellos Travesedo, que buscó con la mirada a Alberto y, en cuanto dio con él, lo llamó aparte.

—No me digas nada —se adelantó a decir Guzmán, observando la satisfacción que Travesedo traía pintada en el semblante—; el negocio va a las mil maravillas.

—Eres un lince, Bertuco. ¡Oh, la inteligencia! Con la inteligencia se va a todas partes y no hay cosa que se esconda ante su mirada sagaz. Tú, que eres inteligente, de primeras has adivinado que el negocio va a las mil maravillas; pero ocurre que te has equivocado de medio a medio. No hay negocio.

—¿Y eso?

—Jovino me ha dicho en seco y para siempre que no puede ayudarme ni quiere buscar quien me ayude a explotar las minas. De manera que punto en boca.

—¿Y por eso venías tan contento?

—Por eso, ya ves. Precisamente cuando os dejé iba yo pensando a este tenor: “Supongamos que encuentro de repente el capital que necesito. Mañana mismo he de ponerme en camino para las minas, y venga trabajar y más trabajar, ¿para qué? Para ganar dinero. Dinero, ¿para qué? Luego, aquel clima del Norte: lluvias, orvallos, nieblas... Y aquí, este sol...” Cuando me acerqué a Jovino iba temblando, sí, temblando, pero de miedo que él me dijese que todo se iba a arreglar. Se frustró todo, pues, ¡viva la Pepa! He tenido una de las mayores alegrías de mi vida. Además, chico, las responsabilidades consiguientes al manejo de tan gran capital ajeno... Hubiera sido terrible. Pero, sobre todo, ¿me quieres decir qué utilidad tienen los esfuerzos del hombre? ¿Podemos hacer salir el sol cuando está nublado? ¿podemos prolongar la juventud? ¿Podemos dar largas a la muerte como se las damos al sastre o al zapatero? Pues entonces...

—Entonces ¿a qué vienes a oír una conferencia política?

—Porque padezco de esa enfermedad hedionda del pensar; porque, aun cuando me esfuerce en conseguirlo, no puedo dejar de ser una persona inteligente. El borracho sabe que la bebida le mata y bebe. Ea, adentro, a pasar este mal trago.

Sonaba el último repique del timbre llamando a la conferencia. Los que aún estaban en los pasillos se precipitaban a entrar, apurando la colilla del cigarro o del cigarrillo, que dejaban a la puerta, en la cornisa del zócalo, como los árabes sus babuchas antes de penetrar en la mezquita. Ya dentro observábase la singular fecundidad de arbitrios que muchos caballeros desarrollaban por colocar el sombrero de copa de manera que no sufriera deterioro o menoscabo en su lustre, y en resolviendo tan peliagudo problema adoptaban una postura estudiada, de acuerdo con la consideración social que imaginaban gozar. Casi todas las posturas afectadas se reducían a una: la del que, juzgándose a sí propio hombre célebre, se considera objeto de la curiosidad universal por dondequiera que vaya, y procura hacer ver que su modestia padece con tan asiduos homenajes. Esta era la actitud de los personajes políticos, ministros, ex ministros y presuntos ministros, que de ellos había gran copia en el salón. Parecían los tales, a juzgar por el gesto que ponían, mujeres púdicas a quienes con violencia desnudasen en público. Los toreros y las prostitutas saben llevar el halo de la popularidad con más decoro y mejor aire que los políticos.

Había gran curiosidad por oír a Raniero Mazorra. Era éste un periodista profesional, con vocación de estadista y de filósofo, que

había pasado varios años en el extranjero, esbozando desde allí diversos diagnósticos acerca de España y sus dolencias. Volvía ahora a la metrópoli (a lo que él presumía) con el remedio de aquellas dolencias.

La mesa presidencial estaba vacía. Detrás de ella, en el fondo de una gran hornacina roja, rematada en un dosel, había una puertecilla que se abrió y cerró en un abrir y cerrar de ojos; pero cuando se cerró ya había dejado fuera un hombre. Fue una aparición un tanto milagrosa y un tanto cómica, como la de esos muñecos de sorpresa que saltan fuera de una caja al abrirse la tapa. Quedó, pues, en el proscenio Raniero Mazorral. Fue saludado con grandes aplausos, a los cuales respondió él inclinándose con mucha dignidad. Era corpulento, bien construido, guapo. Vestía con sobria elegancia britana y estaba un poco pálido. Sentóse detrás de la mesa, tomó una cuartilla en la mano y comenzó a leer con voz temblorosa, virilmente bella. El encanto de aquella voz se apoderó muy presto del público. Era una voz de altura, cilíndrica y melodiosa, algo gutural, como el agua que cae de una gárgola. Mazorral decía que España no había entrado aún en la comunidad de las naciones civilizadas; que civilización era sinónimo de cultura, de objetividad científica, y tanto valía decir cultura y ciencia como Europa, por donde si España pretendía salvarse debía incorporarse a la cultura, europeizarse, y para lograrlo, Mazorral aconsejaba, con amplios ademanes apostólicos, dos virtudes: bondad y trabajo. “¡Sed buenos, trabajad!” —clamaba con voz estrangulada y angustiada. Sus ojos tenían la facultad de extraviarse a capricho, de suerte que la pupila, gris azulada, parecía diluirse por la córnea, como los ojos de un vidente en el trance. Fervorosos aplausos interrumpían la lectura con frecuencia. Las ideas no eran nuevas para el público; las mismas quejas de Raniero Mazorral, aunque con diferentes palabras, habían sonado en oídos españoles desde hacía siglos; los remedios que el orador ofrecía eran vagos y de dudosa eficacia. Todo ello era una canción vieja, y, sin embargo, dijérase que se oía por vez primera; y es porque por vez primera se había infiltrado en la canción vieja lo patético de ciertas modulaciones, que le daban emoción estética.

De esta suerte discurría Guzmán, que estaba sentado junto a Tejero. Miró de reojo al joven filósofo, con su grande y apacible cabeza socrática, prematuramente calva, la desnuda doncellez de sus ojos, e imperturbable aplomo de figura con recia peana. Tejero era quien había infundido emoción estética y comunicativa a aquella vieja lamentación española, que ahora hacía eco en el cráneo y en la voz de Mazorral. Las ideas y emociones de esta conferencia eran, en

gran parte, obra de Tejero, a las cuales daba virtualidad escénica Mazorral, hombre apto para las exhibiciones histriónicas, porque sabía entrar en situación, esto es, apasionarse por las ideas y darles virtualidad ardiente. Explícitamente lo reconoció así el propio Mazorral desde la tribuna, proclamando a Tejero jefe e inspirador de la juventud culta, gran español, a cuyo celo y diligencia el *problema España* debía su enunciación exacta y metódica, y ángel exterminador de la política arcaica, aludiendo con esto último a que Tejero, con un simple discurso en un mitin, había derribado del ministerio a don Sabas Sicilia, el cual ocurrió que se encontraba entre los oyentes y hubo de recibir en tal punto muchas miradas de través.

Al terminar la conferencia, el público aclamó a Mazorral. Cuando la gente salió a los pasillos, calzándose nuevamente a la puerta las babuchas de la maledicencia social, apercibióse el que más y el que menos a arrancar túrdigas de pellejo al conferenciante.

Díaz de Guzmán se encontró par a par de don Sabas Sicilia cuando abandonaban entrambos el salón.

—¿Qué hay, Guzmancito? ¿Qué se hace? Ya sabe usted que siempre se le estima.

Don Sabas Sicilia, en los últimos tiempos, había simplificado grandemente la práctica de las artes cosméticas. Ya no se teñía las barbas: ahora eran de un blanco sucio y más crecidas que antes. No usaba mixturas ni linimentos para encubrir las arrugas, atirantando la piel, y atusar los mezquinos pelos del cogote. De viejo verde se había convertido, a la vuelta de unos meses, en anciano, y en consecuencia, ascendido no poco en nobleza corporal. Mas para ser por entero noble y venerable, le estorbaban dos cosas: el trasunto caprino del perfil y aquella sonrisa sarcástica del hombre que está en el secreto, un secreto que, por las señales que antaño de él trascendían, debía de ser humorístico y era al presente palmariamente triste y agrio. La decoloración de las barbas de don Sabas había coincidido con el decaimiento y fracaso de todas sus ilusiones. Sus dos hijos, Pascualito y Angelín, a quienes había educado de una manera filosófica, según decía él, y para hombres perfectos guiándoles desde la niñez según los dictados de la razón humana, defendiéndoles contra el ataque embozado de los prejuicios religiosos e inculcándoles el culto a la vida como supremo ideal, le habían salido dos hombres frustrados. Angelín, ni siquiera hombre. Durante el último invierno don Sabas se había visto obligado a librar varias veces a su hijo de las garras judiciales, después que le habían sorprendido en aventuras escandalosas. Pero lo peor para don Sabas

era lo de Pascualito, el predilecto de su corazón. Lo de Angelín lo reputaba doloroso infortunio; lo de Pascualito era una bajeza. Ello consistía en que el primogénito había entablado relaciones amorosas, y estaba ya para casarse, con una infeliz criatura canija, fea y nada inteligente, de la cual no gustaba ni poco ni mucho, como lo patentizaba el hecho de andar, en vísperas de boda, holgándose en público con otras mujeres alegres, e iba al matrimonio con grosero impudor, por apoderarse de los muchos millones que la niña, hija única, atesoraba. Para don Sabas la virtud era el buen tono o elegancia del espíritu, así como el talento era la elegancia de la inteligencia; no otra cosa. Cuando se informó, con todas las circunstancias, de aquel matrimonio que Pascualito quería contraer, don Sabas se resistía a creerlo. Sostuvo una larga conversación con su hijo, al cabo de la cual averiguó, con flagrante evidencia, que Pascualito no tenía elegancia moral ninguna. Y como el padre le declarase que el hecho que iba a consumir no sólo era una acción soez, fea y de mal gusto, sino también un crimen contra la sociedad y la especie, el hijo rechazó tales imputaciones con gran descaro y firmeza, justificando su conducta con sentencias y máximas que desde niño había oído de labios de su padre. Don Sabas no había querido oponerse a la boda, porque Pascualito era ya mayor de edad y nada se remediaba con la oposición, que hubiera sido subrayar la vergüenza y oprobio de su hijo. No lograba entender cómo aquellos saludables principios encaminados hacia la felicidad y el sumo bien, que desde que eran niños había procurado infundir en el corazón de sus hijos, andando el tiempo pudieran sufrir tanta mudanza y servir de alcahuetes a las más ruines flaquezas. Él se había esforzado en enseñar a Pascualito a ser un hombre digno, y Pascualito cimentaba su indignidad precisamente en las enseñanzas paternas. Con ser muy graves los disgustos familiares, lo que en puridad había destrozado a don Sabas era la pérdida de Rosina.

—¿No ha venido Pascual a la conferencia? —preguntó Guzmán a don Sabas, por preguntar algo.

—No sé. Anda tan atareado estos días...

—¿Con la boda?

—Sí, creo que sí.

—¿Cuando se casa?

—No lo sé exactamente. Entonces, ¿qué le ha parecido a usted la conferencia, querido Guzmán?

—Muy bien, ¿y a usted?

—A mí me ha divertido mucho. No recuerdo qué político inglés decía que la vida sería tolerable sin sus diversiones. Sin lo que de or-

dinario se entiende por diversiones, claro está. Yo digo que la vida sería inaguantable si todos los hombres fuesen razonables. ¿Hay algo más tedioso que una conversación razonable, que un libro razonable o un discurso razonable? Para mí, decir que estas cosas son razonables y decir que no había ninguna necesidad de haberlas hecho, puesto que son razonables, es la misma cosa. Se dice que aquello que diferencia al hombre del resto del Universo es la razón. ¿De dónde han sacado semejante desatino? Lo que le diferencia es la sinrazón. En la naturaleza todo es razonable, no hay sorpresas, todo es aburrido; pero salta este animalejo en dos pies que llaman hombre, y con él aparece la sinrazón, lo absurdo, lo arbitrario, la sorpresa, lo cómico, lo solazante y ameno. Si un hombre discurriera con la exactitud mecánica de la naturaleza, de manera que su palabras tuviesen la coherencia fatal de los fenómenos naturales, ¿habría nada más aburrido? No, no; lo bueno es lo inesperado del desatino, lo insólito de la sandez, lo imprevisto del disparate. Por eso me ha divertido tanto la conferencia de Mazorral. Bondad y trabajo; aconsejar bondad y trabajo... Vamos, que no se le ocurre al que asó la manteca. Aconsejar “sed buenos” es lo mismo que aconsejar “sed albinos” o “sed velludos”. Digo mal —rectificó don Sabas, acercándose a calentar las manos en un calorífero—, es lo mismo que aconsejar “sed inteligentes”. Todos somos más o menos inteligentes, porque el pensamiento es una secreción del cerebro, como la bondad es, por decirlo así, una secreción del corazón. Pudiéramos comparar el corazón humano a las vacas. Las hay de diferentes razas; todas dan leche; pero hay razas que dan mucha más. Es un hecho que vaca muy lechera o poco lechera, la vaca da más leche cuando está mejor alimentada. De la propia suerte el hombre harto propende a la bondad, así como el famélico a la malignidad; tan es así, que yo a veces dudo si la residencia de los afectos es el corazón o el vientre. También hay procedimientos artificiosos para aumentar la secreción de la leche y de la bondad. Para lo primero se acostumbra dar sal a las vacas; pero en este caso la leche es agüedina y sin sustancia. Como ejemplo de lo segundo podemos poner el del partido conservador concediendo al pueblo cierta mesurada dosis de ilusoria libertad; pero los frutos que con ello consiguen son engañosos y efímeros. Ahora bien; la vaca, cuando está en los últimos meses de preñez, no da leche. Aplicado al hombre quiere decir que en aquello que atañe a la obra propia, a la ambición personal, al egoísmo, el corazón se seca. Así ha sido, así es y así será, porque la naturaleza lo ha querido. Y si no, háblele usted mal a Mazorral de uno de sus artículos o dígame que su conferencia ha si-

do una *barata*, como se dice en esta casa, y a ver en qué paran su ampulosas predicaciones morales. Puede suceder que no se ofenda, lo cual querría decir que además de tener el corazón seco los sesos le echan humo, o sea, que es también vanidoso. Pues, ¿y lo otro? Trabajad... Es como decir “respirad”. Decir vida y decir trabajo es una cosa misma. De una manera u otra el hombre trabaja siempre. ¿Conoce usted algo más trabajoso que seducir a una mujer que no gusta poco ni mucho de su cortejador? Pues son infinitos los que se toman ese trabajo. ¿Por qué? Porque ven un fin como remate del esfuerzo, una satisfacción como premio de muchos sinsabores. Aconsejar a las colectividades trabajo es cosa necia. Lo que se debe hacer es sugerirles un ideal asequible y halagüeño, hacia el cual converja, a pesar suyo, la actividad, y con esto se coloca naturalmente a los hombres en potencia próxima de ser bondadosos. El ideal es el mejor estimulante de la alta cultura. Un pueblo sin ideal es un pueblo perezoso, y perezoso no quiere decir que no trabaja, sino que trabaja sin perseverancia, método o disciplina y por cosas inanes o de poco momento. Pero el ideal no se construye sino con la imaginación. El pueblo español no tiene imaginación aún. ¿Ha visto usted cosa más mazorril, yerma y antiestética que el cerebro de este señor Mazorril? La imaginación, me parece a mí, es la forma plástica de la inteligencia y del sentimiento. Tiene su mecánica, sus leyes, su realidad, realidad más alta que la misma realidad externa. En esto se diferencia de la quimera, que es una aspiración confusa, caótica, mística. España ha sido un pueblo de quimeras: nunca ha sabido lo que ha querido. Nuestros conquistadores iban a descubrir mundos y a rebañar oro sin plan ni propósito, y cuando lo conseguían, no sabiendo qué hacerse de él, con la espada escribían *nihil* en el mar, daban toda su fortuna al clero y se iban a morir a un convento. En último término tenían razón. Y ahora viene lo más curioso, aquello de que el joven Tejero me derribó con un discurso... —don Sabas sonrió amargamente—. De eso a decir que el propio señor Tejero obligó con otro discurso a Carlos de Gante a retirarse a Yuste, no va nada. Carlos V, aun cuando no era español, es el arquetipo de los políticos españoles. Declarémoslo con toda franqueza; entre españoles existe con maravillosa abundancia el tipo del político a quien se le da una higa por el bien público. No somos servidores del pueblo con las responsabilidades anejas a una magistratura, sino trepadores de alturas. Un español no va a la política por vocación, sino por ambición. Queremos conseguir lo más para saber que nada hay que merezca la pena de conseguirlo y por el gusto de renunciarlo. No nos damos por satisfechos hasta que des-



de una gran altura no hemos visto muy pequeñitos a nuestros semejantes. Los españoles a los cuarenta años estamos cansados de todo. Ya hacía quince años que yo no era ministro, y le juro a usted que la última vez entré a regañadientes y no veía el momento de tirar la cartera. Porque, querido Guzmán, en el fondo de todo esto que decimos acerca del carácter español, ¿no habrá el reconocimiento implícito de que es el carácter más profundamente sabio y moral, el que mejor se ha dado cuenta del sentido de la vida, esto es, el que más la desprecia? ¿Qué dice usted?

—Digo que discurre usted con asombrosa incoherencia.

—Vamos a ver, vamos a ver, ¿por qué? —inquirió benévola-mente don Sabas.

—¿No comenzó usted asegurando que las palabras de una persona que discudiese con absoluta coherencia sería la cosa más tediosa del mundo? Pues si ello es verdad, como todo lo que usted dice a mi me parece extraordinariamente ameno, la consecuencia es clara.

—No está mal. Es un elogio de doble filo; pero me agrada, porque prefiero amenizar la vida de los que me oyen a machacarles los oídos con monsergas solemnes. De todas suertes he hablado demasiado y temo haberle aburrido.

—No, de ninguna manera.

—Bien; no ha sido demasiado, pero ha sido bastante. Le dejo y voy a sumarme a aquel corrillo de graves padres de la patria, sesudos homes.

Guzmán se acercó a una numerosa tertulia de ateneístas, que se había congregado al extremo del pasillo. Estaban unos sentados en mecedoras, otros en un diván; algunos se mantenían en pie. Uno, en una mecedora, tenía un gato sobre las piernas. Habló así:

—Mazorral ha olvidado que el genio tutelar del Ateneo es el gato, y que la filosofía del gato vale más que todas las filosofías. Ella nos enseña a ser perezosos, voluptuosos y elegantes. Vamos a ver —dirigiéndose al gato—, ¿por qué no te has presentado en la tribuna, y subiéndote a la mesa del conferenciante, le has dado un mentís solemne a sus paparruchas? Sí, sí, comprendo; es que aprecias estas minucias. Sí, hay cosas que no merecen ser tomadas en cuenta.

—Señores —insinuó un individuo flaco, alto y mal trajeado, encarnación austera de la ecuanimidad—, procuremos ser justos. Se pueden poner en tela de juicio las ideas de la conferencia, que a mí me han parecido bien, entre paréntesis; pero lo que no se puede dudar es que ha sido una conferencia bellísima, literariamente, que nos ha forzado a aplaudir, sugestionados muchas veces.

—Pues eso es precisamente lo que decimos —replicó uno de los del diván, de cara aplastada y obtusa—. Que ha sido una conferencia llena de latiguillos y regresos de mala fe. Le deslumbran a uno, le hacen aplaudir sin que sepa lo que hace, muchas veces porque no digan; pero viene luego la reflexión, y entonces se echa de ver que todo aquello era bambolla.

—¡Es un farsante! —falló una criatura enjuta y vehemente, que hacía claudicar su mecedora con descomunal balanceo.

—Para mí los farsantes son dignos de toda admiración —declaró uno de los que estaban en pie. Era un hombre menudo, con cuerpo de monaguillo y cabeza de sacristán. Llevaba un sombrero desafiado que amenazaba hundírsele hasta la mandíbula, y hacía el efecto de un sombrero de hombre sobre un cráneo de niño—. Para ser farsante se necesita, como condición *sine qua non*, ser inteligente. Nos entenderíamos mejor si a la farsa la llamásemos *pose*, y a eso otro que caracteriza a Mazorral y a muchos animales inferiores, *mimetismo*. La simulación es una forma zoológica del instinto de conservación, que lo mismo existe entre los ortópteros que entre los periodistas. La *phyllia* y la *callima*, por ejemplo, son dos mariposas tan parecidas a una hoja, que cuando se posan en un árbol y se adhieren a una hoja de él, no se las puede diferenciar. Lo mismo hay periodistas tontos que se consustantivan con la hoja de un periódico, y, aun cuando no sirven para nada, allí se están años y más años, como si la vida misma del periódico dependiera de ellos. El *mimetismo* es una actividad irracional, instintiva, despreciable. Nada hay más fácil que simular talento. Por el contrario, la farsa es una cualidad específica de las grandes inteligencias, y en cierto modo puede considerarse como una de las más altas creaciones artísticas. Por eso se acostumbra a llamar *pose*. Recuérdese a Beaudelaire, d'Aurevilly...

Sus palabras hacían también el efecto de palabras de hombre en labios de niño. De frase a frase dejaba grandes silencios, por avivar la expectación de los que le oían. Viéndole se pensaba en un camareero que antes de descorchar una botella bailase la danza del vientre.

—¡Bah! *Mimetismo* o *pose* o farandulería, ¿qué más da? —observó un ser indolente que estaba sobre el diván, sentado a la turca con los ojos vueltos hacia el cielo raso—. El caso es que Mazorral no ha dicho nada nuevo. Todo eso se viene escribiendo en España desde hace siglos: ahí está el libro de Halconete, que lo puede atestiguar. Y, sobre todo, si se trata de dar formas nuevas a quejas antiguas, la forma no es de Mazorral, sino de Tejero. La conferencia es un plagio de los artículos de Tejero.

—¿No dicen ustedes nada de lo más grotesco de todo? ¡Formidable! —clamó un mancebito imberbe, rechoncho, de faz seráfica—. “Nosotros, los jóvenes... Porque los jóvenes haremos... A los de la nueva generación nos incumbe...” —Peroraba en tono campanudo, contrahaciendo la voz abaritonada y vibrante de Mazorral—. Cualquiera diría al oírle que acaba de salir de las aulas universitarias y que está en los albores primaverales de su vida, cuando todos sabemos que pasa de los cuarenta y cinco. ¡Formidable! Son de esas cosas que hay que verlas para creerlas. Pues, ¡oído al parche! Él dice que se está preparando para ser el mejor dramaturgo de España; pero que no escribirá su primer drama hasta dentro de quince años, porque todavía no está maduro. Será un drama póstumo. Por lo pronto ya tiene su ideal estético, que es el Japón, pasando por Grecia y arrancando de Alemania: la Humanidad, según parece, recorrerá esta gran trayectoria, y él, Mazorral, es el Hannón de este nuevo periplo. ¡Formidable!

—Señores —volvió a hablar con suave acento el hombre flaco, alto y mal trajeado—, procuremos ser justos. Los españoles tenemos una fea tendencia al individualismo anárquico. Si Tejero ha encontrado la nueva forma de una queja antigua, no es razón para que Mazorral, estando conforme con las ideas de Tejero, las propague por cuantos medios tiene a mano: la prensa, la conferencia, el mitin, etc., etc. El problema será tan antiguo como ustedes quieran; lógicamente, es tan antiguo como el mal; pero porque sea antiguo, ¿hemos de dejarlo de la mano? En el libro de Halconete se estudian las diferentes maneras que tuvo de plantearse el problema, cronológicamente. Se trata de un mal crónico, y, sin embargo, nunca se ha sentido tan en lo íntimo y con tanta perentioridad la conciencia de este mal. ¿Por qué? ¿Acaso porque estamos ahora peor que nunca? Nadie se atreverá a decirlo. Sin duda, es porque ahora se ha planteado el mismo problema con mayor acierto que otras veces. Costa, es verdad, parece ser el primero que lo planteó en sus términos precisos, y que los que han venido detrás de él no han añadido nada. Pero a Costa, con ser Costa, no se le hizo caso. En cambio, ahora todos sentimos la inquietud de ese problema. Hablaremos bien o mal de quienes nos han inquietado; pero la inquietud existe. Nos preocupamos. ¿Por qué será?

Travesedo se había acercado a Alberto en tanto hablaba el hombre flaco y mal vestido. Cuando concluyó éste de hablar, dijo por lo bajo Travesedo:

—Me voy a la calle; ¿vienes?

Teófilo, que también estaba en el grupo, abroquelado, como de



La actriz y bailarina Tórtola Valencia.

ordinario, en melancólico mutismo, al ver que sus dos amigos se marchaban, salió con ellos.

Había anochecido.

Los tres amigos subieron por la calle del Prado, hacia la plaza de Santa Ana.

—¡Caracho, con la conferencia de Mazorra!... —exclamó Travesedo, que estaba pereciéndose por dar gusto a la sin hueso.

—Por la Virgen santa... —rogó Teófilo—. ¿Vais a hablar todavía de la conferencia?

—Vaya, no te enfades, Teofilín. Procuraremos ser breves. Déjanos poner algunas cosas en claro. —Y se dirigió a Alberto—: ¿Me quieres decir ahora para qué sirve la inteligencia?... Ya ves, todos esos rapaces del Ateneo, que parecen listos todos ellos y ninguno se entiende. Todos discurren con tino y se figura uno que tiene razón el último que habla, hasta que viene otro a decir todo lo contrario, y también tiene razón. Y es que la vida no es cosa de discurrir mejor o peor.

—Conforme en todo contigo —comentó Teófilo.

—La inteligencia, en último término, es una cosa mecánica. Jevons, un filósofo inglés, inventó una *máquina lógica*, un aparato que funcionaba tan bien como el cerebro humano. El proceso lógico ha sido formulado por un matemático, Boole, en una simple ecuación de segundo grado. *La crítica de la razón pura*, que no parece sino que es un descubrimiento de ayer, a juzgar por el pote que algunos se dan cubriéndose con ella las vergüenzas, como un salvaje con un taparrabos, y cuando yo era mocete, ya va para tiempo, asistí dos años seguidos a las lecciones que daba Salmerón acerca de *La crítica de la razón pura*; digo que, para el caso, este libro es como la máquina de Jevons o la ecuación de Boole. Pensar que con *La crítica de la razón pura* se discurre mejor que sin ella, es absurdo. La salud del cuerpo depende, no del hecho que la pepsina es lo que digiere, sino de que digiera alimentos adecuados. ¿No te parece? Pero aquí viene lo curioso, como dijo Hermoso —el hombre flaco y mal vestido—: “Hablairemos bien o mal de quienes nos han inquietado; pero la inquietud existe. Nos preocupamos. ¿Por qué será?” ¿Qué dices tú?

—Me servirá de un ejemplo: Un hombre está enfermo de un mal disimulado y hondo. Su vida continúa aparentemente como de ordinario; pero él adivina que algo grave está ocurriendo en lo misterioso de su organismo. Comunica sus inquietudes a los amigos, y los amigos, que le ven sano por las trazas, no se lo toman en cuenta. Consulta con un médico, y por él se informa de que en efecto está

enfermo, y de cuidado. Vuelve a sus amigos con la triste nueva, y éstos responden: “Ese médico es un animal”. El enfermo se enfurece, y los amigos se ríen. ¿Por qué? Porque el mal no le ha salido aún a la cara; pudiéramos decir, porque el mal no ha adquirido aún forma estética, patética, emoción comunicativa. En cambio, un niño enfermo produce siempre una impresión triste y enternecedora, porque el niño no tiene vida psíquica, y a la menor perturbación orgánica se amustia como una flor. Al punto se echa de ver que un niño está enfermo. No es lo mismo con los hombres, porque lo complejo de su vida psíquica, preocupaciones, afectos, pasiones, etc., provocan a veces cierto enardecimiento, cierta saludable apariencia engañosa, que disimula el mal hasta tanto que éste no ha alcanzado el período agudo. Para mí, este ejemplo explica las diferentes vicisitudes que el problema España ha sufrido. Están primero los que han sugerido la posibilidad de que España tuviera las entrañas enfermas; pero en España las cosas iban, sobre poco más o menos, como siempre; no se les hizo caso. Vino un diagnóstico de gente facultativa: había enfermedad, y grave; pero las cosas iban como siempre. Los médicos son unos animales, se dijo. Viene entonces la etapa del hombre que grita y se enfurece: Costa. En el fondo se rieron de él. Era preciso que España se convirtiera en un niño triste y decaído para que los hombres ligeros comenzaran a pensar: “Este niño debe de estar enfermo”. Llegó para España el momento de cumplirse aquella profecía de Hesiodo: “Para entonces esa raza de hombres dotados de palabra encanecerá casi desde su nacimiento”. Las últimas generaciones han envejecido antes de salir del vientre materno. Ves hombres que no han llegado a los treinta años y parecen ancianos. Aseguran que haber nacido español y haber nacido maldito es la misma cosa. ¿No se les ha de hacer caso? Pero aun así y todo, a pesar de la emoción comunicativa, que es la forma nueva de la antigua queja, el pecho español es tan yermo y empedernido, la sensibilidad española ha estado siempre tan embotada, que creo que tampoco se les hubiera hecho caso, a no ser porque algunos escritores de los últimos tiempos han iniciado la empresa de otorgar sentidos a esta raza española, que nunca los había tenido.

—En resumen, que para ti el problema está en dotar de una sensibilidad a la casta española, y esto sólo lo puede hacer el arte. Pero, ¿y si fuera imposible? ¿O si, una vez conseguido, vuelve a perderse y embotarse aquella sensibilidad?

—Nada hay imposible, y una vez logrado nada se pierde. Millares de siglos necesitó la vida terráquea para acertar a ponerse en dos pies; pero en cuanto dio en el quid, aquel esfuerzo de millares

de siglos se vence en dos años y aun en diez meses, que hay niños que antes de los diez meses ya andan.

Iban por la calle de Atocha, cara a los arcos de la plaza Mayor. Tropezaban con nutridos golpes de gente, en los cuales reinaba vivo rumor, braceos y enarcamientos de cejas, por donde se podía inferir que se trataba de algún suceso extraordinario, acaecido recientemente. Los tres amigos alcanzaron a oír palabras sueltas: suicidio, dos tiros, agentes, carreras, monumento de Morral, y luego, bombas.

—¿Habrán tirado alguna bomba? Vamos a enterarnos.

Travesedo se inmiscuyó en uno de los grupos y preguntó.

Un anarquista había tirado una bomba al pie del monumento erigido en memoria de las víctimas de Morral, y cuando los agentes le iban a los alcances, se había suicidado. Nadie conocía circunstancias más puntuales, sino que el anarquista no había podido huir porque era cojo, y que su cadáver estaba en la casa de socorro de la Plaza Mayor.

Los tres amigos penetraron en la plaza y se acercaron hacia la casa de socorro por recoger más detalles. A la puerta de la casa de socorro se agolpaban centenares de curiosos. “El gobernador”, se oyó murmurar. Dos agentes abrieron un pasillo entre la gente y un caballero enchisterado y augusto penetró en la casa de socorro. Aprovechando la entrada del gobernador, los tres amigos se insinuaron a través del concurso, hasta colocarse en primera fila. Cuatro guardias rechazaban a empujones a los curiosos, procurando hacer un espacio libre delante de la puerta. De vez en cuando aparecía un practicante, echaba una ojeada sobre la muchedumbre y volvía a entrar. Uno de éstos resultó ser amigo de Travesedo.

—¡Eh, Céspedes! —gritó Travesedo.

—Hombre, don Eduardo. ¿Usted ha visto?

—¿Podemos entrar?

—Ya lo creo. Pasen, pasen ustedes...

Los tres amigos entraron en la sala de operaciones. Sobre una mesa niquelada y agujereada yacía el anarquista, cubierto el cuerpo con una frazada color bermellón. Un hombre le afeitaba el bigote. Céspedes dijo que no había muerto aún ni lo habían identificado. Médicos, practicantes, periodistas y autoridades se apiñaban en torno de la mesa de níquel. Las manipulaciones del barbero impedían descubrir por entero la cara del moribundo. De pronto, Teófilo cayó en tierra desmayado. Acudieron a levantarlo; le dieron a oler éter, y con esto recobró el sentido.

—¡Vámonos, vámonos de aquí! —suplicó.

Apoyándose en Travesedo y Germán salió de la casa de socorro.

–Vamos a la taberna de al lado. Tomarás una copa de cazalla, que te sentará muy bien –ordenó Travesedo.

En la taberna, Teófilo apenas si podía llevar la copa a la boca; tal le temblaba la mano. Su rostro estaba lívido.

–Estos poetas... –dijo Travesedo, chascando la lengua después de trasegar una copa de aguardiente–. Eres más pusilámíne que un conejo de Indias.

–Vamos a la calle a que me dé el aire –habló Teófilo, poniéndose a trabajar en pie.

Cuando se hubieron alongado de la gente, Teófilo bisbiseó:

–Era Santonja.

–¿Qué dices ahí? –inquirió Travesedo.

–Santonja, mi amigo Santonja.

–¿Quién? ¿El anarquista?

–Sí.

–Pues, hombre, vamos corriendo a decirlo ¿No habéis oído que no le habían identificado aún? Bueno, yo iré, porque a ti maldita la gracia que te hará volver allí. ¡Ah! El nombre...

–Homobono.

–¡Recristo! Pues si ese es Homobono, venga Dios y lo vea. ¿Vais a casa? Yo iré en dos minutos. Adiós.

Cuando Guzmán y Teófilo quedaron solos, el último comenzó a murmurar en voz reconcentrada, como si pensase en alta voz:

–Nunca lo hubiera creído. Y ahora que lo veo, me parece que hizo bien. ¡Pobre Santonja, pobre Santonja! ¡Y se contentó con un homenaje platónico, una bomba a un monumento!...–De pronto rompió a hablar con mucho fuego, enderezando miradas coléricas a su amigo–. Habláis mal de los tertulines de café, de la charlatanería y politiquería españolas. Pues yo que he asistido muchos años a esas tertulias, os digo que vosotros, los que os la dais de intelectuales, con vuestro énfasis, vuestras conferencias, vuestro redentorismo, no decís ni hacéis cosas más ni menos razonables o profundas que las que se dicen y hacen en los cafés. ¡Insensatos, insensatos! Queremos hacer pueblo y no sabemos hacernos hombres. Da por supuesto que España es la nación más fuerte y más culta. ¿Hubiera por ello sido Santonja más feliz o más infeliz? ¿Lo sería yo? Lo que yo quiero ser es un hombre, ¿oyes?, un hombre. ¿No ves que lloro? Y es de rabia...

En el gabinete de Lolita. Estaba atalajada la pieza con muebles

de la propiedad particular de esta dama, y en ella se descubría a seguida el grado de educación y buen gusto de la dueña. El yute, el peluche, la purpurina, los madroños, el pino so capa de nogal y otros varios elementos de la decoración doméstica al estilo catalán, exaltaban, en opinión de Lolita, aquel oscuro gabinete de casa de huéspedes a la categoría de una *loggia medicea*. Colgada oblicuamente de la pared había una guitarra, con escenas andaluzas pintadas alrededor de la negra boca orbicular. Otro dechado del arte pictórico era un cuadrito de subasta, al óleo, coronando la chimenea. Lolita pretendía hacer creer a sus visitantes que lo había pintado ella.

—Pero, ¿sabes pintar?

—¡Jesú! Dende que era chiquitiya me dieron lersiones de pintura; pero ya lo he abandonao.

No era raro que el visitante, por halagar a la autora, se acercase a contemplar el cuadrito, y entonces, con alguna sorpresa, echaba de ver que la obra estaba firmada en rojo por un R. Llagostera.

—¿Cómo te apellidas, Lolita?

—¿Yo? Montoya.

—¿Y por qué has puesto aquí Llagostera?

Acercábase también Lolita, que no sabía leer, y después de examinar aquellas pinceladitas rojas, sin sentido para ella, explicaba:

—Son floresiya. ¿Y tú las llamas yagosteras? ¡Jesú, qué término! Si son amapolas, so primo.

Había por el suelo hasta cuatro grandes sombrereras de cartón blanco, con la tapa caída a un lado, y eran como cestos de Pomona o cornucopias de la abundancia, a juzgar por la profusión eruptiva de flores y frutos artificiales, de toda sazón y latitud, que rebasaba de los bordes.

Se encontraban en el aposento Verónica, Amparito, Lolita, y San Antonio de Padua, haciendo un paso gimnástico que se suele llamar *el pino* (cabeza abajo), sobre la rinconera. Las tres mujeres estaban sentadas en torno a un velador con piedra de mármol; sobre el velador, varias cuartillas y un lápiz. Amparito tenía un libro abierto en las manos.

—Escucha con atención, Verónica, porque esto tiene mucha importancia. Vamo, lee, niña.

Amparito leyó:

—Habiendo logrado Mr. Sonnini... —Amparito leyó *eme-erre*.

—Pero chiquiya, tú no sabe leé.

—Aquí dice eme erre: eme mayúscula, erre.

—¿Qué es lo que dise? ¿Lo uno u lo otro? Vamo, anda pa lante, que ahora viene lo bueno.

–Habiendo *eme-erre* Sonnini –prosiguió Amparito– logrado abrir un paso hasta el aposento interior de una de las reales tumbas del Monte Líbico, cerca de Tebas, encontró en él un sarcófago en que se hallaba una momia de extraordinaria belleza y en excelente estado de conservación; examinándola prolijamente descubrió, pegado al pecho izquierdo, con un género de goma particular, un rollo largo de papiro, el cual, habiéndole desdoblado, excitó mucho su curiosidad a causa de los jeroglíficos que en él se veían maravillosamente pintados.

–¿Te has enterao? –preguntó Lolita a Verónica–. Ese royo de la momia es ni má ni meno que un papé que verás ar final del libro. Es un oráculo, y er te dise toas las cosiyas que quias sabé: de amoríos, de dinero, de to, y siempre la chipén. Esto es mejó entavía que las cartas. Bueno, niña; ahora lee por donde hay una crus con lapis colorao. Y tú, Verónica, te están mu seria, que esto es como un reso.

Amparito leyó:

–Pastoral de Balapsis, por mandado de Hermes Trimegisto, a los sacerdotes del gran templo. ¡Sacerdotes de los Tebanos! ¡Siervos del gran templo de Hecatópolis! ¡Vosotros que en la ciudad sagrada de diopolis habéis consagrado la vida al servicio del rey de los dioses y de los hombres! ¡Hermes, fiel intérprete de la voluntad de Osiris, salud y paz os envía!

–¿No desía yo que era como un reso? Y no te creas que es cosa der mengue. Eso ya se verá dempués. Ahora busca la pregunta que quís hasé. Ahí están toas en er papé amariyo.

Verónica, un poco sobrecogida con tan misteriosos preámbulos, fue leyendo en un gran pliego de papel apergaminado la lista de preguntas.

–¿Tengo que decir la pregunta que haga?

–Naturalmente, chiquiya.

–Pues ésta: “¿Me corresponde y aprecia la persona a quien yo amo?” –Quiso dar a entender, sonriendo, que no concedía gran importancia al oráculo; pero no acertó a sonreír y se ruborizó.

–Pero so gorfa –exclamó Lolita alborozada sobremanera–, ¿Entavía estamos con esas niñerías der corazón?

–Si es por preguntar...

–Yo también quiero preguntar luego –insinuó Amparito, tímidamente.

–Tú ya sabes que te quiere, niña. Lee ahora lo que hay que hasé.

–Cuando cualquier hombre o mujer vaya a haceros, ¡oh, sacerdotes! –leyó Amparito–, alguna pregunta, haced que se presenten

las ofrendas y se efectúen los sacrificios al mismo tiempo que los siervos del templo eleven a lo alto las invocaciones en cánticos armoniosos. Restablecido el silencio, el adivino encargará al extranjero que vino a consultar el oráculo que con una caña mojada en la sangre del sacrificio marque, dentro de un círculo formado con los doce signos del Zodíaco, cinco hileras de rayas, derechas o inclinadas, al modo de éstas...

–Yo te diré; esto se hace así, a burto. –Y Lolita comenzó a trazar palotes en una cuartilla, sin mirar al papel.

–Pero eso es imposible.

–Muy fácil.

–Digo lo de la sangre y aquellos signos del no sé cuántos.

–Eso no es de obligación. Lee mas abajo, niña.

–El traductor –leyó Amparito– cree de su deber advertir aquí que él sabe por experiencia que pueden dispensarse las más de estas ceremonias. En las consultas que se hagan al oráculo pueden omitirse el círculo y signos del Zodíaco, y en lugar de una caña mojada en sangre, él y sus amigos han usado constantemente, y siempre con buen éxito, una pluma con tinta común y otras veces un lápiz o un carbón. Los dones, sacrificios e invocaciones también son cosa superflua en tierra de cristianos; pero, en su lugar, es de absoluta necesidad que el consultante crea en Dios a puño cerrado y venere sus inescrutables vías.

–¿Lo ves? Tu crees en Dios, pa chasco.

–Sí que no...

–Pues ahora hases las rayitas.

Verónica obedeció a cuanto se le indicaba. Amparito, que había ya comprendido cabalmente la manipulación del oráculo, hacía de pitonisa.

–Sagitario; non, tres pares, non –bisbiseó Amparito–. La respuesta dice: “Medita bien si el objeto de tu cariño merece tu amor”.

–¿Me quiés desí –interrogó Lolita, enchipada, como con un éxito personal suyo–, si no le deja a una aturuyá?

–¿Se puede hacer por dos veces la misma pregunta? –inquirió Verónica–. Y dos mil.

Verónica trazó por segunda vez cinco filas de palotes.

–Llaves, non, cuatro pares –sentenció Amparito–. La respuesta dice: “Una correspondencia de cariño es ahora dudosa; pero la perseverancia y atención te asegurarán el triunfo”.

–Esto debe ser cosa de brujería, porque no se explica que responda tan acorde –declaró Verónica con ojos resplandecientes.

–Pues aun falta una cosa mu güena, pero que mu güena. Niña,

busca ar finá der libro. Ahí te prenostican lo que vas a sé por er día y er mes en que has nasío.

–Yo nací el cinco de septiembre.

–Septiembre, Amparito. Busca er signo.

–Virgo –leyó Amparito con voz candorosa.

El rostro de Verónica se encendió. Lolita, entre risotadas que no podía retener, comentó:

–También es gracioso.

–La mujer nacida por este tiempo –leyó Amparito– será muy honrada, sincera, franca, muy aseada en su persona y de deseos ardientes, modesta en su conversación, afecta a los placeres matrimoniales y fiel a su marido; será también muy buena madre y muy mujer de su casa.

–No te quejará de tu suerte, condená. Pues si vieras la mía. Lee, Amparito, que la mía está en el escorpión. ¡Lagarto, lagarto!

–La mujer nacida por este tiempo –leyó Amparito– será temeraria, imperiosa, intrigante y artificiosa; de genio voluble y desagradable, y amiga de empinar el codo.

–¡Qué calurnias! –suspiró Lolita, santiguándose y mirando con ternura al San Antonio, cabeza abajo.

–En la vida –continuó Amparito–, todos sus planes se malograrán casi siempre por su misma locura y mala conducta en el amor; accederá a sus placeres solamente con miras particulares, y será inconsecuente y desleal. No dice más.

–¿Y te parece poco? Me ha puesto como un renegrado trapo.

–Ahora voy a ver la mía, si ustedes me lo permiten –habló Amparito.

–Vamos a vé, vamos a vé la donseyita de la casa.

–Yo nací el veintinueve de noviembre, de manera que... Sagitario –decidió Amparito después de consultar el libro–. ¡Ay, no sé qué me da; no me atrevo!

–Anda, niña, y no seas desaboría.

Amparito comenzó a leer con voz rasa, como si leyese por rutina y sin desentrañar el sentido de la lectura. Entró en esto Travesedo y se detuvo a escuchar. Lolita y Verónica estaban tan absortas y embebecidas que no echaron de ver la llegada de Travesedo. Leía Amparito:

–En el amor será constante; pero querrá gobernar a su marido, de quien exigirá un estricto cumplimiento de los deberes nupciales, a cuyos deleites será demasiado inclinada; amará a sus hijos, pero será descuidada con ellos; será también afectuosa con su marido mientras que éste siga haciendo a Venus los debidos sacrificios...

Travesedo no se pudo contener más tiempo. Penetró con paso decidido y continente amenazador, arrebató el libro de las manos de Amparito, lo hizo pedazos y miró luego a Lolita con expresión tan iracunda que la mujer quedó como petrificada por el espanto. Las otras dos tampoco daban pie ni mano. Travesedo rompió a vociferar:

—¡Largo de aquí inmediatamente, Amparo! Largo de aquí si no quieres que te eche a azotes, mala cabeza. —Amparito salió temblando. Travesedo se encaró con Lolita—. Y tú, sinvergüenza, idiota, ¿no comprendes que estás corrompiendo a esa niña? Esto se ha concluido; hoy mismo coges tus trastos y te vas con viento fresco, hoy mismo. Yo no quiero cargos de conciencia.

Soltóse Lolita a llorar con extremada amargura. Entrecruzó las manos en actitud orante, hipaba, volvía los ojos inocentes y cuitados tan pronto hacia el San Antonio acrobático como hacia Travesedo, y decía entrecortadamente:

—¡Ay, virgensita de mi arma, San Antonio!... ¡Si yo no he tenido la culpa..., que ha sido eya misma... Por ver su sino der Sodiaco!

La aflicción de Lolita y sus peregrinas lamentaciones determinaron en Travesedo una sensación epicena de ternura y de hilaridad. Verónica intercedió, asumiendo la responsabilidad de lo acaecido. Travesedo atenazó suave y paternalmente con los nudillos el desaforado apéndice nasal de Lolita, e hizo por mitigar su desconsuelo con palabras blandas:

—Ea, sosiégate, feúcha, que la cosa no vale la pena. Fue un arrebato mío y no he querido disgustarte. Pero, ¿no comprendes, mujer, que Amparito es una niña y no debe enterarse de ciertas cosas? Verdad que tú eres tan niña como ella. La culpa la tiene doña Verónica.

—Sí que la tengo, lo confieso; pero, ¿qué le vamos a hacer ya?

—Si es que he estado gritando, llamándoos, un cuarto de hora seguido —añadió Travesedo. Y como si os hubiera tragado la tierra. Ya pasa de la una y la casa por barrer. Antonia no está en casa; la comida, por supuesto, no estará dispuesta. Esto es un pandemonium. Vamos a ver Lolita, ¿no te da vergüenza no haberte lavado ni peinado aún? Hay que verte, hija. No sé cómo le gustas a nadie.

Lolita estaba desgreñada, sucia, tripona, porque los senos, de considerable tamaño, sin el soporte del corsé, le bajaban hasta la cintura, simulando un bandullo. Vestía una bata de franela roja que parecía hecha con bayeta de fregar suelos.

—¿Tú comes hoy con nosotros, Verónica? Digo, si hay qué comer.

—No, yo me voy a casita. Ya estarán por allí todos alborotaos.

—Que no. Yo ordeno y mando que te quedas a comer con noso-

tros de lo que haya.

–Pues si usted lo ordena, no hay sino cerrar el pico.

–Andando al comedor. Y tú, Lolita, lávate por lo menos las manos.

Quedóse Lolita a lavarse las manos y salieron juntos Travesedo y Verónica. En el pasillo dijo Travesedo:

–Y pensar que esa pobre mujer es una de las cocotas de fuste en Madrid y no falta quien le pague bien...

–No sea usted malo. Lolita es muy mona.

–Sí, monísima; se pudiera decir que perfecta, porque lo excesivamente pequeño de la boca se corrige con lo excesivamente largo de la nariz.

A poco estaban todos los huéspedes reunidos en el comedor. Verónica se sentó a la derecha de Travesedo. La voluminosa Blanca, la cocinera, servía la comida, porque Amparito no se atrevió a presentarse. Travesedo, junto con el decanato de la hospedería, disfrutaba anejamente de la presidencia en la mesa y de la facultad de dirigir y enderezar según su gusto la conversación. Casi todo se lo hablaba él. Aquel día inició el palique haciendo consideraciones acerca del atentado anarquista del día anterior y describiendo con puntuales y repulsivas circunstancias el cuadro que en compañía de Teófilo y Alberto había tenido ocasión de presenciar en la casa de socorro.

–Por lo que más quieras –rogó Teófilo–, no hables de eso.

–Claro –añadió Verónica–. Cualquiera come oyendo esas cosas.

–Por eso lo hago, precisamente –explicó Travesedo–. De este modo no echaremos de ver la escasez de vituallas, si la hay, como presumo.

–¿No has salido ayer de casa, Lolita? –investigó, Alfil, bizqueando un poco a causa de la emoción.

–¿Salir yo después de pronóstico de las cartas? ¿Y por qué lo afeitaban, don Eduardo?

–¿A quién?

–Ar tío ese anarquista.

–No sé decírtelo.

A la hora del cocido presentóse Antonia. Venía de la calle, sonriendo, con gesto de cansancio. Travesedo, haciendo ostentación de sus prerrogativas fiscales, se arrancó con innumerables preguntas y advertencias, todo ello con aire reprobador y monitorio. Antonia, como obedeciendo a la necesidad de exonerarse de sus sentimientos e impresiones más que de responder al discurso de Travesedo, comenzó a hablar:

–¡Señor, qué mundo éste! ¡Pobre neñina! Me parece que va a ser muy desgraciada.

–Bien –interrumpió Travesedo– se ve que ha pasado usted la mañana en casa de Tomelloso. Pero, mujer, ¿qué se le ha perdido a usted en aquella casa?

–Déjame en paz el alma, roncón. ¿Podré olvidar que les he estado sirviendo diez años, y que yo estaba sirviendo en la casa cuando nació Angelines? –Se despojaba con lentitud de la mantilla, quitando los alfileres, que iba colocando entre los labios.

–Saque usted esos alfileres de la boca... –conminó Travesedo–. Me pone usted nervioso. Hay dos cosas que no puedo llevar con paciencia; que se metan en la boca alfileres, o el cuchillo para comer, como lo hace Macías, que se lo mete hasta la campanilla.

–En esto no estamos conformes –objetó el cómico–. Brochero, el célebre actor, hombre de sociedad como todos saben, y mi primer director escénico, cuando teníamos que comer en escena nos ordenaba hacerlo en esa forma, porque las gentes del buen mundo comen de esa manera.

–¡Pobre Angelines! –repitió Antonia.

–En resumen: ¿pobre, por qué?

–¿Por qué? Porque ese tal Pascualito del diablo se me figura que la quiere tanto como a mí. ¡Que se me figura!... Basta tener ojos en la cara. Lo que va ese pillo es por el dinero. Pues el señor, la señora y la señorita, en Babia. Están locos con la tal boda.

–¿Quién es? –curioseó Lolita–. ¿Sisilia? ¡Qué punto tan grasioso!...

Retirábase Antonia; se volvió desde la puerta:

–¡Ah, se me olvidaba! El cartero me dio en la escalera esta carta para usted, don Teófilo –y alargó un sobre al poeta.

La letra era desconocida, y el sello, de Alemania. Teófilo sostenía la carta en la mano y la miraba sin resolverse a abrirla. En un instante se le agolparon en el cerebro mil absurdas presunciones e hipótesis. Palideció. Todos le miraban con curiosidad, señaladamente Verónica. Rasgó el sobre. Dentro de él venía una tarjeta postal. Lo primero que saltó ante sus ojos fue la firma: Rosina. De pálido se volvió lívido. Decía la postal: *No te pido perdón, porque sé que no merezco que me perdones. ¡Tengo tantas ganas de que nos veamos y hablemos! Quizás entonces comprenderás y me excusarás. Yo no puedo olvidar el cariño que me tenías, y me hago la ilusión de que, a pesar de todo, me lo conservas. El caso es que como he tenido tanta suerte y ya estoy hecha una “estrella”, el empresario del teatro del Príncipe, en Madrid, quiso contratarme. ¿Voy?*

Todo depende de que tú me lo ordenes. Contesta a la lista de Correos núm. 1.315, Berlín, ROSINA.

Teófilo, aunque colmado de estupor y desconcierto, sonrió a pesar suyo. Su estado de ánimo, que durante seis meses había sido de apacible infortunio y triste resignación, se convirtió de pronto en felicidad congojosa. Su pobre corazón volvió a representársele a la manera de los perros vagabundos, para quienes el aire está poblado de botas y garrotes incógnitos. Como en aquella sazón sonase la campanilla de la puerta, Teófilo pensó: “La bota que se materializa”. Salíó a abrir la voluminosa Blanca y volvió en seguida diciéndolo:

–Dos caballeros que preguntan por usted, don Teófilo.

Levantóse el poeta con expresión de hombre que se somete heroicamente a los designios de la adversidad y produjo el asombro de cuantos le escuchaban, exclamando:

–La bota que se materializa, señores –elevó los ojos a lo alto y murmuró: –*Fiat voluntas tua.*

Los dos caballeros tenían el empaque aflamencado de dos tahúres de oficio. Llevaban gruesos anillos en los dedos, fumaban excelentes cigarros habanos, vestían con sobrado aliño, eran regordetes y mostraban en el rostro la rubicundez de las digestiones copiosas.

–¿Es usted Teófilo Pajares? –preguntó –y atusándose los bigotes, erectos e imponentes.

–Servidor de usted.

–Está usted detenido.

–¿Se puede saber por qué?

–Eso ya lo sabrá usted a su tiempo. Ahora, ¿quiere usted indicarnos cuál es su habitación?

–¿A qué santo les voy a indicar cuál es mi habitación?

–Tenemos que incautarnos de sus papeles.

–Bueno; sea lo que ustedes dispongan.

Los guió hasta su habitación. Los dos caballeros policíacos se iban guardando cuantos papeles hallaron a mano.

–¿Me consienten que me despida de mis amigos? –solicitó Teófilo.

–Las buenas formas no están reñidas con los tristes deberes de nuestro cargo –declaró uno de los caballeros, que lucía una corbata color amarillo tortilla.

–¡Alberto, Eduardo! –gritó Teófilo desde la puerta de su alcoba, y cuando los amigos acudieron añadió:

–Me llevan preso.

Travesedo y Guzmán, después de oír a Teófilo, y viendo con

cuánta diligencia los dos policías se apoderaban de toda la obra poética en ciernes de Teófilo, no sabían si condolerse o reírse.

—¿Es que existe ya, y desde cuándo, un procedimiento criminal para perseguir los delitos literarios? —preguntó Travesedo.

—¡Delitos literarios!... Mecachis en diez con la literatura —rezongó uno de los policías, dejando de leer una balada con envío, perpetrada por Teófilo, y aplicándose a contemplar con suspicacia las barbas lóbregas de Travesedo y su jeta, a primera vista nada tranquilizadora—. Si al tirar bombas lo llama usted literatura, no sé qué será la realidad...

—¡Carape! —eyaculó Travesedo, iluminándosele el rostro, a pesar de la lobreguez de las barbas, con la luz del discernimiento—. A que resulta que por tu amistad con ese pobre Santonja te complican en el atentado de ayer.

—Usted lo ha dicho —aseveró el de la corbata amarillo tortilla—. En casa del anarquista se han hallado muchas citas de este señor, concebidas en términos misteriosos.

—Pero si este señor —explicó Travesedo— es incapaz de matar una mosca.

Uno de los policías, que estaba inclinado sobre el baúl de Teófilo, arrojando fuera de él, en rebujos, el mísero ajuar del poeta, volvióse a decir:

—Tampoco Napoleón era capaz de matar una mosca, pero mataba hombres como si fueran moscas: ocho millones mató, según las estadísticas más recientes.

Guzmán y Travesedo no podían disimular su inquietud. Preveían complicaciones graves.

Al despedirse, Teófilo dijo:

—No os disgustéis. El corazón me dice que es lo mejor que podía ocurrirme, y mi corazón nunca me engaña.

Y tosió lamentablemente. Luego abrazó a sus dos amigos. [...]

— Ramón Pérez de Ayala, Troteras y danzaderas, Ed. Andrés Amorós (Madrid, Castalia, 1982).

Felipe Trigo

Felipe Trigo (Villanueva de la Serena 1864 - Madrid 1916) constituía hasta finales de los años setenta un ejemplo de autor maldito, tachado por la censura de pornógrafo y condenado en consecuencia al ostracismo editorial. El paso de los años y las sucesivas ediciones críticas han hecho que sea considerado en su justa medida, al margen de leyendas extraliterarias.

En su vida y en su literatura juega un importante papel su profesión de médico. Tras terminar la carrera y casarse ejerce de médico rural en diversos pueblos de Extremadura cuyas costumbres plasmará después en la literatura. Trasladado como médico militar a Sevilla inicia entonces la creación periodística que se ve trunca por su participación voluntaria en los conflictos bélicos de Filipinas. Herido gravemente en un combate y con la aureola de su brillante comportamiento regresa a España en 1899, dispuesto a dedicarse exclusivamente a la literatura. Su primera novela, *Las ingenuas*, data de 1901 y a partir de 1905, fecha de su llegada a Madrid, goza de un importante éxito. Sin embargo no todo es fácil en la vida del escritor. Una gravísima crisis nerviosa en 1910 reclama la atención sobre su auténtica personalidad: hipersensible, nerviosa, al parecer con una adolescencia traumatizada por dolorosas experiencias sexuales. El frágil Felipe Trigo se había impuesto el deber de convertirse en un hombre de acción, un “dominador” –curiosa alusión a la novela que citamos– y el esfuerzo lo llevó a la depresión y al suicidio en 1916.

No parecen ser exclusivamente estos motivos los que le condujesen a tan drástica solución. Al revisar sus mejores narraciones: *Jarrapellejos* (1914) y *El médico rural* (1912) se percibe la



base ideológica que las sustenta, un socialismo utópico que trata de combatir los prejuicios y costumbres de la pequeña burguesía. Su atención se concentra especialmente en el mundo de la mujer al que contempla como una víctima del caciquismo masculino. Sus teorías en torno a la educación religiosa, el sexo y el amor están recogidas en *Socialismo individualista* (1914) y *El amor en la vida y en los libros. Mi ética y mi estética* (1907). Contempladas desde esta perspectiva sus novelas no son así relatos pornográficos o sádicos, sino intentos de transformar el comportamiento social y sexual, escritas todavía con un estilo muy próximo –si bien no del todo– a los patrones del naturalismo. Su producción sigue dos líneas argumentales invariables: la denuncia de la situación social o la ejemplificación de sus teorías eróticas. Las ya citadas *El médico rural* y *Jarrapellejos* centradas ambas en Extremadura pertenecen al primer grupo mientras *La sed de amar*, *La bruta* o *Sor Demonio* coinciden en presentar a una protagonista femenina infeliz en un asfixiante entorno social.

La novela que presentamos, *El domador de demonios*, no pertenece en sentido estricto a ninguno de los dos grupos aunque comparte características comunes a ambos. Quizás porque inicialmente fue concebida para publicarse como novela corta y el autor se atuvo a los rasgos comerciales de la colección. No aparecen pues algunas de las violentas escenas propias de otras de sus narraciones ni tampoco hay descripciones sexuales expresas. Más bien Trigo se limita a presentar con una agilidad casi teatral la historia de Pardo. Una aventura en la que el lector avezado puede atisbar entre líneas rasgos del propio Trigo y también de novelas ajenas. Por ejemplo, los recuerdos de los folletines decimonónicos en las escenas del duelo, la obsesión por la fisiología y las enfermedades –inherente el dato científico a su condición de médico–, los episodios de historias galantes contrastados con la desgracia de la madre y las hermanas. Incluso la inversión tragicómica de situaciones que lleva a convertir a un desgraciado en héroe, quien al final no muere porque el diagnóstico estaba equivocado. Lo significativo y propio de Trigo, y el motivo de su selección, es la evolución de un individuo cuando rechaza las circunstancias externas y se convierte en un hombre de acción a despecho de su fondo espiritual pasivo. De nuevo la lucha entre la individualidad y el entorno social que Trigo zanja al fin en estos términos: “Porque... porque... ¡vamos la verdad!... ¿a qué no consignarlo en estas íntimas memorias?... El domador de demonios no lo soy yo... aunque tenga que seguir siéndolo, con más miedo que vergüenza, una vez desaparecido el que lo fue: mi cáncer”.

Esta irónica perspectiva se desarrolla en un ámbito tan propicio para la agresividad como es el Madrid literario de los periódicos y los teatros. Esta vez en la novela no hay descripción de ambientes. Estos se muestran con gran cantidad de elementos caracterizadores en un afán de dramatizar y dar al relato la mayor verosimilitud posible. Motivo por el cual Felipe Trigo se aparta aquí del típico relato decimonónico naturalista para entrar, como decíamos antes, en una visión dramatizadora de los hechos. Tal punto de vista justificará además las bruscas rupturas en el estilo que combina diálogos y digresiones en un equilibrio irregular. Lo mismo ocurre con la unión de expresiones coloquiales –en 1910– con otras de retórica grandilocuente. Pero en definitiva todo se justifica en aras de la expresividad del texto que transmite un evidente mensaje de inconformismo social. No otra cosa podía esperarse de un periodista, ¿alter ego de Trigo? que lucha en el Madrid de la fama, “centro intelectual” de España como lo define el escritor.





El domador de demonios

II

Son las diez de la noche. Bajamos desde la Puerta del Sol hacia el León. Animadísima la calle. Nos miran. Pepe marcha abobado con su asombro de Madrid (no había venido nunca) y su “elegancia lugareña” “¡Hombre, quítate ese lacito cereza de corbata”, he tenido que aconsejarle al salir. Su propia mujer, que viene entre los dos, no libre de la influencia *jibraleonesa* sufrida en tantos años, no había parado mientes en ello. “¡Sí, hombre, Pepe, claro... ¡qué corbata!”, se me ha asociado burlesca inmediatamente, al escucharme, y mirándome para compartir conmigo el sentido de las madrileñas distinciones. Celeste resulta arrogante y llamativa. Guapa, positivamente. Sabe pintarse. Se quita de encima quince años. Para abrillantarse los ojos, la sigue la manía de instilarse belladona... Va a dar, voy a dar, vamos a dar el golpe en el León.

Entramos. Plena la tertulia de *mi* mesa. Es tan buena moza Celeste que casi roza con la gran enhiesta pluma blanca en los mecheros. Causa expectación enorme en el café... y ¡ah! mis compañeros de redacción y de otras redacciones, mis *amigos*... quédanse *epataados*. Buscando esta sorpresa yo he cuidado de no decirles ni palabra de Celeste. Triunfo, triunfo, ¡qué demonio!... La creerán una cocota; y no se deben explicar con qué mañas o dinero yo haya podido conquistarla. La presento, para cortar imprudencias desde luego: “Celeste Sendrá, actriz, hermana del célebre Sendrá. Pepe Zamora, su marido”... La mesa está junto a la ventana, y la ceden



el sitio predilecto hacia la calle. Es la primera vez ¡oh! que a mi llegada he preocupado a la tertulia. Es también la primera vez que he venido a ella ansiosamente, por amolar a tantos envidiosos. ¡La primera vez! y maldito si podría explicarme para qué he venido tantas otras, día por día, quedando entre esa gente como un perro, como un tonto... como un pobrecito infeliz subalternamente tolerado. ¡Celeste!... la hablan, la obsequian, trata de captarse cada cual su simpatía...

¡Oh! Me indigna que en Madrid, en el *centro intelectual*, de España, se puedan conquistar a puñetazos o farsas los renombres. ¡Qué hemos de hacerle!, ¡no es ese mi camino!... Me indignan, me cargan, me revientan todos estos.

Y... ¿por qué, entonces, vengo a la reunión?... Mis *amigos*, mis *queridos* compañeros, en una calificación de categorías hecha con justicia, pudieran catalogarse como de tercera clase con vistas a segunda. Ahora bien, a menos de resignarme al aislamiento, cosa que es tremenda y está fuera de la humana condición, me tengo que aguantar con estos mamarrachos que me desprecian cordialmente... pero que, a lo menos, “me soportan”. Los de *segunda* y de *primera*, y acaso menos los literatos de positiva independencia y de nombres consagrados, no me soportarían... y miraríanme los últimos, sobre todo, con el recelo a mi híbrida condición de periodista-dramaturgo (Coliseo Imperial hasta la fecha); es decir, de esclavo, de hombre que por treinta duros al mes tiene que defender lo blanco como negro, y que a fuerza de arrastrarse y de eludir a su *carnet* llega a estrenar algunas veces...

¡Bien!... rechazo trascendentes verdades pesimistas... que turban un instante mi felicidad como remotas nubes, y aténgome esta noche a la realidad de las pequeñas ventajas que el periodismo me reporta. Celeste, que me necesitará, será nuevamente mía por ser yo de *Las Noches*. Está contentísima de haber conocido a estos, que le abruman de atenciones. Sus firmas figuran a diario en la prensa, (más, muchísimo más que la de los “ánimos” para el público porque desprecian al público desde su hartó más productiva intimidad política con personajes) y júzgalos sin duda alguna personajes importantes e influyentes. La pobre no sabe que, si la agasajan, es porque incluso el bello capitán y Jiménez farfanton cronista del amor y las mujeres, distan mucho de mandar en el corazón y los destinos de las hermosas de Madrid. Bocado exquisito, de excepción, Celeste, para ellos..., aunque ajada y nada joven. En la tertulia ha caído, pues, como una perra entre perros capaces de disputársela a mordiscos..., y el bello ex capitán es hasta ahora quien, después de mí, va siendo correspondido por Celeste con sus desenfados de coqueta...

Después de mí. Afortunadamente ella confía también en “mi importancia”, y recordando nuestra historia me dedica las mejores sonrisas de su boca y las mejores miradas de sus ojos. Chocan más sus miradas, sus sonrisas, porque la han monopolizado los demás y yo voy tomando en silencio mi café; de modo que para dedicármelas, tiene que hacerlo sin ocasión de charla alguna conmigo y expresamente..., como quien quiere no dejar olvidado a su predilecto por encima de los cada vez mas insinuantes floreos, de Jiménez y el capitán. ¡Qué diablo! En cuanto a “figura”, elemento de agrado primordial con una loca, estoy tranquilo: no tendré, como el ex capitán, las trazas de bravo mosquetero, pero si la de un corpulento figurín rubio y azul bastante dulce..., quizás, quizás (lo debo confesar) un poco bobo.

¡Qué rabia me da esta expresión mía tan apacible que siempre me confirman los espejos... y que tal vez sea la única culpable de que me hayan tomado por cobarde..., de que me hayan tomado casi de pito mis colegas!

En efecto, es muy posible que ya estén pasando la raya de las consideraciones a mí y al marido los piropos de todos a Celeste. No tienen educación mis compañeros. Han podido comprender desde el primer instante que Pepe Zamora es un inofensivo idiota, y abusan. Él parece simplemente encantado de lo bien que se las entienden con estas *celebridades*; sin duda recuerda haber leído aquello del *derroche del ingenio* en las tertulias de escritores, y casi asustado de admiración, los escucha.

Cuento, he contado desde luego con la insigne simplicidad de mi paisano, para que no sea obstáculo, no sólo a mis futuras relaciones con Celeste, sino a la pública dedicación que ella me hace de su cariño, tal que si fuera yo el esposo... o lo que es igual, que por Pepe, no ha dejado de producirse en mis amigos, desde esta misma noche, el íntegro efecto de envidia que yo me propuse causarles... Ven claro que ha sido mi amante esta mujer...; lo ven, lo están viendo, lo han visto, y esto, sobre los mismos despecho y rivalidad que les disguste, puede ser el principio de la cancelación de “mi insignificancia” entre unos hombres que empeñábanse en juzgarme de majadero...

Mañana..., pasado... pronto... ¡“estaré” con ella! Llegaron anteayer, han puesto un pisito, y la han absorbido enteramente los arreglos de muebles y de cosas. Para indicarla dónde los hallaría de alquiler, y baratos, la he acompañado hoy, mientras Pepe seguía en el piso poniendo clavos y cortinas. Hemos convenido en que así que ella se desocupe, la presentaré al director de algún cine de mo-



da y reanudaremos las delicias de nuestros buenos tiempos, en mi casa. Mañana, pasado, pronto. Y mañana me mudaré a otra casa menos modesta, menos inmundada... y más independiente y digna de los amores de la gentil con todo un redactor de *Las Noches*.

Llevábamos una hora de café. Mi diáfano amoroso ensueño es enturbiado de improviso por Celeste misma. Tiene que ir a ver al conde de Venasí, “a Javier”, y nos ruega a Pepe y a mí que la esperemos. Se ha levantado y ha dicho el nombre y el título del conde con énfasis... Menos mal que al indicar dónde iba se ha dirigido a mí, no a Pepe, tomándose el permiso. Y además, al subir al coche en el borde de la acera ha sido a mí a quien ha dirigido una sonrisa y el saludo de caricia de su mano.

III

Pepe y yo, con la ausencia de Celeste, perdidos los prestigios de reflejo, estamos en un rincón, olvidados, despreciados, vuelta completamente hacia nosotros la espalda de Eduardo Jiménez. ¡Oh, sí, la verdad..., no he visto en mi vida gente más grosera!... y menos mal que a *Dick* no le da esta noche por hacerme objeto de sus pullas. Sufro, porque mi paisano empieza a percibir la desconsideración en que me tienen. Pronto Celeste también la advertirá si sigo trayéndola al León.

Se exaspera la política. En un ademán vehemente ha tumbado Jiménez mi taza, con el codo, manchándome el chaleco de posos de café y me mira apenas diciéndome: “¡Hombre Pardillo!”, y ni siquiera se disculpa. Como si le hubiera caído a un gato debajo de la mesa. De mi apellido, Pardo, hacen el diminutivo *Pardillo*, no por afecto, sino queriéndome llamar paleta, zafio, tonto. Siguen vociferando; me tiene molestísimo, completamente prensado contra Pepe, y yo siento a ratos el impulso de largarle un bofetón. No lo hago... por mi carácter, por prudencia.

Llega Fernández, poeta... amadamado, y déjanle sitio preferente en consideración a la gracia de sus chistes. Mala lengua, como *Dick*. A mí, sus chistes no me hacen gracia. Al revés, siempre que le oigo, siempre que he asistido a los perpetuos fracasos de sus sainetes y pasos de comedia en los teatrillos, he pensado con dolor en cómo estos cenáculos de ineptos por mutua reciprocidad en el bombo o por mutua simpatía forjan... van forjando *famas de prensa* por encima y a pesar del fallo público. “El delicado, el exquisito Fernández...” “El artista de sutil inspiración que está por encima de la

plebe...” Y la *plebe* sigue dándole meneos, cada vez que el pobre estrena, y los periodistas por las plumas de avestruz de Jiménez, de *Dick*, etcétera, etc., les siguen, a él y a los de su laya, poniéndolos en los cuernos de la luna.

Los mismos elogios guardan para Calderón, para García Rojo..., en tanto que, contra la consagración perenne y calurosa de la *plebe*, tratan de apabullar a los maestros consagrados..., hartos los *Dick* y los Jiménez de creer estar siendo ellos los que los encumbraron. ¡Infelices! Para despreciarlos al fin, para combatirlos, se agarran, ya que no pueden a los éxitos propios y de Rojo y Calderón y Fernández, a la “forma clásica impecable..., al verso o a la prosa que recuerda a nuestros grandes españoles del siglo de oro”... como si todo el *quid* del literato, aun en esto de la forma, estuviese en imitar a los pasados dándoles insoportables *latas de fabla* al público presente... Entonces, si con criterio tal, también *nuestros grandes españoles del siglo de oro* hubiesen imitado a los del siglo anterior, y éstos a los del precedente..., resultaría que hoy continuarían escribiéndose las novelas y los dramas como pudo en el Paraíso escribiéndolas el Padre Adán para divertir a Eva y la serpiente...

Iba a contarle, por demostración, un incidente. Pero me callo, y hasta me arrepiento de mi debilidad: vuelve Celeste... acaba de despedir enfrente la manuela...

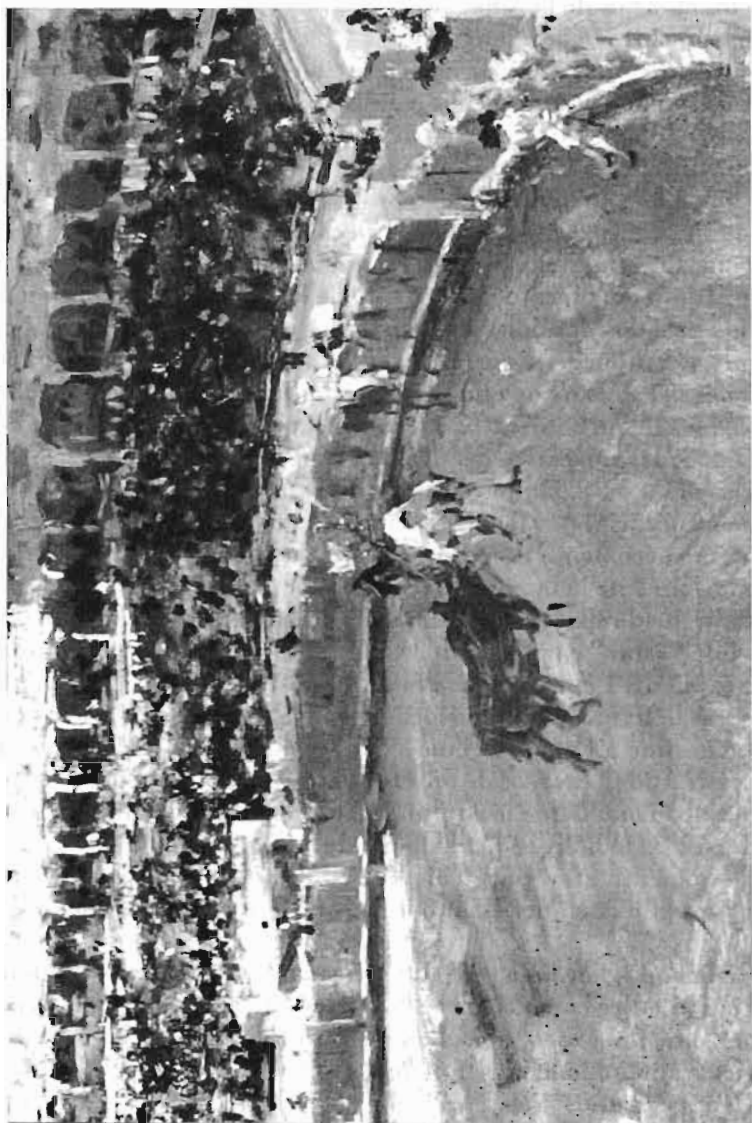
A la visita de ella, resurge en mí el miserable. No ha tardado. No ha podido “estar” con el conde. Viene entre contrariada y contenta. Le explica a Pepe que para lo de su destino ha ido a ver “a Venasí”, y éste ha prometido colocarle en casa de un banquero. Les urge, el destino a Pepe, y el cine a ella, según en estos días he podido colegir. Andan escasos de dinero. Veo a Celeste pasar a la escarcela, desde la mano que lo empuñaba con los guantes, un billete de cien duros. Se lo habrá sacado al conde.

Un momento aún, para calcular cuándo podré presentarla al dueño de algún cine, del Trianón, mejor que de otro..., y nos marchamos.

Por la calle, llevo el apuro de pensar que no conozco al dueño del Trianón. Veré cómo me arreglo. Celeste ha quedado en buscarme dentro de unos días, que ella invertirá en el arreglo de la casa y yo en ir la tanteando la cuestión de los teatros.

“Dentro de unos días.”

La entiendo. Le harán falta, no a ella para terminar la casa (que ya quedó hoy terminada), sino al conde para terminar su nueva *luna de miel* con ella. Y me amarga el entender. Pero como no hay contrariedad de que uno, si lo ansía, no pueda consolarse, me ad-



La corrida de toros, de Mariano Fortuny.

ministro esta otra consideración a guisa de consuelo. “Si a pesar del conde, que la da dinero, piensa en mí..., será porque le guste.”

IV

Mi periódico está en el barrio de Salamanca. Voy a él, sin ganas de trabajar, y triste y contentísimo, a la vez, entre la alegría del sol y de las gentes que se dirigen al Retiro.

Contentísimo, porque después de cinco días sin ver a Celeste, al fin me ha escrito esta mañana anunciándome que vendrá a buscarme anochecido.

Triste, sin embargo, porque no he tenido suerte en mis pesquisas. He logrado entrevistarme con cinco directores de cine, haciéndoles pasar mi tarjeta de redactor de *Las Noches...*, y nada, buenas palabras... Nadie recuerda a Celeste como artista. Uno a quien he querido decidir con la esplendidez de su figura, mostrándole un retrato, la ha encontrado *vieja*. Me lo ha dicho en seco, el animal. Y eso que el retrato era de mis tiempos... ¡Si llego a enseñarle los de ahora!

Bien; es que en los escenarios no quieren más que jóvenes, y, además, los retratos pierden, generalmente, la gracia de la vida.

A fin de que Celeste no se vaya haciendo mucho a su antojo del Triánón, ayer y anteayer la he escrito previniéndola de las dificultades. En el Triánón, imposible, sobra personal; en Royalty y en el Príncipe, lo mismo. La he dejado vislumbrar la esperanza del Salón Regio..., y allá iremos a probar. Prudencia se llama esta figura.

Llego al edificio de la redacción. Entro. Me paro inmediatamente. He divisado a Jiménez en la escalera, y la antipatía me obliga a preferir que suba un poco más, sin encontrarnos. Me molesta hablarle, y, sobre todo, a solas. Me preguntaría por qué no he ido al Lión en las pasadas noches y por qué no he llevado a Celeste. Se burlaría de mi temor a que me la quite el capitán. Dobla el primer tramo. Subo también. Va amolándome el recuerdo de las bromitas que ya se han permitido acerca del capitán y de Celeste, mis colegas. Yo tuve la torpeza de decirle a uno que *Celeste es mi amante*, de decírselo en secreto, de un modo confidencial..., y no tardó dos horas en transmitírselo a otros, a Jiménez, al capitán inclusive..., el cual parece ser que se jactó de haber “estado” con Celeste aquella noche.

Vuelvo a detenerme, esperando a que el repulsivo Jiménez cruce la mampara. Desde la meseta, por entre las barandas, veo cómo



el portero se levanta y le saluda con la gorra hasta los pies. Él, ni contesta, tieso como un palo.

Prosigo, con la ira de estas reverencias que el portero les rinde a Jiménez y a los demás..., y que no me rinde a mí. Efectivamente, cruzo..., y cumple con una especie de gruñido. ¡Válgame Dios! ¡Hasta al portero de mi propia redacción ha llegado el desdén en que me tienen los amigos!... ¿Qué habrá que hacer para conquistarse el respeto de las gentes?

Siéntome a mi mesa. Me espera un aluvión de telegramas. Cerrados los ojos, dejo caer sobre la mano los fuegos de la frente y acósanme dos pensamientos: el de mi momentánea ingratitud sentimental hacia la Celeste generosa que vendrá a ofrecerme el don de su hermosura a anochecido... y... y... el de aquello de *poquita cosa* refiriéndome a mí mismo, por no nombrarlo... *cobardía*.

Esta es la palabra.

Pero...

¿Esta es la palabra?... ¡qué se yo! Si por valor debe entenderse la agresividad estúpida del toro, el continente de matón, y el arremeter por nada con insultos y trastazos contra todo cuanto existe, el andar en constante busca o encuentro de quimeras como el perro, como el gallo... yo, positivamente, que no he venido a Madrid en clase de toro de Veragua, ni de dogo, ni de gallo inglés... soy un cobarde irremisible. Ahora, si el valor consiste en lo que se podría definir de esta manera: "la cualidad de carácter que nos impulsa a no dejar de hacer jamás, aún a riesgo de la vida, cuanto debe hacerse"... ¡oh! entonces, yo, que por la dicha y la paz de mi madre y mis hermanas no retrocedería ante peligro alguno de este mundo, que por cumplir lo que en cualquier orden haya juzgado mi deber no he cejado nunca (¡bien segura de ello tengo la conciencia!) ante miedos ni temores... disto de ser un cobarde tanto como de las estrellas. Luego... a lo que en Madrid se llama *valentía*, se le llamaría mejor *grosería* y *brutalidad*.

Lo malo es que la brutalidad flota en el madrileño ambiente, y que no hay *valentía* más valerosa que la de *cumplir el deber de sobreponerse en valiente indiferencia a tanto bruto*.

En tal sentido reconozco que mi *valentía* tiene la cobarde sombra, la cobarde mancha de no saber acertar a despreocuparse de los otros... y hasta vacilo y dudo muchas veces si no será el primordial deber de mis deberes, una vez puesto en este medio donde priva la barbarie, el afrontarla, el vencerla como un bárbaro más, repartidor de coces y trompadas... ya que mi prudencia atájame el camino rápido del triunfo con las burlas de los bárbaros... Porque, sí,

sí, es indudable...; ¡incluso al portero de mi propia redacción llega la atmósfera de menosprecio en que procuran envolverme *los amigos*. Sólo que quien manda en uno es el sentimiento, es la intuición del corazón, y esta, por otra parte, más certera, más sensata, haciéndome confiar en mi voluntad y mi inteligencia, y a pesar de aquel intento de bruto que acusa mi pasado aprendizaje de las armas, me dice que temprano o tarde triunfaré con el trabajo. Efectivamente, los grandes maestros de la literatura... es decir, ninguno de los que han logrado la verdadera consagración de la victoria, lo han hecho a puñetazos; y, en cambio, ninguno de los puñetazos y estocadas, que no recuerde, salvo aquellos pocos que tampoco los habrían necesitado por tener talento, consiguen sobrepasar la falsa y estéril fama fugaz del libelo y del café: quítéseles el periódico en que escriben y se hundirán en el océano del olvido con la misma irremediable rapidez que en alta mar el pasajero que pierde el trasatlántico.

Duéleme el estómago. Llamo al timbre. Me traen agua, saco mi caja de bicarbonato, y lo tomo. Juan, el ordenanza, por fortuna, estímame de veras... acaso porque sea otro prudente que en la región de sus iguales sufre idéntica presión del matonismo.

Me pongo a trabajar. Soy el que más trabaja y menos gana en *Las Noches*. El estómago me duele, me duele... pero tengo que *estimar* todos estos telegramas antes de las siete..., antes de que Celeste llegue a buscarme; y si nos ven salir juntos, solitos, sabrán de mi definitiva buena suerte los demás.

El zascandil de Rojo se me mofaba ayer por si la había visto o no en auto con el conde. Así podrá mejor decirles mi cita de hoy que tengo una querida... digna de condes!

Como se ve, me consuelo..., siempre me consuelo.

Pero... ¡a trabajar!

.....
Desde las siete no ceso de mirar el reloj. Son las siete y media. ¿Por qué no vendrá Celeste?

Empiezo a tocar los inconvenientes de tener..., de ir a recobrar una "amiga" que lo es también de un conde. Al conde se le habrá antojado retenerla... y a mí me aumentan las punzadas del estómago, en la estrecha relación que hay de lo material y lo moral. Queda la mitad del agua en la copa. Vuelvo a ingerir bicarbonato. Me tumbo en la butaca. Me aflojo el pantalón.

Esta dispepsia procede, a no dudar, de la bazofia que he comido tanto tiempo en mi casa de a diez reales. Desde anteayer, he mejorado: catorce. Verdad que lo he hecho por recibir a Celeste menos

indignadamente, y que las treinta pesetas más los giros mensuales a mi madre...; sin embargo, consuélame... ¡sí, consuélame! el que ella propia y mis hermanas no cesaban de escribirme: “Mejora de casa, niño. Debes de comer muy mal por diez reales, y no será otra la culpa de tu padecimiento del estómago. Nosotras nos arreglamos con diez duros, apretando un poco en la costura”...

Tendré que recurrir al médico. Juan el ordenanza me dice: “No sea usted tonto, don Lucas, déjese de médicos. Use usted tirantes, y se cura. Yo me curé de una cosa igual con los tirantes”...

Y le llamo, a Juan... pensando en las flores que he dejado en mi cuarto para halago de Celeste, que no viene, que no llega..., y que sería la que pueda curarme con un poco de alegría..., porque la dispepsia débese sin duda, más que a otra cosa, a mi soledad, a mi tristeza, a mis mortales y callados sufrimientos.

—Juan, oye, dime, mira, son casi las ocho y a las siete esperaba... una visita.

—¿Una señora?

—Sí

—Pues... ¡ha venido!

—¡Cómo!... ¿Y está esperando? ¿Y no me avisas?

Se turba Juan. El hombre muy colorado y dándole en las manos vueltas a la gorra, resuélvese a confesarme lo que, en vista de mi irritación, no sabe si ha sido una mala acción suya para mí, o simple y estricta obediencia a quien debía. La señora (Celeste, indudable, por las señas) llegó a las siete, puntual; dio mi nombre, y cuando Juan iba a pasarme el recado acertó a salir y a verle Jiménez; saludáronse, entraron en un saloncito de visitas..., tuvo Juan que acudir antes al timbre de la dirección, y luego, al volver para llamarme, vio que Jiménez y la señora se preparaban para salir. “Juan, no avises a don Lucas; no hace falta ya!”, le dijo el señor Jiménez. Y al paso, en tanto que partieron, muy alegres el buen Juan le oyo a Jiménez decirle que “él sería quién colocaría en el teatro que quisiese, y no el pobre de *Pardillo*”...

—Un *Pardillo* de quien hablaban, y que no sé quién será; creí, naturalmente, que fuese una actriz la señora, y que preguntaría por usted por equivocación, don Lucas, porque como el señor Jiménez es el crítico de teatros...

—¿Y... se fueron?

—Sí, señor, se fueron.

—¡A las siete!

—A las siete.

Callo. Cúbrome los ojos, con toda el alma envenenada. Juan se retira. Yo quedome adivinando lo ocurrido: ella le diría que me buscaba para recomendarla en el cine; él se reiría, replicándola que yo, “el pobre *Pardillo*”, no tengo influencia; ella recordaría, en efecto, mis cartas de fracaso; él ofreceríase a situarla y a bombearla en *Las Noches...* y... ¿a qué más?... ¡Adiós mis esperanzas de la coqueta de Celeste!

Pasa la noche.

Pasan los días. No he querido ni ir a pedirla cuentas de su infamia.

V

La adversidad es una consejera excelente. Hay quien dice que el sufrimiento de todas clases es propicio a la obra del artista, fundándose en que no suelen ser ni intensos ni sutiles los que desde luego gozaron un vida regalada y que, por esto mismo, el porvenir matará al Arte desde que la social perfección permita a los hombres barran el dolor de su existencia. No estoy enteramente conforme, porque de una parte, artista siempre rico ha sido Rusiñol, verbigracia, y escribe y pinta a maravilla; y por otro, no cabe negar que, en correspondencia con el refinado gusto estético de una humanidad más ennoblecida y civilizada, siempre quedarían las puras y plácidas manifestaciones artísticas de la escultura, de la pintura, de la música, de la poesía... Pero, en fin, es lo cierto que mi enorme disgusto por Celeste me recluyó en casa, me hizo refugiarme en el trabajo y me ha permitido concluir esta hermosa comedia que vengo a entregarle a Sendrá.

¡Qué diferencia de íntima, de *interior satisfacción* –que dicen las ordenanzas militares–, entre el día que ocupé este mismo ascensor para verle por *recordar a su hermana*, y ahora que le visito para confiarle mi comedia!... Ya le hablé de ella el sábado, y aun le leí el principio. Le gustó, la adivinó... y sin vacilaciones me pidió que se la entregase concluida cuanto antes a fin de ir ordenando este verano su campaña del invierno...

Un sirviente del Palace me guía al regio departamento del actor, uno suyo, muy bien *style* de reac y de media roja, me recibe, toma mi tarjeta, me pasa a un coquetón antedespacho, y me dice que no podrá anunciarme hasta que el señor despida a otro con quien habla.

Efectivamente, hablan puerta al medio conmigo, hablan fuerte, principalmente el interlocutor de Sendrá, en quien reconozco a Córina, el crítico teatral de *La Vanguardia*... y no sólo les oigo, sino

que en cuanto sale el criado entiendo lo que dicen. Córina le explica el tercer acto de un drama, que por lo pedestre es digno de cuantos le han silbado ya ruidosamente, y el actor ilustre, el actor mundano, por cortesía o por la cuenta que le traiga no ponerse a mal con el crítico de un gran rotativo, va acogiendo cada cosa con ¡*bravos!* de grande admiración... “No sé, no sé si podré escribirlo este verano, ¡es tan bello no hacer nada allá en San Sebastián!”, dícele el prohombre poeta y dramaturgo, que además, es el más caracterizado espadachín de los Madriles.

Un canalla, el tal Córina: más, un criminal...; pero yo no sé qué desbordamiento de optimismos tengo hoy, que me hace considerar su pública historia como piadosa simpatía. A los diez y nueve años mató a tiros a su novia y al padre y al hermano de su novia, se fugó del presidio, fue corneta en Cuba y realizó tales guerreras hazañas que consiguió el indulto, el empleo de oficial de la reserva y el cargo de segundo jefe de policía de La Habana. Asesinó a otros dos o tres, en funciones de tal cargo, y en Madrid, metido a periodista, “amigo” de una “artista” desde hace quince años escribe críticas tajantes fustigando lo inmoral y dramas que en el orden social le tiene por paladín esforzadísimo. Él mismo contó todos estos hechos en sus primeros tiempos de cínico cronista... y con cuantos intentaron motejarle, se batió tras de darles una buena mano de trompadas. En resumen, que entronizado en el general respeto y en la crítica teatral, única que a nada que quiere el que la ejerce produce rentas de matute (no así la de libros, que por eso se abandona, salvo raras excepciones, a los pánfilos García Rojos que no sirven para nada), es, salvo y a pesar de las silbas que le atizan y que hácenle odiar de todo corazón a los triunfantes, el árbitro y señor de los saloncitos de teatro.

Ha concluido de relatar el argumento. Refiérole en seguida el ilustre actor las obras con que cuenta, y me estremezco de gozo al entenderle el título de la mía y mi nombre, por cierto iniciando para mí elogios excesivos...; pero, no menos en seguida, la ira me estremece, porque Córina le interrumpe con una carcajada...

—¡Hombre, de Lucas Pardo, una comedia... del pobre Lucas Pardo..., de *Pardillo!* —Trata Sendrá de defenderme y el crítico rufián empieza a ponerme como un trapo.

—Bien, cuestión de un lápiz y se tacha —le he entendido a Sendrá. Y siento sus pasos, como si fuera de la butaca a la mesa, y hasta creo advertir la tachadura del lápiz, al tiempo que torna a reír añadiendo:

—¡Fuera *Pardillo!*

Horrible. Es llegado quizás el instante en que “por la defensa de algo bien legítimo, el deber me impone entrar y liarme con Córina a estacazos”... El impulso, cuando menos, póneme de pie..., casi lle-go hasta la puerta...

Sin embargo, me contengo. Me late de tal modo el corazón y me aturde de tal modo la amargura, que compréndome en una ofuscación poco capaz de definir si me detiene el miedo a Córina, al matón de los matones..., o al revés, simplemente el común desprecio al maldiciente miserable y al mísero Sendrá que tan fácilmente se ha dejado persuadir... ¿Dónde está entonces el talento, el sentido común siquiera de este hombre?... De nada serviría que yo entrase a armar la trapatiesta: mi comedia, incluso en el afortunado caso de poder borrar la impresión por Córina causada, quedaría en poder de un tonto cuyo juicio seguiría a merced de los demás..., y con una especie de bandido profesional experto de las armas tendría mañana en riesgo mi vida con un lance de honor...

Mi vida..., necesaria a mi madre, a mis hermanas, al santo amor de tres mujeres indefensas; al culto también de las rosadas ilusiones de mi trabajo y de mi arte, que triunfarán al fin de los idiotas y malvados.

Es hecho. Nada tengo que hacer aquí, ni para nada tendré que ver nunca a Sendrá.

Giro y salgo.

La belleza de la tarde, la inmensidad de la alegría del cielo y de Madrid, inviértense a mi corazón concentradas en tortura. Llora mi alma. Oprimo mi comedia contra el pecho en una protección de impotencia desolada.

Pónese el sol, y quiero campo, soledad. He vagado hasta la Puerta del Sol, sufriendo otra vez la vergüenza de mí mismo porque torno a dudar si no seré más que un cuitado que procura disculpar su cobardía con sutilísima dialéctica..., y una fuerte voluntad, no obstante, impóneme una suerte de suspensión animal a mi cerebro. El tranvía me lleva a las afueras... Soy un fardo apenas consciente de su enojo, un perro que vaga y profundamente entristecido por un palo, pero que no piensa... un perro que puede viajar en el tranvía...

Para el tranvía. Dejo el tranvía. Estoy en la estación de la Bombilla, y echo a andar entre los árboles.

Me he sentado al borde de la carretera, en un bloque de granito, y miro como un imbécil a los que pasan. Parejas felices; chulos, chulas, coches que cruzan hacia los *restaurants* o los merenderos en demanda del amor... Siempre me han causado envidia estos coches; pero hoy me son indiferentes.

¡Ah!... De pronto... ¿qué?... En uno, en un coche... si... ¡son ellos!... ¡Jiménez! ¡Celeste!... ¡¡Los dos!!... ¡Han pasado! ¡Van casi besándose!... De más absortos en ellos propios, no me han visto... Allá se alejan.

¿Habrà que creer en la fatalidad, en la hora aciaga que se complace en juntarle a un pobre mortal los infortunios?

Y con refinamiento de crueldad inconcebible; porque este encuentro con los traidores, que en otra ocasi3n habrìame levantado un poco de tristeza, un poco de despecho, sobre lo que acaba de ocurrirme en el Palace-Hotel es el chorre3n de hiel que colma mi desastre.

Intérnome en la fronda. Vuelvo a sentarme; llora, llora mi alma, y, lloran tambi3n esta vez mis ojos en la palma de mis manos. Las lágrimas son amargas, como del mar del dolor, pero alivian. Pienso en mi madre... Si es verdad que el tormento sublima al verdadero artista, para nadie como para mí lo serà que mi calvario habrà de conducirme al monte de la gloria.

Es dulce, empieza a serme casi un intensísimo placer de ungido esta resignaci3n con el sufrir. Ademàs, el dolor moral, sobre saludable, es soportable..., bien a diferencia que un dolor de muelas, de est3mago.

¡Ah, mi est3mago!... Casi grito..., o cuando menos me retuerzo a la larga punzada que me da... ¡Qué otra verdad tan evidente es que lo orgànico, lo orgànico domina y manda en el ser entero hasta de los que se juzgan màs espiritualmente dueños de sí propios! El otro día me lo decía Cedrún: “¿Ves que era un griego, que amaba y defendía incluso como profundamente filosóficas las novelas de Pierre Louys?... Pues, una neurastenia, hijo, dejándome impotente por dos años, me ha hecho compartir el odio que algunos le tienen, y tú tambi3n, pareceme, a ese autor.”

No es verdad precisamente que le odie porque mi género de literatura para el público (distinto, a la verdad, de la que directo mi corazón vertió en las cartas a Celeste) sea más ideal; mas sí que comprendo que pueda idolatrarse o abominarse al autor del *Aphrodite*, de un modo alternativo o constante, según cada cual se encuentra del hígado, del bazo, del est3mago... Cuestión del hígado serán probablemente las críticas de Marcial C3rina, sin que él mismo se dé cuenta, sin que él tampoco lo pudiese evitar, como no pueden evitar los antirrománticos el serio (motivo por el cual la crítica es inútil, ya que sale del hígado del crítico para caer sensual por algo más que sus dictados)... y cuestión de est3mago es esta de mi cobardía y mi valentía mezclada con mi debilidad...

¡Ay!

Vomito.

Me asusto. Por primera vez observo que arrojo una cosa como sangre, un cosa oscura, como posos de café.

Calma de un segundo, vómito de nuevo... y... ¡oh, sí!... sangre, sangre... una estría completamente roja.

La sorpresa y el terror me quitan instantáneos, no ya los dolores, sino hasta el recuerdo de Celeste y de Sendrá. ¿Estaré tuberculoso? ¿Será del estómago esta sangre?

Mañana veré al médico.

VI

Tendido por segunda vez en el sillón, al aire el tórax y el epigastrio, mientras el doctor me palpa, quisiera sorprender y seguir en su cara la emoción; y vuelvo a persuadirme de que es un hombre tan sabio como rudo, impasible, impenetrable. El otro día se rió porque le pregunté asustado si estaría tuberculoso: “¡Hombre, un hombre con estos músculos, con este pecho como un buey!” Me tranquilizó, pero no puedo dudar que opina mal de mi mal.

—¿De qué murió su padre?

—De un cáncer en la lengua.

—¡Ah! ¡bien! ¡Perfectamente! —exclama satisfecho.

Se ha sentado a la mesa y reflexiona, considerando sus análisis del jugo estomacal que me extrajo la otra tarde.

—¡Vamos, qué! ¿Qué está usted esperando? —lanza al advertir que no me muevo.

—Saber lo que padezco, doctor. Si usted quisiera dispensarme la bondad...

—¡Caramba, pues léalo ahí, que bien claro lo dice!

Leo: “Carcinoma del estómago”... ¡Carcinoma!... Sin saber a punto fijo lo que sea, el nombre me causa la instintiva repulsión de un bicho monstruoso.

—¿No sabe usted lo que es un carcinoma?

—No, señor.

—¡Bah, los periodistas de canastos! ¡Así en cuanto escriben de medicina barbarizan ustedes de lo lindo!... Tiene usted lo mismo que su padre, sólo que al estómago.

—¿Un cáncer? —pregunto escacharrado—. Y... ¿estoy grave, doctor?... ¿Me moriré?

—Cúidese y alárguese la vida como pueda.

Llego a casa. La criada se alarma de mi lividez. Entro en mi cuarto y me tiro en la cama. He caído pesadamente, de espaldas, como deben caer los cadáveres en la fosa, y miro al techo como deben mirar los cadáveres en su última yerta mirada la eternidad. Y los vivos me dan miedo. Barréname los huesos la sensación de las paletadas de tierra que vendrán a echarme encima.

“El rigor de las desdichas”. Había oído mil veces esta frase, y nunca la concedí la espantosa significación con que ahora por mí propio se me ofrece.

¿Caben más desgracias que las que lueven sobre mí?

El dolor de esta vida que perdida se me anuncia, me inunda de la potente ferocidad de una bestia acorralada y mal herida. ¿Qué hice, Dios, para merecer tanto castigo?, pregunta mi corazón casi blasfemo. Nada tengo ya que ver con la humanidad y los humanitarios sentimientos han huido de mi alma. Me queda la esperanza. Quisiera poder desmoronar el mundo entre las manos. El egoísmo rúgeme en el pecho. Antes que el abandono de mi madre y mis hermanas, el recuerdo de mi padre acósame sombrío.

Asistí durante meses a su agonía de gestos de martirio, de insomnios de crudísimos dolores que impulsábanle a querer arrancarse el cáncer y la lengua..., y me aterra aquel afán con que, para acabar de una vez, para matarse, pedíame que cargara al triple las inyecciones de morfina. El cuadro fue horroroso, y el egoísmo humano, por encima hasta del cariño a un padre, también lo es..., porque, ahora que la perspectiva de su repetición en mí se presenta, es cuando únicamente comprendo bien lo que sufrió.

No estimándome ya como *valor de vida* a mí mismo, mal puedo estimar a los demás.

Los conceptos de todo, se me confunden en un negro de infinito. Sólo tengo inexorablemente delante esta evidencia: que he de morir..., que he de morir pronto, en plena juventud..., que he de morir sin haber vivido..., y la iniquidad de Dios, de la Fatalidad o de la Providencia, hace que ya se confunda a mis ojos en igual estupidez sentimental mis vanas inquietudes por mi madre y mis hermanas y mis tontos odios a mis canallas compañeros. ¡Bah, cosas de esta Tierra miserable en que vivimos todos y después de todo cuatro días!

Estoy a oscuras. Ha pasado una hora, dos, qué sé yo cuántas. Me levanto, y, lo primero, leo el informe y la receta. Leche, régimen de leche, y unas cuantas gotas de... no entiendo la letra. No sé tampoco por qué, deduzco del informe que el doctor piensa que me

queda de vida un par de meses. No sé por qué..., quizás por esta misma parquedad en recetarme. Rompo la receta. Rompo el informe.

VII

Sería idiota que anticipadamente me confinase en este panteón de mi cuarto de mi casa de huéspedes, que además huele a coles, y a la hora de almorzar salgo a la mesa y me harto de vino, y a las tres lánzome a la calle.

En vez de ir a *Las Noches* me voy a Las Ventas. Sentado en un ventilado merendero, y solo, bebo más. Café y coñac ahora, tras de haberme comido con mostaza media pierna de cordero. A ver si reviento así. Estoy algo borracho.

No pienso volver a la redacción, o iré cuando me plazca. Si me dice algo el director le mandaré a hacer gárgaras. ¿Que acaba por despedirme?... Bueno, una última peseta para cápsulas, por si las de mi pistola están antiguas, y en paz.

Condenado a muerte... Esta seguridad de saber uno su destino y su camino, esta convicción de saber uno que puede jugar al desprecio con su vida como con una colilla que se acaba... qué desesperación da, pero qué aplomo también.

Y el caso es que yo era tonto, que son tontos cuantos cuidan de su vida como de un tesoro inacabable, porque antes, y ahora igual, y yo con cáncer, y los demás sin cáncer, pero sí con el tabardillo o la inevitable pulmonía que les haya de asfixiar el tesoro de cuatro días cochinos de este mundo, todos somos condenados a muerte... lo mismo que el capitán Sánchez.

Ignoro si esta filosofía será del vino, tal que nunca pude averiguar si fueron de mi poquedad, de mis engaños ilusos, aquellas otras con que tiempo atrás trataba de disculpar mis cobardías inconcebibles.

A fuerza de no entender, sólo entienden bien el mundo, los tigres y los lobos. Córina, con su conducta, quizás tiene razón... tanta como me faltaba a mí para temerle a la hoja de su espada. ¡Ni que por evitar que un espadachín le pinte la barriga hubiese nadie resuelto el problema de vivir perpetuamente, de evitarse la pulmonía o el tabardillo que al fin le habrán de acogotar entre mocos y diarreas!

Mi estado es más que el de la desesperación, es la de la putrefacción; y comprendo, al fin, según las putrefacciones de cada uno, las diversidades irreductibles de la crítica. Un inmenso manicomio,

el mundo. Ninguno tiene razón, y todos tienen razón. Hoy escribiría yo la filosofía de la carcajada, del anarquismo, de la bomba.

¡Ah!... y en cuanto le encuentre, le voy a decir estúpido a Sendrá. Mas... ¡ahora mismo! ¿Por qué no?

Me levanto.

Hora de los tés elegantes en el Palace. Debe de estar allí. Si está... ¡Bah, qué bien me han sentado la mostaza y el cordero!... No hay como no preocuparse de peligros y ponerse por montera la Creación.

Tranvía otra vez. Polémica con el cobrador, por si es o no una porquería que se moje el dedo de saliva al darme los billetes. En seguida con un guardia, porque sube a la plataforma posterior; y le hago ir a la anterior... ¡Eso es!

Bajo en Cedaceros, y el guardia y el cobrador me miran con respeto receloso.

Llego al Palace-Hotel. Un criado me indica que el señor Sendrá debe encontrarse en el *hall* con la familia. Me interno solo a través de los amplísimos vestíbulos, y en el *hall*, que está verdaderamente suntuoso de lujos y mujeres, veo... al ilustre actor. Toma té en un gran corro de tres mesas con sus niños, con la coqueta de su mujer, con amigos. Dudo un momento si pasarle recado para que suba al cuarto... pero pronto, viendo desde *mi estado de putrefacción* la sandez de preocuparme de consideraciones a las gentes, de llamarle estúpido con mejores o peores palabras mano a mano o delante de todo Cristo, avanzo recto al corro... Y me detengo otro segundo... porque entre los del corro acabo de divisar a Córina, y no contaba con ello, la verdad. Cambia la cuestión. Ya no es tan sencilla.

Pero... ¿cómo que cambia la cuestión? A Córina, a Córina le voy a dar de bofetadas. Es quien realmente y más se las merece. Sigo. Llego.

—Buenas noches.

—¡Señor Córina, buenas noches! —le repito al baratero frente a frente.

Y añadido, sin andarme con embajes:

—El señor *Pardillo*... *Pardillo* ¿sabe usted?... le saluda. ¡Ya tuve la otra tarde el gusto de oír la apología que aquí al señor Sendrá le estaba usted haciendo de mis méritos!

La dureza de puñal de mis palabras cae punzante en la reunión. Córina se da cuenta de ella el primero; me mira despreciador y me dice, como quien arroja un escupitajo:

—¡No sé quién es usted!

¡Bravo!... Inmediatamente me levanto, enarbolo mi garrote, y

avisándole; “Pues, ¡va usted a saberlo!”), lo descargo a toda furia en su cabeza.

Vacila Córina. Ha saltado roto su sombrero, e inúndale la sangre. Se lanza a mí y me da una bofetada. Le contesto, atizándole otro palo. Cae la mesa, gritan las señoras. Suspéndese la música de *tzíganos*, y sobre el escándalo general del *hall* elegantísimo, y sobre los vidrios rotos de copas y botellas, Córina y yo nos hemos agarrado cuerpo a cuerpo. De un puñetazo le he partido al crítico los lentes, hiriéndome la mano; de otro él me saca sangre de las muelas. Caemos en la alfombra. Me tira rabiosamente de los pelos y yo le tengo un mordisco agarrado en una oreja. Su acometividad es mucha, pero la mía la iguala y de abajo paso a encima. Sin pensar, le hemos dado a Sendrá y a otros puntapiés en la espinilla. Le hundo a mi rival en la garganta las uñas de ambas manos..., logra despedirme de un enérgico empellón, y tumbo con gran ruido de vajilla otra mesa... Al incorporar nos, rugientes, para buscarnos otra vez, siento que me afianzan por detrás tres camareros..., y al fin, empujado, arrastrado a través del anchuroso *hall*, que se ha quedado desierto en el centro por la retirada de toda la elegante concurrencia a las columnas, vomitando injurias al Córina cochino y a su casta..., al Córina marrano a quien hubiese querido ahogar, si me lo dejan, aquí mismo..., me encaminan a la puerta... Un señor francés, encargado del hotel, o lo que sea, manda con esa autoridad de opereta que tienen para estas cosas los franceses, que avisen a la policía y me hagan esperar en su despacho.

Me entran. Me tienen entre cinco. Se figuran que soy un ogro..., y desde luego un indocumentado vagabundo. Sin embargo, cálmanse un poco al advertir mi docilidad altanera, y tiro de *carpet* para hacerle ver al gabacho mi calidad de periodista, de redactor de *Las Noches*. Si he tenido este encuentro con Córina, ha sido por resentimientos personales que no debe resolver la policía... Mágica la variación. Para su negocio de hostelero en moda, debe convenirle al francés estar a buenas con la Prensa. Finalmente, ahora, préstase a facilitarme agua para la hemorragia del labio, de las muelas. Tengo hinchado el ojo. Me arreglo el cuello y la corbata. Acompáñame a la calle, después de cerciorarse de que Córina no está en el vestíbulo.

Libre, al fin. He sentido y he hecho sentir al matón mis energías. Marcho satisfecho, ya que nunca había tenido ocasión de conocerme. He estado, al acometerle, bruto y ciego como un toro, violento como una montaña al caerle encima, y rabioso como un alano al acosarle y al morderle. Si me lo dejan le mato, acabo de estrangularle...

Y habría sido mejor. Como... como habría sido mejor que me llevaran a la cárcel,, (¡tarde lo veo!) porque así, tomando otro sesgo la cuestión..., no tendría que exponerme mañana a que él, ventajista de las armas, caballeresco profesional de la camorra, entre tantos caballeros que lo son por dignidad, sea quien me mate a mí de una estocada...

Sólo que... ¡bah! ¡qué me importa!... ¡que me mate!... Resurge mi *estado de putrefacción* librándome de esta nueva fugaz debilidad, y acorde, por desdicha mi cáncer, mi organismo, con mi espiritual desesperanza, comprendo el favor que habrá de hacerme.

Es temprano. Voy a Lión a cenar, y cuando lleguen los amigos tendré a un par de ellos prevenidos para el duelo.

Efectivamente, apenas hay nadie en el Lión.

Pido langosta, criadillas, merluza, bisteck, sin reparar en derechos y Eustiquio el camarero, acostumbrado a mi rigor de economista se cree que me he vuelto loco. Los milagroso es que el estómago apenas me molesta.

Como. Bebo. Mi cáncer, una vez sabido que yo sé bien que lo tengo en el interior de la barriga, no ha tornado a importunarme. En esto se parece a los señores jueces que cambian en pura cortesía toda su bestialidad para el reo, en cuanto le notifican que va camino de la horca.

¡Milagroso, sí, milagroso! Y maravilloso aún, el reposo macabro y casi grandioso de quietud con que se ve esta situación, ya dentro de ella, cuando vista desde fuera, en el reo en capilla, por ejemplo, nos parece un tormento de crueldades inauditas, sobrehumanas.

Como y bebo, con ganas, explicándome ahora por mí mismo eso que tanto antes me pasmaba del *banquete de los que van a ajusticiar*.

Y más todavía. Seguro de mi tronchada vida, estaba por decir que la siento muchísimo menos desdichada que antes, cuando tenía que defenderla de la muerte en susto perpetuo.

¡Vayásele con lógicas al absurdo de la muerte y de la vida!... Ahora me importa todo tres pepinos.

Las nueve y media. Va llenándose el café. Han entrado juntos Vidal, el pintor mamarrachista, el tipo este del *parcheo* por los tranvías, Calderón de la Barca y Rojo.

Se admiran no verme en tanto tiempo. Como son decididamente unos gallinas, aunque imprudentes así que lo hacen a coro a Jiménez, a *Dick*, etc., etc., a solas conmigo abstiéndose de querer mortificarme.

—¿Has estado malo? ¿Te has caído? Tienes hinchado un ojo.

Absténgome también de contarles nada. No me podrían servir como padrinos. Los desprecio. Comprendo ya el desdén por los cobardes.

Llegan *Dick*, el cínico, y Fernández, el amadado e ingenioso.

—¡Hola, querido *Pardillo*! —salúdame Fernández.

Contesto:

—¡Hola, querido mamarracho!

Sorpréndese. Se enfada, a su manera. Se han sorprendido asimismo lo demás, pues no contaban con esta “insolencia de *Pardillo*”, y *Dick*, hombre superior, respóndeme paternalmente. Le oigo impávido.

—En lo sucesivo, todo el que me llame *Pardillo* tendrá la adecuadísima respuesta —me limito a confirmar.

Observan en la mesa los restos del festín, y me creen borracho. ¡Bueno!

Entran Álvaro Rozas, Cayetano Sanz, Jiménez y el ex capitán el estado mayor de la tertulia. Siéntanse. No se han dignado mirarme. Apenas el excapitán una sonrisa, en único recuerdo a la traición de Celeste.

—Señores —digo antes que empiecen otra conversación —¿Quiénes de vosotros quieren representarme para un duelo?... Me batiré mañana probablemente.

Causan estupefacción bufa mis palabras. Sanz, el bravo, considérame como si le oyera decir a Santa Rita que iba a batirse. *Dick*, sin atreverse a llamarme *Pardillo*, dedícame unas pullas. Pufan todos de risa, y Eduardo Jiménez, en fin, se decide, se decide a nombrarme como *Dick* no se atrevió:

—¡Hombre, caramba, *Pardillo*, caracoles!... *Pardillo*, hombre, *Pardillo*, ¿qué nos cuentas?... ¿Conque te bates? ¿Con quién? ¿Con tu patrona?... ¿a almohadillazos?...

Recostado atrás, en el diván, no me inmuta; pero, con toda tranquilidad, lanzo a la faz de Jiménez un salvazo, y le digo:

—Jiménez, eres un imbécil.

La cosa no tiene equívoco que valga: Jiménez se levanta, limpiándose la cara con la manga izquierda, y empuña con la diestra mano una botella. Me anticipo, porque claro es que no estaba prevenido en mi actitud, y le sacudo en plena mollera un garrotazo. Jiménez cae; la botella cae... Han retrocedido todos por encanto. Temo sin temor haber matado a Jiménez. Unos le socorren; otros, y entre ellos Sanz el bravucón, enséñanme los puños, lo cual afronto tirándole una copa, y en seguida un estacazo... Me quedo solo. Cie-

go, verdaderamente loco, ahora, el molinete de mi palo alcanza a Rojo y al gusarapo de Vidal, a dos camareros, a un espejo que cae hecho añicos... Y sucede lo de siempre, lo que debe suceder, que diez minutos después han logrado sujetarme, que encuéntrome en la calle de Alcalá acosado por los guardias, que me llevan a la Delegación, periodista y todo, porque otros guardias transportan a Jiménez a la Casa de Socorro, sin sentido, como muerto..., y que a las doce de la noche, visto que lo de Jiménez no es más que una conoción y un brecha pequeña, el delegado, considerándome al fin como periodista (si bien sujeto a las responsabilidades judiciales de cabezas y narices y trastos en el café), me pone en libertad.

VIII

Vuela el auto, el *otó*, que “decimos los franceses”.

Si no buen humor, tengo al menos gratitud por estas cosas que distraen con aspectos de barbarie, la lúgubre verdad de la poca vida que me queda.

Detrás de la careta que me han prestado para el polvo, voy pensando que la mayor parte de las sentencias populares son una consagrada tontería; pero que algunas, en su propia vulgaridad, condensan un hondo conocimiento del grado de brutalidades e idioteces que es el hombre. Ejemplo: *Perdido por uno, perdido por mil*.

En cuestión de treinta horas he insultado a una porción de camareros, he reñido con cobradores del tranvía y con guardias, le he partido la cabeza a Córina, a Jiménez, a Cayetano Sanz, a Villaurrutia..., he roto mesas y vajillas en el Palace-Hotel, espejos en el Lión y el Nacional..., y tengo, naturalmente, otros tres duelos en perspectiva y cien cosas cuyo abono, supongo, me reclamarán en el Juzgado.

No podrán subvenir a todo ello, naturalmente también, mis insolvencias de dinero y de destreza en la esgrima, y considerándome perdido, bien perdido; lo mismo me daría entrar como una sufragista en el Museo y romper las *Meninas* de Velázquez, que me ha dado ya seguir injuriando al sereno de mi calle o al archipámpano de Italia. Desde la Delegación fui anoche a mi casa, hallé la carta de dos representantes de Córina, salí otra vez disparado en busca de los míos, encontré en el Nacional a Villaurrutia que, igual que los demás, pretendió burlarse de “ver a *Pardillo* en tales trances”..., le di una manta de trastazos, a cambio de tal cual coscorrón, durante la cual su revolver fue a parar a la puerta del retrete..., y como

los guardias no acudieron pude buscar mis dos padrinos en más altas regiones, en la propia redacción de *Las Noches*, en mi director, en fin, y en este vizconde de Braú con quien estaba departiendo.

Aquí van, conmigo, en el automóvil del vizconde.

Repito que no voy de buen humor precisamente; mas sí, de una parte, agradecido a estas bestialidades pintorescas, que no sólo abreviarán mi situación cruel de hombre puesto en capilla por el cáncer, si ahora Córina me mata, sino que además han entretenido con emociones fuertes mi desolación de *sentenciado irremisible*, y de otra parte orgulloso porque habré de partir siquiera de este mundo asistido por dos hombres respetables, por dos perfectos caballeros.

¡Qué diferencia de éstos a las cucarachas del café!... Mi director, que cuando le requerí anoche ya tenía noticias del terrible escándalo del Palace, puede decirse que al notar mis arrogancias tranquilas acabó de levantarme aquel bondadoso desdén que mi antiguo pacifismo a *outrance* le inspiraba. Él me presentó al vizconde: fueronse a arreglar el duelo; volvieron, pasamos los tres a la sala de armas del periódico, y les sorprendí, en verdad, con mi no total desconocimiento del sable. A sable con punta, filo, contrafilo, y a todo juego, es el desafío. Sin embargo, ante la fama de tirador a sable sobre todo, de Córina, que fue quien como ofendido lo eligió, mis dos ilustres amigos, no ocultando sus temores para mí, hicieronme principalmente ejercitarme en el consabido sistema de defensa de los torpes, que consiste en romper y presentar la punta... ¡Bah, me he guardado de decir a nadie que mis arrestos proceden de *mi estado de putrefacción*, de la enfermedad que me amenaza con una larga, inexorable y espantosísima agonía, y mis bravos acompañantes no pueden sospechar el merecido favor que me va a hacer Córina al arrancarme la existencia!... Por eso, ahora, es inútil, que un último recelo de mi director expie en mis actitudes, en mis palabras, ni el menor signo de flaqueza.

¡Oh, sí, qué diferencia de éstos a la genticilla más o menos brillante del café! La lástima es que siendo unos perfectos caballeros, prudentes por educación, valientes por naturaleza y por dignidad, en la Peña, en el Casino, en mi redacción, como otros idénticos en otras redacciones, por un exceso de caballeresco quijotismo transijan y les den también alternativas de *caballería* a no importa cuales mamarrachos o granujas que buscan en los duelos el fácil medio de medrar. Mi director se ha batido (haciéndole, claro es, el cartel que hoy tiene en el periódico) con un golfo que le escribió insultándole porque no le publicó un disparatado cuento *Las Noches* en vez de enviarle a la cárcel o soplarle dos patadas.



Y en grande escala, por los resultados, y con la agravante de ser un expresidiario, un positivo rufián, no otro el caso de Córina. Negado animal desde el punto de vista literario, poeta para echar a correr en cuanto poetiza, ha subido a la cumbre, sin embargo, a fuerza de mandobles. Tratándole, se honra todo el mundo, duques inclusivos. Que yo recuerde, se ha batido con un general y un exministro, con el barón de Puente Fuero, quedando a toma y daca de arañazos más o menos graves a cómicos, a autores, a empresarios, a... ¡Rabia me da que un bandido así vaya a ser quien al otro mundo me despache! Pero, en fin, da igual... Llegamos.

El sol despunta. Estamos en la célebre quinta de Pepe Sabater. Desde una próxima colina he distinguido por lo alto de la tapia otros cuatro automóviles y el grupo que forman Córina, sus padrinos, los médicos y unos cuantos amigos que vienen de *turistas*. Por lo alto de las tapias de la cárcel, en mi pueblo, vi también una mañana, cuando el crimen, el grupo negro que formaban unos curas y el verdugo esperando al criminal. Bien, eso va a ser (y no está mal para eso) Córina –mi verdugo– el ejecutor del fallo de muerte lanzado sobre mí por no sé cuál injusticia inapelable del Destino. Me he acordado de mi madre y mis hermanas. Confieso que un punzante y fugaz escalofrío me ha recorrido la carne... Como plegarias a las tres santas mujeres que van a quedar en abandono, ha dicho mi alma: “¡Perdonadme, ya veis que no vale nada ni os podría valer de nada la vida que sacrifico!”...

Me mira. Córina es bizco, y esto, entre sus cejas negras, aumenta lo siniestro de su mirada de matón. Pero... puede esta vez echar sus sugerencias de terror por otro lado. Le he mirado yo también, sonriente, con desprecio. ¡Sí, hombre, sí; veremos si antes que me llegues a mandar con el demonio consigo saltarte un ojo, ¡siquiera!

Tomamos los sables, nos acercamos, y el juez de campo nos previene del acta de combate. Córina escucha fanfarronamente entretenido en comprobar el buen filo de su hoja doblada contra el suelo. No me parece la cosa muy caballeresca, la verdad. Ni casi me parece ya el lúgubre verdugo, sino un ridículo torero a quien no le falta más que darle un poco de saliva a la punta del estoque.

¡Adelante, señores!

Caemos en guardia. Al saludar me mira Córina de un modo que estoy a punto de decirle: “¡Mamarracho!” Me reprimo. Batimos los aceros. Córina está pálido. No es este el célebre matón de las tan comentadas serenidades absolutas. Se desconcierta, quizás visto en

fracaso su sistema de los ojos trucos para aterrar al adversario. Seguimos batiendo los aceros, batiendo los aceros..., yo por no perder mi calma de defensa, él por estudiarme. Debe suponer que yo no ando peor de esgrima que de puños, cuando me he atrevido a provocarle. Por lo pronto ya ve que sé siquiera un poco... para inquietarle, para no dejarle confiarse enteramente, aunque él sea un maestro consumado.

Mas... ¡oh, no! ¡Tampoco es un maestro!... Acaba de tirarme una estocada, rompo, paro mal, me desnivelo y por más de un buen segundo he quedado descubierto. Si fuese un profesor, habría podido matarme.

La cosa no va mal. Tira este hombre desde luego más que yo, bastante más que yo... pero no es el león de la leyenda. Empieza a conocerme y me acosa. Sus ojos, su boca, van cobrando sonrisa de asesino. No pierdo la calma, y me atengo a la sistemática defensa de romper y contenerlo sable en punta.

—¡Alto, señores! —dícenos el juez.

Bien. Primer asalto.

En el segundo, Córina, pálido, muy pálido, porque resueltamente, si me domina en técnica, en calma le domino, me ataca más. Decídese a los golpes de velocidad, y una vez me alcanza el antebrazo. Sangre. Intervención del juez. Los médicos me reconocen. Dudan, están a punto de declarar que no puedo seguir el combate y yo digo que sí. El sable me ha entrado un par de centímetros debajo de la piel. Podría jurar que contraría a Córina mi decisión. Juro ya desde luego que es un cobarde. Profesional del duelo por explotación, le habría gustado que proclamasen este su pequeño triunfo los periódicos.

—Bien —me dice— usted se empeña.

Vuelvo a no encontrar nada correcto esto de hablarme y querer intimidarme, y ahora sí, se lo plantifico: “¡Mamarracho!”; al tiempo que le tiro a la cara una estocada.

—¡Señores, silencio! —repréndenos el juez.

Y como se dirige a mí, mi director y el vizconde del Brau hacen notar rápidamente que es de Córina la culpa. Pero le tocó mi sable, sangra la mejilla de Córina, y tienen los doctores que comprobar que ha sido solamente un rasguño.

Tornamos a la guardia. Ya no habla mi rival. Ataca y concentra toda su atención en el ataque. Yo rompo, rompo siempre; mas como el terreno no se devuelve, y hay un límite que quien lo recorre por tercera vez queda descalificado, al verme en él la segunda, quiero recobrarlo descompuesto y soy herido en un hombro. Nada, en el

izquierdo; mucha sangre, y un pequeño tajo, en suma, que no me cala el tejido celular. Córina, no obstante, se acerca satisfecho y bravucón a sus amigos, como quien ya ha visto el fin de la cuestión. Los médicos sostienen que no puedo proseguir; yo sostengo lo contrario; gritan, quieren imponérseme, y grito; ayúdales el juez, y arrecio mis protestas; entonces intentan dominarme mis padrinos; pero estoy de rabia que me ahoga, salto, escapo... me sujetan; cedo un instante, porque comprendo que estoy faltando por manera grave a todas las reglas del honor; pero la ira me hace que me importe del honor y de todo de este mundo un pito, siento como nunca mi desesperación, mi putrefacción, escuéceme la herida, pareceme que es Córina nada más quien tiene la culpa de mi cáncer... y vuelvo a desprenderme en un envite, le lanzo un rotundísimo “¡cobarde!” a mi rival, que a algunos metros me contempla, y voy a él ciego, loco, verdaderamente loco, con el sable en alto como un palo...

Por fortuna, el juez de campo, mi director y el vizconde, que son tres bravos de verdad, contiénneme en el viaje, por fortuna, asimismo, una última pizca de respeto me refrena en el iniciado impulso de liarme a sablazos con los tres...

Hay una tregua en que se me habla de descalificaciones, de castigos, ya sin intervención de los doctores, que se han puesto a buen recaudo de mi furia... y con un poco de tranquilidad forzada yo replico en argumento poderoso: “Tengo un agravio y lo quiero vengar hasta lo último; si no me faltan fuerzas para debatirme en esta lucha con ustedes tres, menos me faltarán para seguir frente al que odio, digan lo que quieran los doctores”...

Mi lógica hace mella. El propio Córina, que comprende que no lleva en este caso el papel que corresponde a su valor, que corresponde a su crédito, pone fin a la contienda.

—Sí, señores —dice, aunque temblando, visiblemente acobardado en sus aires de matón—; pues que se empeña, les ruego que nos dejen proseguir.

Se miran unos a otros, y ceden. El nuevo asalto es tan breve como horrible. Córina, con su valor, con su cartel de nombre tremendo, con su historia incluso de asesino, ya no es más que un guiñapo. Tiembla, tiembla, tiene hundidos los ojos trucos en la pálida profundidad de las ojeras, no sabe ni lo que hace con el sable para detener el remolino de palos que reparto con el mío y entre su retroceder de pánico constante (él ahora) y los clamorosos avisos del juez de campo a fin de que yo me ciña a las leyes tácticas..., alcanzo a Córina, alcanzo a Córina, le atravieso y cae patas arriba...

¡He gozado el satánico placer de sentir mi sable hundirse en la carne del canalla, como en la carne de una fruta gigantesca, de una calabaza, de un melón!

Hay un herido grave, un muerto acaso, y por encima de la urgencia que reclaman mis incorrecciones, impónese a todos la de soportarlo.

Me alejo un poco, lentamente; me visto, colocándome un pañuelo en el hombro para no mancharme con la sangre, y veo que aludonan los médicos al yacente, y que entre seis o siete y a toda prisa lo llevan después a un automóvil.

El automóvil sale de la quinta, vuela hacia Madrid. Los padrinos retíranse a un rincón con el juez de campo y deliberan. Firman, luego.

Al fin se acercan otros dos automóviles, se me acercan mis amigos y subimos al nuestro..., es decir, al del vizconde.

—¡Bravo! —me dice éste estrechándome la mano, ya en marcha—. ¡Ha estado usted un poco insensato, de pura valentía!... Hemos convenido, no obstante, en que por lo de su herida tenía usted toda la razón contra los médicos, los cuales suelen pecar en estos trances de excesiva, aunque plausible humanidad, y en que por lo de su violenta acometividad de última hora no hay que reprocharle tampoco lo más mínimo, puesto que el lance estaba concertado *a todo juego*. *A todo juego* significa que los rivales se acometan cada cual como le plazca, con tal de que lo hagan con su arma y frente a frente.

Mi director agrega:

—Bien frente a frente ha herido usted, querido Pardo, a ese botarate de Córina, que las lía el pobre, de seguro, antes de llegar a Madrid. ¡La pérdida, después de todo, no es muy de lamentar, qué diablo!

No me creerían si les afirmase que, aun importándome poco de Córina y su muerte, me hubiera sido igual, absolutamente igual, y acaso preferible, ser yo el que hubiese tenido que partir con los pies hacia delante.

IX

Entre unos y otros llegué ayer a casa a las once, me puse tafetana en el brazo y en el hombro, almorcé, me acosté, quiso la patrona despertarme para cenar y no pudo; y, en resumen, he dormido veinte horas de un tirón. Sería feliz con los olvidos del sueño si un leve escozor de estómago no me hubiese recordado... mi cáncer y la

serie de salvajadas que vengo haciendo en “estos días”. Llamo, y pregunto lo primero: “¿Tengo cartas?” “No señor”, me responde la criada que me mira extrañamente. Deben ser los tafetanes. Para el tafetán no voy a tener con el sueldo del periódico. De Jiménez, de Cayetano Sanz, de Villaurrutia eran las cartas que aguardaba para los otros duelos. Me choca no tenerlas.

Salgo al comedor. Están almorzando el viajante, el estudiante de minas, y los dos empleados del *Crédit Lyonnais*. Me admiro de la expectación enorme que produzco.

Me dan la enhorabuena. ¿Por qué?... ¡Ah! es que los periódicos, los de anoche y los de esta mañana, todos traen larguísimo relato del gran escándalo del Palace y de mi lance. Me los muestran. Planas enteras. Algunos dicen que Córina se encuentra agonizante, otros, que a la hora en que escriben debe de haber fallecido.

Mis compañeros de mesa abrímanme con una adoración de inopinado héroe, tanto mayor cuanto que es más grande la sincera displicencia con que advierto que todo el mundo de Madrid parece intrigado con *mis heroísmos*. He salido, me he metido a tomar café en un café cualquiera de la Puerta del Sol, por no ver en el Lión a mis colegas, y en los veladores de mi derecha y de mi izquierda oigo comentar el desafío.

Nadie me conoce personalmente, y mi presencia no perturba, por lo tanto, elogios para mí, los juicios favorables. Los comentaristas manifiestan singularmente su alegría por la muerte de Córina. ¡Pobre botarate! Era universalmente aborrecido!... En fin, que soy, que estaba siendo desde ayer el “hombre de moda” sin saberlo.

Marcho a mi redacción. Caúsanme nueva sorpresa el respetuosísimo saludo del portero. Mi director no está. Juan el Ordenanza, a vuelta de parabienes, me indica seis o siete cartas sobre la mesa de despacho. ¡Las que esperaba!... Las abro, y veo que sólo Cayetano Sanz me manda los padrinos; las demás son de los dueños respectivos del *Nacional*, del *Lión d’Or* y del *Palace Hotel*, saludándome cortésmente y advirtiéndome que nada tendré que pagar por perfectos: son otro par de ellas, de desconocidos que me felicitan por la muerte de Córina: “Usted ha venido a ser como el exterminador valeroso de una hiena que andaba suelta por Madrid”, me dice un Luis García...

Mi director, desde la calle, pasa directamente a saludarme. Contento del éxito de prensa que estoy teniendo, me aconseja que “debo aprovecharlo”. Él, anoche, se limitó a recoger en *Las Noches* lo que ya dijeron los diarios de la tarde; no pudo publicar mi retrato por no tenerlo. Hoy lo publicará. Me asciende, por lo pronto a crí-

tico de teatros, con cien duros, en el cargo de Eduardo Jiménez..., que le visitó en su casa esta mañana y ha salido del periódico porque no aceptaba el director su imposición de que yo saliese. “O él o yo”, me dijo. “Pues, bien, ¡usted, querido Pardo!”

Llama inmediatamente al fotógrafo. No sé cómo agradecer tanta bondad. Hechos los retratos le cuento mi nuevo lance en perspectiva y contra mi deseo de no molestarle con otro padrinazgo, él se me ofrece. Parte sin pérdida de tiempo, para recoger otro amigo de La Peña y entrevistarse con los de Sanz.

Desde las cuatro empiezo a recibir inesperadísimas visitas. Primero, fotógrafos, una nube de fotógrafos de los diarios y semanarios ilustrados; después, ¡oh! la de Sendrá. El famoso actor viene a presentarme rendido sus disculpas; saludame también en nombre de su mujer, invítame a cenar con ellos en el Palacio y me pide mi comedia. No la tengo aquí, se empeña en llevársela ahora mismo y en su espléndido automóvil vamos a mi casa.

Cuando sale, despidiéndose “hasta luego”, Rufina, mi criadita, me entra un parte: es de mi familia. Los periódicos de ayer han llevado a Gibraleón noticias de mi hazaña. Asustadísimas mi madre y mis hermanas, redacto otro telegrama y se lo entrego a la sirvienta. Pero ésta, con mi papel y mi peseta en la mano, no se mueve... sonrío.

—¿Qué es eso, Rufina, qué esperas?

—Yo, nada, señorito.

Es guapa. Sigue sonriendo. Advierto el abandono de esta parte de la casa, y asáltame el recuerdo del desdén de esta Rufina para mí, para mis insinuaciones tenaces en los días pasados... a pesar de que ella “departe” con el viajante y con los empleados del *Crédit*. Comprendo. Es *mi gloria* que la rinde. Me acerco, la beso, ella protesta apenas... y...

¡Siempre el amor ha sido lauro del triunfo!

Al fin, despelujada, va a poner el parte.

Paso el resto de la tarde, escribiéndole a mi madre, dándole la noticia de mis cien duros del ascenso, y de la comedia de Sendrá, para alegrarla, la pobre (aunque yo devore lágrimas con el horrible secreto de mi cáncer, que vuélveme ironía tanta victoria) y en una rara mezcla de mi disgusto y de mi satisfacción animal sobre Rufina, vuelvo a la redacción.

El director me aguarda con la resolución de sus gestiones. Sorpresa: todo inesperado: creyérase que se ha invertido la lógica del mundo: me entrega un acta, fieles a las indicaciones de Sanz, “que ya tiene bien puesto su cartel de bravo y no necesita

acreditarlo” sus amigos no han tenido inconveniente en afirmar que “al intervenir en la contienda enseñándome los puños, fue por poner paz, y sin el menor intento de agredirme o agraviar-me”; entonces y en vista de ello, los míos no han tenido dificultad en “dar por *retirados* mis estacazos, mis puntapiés”. Perfectamente. Puente de plata al que huye.

La cosa, además, se explica; la altiva carta de desafío, si bien recibida ayer (correo interior, no muy propio de estos lances), está escrita en la madrugada de mi duelo con Córina, es decir, antes que el pobre botarate Córina hubiese sembrado el terror a mi favor con su muerte. El teléfono nos dice ahora que está casi en la última agonía, que a la desesperada van a intentar extraerle de junto a la columna vertebral la punta rota de mi sable.

Hora de la cita. Salgo; encamínome al Palace-Hotel. Noto que algunos, bastantes, me miran como si ya me conocieran. En efecto, los periódicos andan ya con mis retratos por la calle. Además, los tafetanes, que claro es que al fotografiarme no me he podido quitar, hacen que se me reconozca fácilmente. La verdad es que, con todo esto, me olvido de mi cáncer muchos ratos, porque se me ha metido la bravura en las entrañas.

No hay en los vastos comedores del hotel una familia, una persona, que no tenga delante mi retrato o no esté leyendo elogios míos y la agonía de mi rival. Radiante mi entrada con Sendrá y con su mujer. A nuestra mesa confluyen todas las miradas. Algunas bellas damas que debieron contemplarme la otra tarde como a un golfo, como a un loco, restitúyenme y dedícanme, en verdad, una dulce y descarada atención provocadora. Yo adopto una gentil indiferencia de hombre superior, miro sólo de tiempo en tiempo a las más guapas, y en el pulido nikel del calentador del burdeos confirmo que a pesar de los tafetanes y del ojo amoratado no están mal mis bucles rubios, mi smoking, mi lacito negro y mi blanquísima pechera. Un alto empleado del hotel llega a reiterarme el honor de sus saludos. Sendrá ha leído mi comedia, en tres horas (¡tanto le interesaba!); declarándola prodigio, me habla del vestuario y del decorado a todo lujo con que la presentará en octubre él y su mujer. Pero... sientto el pie de ésta debajo de la mesa, el pie de Rosa Mori, de la rubia más que linda todavía, y recuerdo la lejana historia aquella de su “caída”. Dejo mi pie en disimulado contacto con el suyo, y al poco ¡bah!... ya no lo puedo dudar, como Rufina, como la criadita de mi casa..., ofréceseme resuelta, y más en este ambiente de sollicitación que me rodea y en el que ella quiere ser la preferida. A los postres los pies de los dos establecen de corazón a corazón un telégrafo ex-

presivo. Al despedirnos, invítame Rosa Mori a tomar el té con ellos por las tardes...

Parto. Me he acordado del consejo de mi director, sobre que sepa aprovecharme de esta actualidad ruidosa, y acordándome a la vez de que ya soy *crítico teatral* y de que tengo escritas lo menos siete piececillas, me dirijo a Apolo, e iré después al Gran Teatro, a la Zarzuela... Es amargo mi pensamiento en el fondo, con la triste rabia de no poder matar de otro sablazo, igual que a Córina, a la Fatalidad que me mata con un cáncer...; pero debo hacer por estrenar mis obras, debo invertir la vida que me quede en bien de mi familia.

Hasta la una, he recorrido los tres teatros. Ha sido mágico el anuncio de mi nueva calidad de crítico de *Las Noches*, sobre el prestigio que ya gozaba por el duelo. Como siempre, en los saloncillos y en los cuartos de los cómicos me he encontrado a colegas míos, a *Dick* y al ex capitán, de los de mi tertulia; esto es, a los *demonios*...; pero esta vez, felicitándome, abrazándome, llamándome “querido Pardo” (se acabó *Pardillo*, para siempre)..., me han mirado miedosos y sumisos, igual que al *domador*, y el domador de los demonios, sabe, ha sabido su papel ¡qué canastos!... Nada de ofrecer; dejar que recordasen que tengo escritas cosas; permitir que me presente al célebre compositor Pepe Torres, cuyo nombre llena a España, admitir su colaboración..., y consentir que desde enseguida que la música esté hecha empiecen en Apolo los ensayos... Y aunque maldita la falta que me hace, por gala de desprecio, por jactancia de altivez, retírome a un cafetín e inauguro para mañana mis crónicas teatrales dándoles casi *un palo* a “las más deficientes compañías” del Gran Teatro, de la Zarzuela, de Apolo.

Visto el terreno. Excuso decir si no habré estrenado mis siete obritas en un mes.

Pasan tres días. Mis altas ocupaciones no me consienten ahora dar las antiguas latas de cuatro o seis horas de asiento por dos reales en el León ni en café ninguno. Si acaso, en mi nuevo rango de *celebridad a la moda*, que siguen acentuando con retratos y con bombos los semanarios, voy un momento a los cafés tras el almuerzo, según suelen hacer otras eximias personalidades periodísticas, y entre ellas mi director, de paso para el Congreso, y a cuya tertulia asisto con todos los honores. La caja de *Las Noches* me ha facilitado dinero en anticipo, y lo primero que he hecho ha sido mudarme a un cuartito alhajado con buenos muebles de alquiler. En él recibo dignamente a Pepe Torres, que viene a concertar los números de música conmigo, a cómicos y a empresarios que viene a pedirle a mis ri-

gones caridad... Así paso las mañanas, las tardes al periódico, y luego al té del Palace..., subiendo antes al cuarto de Sendrá, y habiendo tenido ayer la fortuna de encontrar a Rosa sola. Dada la buena amistad en dos tardes de “efusiva charla” ni que decir tiene la sencillez con que llegaríamos a las concretas expresiones de un acuerdo...; por mi parte, hubiera sido allí mismo; pero ella sabía no lejos al ilustre “confiado” del marido, y quedamos en que vendría a mi casa, a las tres.

Por eso espérola en pijama, sobre el damasco coral de este diván, y por eso hay madreselvas y jazmines en la mesa.

Las tres. Llega. Anúnciamela el joven criado, que ha vestido de uniforme, y ¡oh!... juro que en mi borrachera de grandezas no hace excesivo efecto su hermosura. La acojo, la trato, vestida y guapa como viene tal que una princesa, como si ya estuviese habituado a las princesas. ¡Es, no obstante, la primera vez que una mujer así me da la gloria de sus brazos!

.....
A las seis en punto se viste con la rapidez de las actrices; me da un último beso de pasión, por hoy, y se marcha. Hemos de vernos en el té del Palace, de aquí a pocos minutos.

Sin embargo, yo me quedo dulcemente fatigado reposando la delicia de mi amorosa batalla princepessa, el gusto a fresa de su pecho y de sus labios. Casi me duermo de dulzor en la ventura..., y mi verde galoneado *groom* despiértame con el anuncio de otra dama..., de otra dama que se cree autorizada en confianza hasta el extremo de colarse por la puerta tras de él.

¡Celeste! ¡Es... Celeste!

Gran trágica fuera del teatro, donde no fue por lo visto ni cómica aceptable, considérame un segundo desde el centro de la alcoba, llora, y lánzame en los brazos. Pídemme perdón. Hágola sentarse. Me dice que me adora; que por mí riñó anteayer con Jiménez, a consecuencia de lo cual él la hizo despedir del cine a que la había recomendado (tan subalterno debía ser, que yo ni lo sabía) e intenta volver a besarme y obtener la plenitud de mi piedad. ¡No! ¡no! La contengo con el gesto de desdén y de dominio que me da mi situación, si no bastase el divino hartazgo en que me tiene su cuñada. Tarde llega. ¡Si supiese quién acaba de salir!... Surge la comparación inevitable, y la encuentro vieja, vieja, cursi con su *apueblamiento* de Gibraltón..., absolutamente inaceptable.

Mis palabras, no, precisamente; pero se lo dicen harto claro mis gestos, mi fatiga, y como es orgullosa... se va. Y ahora sí que para siempre. Que la guíe la Magdalena. Me explico que el conde de Ve-

nasí, aceptándola, por recuerdos del pasado, cuatro días, la haya tenido que dar pronto un puntapié...

¡Y pensar que todo este bien del mundo se me brinda por haber matado a un hombre! ¡Qué ironía!

¡Y qué ironía, mayor aún que la de ese muerto que aún no ha muerto, que con su agonía larga y cruel ofréceme la vida en triunfo de tal modo, la de pensar que este triunfo esplendoroso y florido de la Vida me llega nada más como sarcástico heraldo de la muerte!

Pero... ¡bah, quién sabe si en vez de meses viviré años!

El cáncer me molesta mucho menos. Igual mi padre tuvo largas temporadas de alivios aparentes.

–Felipe Trigo, *El domador de demonios*, (La Novela Corta, n.º 129, 22 Junio 1918) y Ed. José M.º Fernández (Badajoz, Diputación, 1986).



Emilio Carrere

Emilio Carrere (Madrid 1881 - Madrid 1947) es probablemente de todos los autores citados quien mejor refleja su amor por Madrid en la literatura y en la vida. Estudió en la Escuela Politécnica y se licenció en Filosofía y Letras, trabajando un tiempo como funcionario del tribunal de cuentas, pero estos datos no pasan de constituir meras anécdotas en su biografía. En realidad Emilio Carrere representa la bohemia, y además la bohemia madrileña. Con todo lo que implica en el fin de siglo de fascinación por lo lúgubre, lo escabroso y marginal. El propio autor con su chambergo, su pipa y su ademán altivo contribuyó a una leyenda en la que también entraban Alejandro Sawa, Antonio de Hoyos y Vinent, Pedro de Répide, Luis Antón del Olmet y tantos otros que apuraron los goces, más bien amargos, de un particular estilo de vida. Carrere se diferencia de ellos porque dentro de una temática y lenguaje común, se decanta por la elección de Madrid como epicentro de todas sus composiciones, tanto en poesía como en prosa. Su lírica muestra la influencia de Verlaine y los simbolistas franceses, uniéndola con un casticismo expresivo que recrea las fiestas y leyendas de Madrid. Títulos como “Oración a la bohemia”, “Mimí”, “La musa del arroyo” se hacen compatibles con “Nocturno de la Puerta del Sol”, “Del viejo Madrid galante”, “Fiesta de verbena”... Su prosa está casi siempre vinculada a las narraciones breves que constituían las colecciones de novelas cortas a las que el escritor, por exigencias crematísticas y también por el gusto de la época, se dedicaba con denuedo. Desde 1939 mantuvo en el diario Madrid una popular sección titulada “Aquí, Madrid”. Fue nombrado cronista oficial de la villa y corte que tanto había inspirado su literatura y que le condujo al éxito, incluso



después de su muerte, como sucedió con la adaptación al cine por Edgar Neville de su novela *La torre de los siete jorobados*.

El misterio de la casa de los gatos fue publicado el 17 de Julio de 1920 en el número 238 de *La Novela Corta*, una de las mejores colecciones de relatos breves que contó con la firma de los principales escritores de principios de siglo. Se trata pues de una historia de escasas páginas, lo que facilitaba su rápida lectura por parte del público. En ella Carrere vuelca todas las características inherentes a su literatura. Por lo pronto, subtitula el relato “tradición madrileña” lo que ya enmarca la acción en la capital de España y en algunas de sus calles más castizas según la tradición romántica. Como se puede observar el autor funde las tradiciones y leyendas propias de Zorrilla y aun de Bécquer con otros elementos ligados a los tópicos del ámbito bohemio. Las muertes tenebrosas, la violencia, el auge de lo satánico... se unen a una religiosidad milagrera más propia de comienzos del siglo XIX, en cuya recreación Emilio Carrere se encontraba a sus anchas. Ciertamente a veces ambas líneas temáticas no encajan a la perfección, lo que se traduce en los titubeos y lagunas del argumento pero es obvio que la novelita resulta grata y hoy, entrañable. A esto influye no poco el estilo empleado, plagado en ocasiones de incorrecciones lingüísticas pero que vuelve a ofrecer una vistosa mezcla de prosa realista, de lenguaje popular, con expresiones y una gama adjetival extraída del más turbulento melodrama.



El misterio de la casa de los gatos

(TRADICIÓN MADRILEÑA)

El misterio de la casa cerrada

Plúgole a don Alfonso de Echenique, caballero guardia de la real persona, acomodarse en un hostel de la tortuosa calleja del Rollo, junto a la del Sacramento, llena de palacios próceres y de casas infanzonas.

Desde su balconcillo veía una casuca de un sólo piso, que contrastaba por la humildad de su aspecto con los viejos caserones hidalgos y solemnes en cuyo interior perduran los trofeos señoriales de sus nobles habitantes.

Picóse de curiosidad el caballero porque ni de día ni de noche se abrían las puertas ni los postigos y cierto jirón de conseja que le llegó por boca de las comadres parlanchinas, con gran aparato de voces ultrahumanas, músicas infernales y estribillo de cadena, decidióse a inquirir de su vieja asistenta –una dueña sabedora y tercera en amorosas lacerías– lo que ella buenamente supiera del misterio de la casa cerrada.

“¡Válame el Señor y su dulcísima Madre!”, exclamó signándose la dueña. “Oídme, señor don Alfonso, lo que en el arrabal se cuenta de esa mansión, por mal nombre *La casa de los gatos*.”

“Y bien veréis que ello todo parece arte de hechicería.”



Sonrió incrédulo el de Echenique; atusóse el gallardo mostacho a la borgoñona y se dispuso a escuchar la conseja con la diestra apoyada en la dorada cruz de su espadín.

Trabó la dueña su cuento. Bien oiréis lo que dirá. Su voz tenía un encanto romanesco y antañón.

Hacía un cuarto de siglo, vivían en esa casuca misteriosa dos nobles y vetustas doncellas llamadas doña Violante y doña Francisca Núñez de Mendieta.

Sumaban entre ambas hermanas cerca de un siglo y medio, y sin duda por la pesadumbre de su edad, no salían jamás de los salones apenumbados de su mansión melancólica y conventual.

Sus vidas infecundas, estériles, habían sido como dos largos senderos polvorosos, abrumadoramente iguales, sin la nota viva de un árbol en el fresco consuelo de una fuente.

Habían consumido sus juventudes en la soledad de las mismas estancias de desolada vejez, como una primavera sin flores, como si hubieran consagrado sus virginidades al culto de una divinidad inhumana y cruel.

Eran altas, sarmentosas, iguales. Los cabellos blancos nimbaban sus rostros pálidos y fríos, como los de esas damas de pinturas muy antiguas, retratos de pías fundadoras y de abadesas.

La palidez del rostro hacía la más intensa, más mortal, el negro terciopelo litúrgico de sus severas vestiduras.

Jamás entraba persona alguna en esa casa, como hogaño, y era tema de popular curiosidad la subsistencia de las enclaustradas.

Los balcones estaban perpetuamente cerrados y asimismo esa gran puerta sin aldabón, como si nadie hubiera de llamar nunca, y los postigos.

De día no se oía el más leve ruido ni pasaban detrás de las vidrieras las sombras monásticas de las hermanas.

Ya sabéis, mi señor, que no hay nada tan inquietante como el misterio de una casa cerrada, y así los convecinos, fundándose en la extravagancia de aquellos víveres, los rodearon de una leyenda de superstición y de maleficio.

Sus únicos compañeros, los que conocían el secreto de aquel interior eran seis gatos negros, grises, atigrados, que compartían la triste existencia y la rara ternura de las dos mujeres.

Los gatos son unos extraños espíritus que tienen en los ojos verdes la fijeza hugonótica e inquietante de los ahijados de la luna.

Los voluptuosos y perezosos gustan en la claridad del día de la tibieza de los almohadones de pluma en largos ensimismamientos. Pero cuando con su cortejo de sombras llega la terrible madrina,

siéntense heridos por su rango visionario y huyen de la placidez familiar y se deslizan elásticos y erizados a lo largo de los muros y cantan borrachos de sombras extrañas e inármonicas cantatas enhiestas sobre las negras siluetas de las chimeneas.

Y en sus crispantes maullidos hay como sollozos encendidos de amor, entonaciones femeninas y ásperos chirridos, como los que produciría un violín al que se le arrancasen las cuerdas.

En estos extravagantes animales pusieron su cariño las dos doncellas nobles y vetustas doña Violante y doña Francisca Núñez de Mendieta.

Pasaban días y días y la casa seguía rodeada de su medrosa leyenda.

De su interior no surgía detalle alguno que diese a la curiosidad de comadres fisgonas y de pícaros desocupados razón de la vida de aquellas mujeres.

Una noche de invierno en que la lluvia llamaba a las vidrieras y caía con lúgubre murmullo sobre las calles solas, oyéronse en la casa misteriosos gritos desesperados, sordos, ruidos de cuerpos que se desploman, muebles que crujen y voces humanas que sollozan intermitentes y como estranguladas, puertas que se cierran violentamente en el silencio de la noche, y viéronse cruzar en vértigo a través de los ventanales unas sombras breves, livianas de absurda silueta, descoyuntadas y trenzadas que giraban en el espacio, caían y botaban hasta tocar en el techo, en medio de una horrible zarabanda de gemidos, largos lamentos y aullidos de animal que huele carne muerta.

Y lo que hacía estremecer, rechinar los dientes y erizarse el cabello, era un chirrido persistente, como el que producen unas uñas afiladas deslizándose sobre un cristal, al mismo tiempo que sonaba una extraña música, un desbordamiento de notas agudas, profundas, vertiginosas, desconcertadas, como arrancadas de un piano por la mano de un músico loco.

A la primera luz del día un alcalde de casa y corte, seguido de una avalancha de curiosos, penetró en el misterioso lugar.

En el salón hallaron los cadáveres de las dos mujeres, lívidos, con los rostros sangrientos espantosamente roídos y las vestiduras destrozadas. Y colgando del teclado de un viejo clavicordio, el cuerpo de un gato negro, crispado, con los ojos redondos y verdes, como dos siniestras esmeraldas en un éxtasis de terror.

La taumaturgia popular urdía su conseja medrosa de sortilegio y maleficio, en la que unos espíritus enemigos encarnaban en los cuerpos de aquellos gatos asesinos y voraces.

Los golillas que metieron sus uñas en este lance lo dejaron presto, puesto que no había presa que hurtar, y dijeron que cargadas con el doble fardo de la vejez y de la pobreza, murieron de hambre y los gatos royeron la carne flácida y lamentable de ancianidad de sus dueñas, las nobles y vetustas doncellas doña Francisca y doña Violante Nuñez de Mendieta.

Y desde aquel punto, la casa está llena de melopeas infernales en la nocturna hora, y algún vecino, al asomar medroso su perfil al postigo, ha visto cómo sobre la chimenea vagan dos lucecillas azules, que son tal vez las ánimas erráticas de las dos doncellonas, y otras veces un gran resplandor sulfuroso, como dicese que es la luz que lleva en sus pupilas el cabrío.

Al acabar el relato la dueña se signó tres veces con unción edificante y el caballero mostraba una sonrisa de escepticismo bajo el mostacho fanfarrón.

Donde asoma su perfil el caballero galán

En la corte del rey don Carlos IV hubo de llenar la crónica escándalosa, con sus aventuras y amoríos, el caballero guardia de la real persona don Alfonso de Echenique.

Era galán y apuesto; de su rubio bigote quedaban prendidas las voluntades femeninas en lacerías de pecado y de liviandad; su capa de gentil burlador iba por las encrucijadas del viejo Madrid, o se terciaba sobre el brazo del caballero cuando las bruñidas hojas toledanas se cruzaban al claro de la luna por unos ojos lindos.

Las dueñas hurañas y las doncellonas, a su pesar, se signaban medrosicas si por su rúa sonaban con gentiles fanfarrias las espuelas de plata del galanteador, mientras le contemplaban a hurtadillas tras la muselina de los ventanales.

Tutores y maridos se curaban de que sus pupilas y castas esposas no vieran jamás donoso caballero con su buena planta y los oros y galanuras del uniforme no fueran a quedar hechizadas en su dulce embrujamiento de amor, para el que no servirían ni exorcismos ni hisopazos.

Don Alfonso de Echenique, que llevaba en sus ojeras su leyenda de galán, se mostraba muy ufano de que su nombre corriera en boca de comadres y bigardos y de calle en plazuela, seguro de que el populacho, al llevarle en lenguas, contribuiría a abrirle los más cerrados postigos, que el alma de la mujer se abre a la curiosidad, aunque al franquear la cancela sea el diablo en persona el visitante.

Y el doncel, encantado con su famosa fortuna que enlazaba su vida en eslabones de voluptuosidad, llevaba siempre el corazón mal herido por la flecha que porta en su aljaba, el niño ciego, el hijo de mi señora doña Venus y que gobierna el mundo con los ojos tapados, que así marcha el negocio de medrado y de lucido con tal liviano gobernador.

*
* *

Rebozándose para no ser conocido de rondas inoportunas, topándose acá con la “Ronda de pan y huevo” en piadosa paseata, con sus canastas de panes y huevos duros, y acullá con la del “Pecado mortal”, en cuyas fúnebres saetas siempre latía un advertimiento del más allá, el caballero guardia cruzó el pretil de los Consejos de Castilla, perdióse por las callejuelas que rodean la Cava de San Miguel y se detuvo junto a una botillería-chirlata de la Plaza Mayor, paraje de bello aspecto arcaico y provinciano, célebre por sus justas y fiestas de toros, y porque en ella el rey, nuestro señor don Felipe IV tuvo la bondad de ordenar que fuese “degollado por la garganta” el prócer y valido marqués de Siete Iglesias, y murió con tan sereno orgullo el noble don Rodrigo, que ha quedado como ejemplaridad de recios varones.

Junto a una mesa larga cubierta por el bellaco tapete verde, unos bigardos divertían sus ocios en tirar de la oreja a Jorge, que por lo traída y llevada bien es de suponer que el tal sujeto esté completamente desorejado.

Un estudiante sopista, con el manteo como un atlas por lo corcusido, zurcido y deshilachado, hacía filigranas de fullerías con el libro de Juan Bolaig, como en la andante picardía se llamaba antaño a la baraja o epítome de las cuarenta hojas.

La luz de un gran candil de garabato caía sobre los escudos de plata y las piezas de a cuarto, apiladas junto a los naipes. Los ojos rapaces de los jugadores seguían con malicia, cuidando de que no les hurtara sus caudales con destreza de flor.

Era el concurso la nata de la gallofería: soldados, bebedores, mujeriegos y con humor peleón, antiguos huéspedes de las galeras reales, hijosdalgos que lucieran su frío con los caminantes en despoblado, ladrones como mercaderes, uñilargos como golillas, rufianes mantenidos por el garbo de sus barraganas; un ministril exonerado por alcahuete y muchos alcahuetes que conservaban en las posaderas huellas de las razones del Santo Oficio.

Si acaso algún incauto caía en aquellas redes, desplumado salía de tan gentil campaña, y, si por milagro divino ganaba algún escudo, era trance de grave riesgo para su persona.

Cuando llegó el de Echenique, un paladín astroso de la galopisca, pedía barato a cierto maese remendón, tan taimado y fullero como el cofrade más aventajado de Mercurio y de Celestina a la par. Se oía la voz de los jugadores:

–Medio escudo de salto.

–Paroli, por si corre.

–Van dos cuartos más, y cúrese de la limpieza de los dedos, hermano. Que si barrunto el menor asomo de cera y pegadilla, va a navegar usarced en la barca de Caronte.

–Bien se advierte que sois doctor, por los arrequives de vuestra plática –y el estudiantón hincaba el dedo en un pico de naipe, sin que al hacer la trampa le importase un bledo el anunciado viaje por la laguna Estigia.

–¡El as!

Don Alfonso de Echenique amaba el juego, esa pasión villana y alucinante. Sobre el tapete estaban las cuatro cartas tentadoras y burlonas como cuatro diablasas.

–Copo al caballo.

Y arrojó sobre la mesa una escarcela de finísimo tejido de seda, bien rolliza de piezas de plata. Fue un momento de gran emoción.

El banquero volvió la baraja.

–El caballo.

El estudiantón taimado no había tenido tiempo de lucir sus malas artes.

–Me daréis barato caballero guardia –díjole al oído un bravo mozo, gallofo y jaquetón.

El banquero repuso el caudal.

En aquel punto entróse en la botillería una arrogante mujer tocada con un luengo manto y ataviada con túnica de terciopelo negro, austera y sin descote, contra el gusto liviano de la época.

–El rey y el cinco.

Se oyó el tintinear argentino de las monedas, el ruido opaco de la raqueta sobre el tapete, el crujir de los naipes.

Echenique empujó sus monedas hacia el cinco.

–Copo.

–Ved que hay más de cien escudos, caballero –exclamó temeroso el estudiante.

–Pues ved de tiraros la vuestra, señor trapacero –repuso el guardia con altanería.

La bella dama desconocida, apenas hubo bebido su soconusco garrapiñado, se dispuso a salir, seguida de un rodrigón enano y perniabierto como el ojo de un puente.

Al suave rumor del halda y hechizado por las gratas esencias que traía la bella, Echenique tornó el rostro que púsosele pálido y demudado. Musitó un algo entre dientes, se izó el rubio mostacho y partió en seguimiento de la interesante mujer, preso de una gran turbación de ánimo y sin cuidarse de su plata abandonada a las artes del estudiantón sopista y uñilargo, y del famoso senado de gallofos, gorroneos y catedráticos de la briva.

Los ojos de la diablesa

Era aquella la tercera vez que Echenique se topaba con la bella desconocida y las anteriores habíala perdido de una manera bien singular.

La conoció una tarde que los señores Reyes y el serenísimo príncipe de las Asturias habían asistido a la salve en la basílica de Atocha. El templo estaba ornado con suntuoso decoro, y era de ver el lucido séquito real, con los ricos trajes de las azafatas, los vistosos uniformes de los caballeros guardias, la gran pompa litúrgica de las capas pluviales y las profusas luminarias que brillaban en el retablo como una lluvia de estrellitas doradas.

Cuando finó la solemnidad y hubo salido la feligresía, don Alfonso la divisó arrodillada y con muy devota unción sobre un sitial de ébano labrado. Asombrado quedó al ver la gran belleza del rostro, divinamente armonioso y la boca roja como un capullo sangriento, el cuello grácil y blanco y los ojos profundos y alucinantes, ardientes en los halos azulencos. Los ojos eran el hechizo más peligroso en aquella beldad, pues parecían poseedores de un sortilegio demoníaco. Ya los cambiantes de luz variaban de color y ya eran negros como dos cisternas de tentación, claros como el cándido azul de los rompimientos de gloria, grises como herméticos mares de acero, y verdes como los de las sirenas, como los de los gatos y como esos ojos ilusorios que muestra la luna, cuya mirada cruel hace delirar a sus más pálidos ahijados.

Acercóse rendidamente a la bella en la una mano el chapeo y la otra sobre cruz de espadín:

—¿Tenéis pacto con el diablo, señora, que no es sino él quien da tanto cambiante a vuestros ojos, para que el alma no sepa de qué color son más bellos?

Alzóse la hermosa de su sitial, y sin responder a la galanía, avanzó hacia la puerta. La siguió el caballero con floridas finezas, y viendo que con paso gentil y presuroso la paloma burlaba al gavilán, la mano audaz trató de asirla del manto, a tiempo que la figura se ocultaba detrás de una columnata de la nave.

Avanzó don Alfonso y vio con estupor que la dama había desaparecido como por ensalmo.

El templo estaba desierto, cerrada la lejana puertecilla del presbiterio y era imposible que la hermosa ganase la salida sin que él la viera. ¡Era un lance famoso aquel en que las damas se evaporaban como el incienso! Sonrió fanfarrón.

Luego se quedó meditativo; la sedeña luz crepuscular llegaba mortecina tras de pasar por los vitrales pintados; en un altar ardía una lamparilla temblorosa; ante un Cristo dulce y lamentable sintió una vaga sensación ultrahumana y corrió a perderse entre la greguería de la ciudad.

Algunos días anduvo turbado por el extraño suceso, pero presto los trances de su vida de jácara y aventuras vertieron el olvido sobre lo pasado.

La segunda vez fue una noche ardiente de junio, nocturno verbeno perfumado de nardos y de albahaca y constelado de estrellas y de los ojos hechiceros de las manolas. Los sotillos del Manzanares estaban llenos de músicas y zambras; las damas de la corte habían dado en la flor de bajar a la verbena vestidas de majas y venían las calesas como cestas de rosas humanas.

Don Alfonso platicaba con ciertos próceres de la época, que si no por el nacimiento, lo eran por los blasones del arte y los timbres del ingenio. El viejo don Ramón con chapeo peludo y su pardo levitón decía donaires y jácaras a las chisperas que pasaban, y tal vez eran aquellos decires los mismos que después empleara en los sainetes y entremeses, por los que sabemos maravilla de aquella época y en los que hemos aprendido a reverenciar al viejo trovero de la majeza madrileña. Estaba también un histrión llamado Isidoro Máiquez y un diestro con patillas de boca de hacha que nombraban Pepe-Hillo, y un caballero de Aragón sordo y malhumorado, discípulo de Mengs el pintor, que después ha sido canonizado por la Iglesia del Arte, y que se llamó don Francisco de Goya y Lucientes. Había también con ellos otros guardias de Corps, que las bandoleras hacían muy buen papel en aquellos días, por caprichos de doña María Luisa de Parma y gracia de la bizarra apostura.

Estaban de sabrosa plática y regodeo, cuando oyeron un gran barullo y vieron a una maja que cruzaba como una reina sobre las

capas toreras que alfombraban el suelo, entre piropos, donaires y picardías.

Gran contento hubo de ello Echenique, pues la dama no era otra que la que hubo de conocer en Atocha, y separándose de tan principal compañía, se acercó a la hermosa chispera en guisa de servirle de caballero.

A pesar de lo rendido de sus galanías ella continuó zahareña, y sólo le miró de hito un punto con sus sortilegios ojos de diablesa. Picada estaba la vanidad de Echenique, pues era aquella la sola hembra que no había rendido la fortaleza de su amor a la briosa catapulta de su famosa leyenda de conquistador.

Así es que redobló el asedio poniendo en su voz todo su poder de fascinación, aunque sin obtener más halagüeña recompensa.

—Paréceme, señora, que os pasáis de ingrata, tratando tan mal a quien tan bien os quiere. Y he de deciros, que mi cuita había de ablandaros algún momento que tengo al tiempo por aliado y a fuerza de mendigarlo os habéis de doler de mi dulce mal.

Habíase alejado del centro del holgorio y hallábanse a la orilla del río, que se deslizaba como un inmenso reptil verdinegro, en cuyo lo-mo la luna fingía escamas de plata.

Al hallarse en soledad tan propicia, don Alfonso sabiendo cómo la audacia es puente precioso para los lances de amor, apresuró el paso y trató de enlazar el talle de la bella serenamente grácil y armonioso. En aquel punto del viejo jacarero Manzanares, se alzó algo como una gran vaharada de niebla sulfúrea, que le obligó a cerrar los ojos y cuando al punto los abrió, sus manos solo asieron el vacío y en vano buscó a la mujer maravillosa en el negror hondo e inquietante de la noche.

Íbase, pues, aquella tarde en seguimiento de la dama, recordando las anteriores desapariciones, y curándose mucho de no ser chasqueado por tercera vez.

Desde la botillería-chirlata de la Plaza Mayor, se dirigió la hermosa con pausado andar hacia la puerta de la Vega, seguida por el escudero patizambo. Llevaba el guardia todos sus sentidos puestos al servicio de su espionaje, dispuesto a no cejar en su empresa, cuando vio a un mozállón rufo y bien plantado, que se le acercaba con ademán pendenciero.

—Vengo a deciros, señor don Lindo, que habéis de darme barato, ya de grado o por fuerza, que nadie gana en esa banca sin que yo me lleve lo que honradamente me corresponde.

Tornóse iracundo el caballero guardia.

—¿Y quién es el bellaconazo fullero y mal nacido que se atreve a hablarme con tal insolencia? Marchaos, presto, buen hombre, si no queréis que os batanee las posaderas.

Clamaba el galopo, replicábale Echenique, y entre juramentos y blasfemias, amenazas y aun alguna puñada que hubo de escaparse en la baraúnda, armóse tal zambra, que pronto viéronse rodeados de bigardos y curiosos que saboreaban como plebeyos, el manjar del escándalo y gustaban de la disputa como de un muy sabroso regodeo.

Dios sabe a dónde hubieran llegado las cosas sin la intervención de un eclesiástico que llegó furioso a poner paz.

Cuando todo hubo finado, don Alfonso se dio a correr detrás de la dama, que se le había perdido en aquella endiablada tremolina. Y aunque recorrió todo el arrabal, fue vano su ardimiento; no pudo hallarla y se volvió a su hostel mohíno y con el alma en grave inquietud y jurándose a sí mismo que, si volviera a verla, no habría de dejarse burlar, pues se asiría a ella y habría de conocer el enigma de sus ojos de sortilega, aun cuando lo que viera en el fondo de tan singulares pupilas fuera la eterna condenación. Y enviada del diablo parecía la dama por el misterio de sus ojos, y la boca sensual y roja, como esas rosas que envenenan con su fragancia.

La cohorte del más allá

Entre las muchas hembras a quienes Echenique había puesto el amatorio cerco contábase una gitanilla auribronceada, que atendía al donoso nombre de *Lucerito de Triana*, y bella era como el lucero matutino, el diablillo de la mozuela.

Sus crenchas, de un negror azulino, caían sobre su cuello tostado y mórbido y parecían un haz de negras víboras saltarinas cuando su cuerpo ondulante trenzaba los giros de alguna danza. En sus ojos profundos y alucinadores de sibila, erraba una gran melancolía, como el intenso cansancio nómada y la añoranza de tanto mundo como vieron. Y cuando hablaba de amor, era éste como una dulce estrella que se encendía en las cisternas hondas de sus pupilas.

Flor de fiebre y locura formaban los dos pétalos de su boca, y el ámbar de su tez parecía que daba su fragancia mezclada con una intensa emanación pecadora y juvenil. Peinetas y zarcillos, pañuelos abigarrados y sayas rameadas, eran su joyante indumento, cayendo sobre las piernas ágiles, denominadoras del secreto del ritmo en los bailes que se marcaba en las plazuelas públicas, acompañada del rubio pandero y de las repiqueteadoras castañuelas.

**LA NOVELA
CORTA**

AMOR DE GOLFA

EMILIO CARRERE



Aquel amorío con la gitana no pudo ser sino puente del diablo por donde vinieran los malos sucesos, según verá el que leyere.

He aquí que, en cierta ocasión, hubo de recibir recado de la moza, citándole al filo de la media noche, para no ser vista por ojos de los de su tribu que, como todos sabéis, no perdonan la falsía de amor con galán que no sea de su cofradía.

Más que cita de amor podía parecer conjuro, por la hora de abracadabra, día de las brujas, fiesta del cabrío, momentos de ensalmos y de bebedizo y fascinaciones.

Fuese allá el caballero, al lugar acordado, que era en los jardinillos que rodeaban la puerta de la Vega, junto al Puente de Segovia, que veíase no muy lejos, al claror plateado de la luna.

Acomodóse lo mejor que pudo para la espera; halagábale el corazón la tibieza de la noche, el cielo diáfano como un mar de ensueño, y el disco lunario cual una nao de marfil en ruta a las riberas del Infinito.

De su corazón de libertino ascendía ante el hechizo nocturnal, una onda de melancolía sedante y purificadora. Volvió los ojos al pasado y fue evocando una por una, las dulces víctimas de amor, de las que él había sido galante victimario.

¡Laura, Inés, Rosa, Violante! ¡Bellas sombras burladas, burladas, guirnaldas de flores mustias, cuyo recuerdo se desvanecía en la memoria, como una antigua música de besos, como un verso lejano del que apenas recordamos el ritmo!

Muy en lontananza sonó la media noche, tal vez en el reloj de San Pero el viejo, cuya campana dicese que era muy eficaz para traer la lluvia y para espanto de los demonios.

Pero muy buenos camaradas del caballero guardia debían ser aquellos rojos señores porque a pesar de la campana conjurante, no se salían del ánimo en forma de ideas de liviandad.

Al recuerdo de las seducidas, solo tuvo una sonrisa cínica, bajo el apuesto mostacho conquistador y como la gitanilla se retrasara, impacientábase don Alfonso y su boca profana hubo de proferir un juramento, tal vez de muy buen tono en el patinillo de su cuartel.

Cuando tornó la faz, vio con asombro que del horizonte se alzaba una niebla sulfúrea, que en jirones espectrales se le aproximaba como una niebla gigante.

No creía don Alfonso ni en Dios ni en el diablo, ni menos en apariciones. Así, maguer el lance maravilloso, se recobró muy presto y desenvainando su espadín, esperó sonriente el remate de aquella extraña aventura.

Al mismo tiempo todos los campanarios de Madrid comenzaron a tañer las doce campanadas de la media noche, y al terminar volvían otra vez con su carillón extraordinario, formando una melodía vagorosa y alucinante.

Se sentó poseso de una absurda conturbación como si se le huyese el alma. El viento, al pasar por las enramadas del jardinillo, alzaba un clamor luengo y estremecido como trémolos de una orquesta de fantásticos violines, y las copas de los árboles gemían como ánimas en pena. Se sentía envuelto en gran resplandor azulenco que le desvanecía, cual si estuviera en medio del halo fantasmal y glauco que nos muestra la luna.

De aquella niebla que avanzaba surgían voces femeninas que ahora sonaban en los oídos del espantado caballero como quejumbres del más allá. Tenía la sensación de que viajaba por el aire, jinete en un pegaso de brumas, en medio de aquel ambiente plutoniano y de que el viejo puente de piedra se le iba acercando, mientras sobre las voces antiguas, los violines del viento y el voltear orquestal de las campanas.

Hubo un punto en que de la materia gris fueron surgiendo bellas formas, imágenes de mujeres con la carne pálida y mustia como la de los cadáveres.

Todas fueron pasando ante los ojos de don Alfonso, y de sus bocas exangües fluían palabras de una extraña melancolía.

Habló la sombra de Inés; era una sombra larga con los cabellos dorados y la cara blanca de luna; iba envuelta en una túnica que parecía de nube y sus ojos muertos fosforecían como la azul llanita de los fuegos fatuos.

“¿Te acuerdas don Alfonso, de estos mis labios, de mi garganta blanca como columnas de marfil y de la pureza de mi frente? Mi fe era tuya y la destrozaste como a dulce paloma el gavián...?”

Y se alejó plañendo, y su queja rimaba con el clamor lejano de las campanas y el dulce sollozar del violín del viento.

Mas se llegó la sombra de Rosa; los ojos negros de sultana eran cual dos carbones fascinantes sobre la lividez del rostro. Y habló la sombra.

“¿Te acuerdas de estos mis ojos, don Alfonso? Tú los viste tras de una florida reja de Granada y quedaste prendido de su maravilla, tú encendiste en mi pecho el fiero amor fanático de mis abuelas, las sultanas herméticas que vivieron en los magos jardines de la Alhambra. Yo te di la más pura rosa de mi rosal. Muchas noches te esperé sollozando. Tú no volviste nunca más. Mira, junto a mi cora-

zón el rojo epílogo de nuestros amores.”

Y el espectro, desgarrando el cendal, mostraba una ancha herida, en cuyos bordes se coagulaba la sangre.

Después habló la sombra de Violante.

Llevaba sobre la frente, de una blancura mística, casi azulada, unas tocas monjiles como alas.

Daba la sensación de una azucena tronchada ante el altar. Sus manos, idealmente finas, se cruzaban sobre su pecho, como las de las Santas y las Vírgenes amortajadas, y así habló la sombra de Violante:

“¡Ay mi galán, mi galán! El de las donosuras de trovero y apostura gentil. ¿Por qué me sentí morir de amor bajo tus ojos burladores? Yo era la flor más casta de mi jardín ducal. Al tener cuenta de mi deshonor, murió mi pobre padre y yo espíe tu traición en un convento. ¡Cuántas horas flageló el cilicio mi blanco cuerpo en flor! Pero tu recuerdo no se me iba del ánima, aunque la sangre constelase los nardos de mi carne de brillantes rubíes. ¿Por qué me robaste el alma entre los pliegues de tu capa grana? ¡Ay, mi galán, mi galán!...”

Desapareció la cuitada como un penacho de incienso.

Las campanas seguían plañendo al son del coro de las gentiles olvidadas. Después el caballero escuchó un largo rosario de palabras mentidoras y eran suyas y de perjurio aquellas palabras. Eran las que él vertió en los oídos de las dulces corderas inmoladas a su embriaguez de amor y ahora se le metían en el alma como negras víboras.

Quiso sonreír fanfarrón; mas la sonrisa quedó helada en sus labios; la mano yerta dejó caer el espadín, que brilló bajo la luz estelar.

Y pasaron más sombras de mujeres, y todas le dijeron su cuita y su abandono. Después formaron un largo cortejo, monótono, espectral, interminable... A lo lejos se veía la vaga sombra de un ataúd, en marcha, sobre los hombros de siete sombríos mancebos, siete mancebos con rojas capas flameantes al viento: eran los Siete Pecados y tornaban su rostro al de Echenique y le saludaban igual que al camarada inseparable.

Más allá del puente se extendía una negra intensidad de aguas profundas, de donde nunca ha vuelto ningún naufrago. Sobre el cortejo lucía amarilla la luna como si fuera un cirio.

Don Alfonso sintió el inmenso horror de ver una conciencia impura que se abre como una floración monstruosa.

Cuando brilló la luz indecisa del alba unos mendicantes que ve-

nían de Toledo hallaron al caballero guardia sin sentido, de bruces sobre el césped. Mucho tardó en recobrase, largos días e interminables noches hubo de pasarse en su lecho, cautivo de un raro mal, con fiebres y delirios que agotaban su bravía naturaleza.

De donde se sabe de un duelo, bajo el balcón de una hermosa

Hubieron de reunirse aquella tarde unos militares para festejar el retorno de un capitán de Walonas que llegaba al solar después de luengas andanzas por tierras de Indias, cargados de oro los cofres y el magín de varias andanzas galantes y belicosas.

Otro guardia hizo la presentación de don Alfonso de Echenique, y todos fueron muy holgados de su compañía, pues la fama del caballero era mucha y brillante en todos los parajes de la corte.

Jugóse un rato a los naipes en buena armonía, como compórtanse con la baraja las personas de buena crianza. Después don Alvaro de Zúñiga –que así nombrábase el capitán– quiso obsequiar al concurso con ciertos licores finos, que habíase traído de América y con sabrosos cigarros, para lo cual hubo de llamar a su esposa que, como gobernadora de aquel hogar, sabría muy bien dispensar los honores.

Era la dama una belleza criolla, de ojos ardientes y pálida tez, muy matrona de busto aunque sólo frisaba en los veinticinco años.

Dulce impresión produjo en don Alfonso la presencia gentil de la criolla, y la devoraba con los ojos en el poco espacio en que con gracia exquisita sirvió de escanciadora, tras de lo cual retiróse con una graciosa reverencia.

–¡Bella flor se ha traído de los vergeles cubanos el señor capitán! –exclamó don Alfonso galantemente.

–Cierto que es extremada la belleza de mi señora esposa, doña Ángela de Cisneros, florón de una de las más nobles familias de la Isla. Y es curiosa la historia de nuestro amor y por curiosa y entretenida se la voy a referir a vuestras mercedes.

Una tarde, agobiado bajo aquel sol de fiebre, llegué con mi tropa a una finca donde pedí hospitalidad.

Me fue concedida de buen grado por el caballero Cisneros –mi suegro actualmente– quien completó la fineza presentándome a su honorable familia.

Tenía dos hijas, Ángela, la mayor, y Rosalía, que apenas catorce abriles contaba. Inútil es decir que quedé hechizado por la incomparable Angelita.

Pero era honesta como bella y esquivaba mis galanteos con un amable esquivamiento, que aguijoneaba más mi deseo de galantearla.

A ruegos del huésped, que me había cobrado singular afición, hube de permanecer en la quinta algunos días más, con gran regocijo de mis soldados, que así gozaban de una buena mesa, de un lecho blando y de libérrimo asueto.

Entre tanto, yo no adelantaba un paso en el camino de mi conquista, lo que me amostazaba grandemente.

En la mesa solíamos sentarnos juntos, pero evitaba que mi mano tocase la suya, y no se dolía de los tiernos suspirillos que de mi pecho brotaban cual de una fragua por lo ardientes y sonoros.

Cierta noche que hallábame desasosegado e invadido por mis amorosos quebrantos, plúgome asomarme a la ventana de mi cámara, que caía sobre el jardín.

Grande fue mi asombro y mayor mi gusto cuando vi que por las avenidas de árboles gigantescos, paseábase la gentil figura de mi dulce dueña. Parecíame la ocasión y la hora discreta para hacerle una formal declaración de la gran ternura que en mi alma había sabido encender su sin par gentileza. No es la timidez virtud de los soldados en campaña; así es que al punto puse por obra mi pensamiento.

Contra lo que yo esperaba, no me acogió zahareña, y aunque no respondía a mis ardientes parlamentos, me permitió que la condujese hasta un bancal de césped donde acabé de pintarle mi cariño, con las entonaciones más acentuadas y postrado de hinojos a sus pies, como convenía a tan rendido amator, y conforme lo había leído en algunos romances y pasos de galanía.

Con tan singular fortuna se pasó la noche, y al amanecer me retiré a mi aposento encantado con mi buena estrella y un poco confuso con la conducta de mi amada, que en aquellas horas sólo había pronunciado palabras incoherentes.

Yo lo atribuí a sus naturales pudores de doncella honesta.

Lo que me dejó más perplejo es que al día siguiente no pareció recordar nada de lo acaecido, y mostrábase muy sorprendida de mis alusiones discretas y de las dulces confianzas a que yo me atrevía, cosa muy natural entre dos que bien se entienden, aunque siempre, como supondrán vuestras mercedes, se contenían en los límites de la honestidad y de la cortesanía.

A la noche siguiente hubo de acaecer una escena con iguales arrobos por mi parte, y en la dama un idéntico mutismo.

A la luz del pleno día volvió a mostrarse sorprendida de mis libertades y de la excesiva llaneza con que la hablaba.

Renuncio a contaros todas mis incertidumbres, los trances extraños y las sorpresas hasta la gran noche en que hubo de decidirse mi suerte, haciéndome cambiar de estado.

Era calurosa y constelada de dorados luceros.

Aquella flora suntuosa, tenía emanaciones más penetrantes.

Luengas horas había yo pasado en la adoración de mi extravagante adorada, que era de noche más piadosa con mi tormento, cuando vi que el jardín se llenaba de luces y de clamores. A poco apareció ante mí la figura del glorioso Cisneros, seguida de sus deudos y de sus criados que llevaban antorchas encendidas.

—¡Acérquense, señores míos, y en cuenta de ello por sus propios ojos, para que el seductor no pueda negar mañana ante la justicia!

Al fragor de tal baraúnda, doña Angela pareció volver de un sueño y al verse en tan fuerte aprieto a aquella hora y en lugar tan poco conveniente, cayó desmayada en mis brazos.

Yo juré que siempre la había tratado como hidalgo, que la amaba y que sería su esposo si ella daba su aprobación.

Al oír mis razones pareció calmarse el iracundo Cisneros.

Separáronme de doña Angela hasta ocho días después, que se celebraron las bodas con todo el fausto y la riqueza propio de personas tan principales.

Cuando nos quedamos solos, la primera vez, después del casorio, confieso que ambos estábamos muy sorprendidos y sin saber qué decirnos.

Afortunadamente la vida conyugal ha ido enlazando nuestras voluntades y ésta es la hora en la que bendigo la causa de hallarme casado con mujer de tan peregrina belleza.

Al finar su relato, el capitán bebió un gran sorbo de licor y exhaló, satisfecho, una bocanada de aromático humo.

Donosa parecióle la historieta al caballero guardia, que tras de breve pausa hubo de interrogar:

—¡Brava historia por mi fe! Pero decidnos, señor don Alvaro, una cosa que resulta borrosa en vuestro relato. ¿Qué especie de capricho impulsaba a doña Ángela a dejarse cortejar de noche, y a negarlo después en pleno día?

—Pues ahí está lo extraordinario, amigo mío; doña Ángela no se percataba de mi nocturno galanteo. Según he podido comprobar más tarde, mi mujer es sonámbula...

—Y bajaba al jardín en los letargos de sonambulismo. ¡Magnífico, amigo, verdaderamente precioso!

—Y decidme, ¿no teméis que le vuelvan esos sueños y le dé por salir de vuestra casa en horas poco adecuadas?

–Imposible. La puerta de mi cuarto está siempre cerrada y la llave va conmigo bien guardada en la faltriquera.

Como ya era noche, se despidieron los tertulios encantados con el capitán, con su fineza y con la opulenta sonámbula.

Don Alfonso caminaba meditabundo, y requerido a que explicase su preocupación, exclamó con galano cinismo:

–Es que me han entrado ganas de saber si la fruta americana es tan sabrosa como dicen.

Todos rieron y al llegar al pretil de Palacio se despidieron alegremente.

Algunas horas después, don Alfonso de Echenique, envuelto en capa roja, con el chappo torcido sobre el peluquín rizado, se paseaba con marcial fanfarria de espuelas por delante de la casa del capitán de Walonas.

Los cronistas no saben cómo se las compuso don Alfonso, y debió de ser por intervención del torzudo, su fiel aliado, para catequizar a un fámulo o a una dueña que llevasen un perfumado billete a su señora, arrequivado de calurosos ditirambos a su hermosura.

Es el lance, que en un momento que la luna se cubrió de celajes, tras de avizorar bien todos los rincones, don Alfonso se terció la capa, y con ligereza y habilidad se asió de los hierros del balcón, puso el pie en la reja que había debajo y trepó hasta el primer piso, a tiempo que crujía la vidriera y aparecía el perfil celestinesco de la doncellona sobornada.

Todo marchaba de perlas; pero he aquí que cuando se iba a coronar bizarramente la aventura, sonaron bizarras pisadas y ruido de armas, y apareció en la esquina un caballero embozado.

Mostróse muy sorprendido. Bajóse airado el embozo y don Alfonso de Echenique pudo reconocer a don Alvaro de Zúñiga, el capitán de Walonas.

–¡Eh, qué hace ahí el bellaco, el ladronzuelo, encaramado en el balcón de mi aposento!

Don Alfonso saludóle, con una cómica reverencia.

–Como ya me advirtió vuestra merced que llevaba encima la llave de la puerta, no he hallado otro recurso que entrar por el balcón.

–¿Y qué diablos busca vuestra merced en mi casa?

–¡Pardiez, que no os creyera tan simple para demandar tal cosa, teniendo mujer garrida y viendo a un hombre saltar el balcón de su aposento!

Púsose rojo el capitán al oír tan cínica respuesta.

Descendió el de Echenique.

Hubo en la casa sustos y cerrar de puertas, mientras en la calle los dos rivales caían en guardia y cruzaban los relucientes aceros toldanos.

Larga y empeñada fue la contienda: don Alvaro era diestro en esgrima y varias veces rozó el pecho de su contrario: pero éste, siempre sonriente, fanfarrón, paraba hábil los golpes, y lanzaba estocadas rápidas e imprevistas.

Al cabo, en una recta que don Alvaro fue tardo en parar, el espadín del guardia se le entró un palmo por bajo del corazón.

El capitán, soltó su espada, abrió los brazos y cayó de bruces para no levantarse más.

Don Alfonso le contempló un momento, se embozó, recompuso el desaliño de su uniforme, y como escuchó rumor de voces que se acercaban, desapareció con rumbo a su posada, acelerando el paso por esquivar a la gente que venía, que bien pudieran ser sayones de la justicia.

Pocos momentos después, se oyó una fatídica voz que cantaba con acento de miserére:

Hombre que pecando estás,
en este momento, advierte,
no te sorprende la muerte.

Sonaron unas campanillas y pasó una procesión de faroles. Era la piadosa ronda del “Pecado mortal”, que recorría las calles en busca de doncellas desvalidas o de criaturas pecadoras, descarriadas en zahurdas de delito y mansiones de liviandad.

Donde se vuelve a encontrar a la dama maravillosa

Una noche, al filo de la una, tornábase a su hostel, algo mohino de sus correrías nocturnas, por no haber hallado al paso dama de condición ni moza de partido con quien galantear...

Era su fiebre de amor un suplicio constante, porque nunca hallaba saciada la inmensa sed que le consumía.

Voltigeaba de una en otra aventura al salir de las femeninas lacerías, exangüe el cuerpo, con el dulce cansancio del placer y el disgusto que siempre va en pos.

Del extremado gusto, sentía que aquella ansia insaciada de amor de su inefable más allá de las flaquezas carnales, sentía ar-

diendo en él, en el fondo de su alma, una lucecita ideal e inextinguible en una recóndita hornacina.

Todas le cansaban. De entre nombres de mujer, no conservaba un solo recuerdo de pureza y de ternura.

Además, su vida marchaba, en aquellos últimos tiempos, como bajo una influencia sobrenatural.

Había pasado las primeras horas de la noche con “Lucerito de Triana”, y aunque más por divertimento que por su fe en sus tra-pacerías, habíale entregado la mano a la gitanilla aceribronceada para que en las rayas leyera los sucesos del porvenir.

Muchas y muy extraordinarias cosas predijole la sibila; pero, lo que más hubo de maravillarle fue el anuncio de un inmediato cambio de estado, y cómo su vida había de enderezarse hacia la virtud por la intervención de una gentilísima diablesa.

Le extrañó aquella especie de paradoja y riendo del lance, se despidió de la graciosísima “Lucerito de Triana”.

Devanando iba la madeja de su elucubración el caballero guardia, en dirección a su hostel, por la vieja calle del Sacramento, llena de palacios próceres y de casas infanzonas.

En la lejanía, sobre la negrura del lugar, vio el de Echenique que se abría un marco luminoso.

Era el tal, el balcón de una humilde morada, y una gallarda mujer, de pechos sobre el barandal, parecía desvelada por la dulce espera del esposo ausente, y tal vez sólo por gozar de la tibia noche de abril, llena de perfumes de gracias, suave y de brisa cantora bajo la luna de idilio.

Al acercarse vio con asombro que el balcón iluminado pertenecía a la casa misteriosa que siempre le había inquietado, o la mansión habitada antaño por las dos nobles y vetustas doncellas a quienes una noche devoraron unos gatos voraces y asesinos, mansión rodeada de una leyenda de maleficio y abandonada hacía varios lustros.

Don Alfonso de Echenique hubo de detener su paso, vagabundo, encantado por la belleza peregrina de la dama del balcón.

—Muy feliz fuera yo, gentil señora, de ser el esperado en hora tan tardía y poder admirar de cerca tan bella escultura de gracia como plugo al Creador tallar en vuestra persona.

—Galante es el caballero guardia, don Alfonso de Echenique, que, según dice el vulgo, no es sino el diablo mismo bajo el apuesto uniforme.

Iba a replicar don Alfonso, cuando vio con asombro que sobre sus ojos brillaban las pupilas en cambiantes de la extraña dama que

en la Basílica de Atocha y en los sotillos de la Florida, habíasele desaparecido de un modo tan inquietante.

Y su sorpresa fue mayor al oír la suave melodía de su acento y saber que le conocía ella que siempre se mostrara zahareña sin dar oídos a su rendido galantear.

Estaba el caballero maravillado de ver cuán propicia le era aquella noche la fortuna, y fue, por tanto, mayor su interés en dar feliz remate a tan prodigiosa aventura; así es que extremó su galanía y derrochó agudezas y audaces intenciones, que eran como naves traidoras para penetrar en los aposentos de la desconocida, consiguiendo de un solo golpe solazarse con la esquiva hermosura por quien tanto había suspirado y conocer el secreto de la mansión encantada.

Sabroso fue el platicar y fuertes las razones de Echenique, cuando en breve espacio sonó sobre el empedrado de la rúa el tintineo metálico de una llave al caer.

Se abrió la herrumbrosa puerta y por ella entróse el galán, atuándose el fiero borgoñón, sonando las espuelas, con marcial apostura en el andar.

La escalera era estrechuca y recta y al cabo estaba una puerta vieja y claveteada, con un aldabón de bronce antiguo.

Pero las cámaras interiores lujosas y holgadas, hacían contraste con la pobreza exterior.

En el salón principal, filigranados tapices tunecinos cubrían los muros; las doradas cornucopias mostraban sus tres láminas relucientes y sobre el viejo clavicordio se quemaban aromáticas bujías y al andar se hundían los pies igual que sobre sedas guateadas.

Pero lo que colmó el asombro del guardia de Corps, fue ver, en medio de la estancia, una mesa de lienzos adamascados y brillante vajilla y cristalería, donde se quebraba la luz en irisaciones rojas, azules y áureas.

En ella estaban preparados dos cubiertos. La hermosa mujer le invitó a sentarse y dijo con una sonrisa encantadora y enigmática:

—Os aguardaba, caballero guardia.

El yantar fue selecto, de ricas viandas y de esos exquisitos vinos que hacen correr la sangre por las venas con ritmos juveniles y son consejeros de audacias y de bellas locuras.

La dama, que era en extremo ingeniosa, respondía cumplidamente al dialogar de Echenique, trenzado de madrigales y de insinuaciones galantes que eran igual que sabrosas y buídas picardías.

—¿De suerte que me creáis un ser sobrenatural?

—Y aun lo sigo creyendo, señora mía, que sois de nube, sobrenatural paréceme tanta belleza.

–Vaya, dejaos de lisonjas, que beldades más ponderadas tendréis en vuestra lista de conquistador.

Y le miraba de modo penetrante, con el encanto magnético de su mirada verde, que se transfiguraba luego en un lazo de acero, o en el cándido azul de un rompimiento de gloria.

–Creedme, señora, que aunque he derrochado el caudal de mi juventud en gajes de amor, ninguna mujer ha dejado en mi alma un rastro sentimental. Romanza sin palabras, el sabor de un halago, la música del viento... forman el índice de mi breviario de amator. Humo tan solo, como veis, sólo castillos de humo...

Y tras una pausa honda, iluminado por la mirada verde y venenosa de la desconocida, prosiguió:

–En vos no sé qué he hallado que fascina, que me atrae, que me desvanece.

Sois una gran claridad y al par como un abismo; vuestra voz es angélica y a veces me conturba como el canto falaz de las sirenas. Tenéis algo demoníaco y divino a la vez, señora mía.

La dama sonreía siempre con su boca cruel y vampirosa.

–Además, sois la sola mujer que no enloqueció en amor bajo mis mostachos conquistadores.

–Y tenéis más herida la vanidad.

El resto de la velada transcurrió del modo más lisonjero. La bella sentóse al clavicordio; sus manos largas y marfileñas sabían la magia de la melodía y evocaban una sonatina que nunca había oído el caballero; las aromáticas bujías daban un perfume como de incienso. El resplandor de las arañas moría lentamente y el espíritu de Echenique languidecía con la agonía de la luz.

Fuera, cantaba la noche de primavera, la canción de los lirios, de la flor de la acacia y el éxtasis de la tierra en las viejas fontanas de los jardines.

Seguía la música. La estancia estaba en suave penumbra y al fulgor telar sólo se veían las manos de la pianista, volando sobre el teclado como dos palomas quiméricas, y la larga y gallarda figura de la dama, toda ella translúcida y plateada, cual si tuviera luz interior.

Don Alfonso dormía bajo el hechizo de sus pupilas verdes y magnéticas.

El espadín del caballero guardia

La luz del sol entraba a raudales por las ventanas, cuando don Alfonso se despertó bruscamente.



La dama, aún más bella en el desaliño matinal, lo requería con mimosas palabras.

—Despertáos, mi señor, que ya han sonado las ocho campanadas en la torre de Santa María.

A aquella hora debía entrar de servicio en el zaguanete que custodiaba las reales personas de don Carlos y doña María Luisa, la caprichosa, y así el caballero se apresuró a vestir el lucido uniforme y se ajustó las solapas del casaquín, calzón, las polainas, y los guantes de hilo, se aderezó la peluca rizada y alisó la pechera de filigranados encajes.

Después se tocó con su chapeo apuntado de candil, y besando la mano blanca y enjoyada de la hermosa, salió de la casa menos apuesto, con la faz amarilla y no con tan gentiles fanfarrias como la noche anterior.

Tal vez, alguna vieja madrugadora, exclamara al ver la mohína traza del caballero:

—Poco cristiano empleo da a sus noches el caballero guardia, que lleva la color de un desenterrado.

Apenas hubo llegado al pretil de Palacio, Echenique se detuvo dando muestras de gran azoramiento.

—¡Pardiez! ¡He dejado olvidado el espadín en un rincón de la cámara!

Y volvió a desandar el camino con agrio gesto de mal humor.

El portal estaba cerrado y el galán descargó dos recios aldabonazos.

Pasó un largo espacio, sin que obtuviera respuesta su llamamiento.

Echenique, que no podía contener su impaciencia, se asió a la aldaba y dio tan rotundos golpes y se armó tal estruendo, que salieron todas las comadres a sus puertas y ladraron todos los canes del arrabal.

Al cabo se abrió un ventanuco redondo que había junto a la puerta y asomó el grotesco perfil del portero, un honorable y calvo remendón, con las gafas caladas y un tirapié en la mano.

—¡Abra presto, buen hombre, que estoy de prisa!

El guardián hizo un gesto de asombro.

—Y ¿adónde bueno quiere entrar su merced?

—¿Se os da mucho en ello? —respondió con altivez Echenique— Necesito recuperar una prenda de gran estima.

—Pues buscadla enhorabuena en otra parte, porque aquí no hallaréis sino aposentos vacíos y acervos de escombros. ¿No sabéis que esta casa está endemoniada? —repuso riendo el remendón.

—¡Aposentos vacíos! ¡Y no parece sino un palacio amueblado por las hadas!

—¿Por las hadas? ¡Je, je! El caballero guardia ha bebido de largo esta noche y el licor le hace ver maravillas.

—¡Vaya, abrid al punto! He dormido esta noche en casa de la dama que vive arriba y se me ha olvidado mi espadín!

A poco sonaron los goznes de la herrumbrosa puerta, con un ruido idéntico al de la noche anterior.

—Puesto que insistís, caballero... Pero os digo que esta casa está deshabitada desde hace veinte años.

El caballero, receloso, echó por la escalera recta y empinada. Se abrió la puerta del aldabón de bronce antiguo, entróse por ella con gran prisa, llegó al salón y se quedó inmóvil de asombro.

La cámara era la misma de donde él había salido momentos antes, el mismo balcón al frente y la alcoba en el otro costado.

Pero los filigranados tapices, las doradas cornucopias, la mesa adamascada del festín, todo había desaparecido y el suelo y las paredes conservaban el polvo de muchos lustros y sobre el maderamen del balcón las arañas tejían sus espesas urdimbres grises.

Penetró en la otra estancia. Era la misma y estaba en idéntica soledad y abandono de las otras estancias.

—¿Habré yo sido víctima de una alucinación? —decía temblando el caballero galante y burlador.

Y quintaesenciando sus recuerdos creyó aspirar en el vacío aposento el perfume ideal y penetrante de la bella y quimérica mujer con quien había platicado sabrosamente la noche anterior.

De pronto lanzó un grito de asombro y de supremo terror. En un rincón de la estancia solitaria reposaba el espadín, bruñido y coquetón, con su bandolera blanca y roja.

En aquel mismo punto don Alfonso de Echenique que sintió en su ánimo un luminoso aviso celeste, hizo dejación de las vanidades del mundo y tomó nuevo estado entre los humildes y píos hermanos de la Orden que fundara nuestro Padre San Francisco.

Como recuerdo de su milagrosa conversión hizo ofrenda del espadín a un Santo Cristo que se veneraba en la capilla de Nuestra Señora de la Novena, patrona de juglares y faranduleros, en esta villa y corte madrileña, donde el Señor fue servido de realizar tal maravilla.

— Emilio Carrere. El misterio de la casa de los gatos. (La Novela Corta, nº 238, 17 Julio 1920).

Ramón del Valle-Inclán

Ramón del Valle-Inclán (Villanueva de Arosa 1866 - Santiago 1936). Nació Ramón Valle y Peña en el seno de una familia de noble abolengo vinculada a la causa carlista, de uno de cuyos antepasados, Francisco de Valle-Inclán, él adoptaría su apellido literario. El hogar de Valle no dispone de grandes recursos económicos pero sí de cultura y el futuro escritor se ve obligado a estudiar la carrera de Leyes sin mucho entusiasmo ya que comienza a sentirse atraído por la literatura. La muerte de su padre en 1890 precipita los acontecimientos y le permite viajar primero a Madrid y luego a Méjico buscando las aventuras que satisfagan su espíritu inquieto. A su regreso a España y una vez adoptado el apellido artístico de Valle-Inclán inicia en 1896 la conquista de Madrid. Los retratos que se han hecho del autor inciden sobre todo en su particular aspecto bohemio. Amigo de las tertulias, rival entrañable de Benavente, Maeztu o Baroja, a pocos escritores les encajará como a Valle-Inclán el paradigmático “épater le bourgeois”. Manco del brazo izquierdo a raíz de un incidente con el también escritor Manuel Bueno, sabe rentabilizar muy bien su imagen de último bohemio que él pasea, absolutamente convencido de su validez, por el Ateneo y los teatros madrileños. Llegando también a Hispanoamérica con la compañía de teatro de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en la que trabajaba su mujer, Josefina Blanco. Son años dedicados a la causa carlista que defiende con fervor como un ideal estetizante opuesto a la España de la Restauración, mientras se ocupa de lo esotérico y las doctrinas teosóficas. Literariamente da a la imprenta artículos y cuentos, alcanzando la plenitud del decadentismo mo-



deralista con las *Sonatas* protagonizadas por el marqués de Brado-
mín, “feo, católico y sentimental”.

Los días de la primera Guerra Mundial traen consigo el fin de esta Arcadia rural a cuyo término han contribuido muchos y variados factores, a juicio de la crítica. Al estallar la guerra se manifiesta partidario de los aliados, alejándose del apoyo que los carlistas confieren a Alemania. Al mismo tiempo comienza su adhesión a la lucha por la justicia social apasionándose con los ideales de la revolución rusa y ciertos principios del marxismo. En realidad Valle-Inclán ha iniciado ya a través de una larga y compleja trayectoria artística el camino hacia la genial consecución del esperpento, e ideológicamente la denuncia de la España oficial en todos sus estamentos. Esta heterogeneidad se observa muy bien en su biografía. Es cierto que el ministro Julio Burell creó para él la cátedra de estética de la Escuela de Bellas Artes pero el autor la abandonó en 1917 por no interesarle la vida académica, cuando paradójicamente ya había publicado su espléndido ensayo *La lámpara maravillosa*. Como también al instaurarse la República obtiene destacados cargos que ostentará poco tiempo pues su apoyo a los políticos republicanos, con la sola excepción de Azaña, es efímero y la crítica constante. La consecución de la revolución social parece ser su objetivo y veleidades políticas aparte, es en la literatura donde Valle-Inclán alcanza su máxima coherencia.

Viva mi dueño es del año 1928. Está escrita tras *Tirano Banderas* (1926) y *Luces de bohemia* (1920), dos magníficos ejemplos en novela y teatro de su consecución de lo grotesco. Formaba parte de *El ruedo ibérico*, un vasto proyecto que la muerte del autor impidió llevar a término, y que de las tres series previstas, solamente contó con la primera, compuesta por *La corte de los milagros*, la novela citada y *Baza de espadas*. *Viva mi dueño* como su antecesora constituye un impresionante fresco de la caótica situación del país, corrompida la monarquía y sumidos en la amoralidad todos los estamentos sociales. La historia se apoya en el abundante material bibliográfico que Valle tenía de la época y que retrata los acontecimientos que desembarcarán en la Gloriosa y el ambiente de los emigrados que conspiran contra Isabel II. Para plasmarlo formalmente Valle elige una estructura fragmentaria, en la que cada libro se divide en varios cuadros breves en una serie de historias paralelas fundidas simétricamente. Esta ordenación se ve muy bien en las páginas escogidas donde aparecen los principales personajes satirizados.

Lo primero que llama la atención al lector es el desfase existente entre el tiempo de la aventura y el tiempo de la escritura. Es de-

cir, Valle relata acontecimientos ocurridos años antes, lo que le permite ejercer un sentimiento de denuncia prolongado en la actualidad, y también su construcción del esperpento. Recordemos en tal sentido sus afirmaciones: “Creo que hay tres modos de ver el mundo artística o estéticamente: de rodillas, en pie o levantado en el aire. Cuando se mira de rodillas se da a los personajes, a los héroes, una condición superior a la condición humana. Hay una segunda manera que es mirar a los protagonistas novelescos como de nuestra propia naturaleza, como si fuesen nuestros hermanos... y hay otra tercer manera, que es mirar el mundo desde un plano superior y considerar a los personajes de la trama como seres inferiores al autor, con un punto de ironía. Los dioses se convierten en personajes de sainete”. Así es como están dibujados sus personajes, sistemáticamente deformados en la contemplación grotesca. Hay algunos muy fáciles de recordar como sor Patrocinio –la famosa “monja de las llagas” que tanta influencia tuvo en Isabel II– o el general Prim y los Duques de Montpensier retratados en el decadentista entorno, ahora espacio irónico, del Palacio Real o “la madrileña calle del Nuncio”. Otros como el Marqués de Torre-Mellada y la larga lista de militares que aparecen al comienzo se pierden en la memoria, aunque todos coinciden en ser mostrados bien en un ambiente palaciego o en una curiosa vecindad con lo popular en la que se transparenta el interés de Valle por el protagonista colectivo, por la historia del pueblo a despecho de la desigualdad social. Muy revelador de ello es el libro VIII. De nuevo la Puerta del Sol y una corrida de toros constituyen el centro de la acción narrativa. En su descripción Valle presenta por completo divergentes el mundo de la Corte con el del pueblo, ajeno y a la vez víctima de la trayectoria que le imponen.

Para expresarlo formalmente Valle ha elegido un lenguaje expresionista que aúna cultismos y neologismos precedentes de la riqueza del modernismo, con la viveza del léxico popular. Hay popularismos y voces de germanía que prestan el marco a las oraciones entrecortadas, casi carentes de nexos morfosintácticos con que el autor va captando rápidamente sus impresiones de derrumbamiento social. Valle-Inclán realiza en *Viva mi dueño* una perfecta asociación entre sustancia de contenido y forma de expresión, y empleando dos símbolos de identificación española: Madrid, la capital, y una corrida de toros, muestra una sociedad en trance de descomposición con un lenguaje igualmente fracturado que anuncia la llegada de los “ismos” vanguardistas.



Viva mi dueño

LIBRO OCTAVO

VIII

La Puerta del Sol lostrega el prestigio oriental de su nombre. Calle de Alcalá. ¡Tarde de toros! Calle de Alcalá, luminosa y retinante. Puerta del Sol. Bulla de pregones:

–¡Altramuces! ¡Abanicos! ¡Naranjas! ¡El programa de la corrida! ¡La lista grande! ¡Nardos y claveles!

Se vierte sobre las aceras el vocerío de cafetines y tabernas. Zumbona manolería asalta la imperial de los ómnibus. Disputas y zaragatas. Las coimas de rumbo se lucen en calesa, florido el rodeo y el pañuelo del talle. La Corte muestra su vana magnificencia en landós y carretelas. Clarines. Escolta de Guardias. Morriones y plumeros. Grupas en corveta. Caballerizos de espadín y tricornio a la portezuela de las carrozas reales. La Reina Nuestra Señora, lozanea entre azules y guipures. A su izquierda se acoquina la pulcra insignificancia del Rey Consorte. Las Reales Personas no disimulan el desacuerdo del tálamo. La Señora saluda apomponada, florea la mano, tiene una afable sonrisa para su Pueblo. El Augusto Consorte se inclina, con urbana mesura, en un término casi olvidado del gran atalaje. Charoles y metales. Cuatro yeguas andaluzas. Encumbrados palafreneros: Pelucas blancas y medias encarnadas. Otra sección de Guardias. Renovados clarines baten la marcha del Príncipe de Asturias. El Augusto Niño –uniforme de sargento– encanta al populacho con la monería de su saludo militar. Sonríe, en-

tre bigotes y perillas marciales. Le asisten y celebran el General Marqués de Novaliches, Mayordomo y Montero Mayor de su Alteza. El General Sánchez Osorio, Jefe de Estudios. El Coronel Losada, Placa de San Fernando, Medalla de África, Gran diploma de la Asociación de Caza y Pesca, Primer Premio en los Concursos de Tiro, gloria nacional en los ejercicios de carabina y bayoneta.-La Marcha de Infantes. Más landós, más carretelas. Los duques de Montpensier saludan. Aplausos y vítores.-Los Comités de la Unión Liberal pagan dos pesetas.-El retén de pistolos permanece formado ante la verja del Ministerio de la Guerra. Los duques saludan: Sonrisa de soberanos. La misma algazara de cornetas. Caballerizos y palafrenes. Las mismas pelucas blancas, las mismas medias encarnadas. Otra sección de Guardias, más coches de la Real Casa. Landó a la Grand d'Aumont. La Infanta Isabel Francisca, rubia, chata, una fábula verde el vestido, cachirulo de carey, mantilla de madroños, belleza manchega de princesa Aldonza. A su lado, la Duquesa de Casteluccio. En la bigotera un uniforme: Dormán y chascás con pompón de gala.-Otra ráfaga de cornetas.-El Príncipe Napolitano, Prometido de la Señora Infanta.-Víttores graneados. La Intendencia de Palacio paga dos reales:

-¡Altramuces! ¡Abanicos! ¡Naranjas! ¡El programa de la corrida! ¡La lista grande!

Alcahuetas y cesantes, pícaros y bohemios, ciegos y lisiados, con donaires y lástimas, dan tientos a la bolsa ajena. El gentío de a pie, con el sol en la espalda, sube hacia la plaza esparcido por las dos aceras. Endrina y garbosa, ondula la gitana prometiendo ventura. Sobre un penco trota el picador, amarillo jinete, con el azul monosabio a la grupa. Un ciego pregona el romance del Horroroso Crimen de Solana. En la imperial de los ómnibus, chungas y algarabías, calañeses y peinetas de teja, bastoneo y pataleo, luces morenas. El mayoral arrea el tiro de mulas. Bailan borlones y cascabeles. Restalla la fusta. Avinados berridos blasfemos. En torno de la plaza, tumulto de ruedas y caballos. Humo de fritangas:

-¡Agua, azucarillos, aguardiente! ¡El programa de la corrida! ¡Agua, azucarillos, aguardiente! ¡Claveles! ¡Claveles! ¡Claveles! ¡Patitas de bailador, déjame una mota!

Moscas y polvareda. Negra el gentío en las entradas de la Plaza. Disputas taurómacas. Impacientes empellones:

-¡Naranjas! ¡Naranjas! ¡Fresca! ¡Fresquita!... ¡De la Fuente del Berro! ¡Aleluyas de don Pirlimplín! ¡Risa para un año! ¡El programa de la corrida! ¡EL Horroroso Crimen de Solana!

Guitarra y solfa. Rondas de morapio. Apolo cuelga su laurel en la puerta de un ventorillo. Desafina el ciego:

En un negro calabozo,
confesados y convictos,
pagan su sanguinidad
los malvados asesinos.
Piden indulto al Gobierno
el Clero y el Municipio,
militares y paisanos,
viejos, mujeres y niños.

IX

Lleno en la plaza. La charanga de un regimiento acomete la Marcha Real. Mareas de difuso vocerío, un clarín. Sale a caballo Felipe III. Bronca en el sol:

—¡Naranjas! ¡Naranjas!

Tumulto en la talanquera del toril, y el toro en el ruedo: Bien criado, bien puesto de pitones, barroso, berrendo en colorado, divisa colmereña. Aplausos al ganadero. La Reina le busca con los ojos y le saluda con el abanico. Las madamas grandeza engalanan sus palcos con ondulación de pañuelos chinescos. Algarero ramillete. Revuelo de abanicos. Peinetas, madroños, claveles. Aplausos en todo el ruedo taurino al primer quite de Frascuelo. Un piquero por tierra. Trota el penco al filo de las tablas, pisándose las tripas. En los brazos de azules monosabios se recuesta la mueca del garrochista, que se duele de la costalada. Frascuelo lancea. Palmas y oles. El colmenareño se va suelto sobre la querencia del caballo difunto. Levanta el testuz careto de sangre:

—¡Naranjas! ¡Naranjas!

Frascuelo, vestido de luces —corinto y plata—, subió al Palco Real. El espada era alto, membrudo, la jeta oscura, de una fealdad bravucona: Arrodiándose con garbo de rufo, besó la mano de Sus Majestades y Altezas. La corte acogía al espada con murmullo de lisonjas. La Señora le agasajó con una petaca, donde lucían las cifras reales.

—Ya he visto que sabes arrimarte. ¡A mí me gustan mucho los toreros valientes!



Intervino un poco bronca la Infanta Isabel Francisca:
 –¡Cúchares nunca ha hecho más!
 Asentía el Rey Consorte:
 –¡Y los toros eran muy grandes!
 Frascuelo explicó, doctoral:
 –Codiciosos, y eso es lo que hace falta para poder lucirse y dar gusto a la afición.
 Tornó la Reina:
 –Del público no estarás descontento.
 Certificó el espada:
 –¡Es muy noble este público de Madrid!
 La Majestad de Isabel Segunda paseó por la plaza las azules pupilas: Comparaba y escondía una queja celosa, por el desamor que el pueblo había mostrado a su Reina. Despidió al espada:
 –Ve a verme alguna vez. Ya sabes que tendré mucho gusto en ser madrina del primer hijo que tengas.
 Frascuelo tornó a la plaza. Era muy extremada su devoción isabelina y agradecía la petaca en el propósito de lucirla y dar achares a más de uno con aquella muestra del real aprecio. En la barrera, tomó el botijo, echó un trago y, sentándose en el estribo, mostró la petaca. Un caballero garboso, brillantes en la pechera, patillas y calañés, apareció por el callejón repartiendo saludos protectores: Llegó al espada y le asentó familiarmente en el hombro la mano pulida, brilladora de anillos y tumbagas:
 –¡De órdago, Salvador! Vamos a nombrarte archipámpano del volapié.
 –¿Te ha gustado la faena?
 –Superior. Templando y mandando como los propios ángeles.
 –No ha estado mal, porque era un bicho de cuidado.
 –Ya lo he visto. De los que saben latín.
 –¡Y con unos pitones!
 –Cúchares lo hubiera despachado a paso de banderillas. Te has pasado de guapo.
 –El Señor Curro ya tiene hecho su cartel. Vamos con el quinto, Benjamín.
 –Una palabra. Me he comprometido a que le brindes la faena a cierta ilustre dama.
 –¿Quién es ella?
 –La Duquesa de Montpensier.
 –¡Benjamín, no me traigas enredos!
 –¡Salvador, me he comprometido!
 –¡Hasta los toros queréis llegar con la política!

—¿Dónde ves tú la política?

—Benjamín, que no le doy ese trágala a la Reina.

—La Reina, encantada.

—Déjame de mapamundis.

—¡Si a nada te comprometes con brindarle un toro a la Duquesa!

—¡Con tanto saber, a mí no me la das!

—¿Qué telarañas se te han puesto?

—¡Que no me la das!

—Pues cuento acabado, y a la recíproca, Salvador.

—No te atufes, compadre. Los de la casaca liberal os traéis esta tarde un trasteo de mucho mamporí, que decimos por la tierra. Os parecen pocos los vivos, y queréis armar un jaleo. Benjamín, soy empírico, y nada se me ha perdido en la política. En todo lo que no sea por esa querencia, me mandas. Este toro te lo brindaré a ti.

—Yo me retiro ahora de la plaza. Salvador, buena suerte.

El espada encogióse de hombros. Requirió el botijo, apuró un chorrito y se limpió la boca enorme con el dorso de la mano:

—¡Vamos allá!

Saltó del callejón al ruedo, y apoyado en el estribo, quedó un espacio atento a estudiar las intenciones que descubriría el toro, entre el capoteo de los peones:

—¡Fresca! ¡Fresquita de la Fuente del Berro!

X

La Familia Real abandonó la plaza al comenzar la lidia del último toro. Las Augustas Personas, con largo séquito de palaciegos, repartían saludos y prodigaban sonrisas al ilusionado populacho de aguardiente y buñuelo. Madrid, polvoriento de sedes manchegas, tenía un último resplandor en los tejados. Sobre la Pradera de San Isidro, gladiaban amarillos rojos y goyescos, en contraste con la límpida quietud velazqueña que depuraba los límites azulinos del Pardo y la Moncloa. La luz de la tarde madrileña definía los dos ámbitos en que se combate eternamente la dualidad del alma española. La Corte de Isabel Segunda, con sus frailes, sus togados, sus validos, sus héroes bufos, y sus payasos trágicos, obsesa por la engañosa unidad nacional, fanáticamente incomprensiva, era sorda y ciega para este antagonismo geomántico, que todas las tardes, como un mensaje, lleva el sol a los mi-

radores del Real Palacio. En aquellos amenes, la unidad del credo religioso, que a lo largo de tres sombrías centurias pudo hacer las veces de vínculo político, se relajaba ya impotente para mantener la ficción, una vez abolidas las hogueras del Santo Oficio. La Fe Católica, encendida de dramatismo semítico, había dado su potente boqueada, quemando franceses, como había quemado hugonotes y judaizantes. España sostuvo la última de sus guerras religiosas frente a la invasión napoleónica, y haberlo desconocido es el pecado del vocinglero liberalismo, que legisló en las Cortes de Cádiz. Se quiso entonces coronar el fantasma de la unidad nacional con engañosos laureles militares, y enmascarar la furia teológica del pueblo alzado en armas, con los rejos peleones de morapio patriota. Tan ilusas fanfarrias, solamente alcanzaron para engalanar con ramos de floridos tropos, odas, arengas, proclamas, vítores. Sagunto y Numancia, Pavía y San Quintín, Lepanto y el Dos de Mayo, desempolvaban el diccionario de la rima, y los preceptos de la poética seudoclásica. Pero la realidad es siempre más cruel que la mala retórica. Los Ejércitos Nacionales, que con heroicas retiradas, al perder todas las guerras, hacían gloriosos todos los desastres, no lograban mantener la pureza del caduco vínculo nacional, como la hoguera y el fraile.—Dos Españas acendrabán sus luces en el horizonte de herreriales y tejares, dos almas diversas dilataban hasta opuestas playas su vasto secreto, en el silencio de la tarde. Verdes fríos, pinares brumosos, adustos roquedos, mudables mares, lluvias y vientos, intuía la sierra, frente a la llanura encendida de ecos africanos, vocinglera de zambras y majezas, amarilla de espartos, reseca de sedes.—Las Católicas Majestades inmovilizaban una tierna carantoña frente al populacho. Madrid, tendido al sol, con polvo en la greña y moscas en las orejas, ilustraba la tarde con rufas hazañas, por garitos y tabernas.—Una jactancia chispona de jeta con chirlos, pasea su gesto bravucón a lo largo del reinado isabelino: Las fanfarrias militares han trascendido a la conciencia popular, con oles y falsetas de una jácara matona.—Saludaban los Reyes. Promovían bélico artificio de luces, espadines y bandadas, charrascos y pompones. El oro de los entorchados y los retintos bigotes marciales, encandilaban a la tunería de daifas y pirantes. Se complacían los marchosos de gusto, con las rubiales mantecas de la Augusta señora. Partió el cortejo de cara al sol, entre un fugitivo espanto de perros y gallinas que dormían en las hoyas. A la puerta del tabernucho, en una rueda de avinados fervores, enronquecía el ciego, al compás del guitarro:



La más culpada de todos
Una mujer ha salido:
A las inocentes víctimas
Sacaba los higadillos,
Y guisados se los daba
De cena a los asesinos.

El Marqués de Bradomín, a la salida de la plaza, compró el romance. Chifló Torre-Mellada:

—¡No vale la pena de leerlo! ¡Paparruchas! Toñete me ha venido con ese papel. Os diré que casi tengo en la mano el indulto. Mis afa-
nes me cuesta. ¡Qué batalla! La Audiencia de Sevilla ha informado
en contra. El Gobierno inflexible. Yo terne que terne. Me compro-
metí a que no se levante el patíbulo en Solana. A la Señora la he in-
teresado en favor de los reos, a sus plantas. ¡Es infalible! ¡La Reina
Isabel la Católica que era muy buena, pero dudo que aventajase a
la Señora! Y muchas veces no puede exteriorizar los sentimientos de
su excelso corazón, por las exigencias políticas. Una Reina Consti-
tucional, está siempre un poco atada. A lo mejor se le ocurre dis-
crepar a un Ministro... Lo he dicho siempre, y como yo, pensamos
todos en Palacio: A la Señora, para hacer la felicidad de los espa-
ñoles, le ha sobrado la Constitución.

Murmuró Bradomín:

—Verdaderamente nada ha estorbado tanto el progreso de los
españoles como la Constitución. ¡Muertes, asolamientos, fieros ma-
les! ¡Y por qué? Por una hoja de higuera que se había puesto cris-
tino, frente al carlista. Cosa tan exigua, ha encendido la guerra ci-
vil, cuando en realidad de las dos ramas borbónicas ninguna quería
la Constitución.

Torre-Mellada se adornó con un ramillete de sentencias floreci-
das en la Real Antecámara:

—La Constitución está en pugna con el Derecho Divino. Ninguna
vieja monarquía puede hallarse conforme con recibir el poder del
pueblo, cuando lo tiene recibido de Dios. Bien mirado, es una aber-
ración pretender que haya Reyes Constitucionales. Tanto valdría
empeñarse en el absurdo de que las monarquías se hagan republi-
canas. ¡Lógica! ¡Lo que yo digo, lógica!

—Estás hablando en perfecto carlista.

—Como se habla en Palacio. La Reina era una niña, y el pueblo
estuvo a su lado por eso mismo. ¡Muy natural en un pueblo de tan
nobles sentimientos como el español! Pero siempre se ha puesto por
delante el Derecho Divino.

—Y la hoja de higuera constitucional.

—Con toda suerte de restricciones mentales. Así te lo concedo. Era una imposición de las circunstancias... Pero la Monarquía ha repugnado siempre liberalizarse, y con ella cuantos aquí representan un sentido del orden: La Nobleza, El Clero, lo más sano de los cuarteles, las clases conservadoras del Comercio. Cuatro oradores de club y otros tantos grajos del periodismo, son los únicos que desafinan, pero el pueblo se mantiene fiel a la sacrosanta tradición de nuestros mayores. Otro Santo Oficio es lo que hacía falta para limpiar al país de esa contaminación. ¡Una turba de descamisados! Porque no son otra cosa. Puedo aseguraros que es intolerable la tutela ministerial. ¡La Señora cuántas veces tiene que reprimir los impulsos de su corazón para no disgustar al Consejo de Ministros! Se le ponen trabas cuando quiere mostrarse magnánima, como sucede ahora con el indulto de los reos de Solana.

La Marquesa Carolina sacó una mano entre las blondas, sujetándose los claveles que prendían en el descote:

—¡Comprendo la clemencia para los reos políticos, pero con esos criminales!... El Señor Blasillo, un hombre que tenía nuestra confianza, no es digno de tu interés, Jeromo. Pudimos haber sido sus víctimas. ¡Esos recuerdos me han hecho imposibles los días que acabamos de pasar en los Carvajales!

Feliche cerraba los ojos con un gesto reconcentrado:

—¡Y aquella mujer!

Evocó Bradomín:

—¡La Sibila Manchega!

—¡Qué horror!

El Marqués de Bradomín ponía los ojos con leve burla en el papel del romance:

—¡Esa mujer, ángel malo,
De lo malo que se ha visto,
En la boca de una cueva
Vigilaba a los cautivos,
Y, por escarnio, los fuerza
A que coman en un pilo,
perdonando la expresión,
como si fueran gorrinos.

El coche trasponía con suave mecimiento el gran portón del Palacio de Torre-Mellada. La Marquesa, con dengue, estrechó la mano de Feliche:

–Te quedas a comer conmigo, y nos iremos a los Bufos. Jerónimo tiene banquete en la Casa Grande.

Feliche, agacelada, miró a Bradomín. Era feliz sometiéndose a la voluntad del amado, apretando los lazos de su enamorado cautiverio.

XII

El Marqués de Torre-Mellada, con un revuelo, cacareando, salió de manos de Toñete:

–La capa de maestrante.

Giraba sobre los talones, mirándose en un espejo. El ayuda de cámara le puso sobre los hombros la capa blanca. Pulsaban en la puerta con tremolín de artejos burlones, como de duende. Toñete acudió con quiebro de viejo danzante, y entornada la hoja, miró por el rendijín. El Marqués le interrogaba sacando el morro: Toñete falsificó una mueca de reverencia:

–¡El Excelentísimo Señor Barón de Bonifaz!

El Marqués, haciendo perifollos, desvióse del espejo para recibir al Pollo Real:

–¡Encantado de verte!

Adolfito, sombrero apuntado, paletó inglés, medias de seda, fumaba un veguero: Con chungu elegante, lanzó una gran bocanada de humo:

–Vengo a pedirte un lugar en el coche. Tengo enfermo el tronco de yeguas normandas. ¡Una friolera! ¡Cuatro mil napoleones!... ¡Tengo enfermo al cochero! ¡Otra friolera! Sesenta duros mensuales. Cierito que es el mejor cochero inglés. ¡William Smit sólo admite competencia con Carlos Alba!... ¡Tengo enfermo al lacayo negro! ¡Otra friolera! Siete libras de carne cruda en cada comida. ¡Igual que el león de la Casa de Fieras!

El Marqués de Torre-Mellada se hacía cruces:

–¡Adolfo, estás en un estado lamentable!

–¡Algo mareado! ¡Todo hace falta para sobrellevar esta vida de calamidades!

–¡No tienes enmienda!

–¡Completamente de acuerdo!

–¡Te pervierten las malas compañías!

–¡Indudablemente!

—¡En tu posición actual, es preciso que cambies de vida!

—¡Y tanto!

—¿Por qué no lo haces?

—¡Porque no quiero!

—Adolfo, con esa conducta te juegas la posición que tienes en Palacio. La Señora abrirá los ojos... ¡Es muy buena! Con todo eso, un día puedes verte sustituido... ¡Acabará, necesariamente, por su-peditar los sentimientos de su corazón a las exigencias políticas! ¡Ya se anuncia otro cambio en la Alta Servidumbre! ¡No doy un ochavo por ti, si hacen Intendente a Marfori! ¡Tienes muy disgustado al Gobierno!

—¡Nos despedirán juntos!

—¿A mí?

—¡Probablemente!

—¿Sabes algo? ¿Tienes algún motivo especial para afirmar ese disparate? El Gobierno sólo ha recibido de mí pruebas de lealtad. En Palacio he sido el primero que se ha pronunciado por la conti-nuación del Gabinete. Luis Bravo no lo ignora.

—¡No te aflijas! Nos acogemos juntos al desierto. Siempre será menos aburrido que los trisagios de la Casa Grande.

—Adolfito, tenemos que conservar nuestras posiciones... Por tu bien hablo... ¡Cambia de vida, no te juegues el porvenir tan bonito que ahora te sonríe!... ¡Procura asegurar lo que tienes!...

El Pollo Real, con los ojos chispones, tiraba del cigarro:

—¡En Palacio, los sueldos son irrisorios!

—¡No son sueldos!... Eso es precisamente lo que dignifica nues-tros servicios a los Reyes. ¡No son sueldos!

—¡Son propinas!

—¡Hablas como un demagogo! ¡Propinas! ¡Te pones incõnve-niente! ¡Comprendo tus escrúpulos, los comprendo y los comparto! Hasta cierto punto... ¡Nada más que hasta cierto punto! La Señora tiene derecho a conocer tu situación, y, seguramente, dados sus ge-nerosos sentimientos, hubiera acudido a remediarla. Es el paño de lágrimas de todo zurruburi, y tú eres algo más para el corazón de la Señora. ¡No seas orgulloso!

—¡Me haces demasiado panoli! ¡He pinchado en hueso, después de una faena que ríete tú de Frascuelo! Cuando ya tocaba la guita, se ha puesto otro más chulo por medio y cargó con el santo y la li-mosna.

El Marqués se transfiguró con una mueca turulata:

—¿Hay moros en la costa?

—El Vicario de Cristo. ¡Ese pollo ha copado!

- ¡Adolfo, que es el Padre de los Fieles!
- ¡A mí me ha jorobado!
- ¡No blasfemes! Ya me penetro de todo el misterio. ¡Yo las cazo en el aire!
- La Augusta, después de una escena de lágrimas, me ha ofrecido sus alhajitas para pignorarlas.
- ¡Qué gran corazón! ¡Otra Isabel la Católica! ¿Te habrás sentido conmovido?
- ¡No mucho! Colón pudo darse por satisfecho... Eran otras sus circunstancias... No parece que estuviese muerta por sus pedazos aquella Augusta. ¡Pero yo he sido propuesto al Niño del Vaticano!...
- ¡Es natural, y no debes tomarlo tan a contrapelo! La Santa Sede tiene que ser remunerada... ¡Hazte cargo! Se ha impuesto un sacrificio muy costoso al negociar con los masones. El Santo Padre está en sanguijuelas. ¡Me consta! ¡Ha tenido una subida de sangre al cerebro!
- ¡Pamplinas! Que cuelgue la tiara y se venga aquí a pelarla en la regia alcoba. Le cedo el puesto.
- ¡Estás obcecado!

XIII

En la Galería del Real Palacio un mundo de uniformes y mantos, repartido en ruedas vistosas, susurraba fatuos comentarios de política y toros, modas y amoríos, novenas y sermones, desengaños y lisonjas, promesas y esperanzas:

- ¡Inexplicable la conducta de Serrano!
- ¿Tú esperabas otra cosa?
- La Señora le ha dirigido una invitación especial, para que no excuse su asistencia a la boda de la Infanta.
- No lo creo.
- El presidente está celebrando una conferencia con los Reyes.
- ¿Algo grave?
- ¡Barruntos!
- ¿A tu hijo le han dado la llave de Gentilhombre?
- ¡Estoy agradecidísima!
- Para el mío no ha llegado esa gracia.
- Llegará.
- ¡Si Pepe Concha me cumpliera la palabra de nombrarlo su

ayudante!

- ¡Señores, no hay nada, nada, nada!
- ¡Qué faena la de Frascuelo!
- ¡Y la mejor no la hizo en el redondel!
- ¿Es verdad que se ha negado a brindarle un toro a los Duques?
- ¡En el callejón ha sido la mejor faena!
- ¡Qué pretensión la de esos señores!
- ¡Pues es un caballero Frascuelo!
- Se les aguyó el programa a los de la Unión.
- ¡ontrigantes!
- ¡Un torero que les da lecciones de lealtad!
- ¡Qué pitada!
- ¡Un fiasco!
- ¡Adiós mi dinero!
- ¡Parece indudable! Mis noticias vienen directamente de la tertulia del General.
- ¿Del General o de la Generala?
- Su Alteza le ha escrito también.
- Todavía lo creo menos.
- La Señora no podía esperar una negativa.
- ¿Y ha tomado el olivo?
- Eso parece.
- ¡Es inconcebible!
- ¡Estamos en tiempo de milagros! El franchute había dado treinta mil reales para la ovación.
- ¡Creo que exageras! ¡Déjalo en tres mil!
- ¡Barata ovación!
- ¡Frascuelo tiene todas mis simpatías!
- ¡Vaya barbián!
- ¡Mañana lo siento a mi mesa!
- ¿Me convidó?
- ¡Encantada!
- Son noticias de Londres. Hay un pacto de Generales.
- ¡Ríete! ¡No hay pacto! Prim gime cautivo en una sonrisa de la Reina Madre.
- ¡Qué absurdo!
- ¡Si hubo pacto, ya no lo hay!
- ¿Tú haces el mes de María?
- ¡Estoy desolada! ¡Se me ha pasado!
- ¡El General Serrano, ha salido ayer de Madrid!
- ¿Confirmado?
- ¡Plenamente! Una huida, para no hallarse presente en las bo-

das de Su Alteza.

–Le remuerde la conciencia.

–No es hombre de escrúpulos.

El Marqués de Torre-Mellada movíase de corro en corro, refiloterero y pazguato. Adolfo recibía dilectas sonrisas de las madamas, serviles saludos de fajines y entorchados, amistosas carantoñas de la servidumbre palaciega, envidiosas miradas de los bizarros de la alabarda.

XIV

Los Serenísimos Señores Duques de Montpensier recibían en sus habitaciones el homenaje del bando unionista que conspiraba, sin recato, contra la Majestad de Isabel Segunda. Generales, tribunos, y poetas decoraban aquella intriga, con grandes gestos de virtudes romanas. La Unión Liberal se disfrazaba de matrona. –Casco, rodela, lanzón, una sábana por manto, jugaba la tragedia, después de haber representado en las tablas políticas, el intermedio de baile entre los Muñuelos Progresistas, y los Escapularios Moderados. –El Capitán General de los Ejércitos, Duque y Grande, que con su bengala imponía el ritmo de quiebrros y mudanzas, había estirado el descomunal zancajo en tierra francesa. El Héroe de Luchana se fue del mundo para no ver aquellos amenes. Héroe de cortas luces, pero tresillista de mucha cautela, resplandece en los fastos isabelinos, aplicando a la ciencia política los ardidres con que se llevaba las puestas en la tertulia de su Doña Manuela. La Unión Liberal, huérfana y sin compás, croaba la fábula de las ranas pidiendo Rey. La lucida comparsa de vates laureados, elocuentes tribunos, y farrucos fajines, rendía acatamiento de testas coronadas a los Serenísimos Infantes. El Duque conversaba en un ángulo con el General Córdova. La Duquesa, asistida de damas y galanes, ocupaba el estrado. Los Señores Alaminos y Torre Beleña desfilaban ante el ujier que sostenía el cortinón. Aún duraban los saludos, cuando llegó el General Caballero de Rodas. A poco, casi sin tregua, portando gran fajo de papeles, muy misterioso y circunspecto. Solís y Angulo, Secretario del Duque. Tenían las voces un anovelado susurro de conjura. La Señora Infanta se compungía entre sus damas, oyendo la crónica palaciega de licencias y discordias, intrigas y milagros:



—¡No puedo creerlo! ¡Imposible que mi hermana pueda olvidar a tal extremo las obligaciones de su sangre! ¡Una nieta de San Fernando! Jamás he tenido ambición de reinar, apartada voluntariamente de la Corte... ¡Jamás! Y nunca pensé que me viese forzada a recoger el legado de mi difunto padre el inolvidable Rey Fernando VII. Lejos de estos faustos, entregada a los plácidos goces de la familia, era feliz con mis hijos y mi marido...

Declamó campanudo el Señor López de Ayala:

—¡Cuando la impotente mano real deja caer el cetro en el fango, solamente está en condiciones de recogerlo sin mancharse la mano de un ángel!

La Señora Infanta se mostró agradecida, sonriendo con celestial melindre:

—No adelantemos los sucesos, Ayala. La Reina, afortunadamente, puede abrir los ojos y operarse un cambio en su conducta consagrándose a labrar la felicidad de los españoles. Yo espero que así ocurra. Conozco los generosos sentimientos que atesora el corazón de mi hermana, y que no es culpable de los disturbios que afligen a España. La creo mal aconsejada, pero su corazón es bueno.

El campanudo poeta se llenó de aire.

—Las horas que alcanzamos sólo tienen precedente en la decadencia de Roma. Las causas de la crisis políticas son de tal índole, que hemos de ocultarlas a nuestras madres y a nuestras esposas. España no puede tolerar más tiempo el vilipendio en que yace sumida, la revolución está en marcha, es ineludible, se proyecta en el horizonte como una fatalidad histórica.

—¡Las revoluciones son algo terrible! Ayala, no olvide usted que he visto rodar el Trono de Francia. ¡Por nada del mundo quisiera volver a vivir aquellas horas!

Sobrevino un silencio tembloroso de recuerdos dramáticos. Carolina Torre-Mellada lo aventó con su rubio mohín de rosicleres franceses:

—Las turbas descamisadas invadieron las Tullerías... Yo estaba al lado de Su Alteza. ¡Qué heroica dignidad frente al peligro, cercada por los gritos y las amenazas de aquellos demagogos! ¡Qué ánimo verdaderamente regio cuando los hombres más valientes estaban pálidos!

La Señora Infanta tuvo una mirada furtiva para su Augusto Consorte: El Duque alternaba la lectura de un pliego cabildeando con el grupo de chafarotes de la Unión: La Señora Infanta declinó los ojos sobre las manos cruzadas, y se preparó con un suspiro para el relato de aquellos terribles sucesos ocurridos, en la Corte de

Francia. Le complacía el recuerdo de sus horas de heroína. El Duque, al otro extremo de la cámara, con taimada mueca de asombro, dobla el escrito y deja caer los lentes, arrugando la nariz de enorme curva borbónica: Se asombraba con crasas erres francesas:

–¡Incomprensible! ¡Verdaderamente esta carta sólo la escribe un perturbado! Sin ver el autógrafo, hay motivo para sospechar de la autenticidad del documento.

El secretario guardaba una actitud circunspecta:

–Indudablemente, para alcanzar una plena convicción, sería preciso hacer un viaje a Londres.

–¿Está el vendedor en Londres?

–Eso dice el sujeto que ha facilitado la copia. En Londres... Un enviado de las Logias...

–¿Qué cifra?

–Quinientos mil reales.

–¡Oh! ¡Qué escándalo!

–En el pedir no hay engaño.

–¡Señores, si esa carta realmente existe, empiezo a temer por la razón de mi regia cuñada!

Aseguró Torre Beleña:

–El Gobierno, me consta, ha dado órdenes para comprar ese documento.

El Duque giró los ojos, y con un gesto paternal llamó a la Duquesa:

–Louisette, concédenos un momento.

La Señora Infanta, con amable sonrisa, salió de la rueda de sus damas para acudir al reclamo del Augusto Consorte:

–¡Estoy apenadísima! Alfonsito, al volver de los toros, sufrió una recaída. ¡Un vómito de sangre! Ahora me lo ha dicho Carolina. ¡Estoy alarmadísima! ¿Era eso lo que tú deseabas comunicarme?

–¡No era eso precisamente!... De Londres se ha recibido una copia de la carta que tu hermana ha dirigido al Santo Padre. Puedes leerla.

El Duque presentaba el pliego:

–¡Lee!

La Señora Infanta tomó el papel y aún insistió curiosa, mientras lo desdoblaba:

–¿Es como ha venido asegurándose?

–¡Mucho más grave!

Leía la Infanta con respiro de párvulo. El Augusto Consorte halló espacio para condolerse por la flaca salud de su sobrino el Príncipe:

—¡Desgraciada criatura! El Destino se muestra inclemente con la Real Familia Española.

Insinuó el General Córdova:

—¡El Príncipe arrastra una herencia fatal! Hace diez años el favorito era Puig-Moltó. No hace mucho, le hemos visto morir tísico.

Hubo un tácito acuerdo. La Infanta abrió los ojos cortando la lectura:

—¿Cómo ha escrito esto? ¡Llamar a la rama legítima! La rama legítima somos las hijas del Rey Fernando VII. ¡Ninguna otra! Ella podrá abdicar sus derechos y los de sus vástagos, pero no los míos.

Asintió el coro:

—¡Es indudable!

—¡El Rey Felipe V no podía cambiar la Ley de Sucesión!

—¡Se da por no existente el codicilo del difunto Rey Fernando!

—¡Y la bofetada a Calomarde!

—¡Y una guerra, señores, y una guerra!

El Duque recogía el papel que le devolvía la Duquesa: Prudente y taimado volvía a repararlo:

—¡Calma! ¡Calma! ¡Hay motivos para dudar que sea auténtica la carta de la Reina! ¡Es incomprensible que medite la abdicación desposeyendo a sus hijos!

Contradijo la Duquesa:

—¡No es incomprensible. Otras veces ha manifestado los mismos escrúpulos! Mi hermana es muy dueña de insinuar reparos a la legitimidad de sus hijos... Cumple, sin duda, con un deber de conciencia. Pero mis derechos nadie ha osado ponerlos en duda, y para sostenerlos, si es preciso, montaré a caballo.

El coro acogió con susurro de adulaciones y plácemes, la heroica decisión de la Señora Infanta. La lúcida farándula de tribunos, chafarotes y poetas tuvo un trasnochado gesto romántico: Había asistido a los dramones históricos y a las paradas militares, a las logias masónicas y a los conciliábulos apostólicos: Eran hombres de mundo, viejos galanes, con catarro de arrepentidos, que conspiraban por hacer feliz a la Patria. Fraques de Utrilla, cruces, uniformes y bandas se inclinaban en rueda ante la Serenísima Señora.

X

Las volubles hablillas palaciegas atorbellinaban su murmullo

avispero por galerías y antecámaras. Con el taladro de aquellos agujones, eran lumbre las serenísimas orejas del Príncipe Cayetano María Federico de Borbón, Conde de Girgenti. El Caballero Canofari, personaje de su séquito, le había mostrado una copia del regio autógrafo, que tarifaban los carbonarios italianos, desde la herética sede de Londres. El Príncipe, dura frialdad de turquesa en los azules ojos de estirpe real, amontonaba el rubio ceño, y tenía despechadas palabras juzgando a la Corte de España: Era tanto su enojo que traducía intenciones de romper los conciertos matrimoniales:

—Es indispensable que conozca mi resolución la Familia Real Española. La boda ha sido concertada por interés de las dos ramas, y la abdicación lesiona mis futuros derechos. ¡Oh! ¡Es un despojo que no puedo tolerar de ninguna manera! La Infanta, mi bella prometida, está llamada a reinar, teniendo en cuenta la delicada salud del Príncipe... Con ser tan bella, yo, felizmente, no soy enamorado de sus gracias, no he tenido tiempo para caer a sus plantas. Muy indispensable que sea transmitida mi resolución de romper y tomar el camino de Roma. Las capitulaciones aún no están firmadas y, sin duda no cabe aludir en ellas a la endeble salud del Príncipe Alfonsino. ¡Oh!... Estaría algo fuera de todo protocolo... Pero lo que no puede escribirse, puede ser objeto de conversaciones.

El Príncipe Napolitano se paseaba por la cámara: Era rubio, menudo, el bigotejo oralino, los ojos azules y crueles. Con el instinto oscuro de lograr sus fines, lanzaba la pueril bravata de romper los conciertos matrimoniales. Príncipe sin dineros, buscaba mejorar de fortuna, por sus bodas, y como acontece a muchos vástagos regios, en la intimidad de sus familiares trataba cínicamente el tema de las usuras y trampas, que le agobiaban: Rencoroso, de cortas luces, frío de alma y viciado de sangre, tenía por veces un mirar insistente y vesánico, una súbita ausencia del pensamiento bajo la cláusula dura de los ojos. Sentía una desorientación de noche oscura, rasgada por súbitos relámpagos altaneros, que descubrían lontananzas de cínica desolación. El Caballero Canofari intervino áulico, ecuánime:

—No está confirmada la versión, y es posible que nunca haya escrito vuestra augusta prima la Reina de España.

El Caballero Canofari, antiguo diplomático, ejercía funciones de mentor cerca del serenísimo Príncipe Cayetano María Federico. Apostilló otro personaje del séquito:

—¡No olvidemos hasta dónde llega la audacia de las sociedades secretas!

El Conde de Girgenti detuvo su paseo al otro extremo de la cámara, tecleando en el mármol de la consola:

—Admito vuestra duda... Mi situación no cambia. Yo no estoy dispuesto a enajenar mi libertad, sin haber definido cuáles son mis futuros derechos... La Infanta ha sido Princesa de Asturias... Puede volver a serlo... Puede ser Reina de España. La abdicación en la rama carlista es algo que daña mis intereses. ¡Yo esperaba que vosotros me ayudaseis!

Se adelantó, mesurado y dogmático, el Caballero Canofari:

—¿Puede dudarle Su Alteza? Pero admitamos la posibilidad de un complot urdido contra vuestra augusta prima. Procedamos a cerciorarnos, sin incurrir en la ligereza de dar crédito a las murmuraciones... Otra cosa sería una ofensa a los leales sentimientos de la Católica Majestad.

El Caballero Canofari hablaba con premioso atildamiento, rebuscando las expresiones como si dictase una nota diplomática. Se advertía que sus reparos y salvedades eran fórmulas de protocolo, maneras de viejo cortesano que en todo momento elude la censura de las regias flaquezas. El Príncipe Napolitano insistía tecleando con nerviosa crispación sobre el mármol de la consola:

—Canofari, vas en mi nombre a solicitar una entrevista.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

—¡La Reina está obligada a explicarme la doblez de su conducta!
—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

La más amable y cauta sonrisa rasgaba la boca del astuto mentor. Arrebatóse la Serenísima Persona:

—¡Tampoco eso!

El caballero Canofari, morosamente, trascendía a las sinuosidades de la sonrisa un almíbar de sutil confidencia:

—No es, sin duda, el mejor camino para conocer lo que haya de verdadero en el asunto de la carta... Su Majestad no habrá guardado copia, y puede muy bien hacerle traición la memoria de sus referencias. Si Vuestra Alteza me lo autorizase, yo seguiría otro camino... Una gestión con el Nuncio de su Santidad.

El Príncipe Napolitano asintió con incontinencia petulante de vástago regio:

—¡Ésa ha sido mi primera idea!... Veo que por una vez nos hallamos de acuerdo. El Caballero Canofari se inclinó, agradador y mundano:

—¡Una vez que no será la última, Alteza!

Súbitamente se demudó la expresión del Príncipe: Vaciló con los ojos desorbitados, rechinando los dientes, convulsionando toda la figura. Acudieron los familiares a sostenerle. Una espuma epiléptica le asomaba entre los labios amoratados. Musitó una voz lle-

na de prudencia:

—¡Es preciso que no trascienda la noticia de este accidente!

XVI

¡Madrileña Calle del Nuncio! El carruaje con blasones reales, que descendía lentamente, se llenó de brillos al doblar el esquinazo de la iluminada taberna. La tapia de un jardín le arrojó encima toda la taciturnidad de su sombra de adobe. Otra vez a trompicar en la luz de un farol. El Caballero Canofari recogíase en el fondo del carruaje, absorto en cábalas de diplomático casamentero. Fluctuante, desconectada de tan graves preocupaciones, invadíale una visual, morosa reminiscencia de calle napolitana, con aquel mujerío gesticulante en los umbrales de las puertas. Cierta humaza de aceite le fijó el recuerdo con sensación desagradable. Sin duda la calle madrileña tenía el vocinglero y popular anochecer de una calle napolitana. ¡Sin duda! El Caballero Canofari sorbió un polvo de rapé, y, distraído, frotó contra el pecho la tabaquera, regio presente de Su Majestad Napoleón III. —La tapa, de esmalte, ostentaba el retrato de la Reina Hortensia. —El Caballero Canofari disimulaba una grave preocupación, bajo su mónita de vejete atildado. —La Corte de España alentaba una intriga de carcas y apostólicos, con daño de la Real Familia de Nápoles: Su Santidad, sin duda, era ajeno a tales furberías. ¡Debía serlo! La Santidad de Pío IX había mediado para vencer la desgana matrimonial de la Serenísima Infanta: El Príncipe Cayetano María Federico, Conde de Girgenti, se casaba bajo los auspicios del Santo Padre: Al Vaticano, políticamente, le interesaba la unión de las dos ramas borbónicas: Por aquellos conciertos matrimoniales se fortalecían los lazos de la sangre, nacionalizándose españoles los agravios e intereses de la destronada Dinastía de Nápoles. El Rey Piamontés hallaría siempre en todas sus aventuras italianas la hostilidad de la Corte de España. El Caballero Canofari, inconscientemente, movido por la reminiscencia napolitana de la calle, se inclinó mirando por el vidrio, levemente distraído de sus cavilaciones. En las remotas lontananzas del pensamiento, solapaba una marrullera desconfianza de la política vaticana, pero dejaba en las afueras del monólogo mental la ronda de suspicacias, recelos y prevenciones. El carruaje entraba por la rincónada de la Nunciatura. Un lacayo, a canto del portón, levantaba los brazos con pausada advertencia. Del ancho zaguán venía el landó de Monseñor. Saludáronse los dos personajes, y simultánea-



mente se apearon:

–¡Carísimo Monseñor!

–¡Egregio amigo!

–¡Oh! ¡Cómo lamento ser inoportuno!

–¡El Caballero Canofari dispone siempre de mi mejor atención!

–Sólo un instante, Monseñor. ¿Cuándo podríamos entrevistar-nos?

–Hablaríamos en este momento si no tuviese que trasladarme al convento de unas siervas de Jesucristo.

–¿Esta noche en el concierto de Palacio?

–¡Complacidísimo! Esta noche en el concierto de Palacio.

Con extremos ceremoniosos volvieron a sus carruajes. Las vecinas cotillearon en las aceras. Cantaba en el aceite el buñuelo. En la tasca, modernizada con un mechero de gas, la mojama y el morrapio conjugaban chisponas confidencias. Los dos carruajes, uno en pos de otro, rodaban lentamente, perseguidos por la gritería de unos mozalbetes que jugaban al toro flameando viejos percales.

XVII

La Madre Patrocinio descendió al locutorio, entre dos novicias, con aparato de velillas verdes. Inmóviles y veladas quedaron las alumbrantes a los quicios de la puerta, y la monja se adelantó, previa una profunda reverencia, al rojo Legado Pontificio. En los medios de la estancia volvió a inclinarse y se alzó, descubriendo el rostro de lunaria blancura: Quedó con los ojos extáticos y las manos en cruz, mística y sobrenatural, envuelta en un aire de lirios e incienso. Monseñor Franchi, frente a la seráfica milagrera, ajustaba una bella sonrisa de prelado mundano en las comisuras de su larga boca rasurada:

–Reverenda Madre, estamos sobre un volcán, como dice un ilustre personaje de la Corte.

La Madre Patrocinio exhaló un dramático suspiro:

–El lobo elige siempre la mejor oveja del rebaño... ¡Así son las asechanzas del Maligno!

Entonó Monseñor:

–Por eso, algunos doctos teólogos han podido escribir que la mayor tentación es no ser tentado.

Nuevo suspiro de la monja:

–El Maligno está siempre goloso del confite más estimado en la mesa de Dios Nuestro Señor.

El Nuncio Apostólico extremaba su deferencia galante:

–Indudablemente, carísima Madre... En esta ocasión, lo importante es que acudamos con toda diligencia a quitárselo de las uñas.

–Monseñor, de nada valdría nuestra diligencia si nos faltase la ayuda divina.

–¡Cierto!... Y para este combate con las potestades infernales, nos serán del mayor provecho las luces de la Seráfica Madre Patrocinio.

–Monseñor, mis luces son esas dos candelas verdes, gusanitos ante el potente faro teologal de Su Eminencia.

La Seráfica Madre sonreía con almíbar de santa que coquetea, en coloquio espiritual con un devoto que implora su celeste ayuda. Monseñor, con amplia ceremonia, le designó un sillón, y, recogién-dose las desplegadas hopalandas con estudiada parsimonia, demoró el sentarse hasta que tuvo enfrente a la Seráfica Madre:

–Antes de cosa alguna, carísima hija, he de interesar de esta Comunidad que extreme las preces por que recobre su preciosa salud el Santo Padre.

En este momento la seráfica monja transportóse, besando la cruz de su rosario, y con piadosa congoja cayó de rodillas ante el ahumado lienzo de un Santo Cristo: Quedó en repentino éxtasis, inmóvil la nieve del rostro, las llagadas manos vestidas con albos mitones de seda, dramáticas en un raptó por tocar el Cielo. Acudieron las novicias alumbrantes a sostenerla, veladas como dos arcángeles, y quedó esperando en la penumbra el rojo Monseñor. Llegaba el rezo de la Comunidad gangoso de colaciones y viglias con aceite.

LIBRO NOVENO PERIQUITO, GACETILLERO

I

–Si es bula o cartilla
No se sabe bien.
Tres millones dicen
Que costó el papel.
¿Serán tres millones,
O pesetas tres?...

II

A la Historia de España, en sus grandes horas, nunca le ha faltado acompañamiento de romances. Y la epopeya de los amenes isabelinos hay que buscarla en las coplas que se cantaron entonces por el Ruedo Ibérico. Tomaba Apolo su laurel a la puerta de las tabernas, como en la guerra con los franceses, cuando la musa popular de donados y sopistas, tunos y rapabarbas, era el mejor guerrillero contra Bonaparte. Toda España en aquellos isabelinos amenes gargarizaba para un Dos de Mayo.

III

El Majo del Guirigay presumía tener en la mano los hilos de la conjura militar, o, cuando menos, tales seguridades daba en Palacio. Propenso a la jácara matona, con estos alardes entendía curar del hipo a las Camarillas Reales. La Señora hubiera sido feliz sin la bizarría de tanto caporal que se jugaba los haberes a la carta de la revolución sólo por ganarse dos estrellas y servir a la Patria. Aquellos astrónomos, borrachines y galicosos, se ladeaban el ros, escupían por el colmillo, limpiábanse con toses el gznate y rajaban marciales ternos, jurando purificar de licencias el Solio de San Fer-



nando. Rijos y Toros, temas de la charla castiza, alternaban con el cante de los regios devaneos. El escándalo chulapón, de coplas y guitarrones, reverdecía glorias beltranejas, por tascas y por cuarteles, de mar a mar y de frontera a frontera. En vano los morriones progresistas se ponían plumas calderonianas, los corrillos populares tomaban a chunga las regias lozanías, y, sin propósito moralista, las sacaban en coplas, sólo por gustar el puro goce maldiciente. La Católica Majestad ofrecíase al coloquio de las lenguas, como una castiza que no le negaba ningún gusto a sus mantecas. El honor dogmático solo lucía sus bravatas por los cuartos de banderas, donde un falo heroico presidía las rondas de aguardiente. La Corte, en el escampo, se arremangaba los hábitos, y con cabriola de canción corría al espectáculo de los Bufos, después del Santo Rosario.

IV

En Londres, un italiano con las botas rotas, fería, haciendo misterios, la famosa carta de la Reina Nuestra Señora a Su Santidad Pío Nono. —¡El pliego de escrúpulos y confesiones, caído por artes infernales, en poder de una secta carbonaria! —Entre los emigrados españoles circulaban copias del regio autógrafo: Alguno lo recitaba de coro: Nuestra Augusta Señora, toda en lágrimas de arrepentimiento, exponía sus culpas de mujer, postrada, en metáfora, ante el Solio de San Pedro. —Acusaciones contra el frígido esposo, flaquezas de la carne, alarmas de conciencia, angustias y congojas, maternales quebrantos, cegueras del corazón que suponían detentar en su sangre, por siglos de siglos, la Corona de España. La redacción del papel olía a rapé de fraile: Era el fruto de una gran intriga apostólica, con hilos en Roma, Londres y Trieste: Todo lo movía desde su celda la monja por cuya boca hablaba el Espíritu Santo. —El italiano de las botas rotas, apóstol de la fraternidad universal, enemigo de todas las tiranías, aseguraba, secreto melodramático, que el regio autógrafo, con otros documentos de suma importancia para la revolución social y arreglo del mundo, estaba depositado en un cofre fuerte, bajo bóvedas subterráneas. Agentes orleanistas le habían hecho proposiciones: Al duque de Montpensier le interesaba la posesión del regio autógrafo. ¡Pagaba bien! Pero al italiano de las botas rotas le repugnaba entenderse con la odiada casta de Luis Felipe. Por mucho menos dinero, el apóstol de la fra-

ternidad universal ofrecía el cismático papel a la revolución española: Mostraba una tarjeta de visita:

EL TENIENTE CORONEL
FELIPE SOLÍS Y ANGULO
AYUDANTE DE S. A. R. EL SERENÍSIMO
SEÑOR DUQUE DE MONTPENSIER

V

Los Condes de Reus y de Morella disputaban en catalán: No entendían en cuanto a la candidatura para Rey de España. El General Cabrera se declaraba por Don Juan de Borbón: El General Prim, ponía las miradas en Don Carlos: Le juzgaba ambicioso, de noble corazón y de buen seso: Su juventud era una promesa. Atendía con mirada de gato el General Cabrera:

—¡Espere usted a conocerle como yo le conozco! Su primera culpa es haberse puesto a la cabeza del neísmo, que no reconoce a Don Juan.

—¡Todo el partido!

—¡No todo!

—¡La masa!

—¡Los partidos son cabezas: El Príncipe ha impedido la evolución del carlismo, conforme al pulso de los tiempos. Un programa político no puede ser inmutable como un dogma. Don Juan lo ha comprendido así, y esta significación no la tiene su hijo, hechura de dos mujeres fanáticas, sin un adarme de sindéresis.

—¿Para usted, el mejor candidato sería Don Juan?

—¡Indudablemente!

—¿A pesar de sus trapisondas?

—¡A pesar de todo!

—Don Juan de nada nos vale si el partido le deja solo y levanta la bandera de Carlos VII.

—Por donde viene usted a condenar, conmigo, la disidencia del Príncipe... Es ambicioso, pero falto de visión política, y no va más lejos que la de Beira. ¡Para esa momia no han pasado los tiempos de Carlomarde! ¡La corte de Trieste aún sueña encender hogueras! Don Carlos, educado en esa escuela, no es una esperanza de la Patria. El propósito de unir la revolución liberal con los derechos de

la rama carlista, solamente puede lograrse con Don Juan. Sin duda ha cometido ligerezas, pero es hombre de su tiempo: Se le ha calumniado igualmente por liberales y ultramontanos. Muy superior al hijo en todo. Unir el interés de la legitimidad dinástica con la revolución liberal, me parece muy buena política. Yo, personalmente, no puedo negarle mi pobre colaboración. No faltará quien me acuse de traidor... El Príncipe y sus sacristanes sabrán cómo pienso: ¡Fuesen capaces de comprender el movimiento liberal de nuestra época y se habría salvado España!

El General Prim sacó el pecho y retorció los guantes:

–El triunfo de la revolución no me inquieta. Me inquieta el porvenir: La demagogia republicana, la grave responsabilidad de encender otra Guerra Civil.

El Tigre del Maestrazgo le clavaba los ojos, duros filos verdes:

–Conténtese usted con Don Juan. No es todo, pero es algo... No es el partido, pero es el Derecho Divino. ¡Todavía mucho para el pueblo español! Ponga usted al hijo en guerra contra el padre, y verá usted cómo pierde crédito. Una buena política, en pueblos como el nuestro y el inglés, es apoyarse en los Mandamientos de la Ley de Dios. El cuarto, honrar padre y madre.

El Héroe de los Castillejos escorzóse en el sillón con saludo de litografía, al Héroe de Morella:

–¡Mi General, es usted un maestro! ¡A usted corresponderá toda la gloria de haber dado un Rey a la Revolución! ¡Don Carlos, hablo por referencias, está animado de los mejores deseos, comprende que todas las naciones evolucionan hacia el Régimen Constitucional. Don Carlos no discute este derecho de los pueblos. Mi General, usted, con su indiscutible autoridad, es el llamado a ganar esta batalla. Si Don Carlos da un manifiesto en sentido constitucional, yo le pongo en el Trono de España.

–Siempre tendría usted enfrente a las honradas masas, dispuestas a darle guerra. Entendido que Don Carlos no se fuese con ellas, una vez coronado. ¡Eso sería lo más probable! Acuérdesse usted del Deseado y las Cortes de Cádiz: De la Napolitana y del Progreso. La ingratitud es condición de Reyes.

–Don Carlos recogería la lección que supone la caída de Doña Isabel.

–Don Carlos profesa ideales de Rey Neto.

Ninguno de los dos se engañaba: Por igual se leían las intenciones. Pasó un ángel, y un olor de frutas de sartén se metió en la sala. Daba las cinco el reloj de la consola. Lady Cabrera, mitones y toca de encajes, pulcra momia inglesa, anunciaba el té.





Enrique Jardiel Poncela

Enrique Jardiel Poncela (Madrid 1901 - Madrid 1952) está considerado como uno de los grandes renovadores del humor y del teatro cómico en el siglo XX. Sin embargo sus comienzos literarios no están ligados precisamente a la narrativa humorística. Tras estudiar Filosofía y Letras entra a trabajar en el periódico *La Correspondencia de España* donde se ocupa de la crónica de sucesos mientras, en su casa, va escribiendo dramas y relatos de corte melodramático y truculento. Hasta 1926, fecha en la que cambiará radicalmente a juicio de sus propias palabras: “Inicié la literatura escribiendo narraciones trágicas. Un asunto que no me permitiese describir varias muertes será vivamente rechazado por mí, tenía la obsesión del Depósito Judicial y las catástrofes me seducían. Luego, cuando he sentido el dolor de cerca he ido despreciando los motivos dramáticos hasta dar en el humorismo violento que cultivo desde hace años... Cuando yo empecé, el teatro cómico consistía en hacer chistes con los apellidos y aquello se moría. Yo decidí cambiar por completo la línea mediante la posible novedad de los temas, peculiaridad en el diálogo, supresión de antecedentes, posible novedad en las situaciones, novedad en los enfoques y desarrollos.”

Varios factores influyeron en este cambio. Su encuentro con Ramón Gómez de la Serna de quien aprendería la estética de las Vanguardias y su participación desde 1922 en dos revistas representativas del nuevo humor, irrealista y absurdo, de las décadas veinte y treinta: *Buen Humor* y *Gutiérrez*. Allí coincide Jardiel Poncela con todas las firmas que caracterizaron la prosa y el teatro de humor de la modernidad, López Rubio, Neville, Tono, Jerónimo y Miguel Mihura, Antonio Robles... e iniciará una trayectoria vital que re-



fleja con todas sus luces y sombras el mundo de los llamados “felices veinte”. *Una noche de primavera sin sueño*, en 1927, supone su primer gran éxito teatral al que siguen hasta un total de veinticuatro obras, como *El cadáver del Señor García*, *Los ladrones somos gente honrada* y sobre todo *Cuatro corazones con freno y marcha atrás* (1936), *Un marido de ida y vuelta* (1939) y *Eloísa está debajo de un almendro* (1940). Triunfos acompañados casi siempre por sonoros pateos y airadas protestas de los críticos ya que parte de su entorno literario se niega a aceptar el mundo inverosímil que presenta en escena. Mientras tanto el autor sufre y se venga de sus detractores ocultando su depresión en un trabajo infatigable efectuado casi siempre en los cafés de Madrid. Madrid es de forma continua el centro de su actividad, ya sea en los teatros de la Comedia o el Infanta Isabel, o en sus locales más de moda que traslada luego a su literatura donde “Chicote”, “Maxim’s” y los casinos de Biarritz y San Sebastián ocupan un importante entorno. Su fama le llevará también a Hollywood, ocupándose durante los años 1932, 1933 y 1934 como guionista de cine para la Fox. También emprenderá la aventura hispanoamericana, con su propia compañía de teatro, impulsado en parte por sus vacilaciones políticas durante la guerra civil española. Pero sin duda es la búsqueda del amor, tras la que se esconden importantes implicaciones psicológicas, la obsesión de su vida. Tanto que éste parece ser uno de los motivos fundamentales que le llevarán a dejarse morir, sin querer recibir atención médica, en 1952. El final del escritor, amargado y en la ruina económica, víctima de las incomprensiones literarias de la época, se antoja hoy un triste contrapunto a uno de sus lemas: “El humor no es un aspecto de la literatura sino una singularidad del espíritu”.

Si Jardiel es recordado actualmente se debe sobre todo a las repeticiones de sus obras dramáticas, aunque no se puede soslayar su producción novelística ligada al humor. Esta abarca cuatro novelas editadas entre 1928 y 1932, y que durante la posguerra fueron prohibidas por la censura debido a su carga erótica. En efecto, en *Amor se escribe sin hache*, *¡Espérame en Siberia, vida mía!*, *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* y *La “tourné” de Dios* existe un gran elemento sexual, pero lejos de convertirse en relatos pornográficos ofrecen justamente la perspectiva contraria, es decir, un ejercicio sátira construido sobre los patrones de la prosa de Vanguardia.

¡Espérame en Siberia, vida mía! (1930) supone una burla de los relatos de aventuras internacionales que tanto proliferaban en las llamadas “novelas galantes”. Los protagonistas son Palmera

Suaretti, una chica de provincias convertida en brillante artista de cabaret, y Mario Esfarcies, un prototipo del señorito desocupado, hombre de mundo, que viven una imposible historia de amor persiguiéndose por todo el globo terráqueo. El motivo es que Mario, aquejado por una enfermedad incurable, ha contratado a un asesino a sueldo dispuesto a cumplir su trabajo buscándolo incluso en Siberia, con todas las peripecias cómico detectivescas que esta empresa acarrea. Las páginas seleccionadas pertenecen a uno de los momentos álgidos de la novela. Mario acaba de saber su enfermedad y decide suicidarse para no sufrir. Lo insólito del caso –y aquí la perspectiva cómica deshumanizada e irreal– es que no consigue hacerlo en sus quince variados intentos debiendo acudir al final a una sociedad de crimen organizado. Todo en el relato es exagerado y los tópicos literarios –el tipo de la “mujer fatal”, el del asesino, el del popular guardia– están hiperbolizados descubriendo lo falso de ciertos clichés literarios y también una visión amarga de la vida donde Jardiel refleja su humor cínico y certero. Estructuralmente la novela se acoge a los moldes de la prosa de vanguardia ramoniana, abundando el cambio de tipografía, los carteles, y algunos dibujos que prestan a la narración el carácter de esquematismo y rapidez de la nueva cultura cinematográfica. Resulta obvio decir que el paisaje madrileño encaja perfectamente en este propósito estético. Jardiel describe un Madrid urbano y cosmopolita apropiado al protagonista pero que sabe conjugar con otro popular –el merendero de la Bombilla– fundidos en una visión irónica de la ciudad castiza, convertida ahora en un “nocturno prosaico y madrileño”, que hubiera hecho enrojecer de ira a muchos escritores madrileñistas como por ejemplo –y por ello se encuentra también citado en esta selección– al parodiado Emilio Carrere.



¡Espérame en Siberia, vida mía!

TERCER CAPÍTULO

Los quince intentos de suicidio de Mario Esfarcies.

22.—La actitud de Palmera y el primer intento de suicidio

Entonces en su angustia de naufrago que no quiere ahogarse sin testigos, Mario volvió los ojos hacia Palmera y le escribió una carta inductiva y desoladora en la cual se despedía de ella “hasta la otra vida”, con la esperanza oculta de que la *vedette* corriese a su lado a endulzarle las últimas horas de “esta vida de acá”.

Pero después de las cuarenta y dos cartas que Mario le había devuelto encuadradas en ante, Palmera supuso que se trataba de una nueva burla. Y tampoco ella le creyó.

Se limitó a contestarle con un tarjetón —perfumado tan indiscretamente como un concertista de ocarina— y en el que Mario tuvo ocasión de leer:

“AMIGO MÍO: BASTANTE RIÓ USTED CUANDO COMETÍ LA SIMPLEZA DE SUPPLICARLE UN AMOR QUE NO SE MERECE. ESTOY RESUELTA A NO PROPORCIONARLE MÁS OCASIONES DE REÍR.

EN CUANTO A ESE CÁNCER DE QUE HABLA, PUEDE USTED AMAESTRARLO Y EXHIBIRLO EN LA FERIA DE LEIP-



ZIG QUE HA COMENZADO HACE UNA SEMANA.
CORDIALMENTE,

PALMERA.”

¿Qué hacer? ¿Visitar a Palmira y convencerla de lo cierto de su enfermedad con el testimonio de Fáber? ¡Bah! ¿Y para qué? Morirse solo o acompañado, ¿qué más da? Aquella indiferencia con que el cáncer le hacía verlo todo se le impuso otra vez.

Las mujeres... ¿Qué duda cabía que constituían la única felicidad y el único consuelo?

Pero eran todas unas estúpidas.

Total... ¿Qué diferencia había entre una mujer y una bombilla *osram*, por ejemplo? Ninguna diferencia.

Las bombillas *osram* y las mujeres eran iguales. Por estas razones:

Porque eran *frágiles*.

Porque vivían gracias al filamento *metálico*.

Porque presumían de transparentes.

Porque irradiaban calor.

Porque aumentaban su luz cuando iban a fundirse.

Porque eran imprescindibles en los salones.

Porque estaban vacías por dentro.

Porque todas podían citar el nombre de un ciudadano que les había hecho la *rosca*.

Pero al día “siguiente –sábado– Mario no comparaba a las mujeres con las bombillas *osram*; las comparaba con los faroles de gas. Véase:

Estaba en su casa. Eran las ocho. Le quedaba, pues, un cuarto de hora de vida según el plazo que se había fijado él mismo. Y se hallaba de pie junto al balcón contemplando la calle con medio visillo levantado en esa actitud que adoptan siempre los protagonistas de las novelas cuando han visto al sastre entrar en la casa de enfrente.

Sobre la mesa yacía el testamento –ológrafo– redactado minutos antes. Era un testamento algo extraño.

Mario Esfarcies dejaba ordenado en él lo siguiente: convocar a aquellos ciudadanos españoles, mayores de veinticuatro años, que demostrasen aborrecer con toda su alma el CANTE flamenco. Una vez convocados, el notario debería darles un número a cada uno; después se verificaría un sorteo en combinación con el próximo de la *Lotería Nacional*; y el ciudadano enemigo del CANTE flamenco

cuyo número se aproximase menos al número del “gordo”, sería considerado como heredero universal del joven suicida.

Al lado del testamento había una carta para Joaquín Fäber. Decía así:

Y aún aparecía una segunda carta. La clásica carta dirigida al juez y que Mario había tenido el capricho de redactar en verso octosílabo.

Como puede comprobarse:

*A usted, espíritu fuerte
que va a llevarse el mal rato
de levantar mi “yo” inerte,
mi propia mano le advierte
de que con ella me mato.
Y que haya salud y suerte,
ya que no hay “abintestado”.*

Mario se volvió unos segundos a contemplar aquellos tres sobres. ¡Eso era todo lo que pronto iba a quedar de Mario Esfarcies!...

De súbito tiritó e inició un largo monólogo con el cual Shakespeare hubiera podido escribir un HAMLET e incluso Hamlet habría podido escribir un SHAKESPEARE.

—Hace frío aquí... —murmuró dirigiéndole una mirada de reconvención a la estufa, primaveralmente apagada—. Hace frío... (Y volvió a tiritar.) Se conoce que es un anticipo del frío de la tumba... ¡Tiene gracia! Los hombres han huido siempre del frío de la tumba, y, no obstante, han inventado la cámara frigorífica para los peces. ¡Valientes bicharracos son los hombres!... ¡Y las mujeres! (Una pausa. Contemplando la calle y viendo cómo un farolero iba encendiendo los faroles. Filosófico.) En la vida todo son imitaciones y parecidos. Por ejemplo: los faroles personifican las mujeres, y el farolero personifica al hombre. Los faroles —como las mujeres— son todos diferentes y todos iguales: brillan, como las mujeres también, y lucen más de noche que de día. Aparentemente, los faroles y las mujeres alumbran el camino del hombre; pero eso es sólo en la apariencia; de pronto se acaba el gas del farol y el hombre se encuentra más a oscuras que antes. Sí (frunciendo los labios y el visillo); los faroles son iguales que las mujeres: delgados, esbeltos y siempre recién pintados, parecen estar cerca unos de otros, mas basta fijarse bien para comprender que la aproximación es fingida y que —por el contrario— nunca dejan de guardarse las distancias. Y el farolero es

el hombre: va de farol en farol —o de mujer en mujer—, los encuentra apagados y él, con un golpe de quinqué, les inyecta la luz de la vida y se larga.

¡En fin!... (*Suspirando*) Voy a acabar de una vez... (*Fue hacia la mesa del despacho; abrió un cajón y sacó de él una pistola. Montó el arma; luego la miró atentamente y leyó la marca.*) FABRIQUE NATIONALE D'ARMES. BRUXELES. (BELGIQUE.) ¡Es curioso! Es muy curioso... El país más pacífico de Europa es el que más armas construye. (*Y resumió.*) La vida humana oscila entre la incongruencia y el puré de legumbres... ¡Ea! (*Y se aplicó pistola a la cabeza.*) Pero... (*Bajando la mano.*) ¿Y si después de muerto encuentra la gente entre mis papeles aquellas fotografías que...? Formarían muy mal concepto de mí. Hay que romperlas. (*Por espacio de una hora revolvió un cajón y rompió muchas fotografías.*) (*Pensativo.*) Esto me recuerda el proceder de los patricios de Roma durante la época de la tiranía. Ellos rompían antes de morir su copa murrina para que nadie volviese a utilizarla. Yo quemo mis fotografías íntimas para que nadie se de el gusto de excitarse a mi costa. ¡Ah! (*Se acordó de que tenía en el bolsillo varias pesetas y cierta cantidad de calderilla. Sacó las monedas, abrió el balcón y se entretuvo en tirárselas a la cabeza a los transeúntes.*) ¡Qué cara de primos ponen! A aquel tío gordo le voy a dar con un duro... ¡Paf! Le acerté... ¡Menudo chichón he debido de hacerle! (*Riendo.*) ¡Que se fastidie! (*Indignándose.*) ¡Maldita sea! ¡pues no se ha guardado el duro? (*Se puso de muy mal humor, entró de nuevo en el despacho y distribuyó equitativamente varios puntapiés entre los muebles.*) Vaya... ¡a morir! (*Pasó a la alcoba con la pistola en la mano y se miró en un espejo. Se atusó el peinado.*) Estoy bien... (*Se tumbó en la cama; se encañonó; pensó en la muerte. Levantándose.*) No puedo... Iré a comer por ahí. ¿Al Círculo? Sí. Al Círculo. Me suicidaré mañana. (*Y se puso el smoking.*)

Segundo intento de suicidio (“Citroen” contra “Fiat”)

Pero en el Círculo comió tan mal y tardaron tanto en servirle, que Mario, de peor humor que nunca, resolvió no esperar al día siguiente para matarse.

—Me mataré ahora mismo.

Se preguntó:

—Y ¿cómo me mato?

Decidió al fin tirarse al paso de un automóvil.

Avanzó por la plaza de Neptuno –ese Grosvenorsquare madrileño– y entró en el asfalto del Prado, que brillaba como un pica-
porte. Esperó.

–Siempre hay que esperar –se dijo–; lo mismo cuando va uno a
matarse, que cuando va uno a pagar la cédula, que cuando va uno
a presenciar un eclipse.

Al rato, un auto surgió en el horizonte por la derecha y otro
brotó en el mismo instante por la izquierda. Ambos comenzaron a
“timarse” apagando y encendiendo los faros. Mario aguardó toda-
vía hasta tener encima los dos vehículos. Entonces cruzó el paseo a
la carrera y se tiró de bruces en el centro.

¡¡Zas!! Un chasquido. Otro chasquido. Un grito. Otro grito. Un
viraje. Otro viraje. Y los autos se machacaron mutuamente frente al
Obelisco del Dos de Mayo.

Mario se levantó ileso.

Los autos quedaron convertidos en dos montones de astillas.

Y los chóferes en dos cadáveres con uniforme.

Esfarcies se alejó a paso largo. Allí ya no había nada que hacer. (*Y
era cierto. Allí ya no había nada que hacer. Nada; salvo las autopsias.*)

Tercer intento de suicidio (Viaducto)

Se detuvo de primera intención frente al edificio de las Cortes,
y allí se le ocurrió un tercer procedimiento de suicidio.

–El Viaducto... –se dijo.

Y se encaminó directamente al Viaducto, ese puente que une la
desesperación con el descanso eterno pasando por encima de la Ley
de Dios y de la calle de Segovia.

El monumento de la bomba de Mateo Morral, a cuya base llegó
a las doce y treinta y cinco, le sugirió determinadas divagaciones
ciudadanas:

–¡Qué país tan desconcertante es España! Siendo instintiva-
mente conservador, levanta un monumento, recuerdo de un aten-
tado anarquista, y siendo entrañablemente católico y cristiano, le
erige al diablo una estatua...¹

Luego descubrió allí cerca una taberna. Entró y se tomó doce
copas de ron consecutivas.

–Esto anima tanto a vivir como a morir –pensó.

Y como le viniese bruscamente a la imaginación la idea del cán-
cer agazapado en el interior de su estómago, y al cual el ron no iba
a sentarle demasiado bien, agregó en voz alta dirigiéndose al pobre

epitelioma:

—¡Anda, revientate! Yo voy a morirme, pero a ti te estoy haciendo polvo...

Y se tomó ocho copas más.

Después se volvió al dueño:

—Déme una botella entera.

Y explicó:

—Es para el camino, ¿sabe usted?

El tabernero le dio la botella, sin comprender lo que quería decir aquel caballero, pero sin hacer esfuerzos por comprenderlo; la práctica le había enseñado que todo hombre que después de tomarse veinte copas de ron pide una botella entera, acaba diciendo cosas confusas en el mutis.

Al llegar ante Palacio, Mario había agotado la botella. La tiró y enfiló resueltamente el Viaducto. No paró hasta hallarse en su justo centro. Entonces miró hacia abajo por la parte inferior de la barandilla. Observó que aquello estaba estrepitosamente alto. En su rostro se pirogró una sonrisa amarga.

—¡Qué gusto! Me voy a hacer una tortilla.

Y recordando lo que había bebido, especificó mentalmente:

—Una tortilla digna de mí... Me voy a hacer una tortilla de ron.

Se enderezó. Subió una mano para alcanzar la barandilla superior y alguien le cogió por aquella mano retirándosela persuasivamente. Mario se volvió. Era un guardia. Un guardia de rostro severo y tranquilo.

—Usted dispense, caballero; pero está prohibido suicidarse aquí.

Mario se sintió avergonzado de improviso.

—Yo no iba a suicidarme.

—Pues ¿qué iba a hacer?

El guardia no pareció convencerse. Desvió sus cejas en dirección al Cerro de los Ángeles y subió sus hombros en dirección a la Osa Mayor. Luego murmuró con suficiencia:

—¡Hum! Llevo muchos años haciendo este servicio para que no sepa ya apreciar quién entra en el Viaducto a suicidarse y quién no... Y usted traía la intención de dar la voltereta, caballero. Hasta se ha metido usted a beber en la taberna de Nemesio... ¡Lo que hacen todos los suicidas! Los últimos cuartos que tienen en el bolsillo se los dejan en casa de Nemesio; el año pasado, sólo de suicidas, ha recaudado treinta y seis mil duros. Pero estando yo de servicio aún no se ha dado el caso de que se mate ninguno. Porque un servidor observa en la lontananza.

—¿Cómo?

—Quiero decir que “los veo venir” y no les permito que se tiren. El excelentísimo señor Alcalde me ha felicitado varias veces por mi comportamiento y ningún día de mi santo deja de mandarme a casa un bocadillo de anchoas cuando menos. Es muy amable...

Y entornó los ojos, sin duda para reconcentrar su pensamiento en el excelentísimo señor Alcalde. Luego contó:

—Hace un año aproximadamente que vino un caballero decidido a suicidarse. Lo evité y él pretendió comprar mi complicidad. “Le doy a usted cien pesetas si se vuelve de espaldas medio minuto”, me propuso. Pero yo me negué en redondo. Y tuve que retirarle de la barandilla, igual que a usted, siete noches seguidas. A la octava noche vino disfrazado de sacerdote para despistar. Al día siguiente, llegó vestido de marinerito y jugando al aro. ¡No ha nacido quien me la dé a mí!... Le espiaba sin que pudiera advertirlo y, cuando veía que se encaramaba, ¡pum!, me echaba a cogerle. El pobre estaba inconsolable. ¡Cuánto tiene llorado sentado ahí en esa acera donde ahora está usted!... Por fin, una noche en que a mí me tocaba libre, aprovechó un descuido del compañero para tirarse. “¡Gracias a Dios!”, se le oyó gritar cuando iba por el aire. Pero tampoco aquel día murió. Imaginándome lo que iba a pasar, yo estaba allá abajo, en la calle de Segovia, esperándole. Me cayó en los brazos, igual que un niño. Con motivo de esto, el Ayuntamiento me regaló un diploma.

Después, como observase que la última declaración no le había hecho mella a Mario, el guardia insistió:

—Sí, señor; sí. Aquí donde usted me ve, tengo un diploma. Y usted, caballero, ¿no tiene ningún diploma?

—No. Yo lo que tengo es un epitelioma.

El guardia, humilladísimo, se mordió el bigote y se comió una de las guías, que era del tamaño de la *Bailly Baillière*. En seguida indagó con ansia:

—¿Y qué es más? ¿Un diploma o un epitelioma?

—Un epitelioma.

—¿Sí?

—Claro. De un diploma no puede vivir nadie, y de un epitelioma puede morirse todo el mundo. Ya ve si hay diferencia...

El guarda calló unos instantes, acariciándose la correa del barboquejo, y murmuró:

—Tengo algunos ahorros, caballero, y me vuelven tarumba los honores... Tal vez pudiéramos entendernos. Si no pidiese usted mucho por él... Le compraría su epitelioma... ¿Me lo vende?

Mario le miró sonriendo. Le resultaba divertido aquel hombre

que creía sinceramente que un cáncer de estómago se podía poner en un marco y colgar en la pared...

Y en lugar de sacarle de su error, Mario le contestó al guardia:

—No puedo venderle mi epiteloma, se lo juro... No puedo desprenderme de él, y créame que lo siento de veras... Pero es un recuerdo de familia. De no ser así, no sólo se lo vendería, sino que se lo regalaría con mucho gusto.

Entonces el guardia creyó haber dado con un resorte invencible.

—Si me vende usted su epiteloma —propuso— le dejo a usted tirarse por el Viaducto.

—Si le pudiera vender a usted mi epiteloma, no tendría necesidad de tirarme por el Viaducto, guardia —contestó Mario.

Y se marchó de allí, comprendiendo que el Destino no quería permitirle morir en sábado por la noche.

Quizás al día siguiente...

Cuarto intento de suicidio (Sublimado corrosivo)

Al día siguiente —domingo—, nada más levantarse, Mario intentó por cuarta vez el suicidio. Le sugirió la idea un frasco de sublimado corrosivo que había en el cuarto de baño y que el joven usaba con cierta frecuencia, porque alguien le tenía asegurado que evitaba la caída del pelo.

Cogió el frasco, lo miró al trasluz.

—¡Qué bonito color rosa! Parece un licor. Esto no puede tomarse de cualquier manera; hay que tomarlo en copa de champaña.

Fue al comedor, se proveyó de una copa de *baccarat*, que al ser golpeada con la uña producía un ruido semejante a una carcajada de mujer y la llenó hasta los bordes de sublimado. Levantó la copa hacia el cielo azul exclamando:

—¡Viva la muerte! ¡Muera la vida!

Y se sacudió el sublimado de golpe.

Esperó anhelante unos segundos. De pronto, le entró una súbita náusea y no le dio tiempo más que de correr al cuarto de baño y de devolver todo el sublimado ingerido.

Lo propio le ocurrió con cinco copas más.

Al cabo de las seis copas, se encontró con que se le había acabado el sublimado del frasco.

Y no logró matarse, pero en cambio logró que la boca le supiese a farmacia.



Acuarela, de Rafael Penagos.

Quinto intento de suicidio (Gas de alumbrado)

Dos horas después, Mario se preparaba a morir asfixiado con gas.

Se vistió un *pyjama* blanco y un batín; se encerró en su gabinete, taponando las juntas de las ventanas y las puertas con telas y periódicos, abrió la llave del gas y aguardó la muerte en una butaca y leyendo las “Moradas”, de Santa Teresa.

A los seis minutos, una jaqueca inicua le atarazaba los parietales.

Y al cuarto de hora dormía pacíficamente.

Despertó a media tarde extrañadísimo.

—¿Por qué no me he muerto?

No se había muerto, porque el gas del alumbrado que enviaba a sus abonados la fábrica no tenía de gas más que el precio.

—Entonces... ¿por qué me ha dolido la cabeza?

Y calculó que de la culpa de su neuralgia no era responsable el gas de la fábrica, sino las “Moradas” de Santa Teresa de Jesús.

Se apresuró a coger el libro, lo tiró por el balcón y le rompió con él las gafas a un ciego que tocaba el pífano en la acera de enfrente.

Sexto intento de suicidio (Cuerda de cáñamo)

Un taxi le dejó al anochecer en las umbrías olorosas de la Moncloa, cerca de la Fuente de las Damas.

Sacó del taxi una cuerda de cáñamo de dos metros y del bolsillo dieciséis pesetas con ochenta. Entregó al chófer el dinero y se quedó con la cuerda.

Vagó de un lado a otro, sin encontrar árbol donde ahorcarse.

Al cabo eligió un precioso alcornoque (el *alcornoquius sassoni-bus* del Linneo), gateó por él, afianzó la cuerda en las ramas altas, se ató al cuello el otro extremo y, cerrando los ojos, se dejó caer.

(Y se dio un batacazo monumental, porque la cuerda se había roto en dos pedazos.)

Trepó al árbol de nuevo y volvió a liarse a la garganta el cabo que quedaba colgado. Se tiró con furia.

(Segunda costalada. Ya tenía la cuerda dividida en tres trozos.)

Indignado, cogió el primer pedazo que yacía aún en el suelo, gateó, lo ató, se lo ciñó y se lanzó al vacío.

(El porrazo fue mayor que los anteriores. Y los trocitos de cuerda, más pequeños que antes.)

Espumarajeando de rabia, el joven empalmó los cuatro pedazos, subió al alcorcho, lo dispuso todo por cuarta vez y se tiró de cabeza.

(Conmoción cerebral y división del cáñamo en partículas.)

Cuando volvió en sí, pretendió repetir las maniobras. Pero no pudo.

Le ocurría un fenómeno, frecuente en los juguetes mecánicos y en los relojes suizos: se le había acabado la cuerda.

Séptimo intento de suicidio (Óxido hídrico)

La medianoche le sorprendió sentado en el pretil del Puente de los Franceses, rematadamente absorto y chupando un cabito de cáñamo.

La luna y las estrellas enfocaban sus faros sobre aquel campo tantas veces ennoblecido por las miradas de Velázquez.

Los merenderos de La Bombilla diseminaban por el paisaje las notas mugrientas de los pianos de manubrio, y por su culpa, la Naturaleza se ensuciaba de melodías asquerosas.

Una de estas asquerosas melodías sacó a Mario de su ensimiamamiento recordándole el *Teatro de la Revista* y a Palmera Suaretti. *(Porque la melodía pertenecía al tercer cuadro de “¡Guau-Guau!”, número de los “mascagomas del amor”).*

¡Palmera Suaretti!... Tal vez aquella mujer le había querido de veras... Pero pronto desechó tales sugerencias ¡Bah! ¿Para qué pensar en cosas vitales si había que morir?

Allí abajo estaba el río. Todo era cuestión de un saltito... ¡y a descansar para siempre libre de epitelomas! ¡Venga!... ¡¡Decisión!!

Sacóse el reloj del bolsillo y lo dejó en el pretil del puente para que no se enmoheciese con la mojadura. Masculló:

–¡Una! ¡Dos! ¡Tres!

Se tiró de espaldas. Dio dos vueltas en el aire e ingresó en el río abriendo marcha con la cabeza.

Un chapoteo. Y quedó clavado por el cráneo como una estaca, en la arena del fondo. El óxido hídrico –el agua– no le tapaba más que siete centímetros.

Porque se me ha olvidado un dato hidrográfico, a saber: que el río que discurre por debajo del Puente de los Franceses es el Manzanares.

Octavo intento de suicidio (Éter sulfúrico)

“¿Y si probase con éter? –se dijo, cuando, después de salir del río empapadas las ropas y estornudando, volvía a Madrid en el auto de unos juerguistas amables que regresaban de la Cuesta de las Perdices–. Podía probar con éter... ¡Atchiss!... ¡Porque el éter –¡aatchis!...– dicen que, en una fuerte dosis, proporciona –¡aaatchisss!...– una muerte de las más –¡aaatchiss!– dulces...”

Y probó con éter. Así que amaneció el lunes envió a Eulalia a casa de Fäber con una tarjeta en la que le pedía por favor un frasquito del simpático volátil.

Eulalia volvió en seguida.

–Me ha dicho el señorito Joaquín –explicó al llegar– que por si no tenía usted bastante con un frasquito, le trajera esto.

Y dejó en el suelo un bidón de gasolina lleno de éter hasta la boca.

–¡Magnífico! ¡Qué serviciales se muestran los amigos cuando se trata de que uno se muera!... –observó Mario.

Lo dispuso todo rápidamente. Ahora necesitaba un cómplice y resolvió que lo fuese Eulalia.

–Mira –le dijo–. Esto que has traído en el bidón es una medicina para quitar el catarro y tú vas a ayudarme a tomarla.

–Sí, señorito –aprobó la doncella.

–Yo me tumbo aquí (*tumbándose en un silloncito*) y me tapo la cara con esta mascarilla de algodón (*se puso una mascarilla de algodón hidrófilo sobre el rostro*). Y lo que tú tienes que hacer es, sencillamente, echar líquido del bidón en la mascarilla.

–¿Cuánto tiempo?

–Una hora sin parar, ¿sabes? Procuras que el chorrito que caiga en el algodón sea delgado, pero que no deje de caer ni un solo momento.

–Sí, señor. Muy bien.

–Pues vamos allá.

Mario se dejó caer en decúbito.

El éter comenzó a inundar el algodón de la mascarilla.

El suicida perdió el conocimiento.

Tres segundos después de perderlo, sonó un silbido en *fa bemol*.

“Celedonio...”, susurró la doncella.

Dejó el bidón en la alfombra, abrió el balcón y gritó:

–¡Ahora bajo!

Y fue a la cocina, cogió un llavín y se largó a la calle, a apoyarse en la valla de enfrente con el novio.

Dentro de su bidón, el éter se evaporó jubilosamente.

Y Mario volvió en sí a las dos horas absolutamente vivo, tan vivo como un *allegretto*.

23.-Intentos de suicidio números 9, 10, 11, 12, 13 y 14.

12 DE MARZO.—*A las dos de la tarde:*

Se tiró al paso del Metro.

Pero el Metro frenó a cuatro milímetros de él.

A las nueve de la noche:

Se asomó al balcón —para volar mejor por los aires— llevando en la boca un cartucho de dinamita encendido.

Pero le dio un brusco golpe de tos y se le escapó el cartucho, que estalló en la calle y desadoquinó dieciocho metros de cuadro.

13 DE MARZO.—*A las ocho de la mañana:*

Se cortó las venas con una hoja *Gillette*.

Pero como sufría hematofobia, se desmayó al ver la sangre; y cuando volvió en sí le había taponado y vendado la heridas un médico de la Casa de Socorro, avisado por Eulalia.

A las doce del día:

Se tiró desde el piso sexto del edificio de la Telefónica.

Pero cayó en la plataforma de un carro arreglacables y su fotografía apareció en todos los periódicos de Madrid y provincias junto a la de un asesino en plena actualidad.

A las cinco de la tarde:

Se puso dieciocho inyecciones de morfina.

Pero se limitó a dormirse y a soñar que se casaba con Mary Pickford, vestido de *fakir*, en el salón de actos del Ateneo.

A las once de la noche:

Se encerró de nuevo en su despacho y se fumó, uno tras otro, cuarenta y cinco puros de “a real”.

Pero sólo consiguió molestar al Segundo Parque de Bomberos, que acudió íntegro, atraído por la humareda y por el olor a cuerno quemado.

Último y 15º intento de suicidio (Mimí Bazar)

Había llegado a la frontera de la desesperación.

“Pero ¿es que no voy a poder matarme?” —gruñía furioso.

Y una voz interior le cantaba al oído:
“Ahora que estás decidido a ello, prueba otra vez con la pistola.
Es el medio más seguro.”

Y en la tarde –dorada y azul, como un sofá Luis XV– del día 14 de marzo se dirigió al Parque del Oeste con la pistola amartillada en el bolsillo y con el propósito de “hacer mutis” al mismo tiempo que el sol.

Se repanchigó en un banco.

Al rato una mujer elegantísima vino a sentarse en el banco de enfrente. Mario miró a la desconocida sin curiosidad ni interés, igual que ya lo miraba todo.

Era rubia, con un rubio convulso de mujer morena; y era tan fragante como un jardín recién regado por las últimas lluvias de abril; y era blanca, suave y fría, como la nieve. Sus lindas piernas –dos y perpendiculares al suelo– le hicieron pensar a Mario en las columnas del *non plus ultra* de la antigüedad, pues realmente existía (como puede comprobar el lector) un parecido entre aquellas cuatro bases de sustentación.

Sin embargo, los lemas que las acompañaban eran distintos y opuestos.

Las columnas de Hércules se merecían el *non plus ultra*, el *no más allá*. Pero las columnas de la rubia desconocida quedaban perfectamente apoyadas en todo lo contrario: en el *plus ultra*, en el *más allá*. ¡Ya lo creo que había algo *más allá* de ellas! Pues sin *ese algo*, ¿qué interés ofrecía el mundo? *Ese algo* era la palanca de que había hablado Arquímedes².

La dama del banco fronterero vestía con extrema distinción un “cuatro piezas”, último grito. Su busto enérgico y *flexible*, iba encerrado en el *jersey* del *jumper* y de la chaqueta sin mangas. Los muslos se denunciaban bajo una faldita minúscula de *tweed*. Un abrigo, también entweedado, abrazaba mimosamente el conjunto de su cuerpo, laxo y dulce. Los cabellos asomaban descaradamente por los laterales de un gorro cuajado de flores de raso y terciopelo. Y detrás de la estrecha franja de su velo de tul relampagueaban dos ojos enormes de color de la escarcha.

Durante cerca de una hora, Mario y la desconocida se espionaron mutuamente.

El sol corría a todo motor hacia los antípodas. Pronto ya no sería en el horizonte más que un recuerdo. Mario se impacientó. ¡Ah! No... La decimoquinta tentativa de suicidio no se la chafaban... Se iría a otro lado. Pero... ¿por qué había de irse? ¿Es que no iba a poder pegarse un tiro en el lugar preciso donde se le ocurriera?

Resueltamente se levantó: fue hacia la rubia:

–¿Tiene usted la bondad de marcharse? –le dijo.

–*A quoi faire?* –repuso ella displicentemente.

–Conteste en castellano.

–¿Es que no conoce usted el francés?

–Es que no me da la gana de hablarlo.

La dama rubia no se ofendió lo más mínimo de aquella respuesta “cancerosa”.

–¿Por qué quiere usted que me marche? –indagó en español.

–Necesito quedarme solo, pues he elegido este paraje para pegarme un tiro.

–Yo también.

–¿Usted ha venido aquí a pegarse un tiro?

–Sí. Vea.

Y sacó un revólver del bolso: un revólver precioso en cuya culata lucía, esmaltado, el retrato de un hombre.

–¿Va a matarse usted por el desvío de ese hombre del retrato?

–No. Ese hombre me adora y vive pendiente de mí. Pero, por eso mismo... ¿Usted conoce una cosa más desesperante que el amor de un hombre?

–Sí. El amor de una mujer.

Y ambos quedaron con las miradas colgadas de unas nubes viajeras.

–¿Cómo se llama usted?

–Ahora, la baronesa de Cáttaro. Cuando rodaba por los *cabarets* de Europa me llamaban *Mimí Bazar*.

–¿Mimí Bazar?... Me gusta ese nombre. ¿Por qué la llamaban Mimí?. ¿Acaso por...?

–Sí. Por eso.

–¿Y por qué la llamaban Bazar?

–Porque todo lo mío estaba a la venta.

–Muy justo. ¿El hombre del retrato es su marido?

–Sí. El barón. Me conoció una noche en el *Kasbet*. ¿Ha oído usted hablar del *Kasbet*?

Mario replicó sacando voz de “botones” de hotel:

–*Kasbet*. Silver-Hall. Avenida de Clichy, número 12. París.

–Basta. Veo con agradable extrañeza que hablo a un hombre sincero. ¿Su nombre?

–Mario Esfarcies.

–Mario... –silabeó Mimí–. Se llama usted como el Cavaradossi de *Tosca*.

–Y me parezco a él en que pronto cantaré mi *Adiós a la vida*.

Rieron como todo el mundo suele reír; enseñando los dientes.
–Bueno...–cortó Mario impaciente–. ¿Se pega usted primero su tiro o aguarda a que me pegue el mío yo?
–Vamos a comer algo antes.
Y enfilaron la rampa de Ruperto Chapí unidos por el talle, como unas vinagreras.

–¿Nos suicidamos? –preguntó él al acabar de comer en *Niza*.
–Demos un paseíto por la vía –propuso ella.
Atravesaron unos pinares y ganaron la vía férrea, a lo largo de la cual caminaron un buen rato charlando.
Inesperadamente, apareció en la curva la rauda, la negra, la arrolladora silueta de un tren, que deglutía kilómetros, como en un vértigo, entre ruidos broncos, tufaradas de humo y chorros de agua.

–¡¡Cuidado!! –gritáronse Mario y Mimí.
–¡¡Cuidado!!
Y se echaron a rodar por un terraplén para evitar una muerte instantánea.
Cuando el tren desapareció coleando. Mario murmuró aún sentado en el suelo:
–No parecemos suicidas...
–No. No parecemos suicidas, efectivamente.

Al entrar en casa de Mario, Mimí se metió en el cuarto de baño mientras el joven aguardaba en el gabinete, dispuesto al doble suicidio.

Mimí Bazar tardó un cuarto de hora en volver a aparecer. Venía envuelta en un albornoz de Mario. Fue recta hacia éste y le quitó la pistola.

–¿Qué prefieres? –dijo tuteándole por vez primera–. ¿Prefieres esto? (y *mostró la pistola en su mano extendida*) ¿o prefieres esto? (y *se despojó del albornoz, surgiendo espasmódicamente desnuda*.)

Mario se bebió con los ojos aquellas curvas ágiles, aquellos senos desvergonzados, aquella cintura flexuosa, aquella garganta vibrante.

Se lanzó hacia Mimí y le besó las encías.

Y se amaron, y después Mario encendió un cigarrillo.
Volvieron a amarse. Y luego Mario encendió otro cigarrillo.
Se amaron nuevamente. Y a continuación, Mario encendió el
cigarrillo número tres.
(*La nicotina va a la grupa del amor.*)

A las doce y veinte se despertó Mario Esfarcies; se desperezó y
tactéó el lado del lecho ocupado por Mimí Bazar. Pero Mimí no es-
taba allí.

—¿Se habría suicidado ya? —pensó, tirándose bruscamente al
suelo, barnizado por grandes crisantemos de sombra y sol.

No; no se había suicidado; se había ido, dejando este papelito
clavado en la almohada:

*Desconfíe usted de las mujeres que hablan de querer suici-
darse. La mujer y el pingüino son seres que no se suicidan
nunca. Y desconfíe todavía más de encontrar su cartera: me la
llevo yo.*

Mimí Bazar.

Eran demasiadas emociones seguidas.

Mario tuvo una estrepitosa crisis de nervios. Se echó a llorar
con el estilo del marqués del Corcel de Santiago: chorreando.

Sus pestañas parecían los varillajes de dos paraguas. De dos pa-
raguas del mismo precio.

CUARTO CAPÍTULO

La “Unión General de Asesinos Sin Trabajo”

24.—Nocturno prosaico y madrileño

La calle era estrecha.

Al fondo había un farol torcido, la valla rota de un solar y un
montón de basura. A la derecha, sentado en la acera, gruñía un bo-
rracho (*más basura*). A la izquierda unas mujeres sombrías chis-
taban sin gran convicción a los transeúntes (*más basura aún*). Por



el centro de la calle oscilaba una pareja de guardias.

Sobre los tejados la luz helada de la luna le daba al paisaje una fugaz trascendencia y hacía más negras las negruras de las fachadas, y más torcido el farol, y más rota la valla, y más triste al borracho, y más sombrías a las mujeres, y más feos a los guardias.

Nocturno...

Nocturno en los “barrios bajos” de Madrid.

¿Nocturno de Chopin?

No.

Nocturno de chipén.

Todo se estremeció con unos bocinazos lejanos. Y todo volvió a quedar en silencio.

De súbito, un asmático reloj de iglesia lanzó once campanadas excesivamente sonoras para una calle tan estrecha.

Once campanadas...

Eran las doce.

25.-Lo que le llevaba a Mario a la taberna “del Vicente”

Mario dejó el auto en la esquina, enfiló la calle y se detuvo a leer la muestra alumbrada por el farol torcido:

VINOS Y CERVEZAS	VICENTE LÓPEZ	CERVEZAS Y VERMUTS
------------------------	---------------	--------------------------

A continuación dijo lo que dicen siempre los protagonistas de las novelas al llegar al sitio a donde se dirigían:

–Aquí debe de ser.

Era allí, efectivamente, y Mario entró.

La taberna “del Vicente” disfrutaba del mismo aspecto de cualquier otra taberna y se componía de

un mostrador en el que el vino se convertía en agua y el agua se transformaba en un líquido impotable;

varias mesas y banquetas de glosopeda reconocida;

un escaparate provisto de quince tortillas frías y de dos mil quinientas moscas ardorosas;

tres carteles taurinos de la plaza de Tetuán, y *28 parroquianos, un “medidor” y un dueño* que para afeitarse sin dolor tenían que recurrir a la anestesia.

En el aire de la taberna “del Vicente” (una parte de oxígeno y nueve de ácido carbónico) flotaban frases y palabras que se cruzaban, mezclaban y confundían sin orden:

-¡Órdago!	-Moscas, tres!	-¡.....!	-¡Me planto!
-¡Tres doble!	-¡.....!	-¡Pero venga ya!	-¡Un quince!
-Se acuesta conmigo.	-¡Nanay!	-¡Goloso!	-¡.....!
-¡Envido!	-¡Quiero!	-¡.....!	-¡Cierro a blancas!
-¡.....!	-¿La Chana?	-¡Otra ronda!	-¡Lalanda!
-¿De qué te la das?	-¡Paso!	-¡Las cuarenta!	-¡.....!
-¡Dos uno!	-En la verbe.	-¡Alivia, niño!	-¡Con Seltz!

Al entrar, Mario se dirigió rectamente al “medidor”, un mozo con cara de “anís del mono” sin anís, y le preguntó mientras le enseñaba un recorte:

-¿Es aquí donde se celebra esta reunión que anuncia el periódico?

El “medidor” cogió el papelito e intentó leerlo por espacio de seis minutos, que fue lo que tardó en acordarse de que no sabía leer. Luego, tras servir una caña a Mario, se escurrió por una puercecita del fondo para volver acompañado del “señor Vicente”.

El “señor Vicente” era un individuo que se parecía a un hombre todo lo que un buque pirata puede parecerse a un bisoñé. Debajo de la ceja izquierda tenía un ojo (el otro se le había perdido en cierta riña celebrada en la montaña del Príncipe Pío); llevaba un bigote que le servía de antena cuando oía la radio; una boca que, con tal de beber después un buchecito de agua, le permitía tomar las sandías como si fuesen píldoras, y unos pies tan grandes que si se caía al suelo no podía levantarse a menos que alguien le cogiera en brazos. Por último, tenía dos cosas profundas: la voz y el entusiasmo por Pi y Margall, a quien consideraba como el mejor boxeador del siglo XIX.

El “señor Vicente” se acercó a Mario con una mano en la gorra y así permaneció bastante tiempo. Mario le saludó finísimamente y le aconsejó con exquisita amabilidad:

-Baje, baje la mano; muchas gracias...

-No, señor, no faltaba más...-murmuró el “señor Vicente” siempre con la mano en la gorra.

-¡Vaya!-exclamó Mario-. O baja usted la mano o me quito yo el

sombrero.

–Pero si no es que salude –dijo el “señor Vicente”–. Es que si no me la agarro, se me cae la visera que está muy floja.

–¡Ah, bueno! –murmuró Mario con visible desconcierto.

–¿Y dice usted que viene por algo al respectivo de un anuncio? –inquirió el dueño de la taberna.

–Sí, señor.

Y Mario le alargó al “señor Vicente” el suelto que había recordado aquella mañana de un periódico:

CONVOCATORIA URGENTE

“LA DIRECTIVA DE LA SOCIEDAD DE DEFENSA Y RESISTENCIA ‘UNIÓN GENERAL DE ASESINOS SIN TRABAJO’ ADVIERTE A SUS ASOCIADOS QUE MAÑANA LUNES A LAS DOCE EN PUNTO DE LA NOCHE, SE CELEBRARÁ JUNTA GENERAL EN EL LOCAL CONOCIDO POR ‘TABERNA DEL VICENTE’, CALLE DE SAN ESTANISLAO DE KOSKA, NÚMERO 11. SE RUEGA LA ASISTENCIA PARA EVITAR LÍOS.”

El “señor Vicente” cogió el papel y se puso a leerlo; al llegar a la tercera línea se le cayó la visera. Pronunció palabras aciduladas, se la volvió a levantar de un manotón y continuó la lectura. Pero como leía deletreando, logró el resultado brillante de que se le cayese todavía cuatro veces más en el transcurso de los siguientes renglones.

–¡Maldita sea la visera y su inventor! –gruñó la última vez.

–¿Por qué no se quita usted la gorra? –le propuso Mario. El dueño abrió la boca asombrado ante aquella idea feliz.

–¡Anda, pues es verdad! ¡Y nada más que desde el jueves que estoy sin saber qué hacer para que no se me bajara la visera!... Tantos gracias, caballero,...

Se quitó la visera, colgándola de una botella de escarchado. La solución de su conflicto le puso muy contento e informó a Mario rápidamente de lo que deseaba saber.

–Pues, sí, señor –explicó–. Aquí es donde se celebra esa reunión de la *Unión General de Asesinos Sin Trabajo*. Tienen junta todos los meses, ¿sabe usted?, y como es gente honrada que paga siempre el gasto, les dejo el local muy a gusto.

Agregó con un fruncimiento de cejas:

–¿Usted viene a encargar algún asesinato?

–Sí, señor.

–¡Vaya, menos mal! ¡Menuda alegría va usted a darles! Pase por aquí, haga el favor, pase por aquí...

Y empujó a Mario por un pasillo estrecho que se abría a espal-



das del mostrador y que olía intensamente a boquerones.

Mientras ambos recorrían el pasillo, el “señor Vicente” iba exclamando con voz jubilosa:

—¡Un cliente! ¡Lo que se van a alegrar de que venga un cliente!

Sí. En calidad de cliente de la *Unión General de Asesinos Sin Trabajo* era como Mario había ido a la taberna.

Unos días antes la desesperación que le provocara su impotencia para suicidarse había llegado al colmo y al límite.

—No podré matarme nunca —decía de un modo desolado—. No podré matarme nunca y sin embargo, no estoy dispuesto a morirme del cáncer entre vómitos y dolores atroces... ¿Qué hacer?

Barajó posibilidades de arreglo sin éxito ninguno.

Una tarde pensó:

—Si encontrase alguien que quisiera asesinarme por la espalda...

Pero no se le ocurrió quién pudiera ser ese alguien. Y, de pronto, aquella mañana al hojear distraídamente un periódico, topó con la convocatoria a Junta de la *Unión General de Asesinos Sin Trabajo*. Y se dijo:

—¡Ya está aquí! Entre los socios de la *Unión* encontraré fácilmente uno que se halle dispuesto a asesinarme. Todo será cuestión de precio, y el dinero no es cosa que me interese ya...

Y echó el recorte al bolsillo y a las doce en punto de la noche se dirigió a la taberna “del Vicente” dispuesto a “encargar” un asesinato.

El suyo.

26.—Junta General de la “Unión de Asesinos sin trabajo”

La marcha por el pasillo concluyó abriendo una puerta pintada de almazarrón y entrando —Mario primero y el “señor Vicente” después— en una especie de desván repleto de cubas de vino, donde se hallaban reunidos los socios de la *Unión General de Asesinos Sin Trabajo*.

Eran cuarenta y dos hombres cuyas caras revelaban la ferocidad más inefable, esa ferocidad que sólo logra uno encontrar en los rostros de los escritores dramáticos cuando se estrena con éxito la comedia de un compañero. Estaban todos sentados en lo alto de las cubas, con las piernas colgando y las gorras ladeadas hacia el suro-

este. Al foro, en una cuba mayor que las demás, reposaba la junta Directiva compuesta de un Presidente, un Vicepresidente, un Secretario, cuatro Vocales y dos Consonantes. El Presidente tenía a su vera un bote de “melocotón al natural” lleno de piedrecitas y que, al agitarse, hacía el oficio de campanilla.

El secretario leía, a base de frecuentes *lapsus linguae*, el acta de la sesión anterior, un acta que era un *potpourri* de gerundios y de infamias prosódicas.

Calló al entrar Mario y el “señor Vicente” y sonaron algunos murmullos sofocados y levísimos. Sólo el Vocal 2º se atrevió a exclamar, impertinente, señalando a Mario con la punta de un pie:

—¿A qué viene aquí ese *payo*?³

Entonces, sucedió algo importante. Y fue que como el Reglamento de la *Unión* prohibía severamente que bajo ningún pretexto se interrumpiese la lectura del acta de la sesión anterior, al oír al Vocal 2º, la Junta Directiva en pleno se inclinó en su cuba hacia el interruptor, le tiró un *viaje* por persona, y el Vocal 2º cayó al suelo atravesado por nueve puñaladas⁴.

Mario no pudo evitar un estremecimiento y un estornudo.

Y vio, estupefacto, cómo todos los componentes de la Junta volvían tranquilamente a sus primitivas posturas, limpiando las navajas, con unos pliegos de papel de estraza que repartió el Secretario, y cómo el Presidente prendía fuego a su colilla y agitaba el bote de melocotón ordenando:

—Que se siga la lectura del acta sin más comentarios, que los cadáveres me molestan cuando no producen ingresos...

El Secretario continuó la lectura equivocándose más que nunca. Decía:

—Y estando acabando la sesión, y siendo yo secretario se me rogó el mes pasado que...

El presidente le interrumpió:

—¿Qué pone en el acta? ¿*Se me rogó o me se rogó*?

—*Se me rogó*.

—Pues se dice *me se*.

—Se dice *se me*.

El Presidente le miró de un modo torvo y pegando con el bote en el borde del tonel, aulló:

—Se dice *me se*, bestia.

Una pausa. El Presidente continuó:

—Cuando ibas al café a comer, ¿qué pedías, *entremeses* o *entresemes*?

—Entremeses —confesó el Secretario anonadado.

—¡Pues entonces! Y hablando de Julio, Agosto y Septiembre, có-

mo se dice ¿los meses de verano o los meses de verano?

—Los meses —replicó el otro sin aliento.

—¿Y aún te atreves a porfiar que se dice *se me*? ¿Sabes lo que manda el Reglamento que se haga con el que discute las palabras de la presidencia?

El Secretario bajó los párpados, le pasó el acta de la sesión anterior al compañero de al lado y le entregó al Presidente una navaja. Y el Presidente le atizó con la velocidad de la *grippe*.

Tardó en morir el Secretario dieciocho segundos y tres suspiros.

Enseguida se reanudó la sesión.

Pero antes de que se reanude la sesión será conveniente presentar al lector a los principales socios de la *Unión General de ASESINOS Sin Trabajo*.

— Enrique Jardiel Poncela, ¡Espérame en Siberia, vida mía!, Ed. R. Pérez (Madrid, Cátedra, 1992).

NOTAS

¹ Se refería a la estatua del “Ángel caído”, que se alza en el Retiro de Madrid y que es, efectivamente, el único monumento dedicado al diablo que existe en el mundo. (Nota de fagot.)

² En realidad, el autor no está muy seguro de la frase de Arquímedes. ¿Qué dijo el sabio de Siracusa? ¿Dijo: dadme un punto de apoyo y con una palanca levantaré el mundo? ¿O lo que dijo fue: dadme un punto de apoyo y una palanca y construiré un sifón? La duda asalta al autor constantemente y

en este asunto todavía no sabe a qué carta quedarse.

³ Señorito.

⁴ Realmente eran ocho los individuos que atacaron al vocal 2º, a saber: presidente, vicepresidente, secretario, tres vocales, y dos comandantes, y si el desdichado miembro de la Junta recibió nueve puñaladas fue porque el Reglamento le concedía al presidente el derecho de pegar doble que los demás. A causa de esto, el cargo de presidente era envidiadísimo en la Unión.



Ramón Gómez de la Serna

Ramón Gómez de la Serna (Madrid 1888 - Buenos Aires 1963) nació en el seno de una familia burguesa adinerada y culta, hijo de un político liberal y sobrino de la poetisa Carolina Coronado. Esta privilegiada situación le permitió desentenderse muy pronto de los problemas económicos para centrarse en la literatura a la que dedicó todos sus esfuerzos. A partir de 1908 la revista *Prometeo*, fundada por su padre, le ayudará a expresar sus inquietudes artísticas convirtiéndose en una publicación fundamental para la difusión del movimiento de Vanguardia. Simultáneamente viaja por toda Europa –muchas veces acompañado por su gran amor, la madura escritora feminista Carmen de Burgos “Colombine”– mientras van apareciendo sus primeras novelas, fiel reflejo de la expresividad rupturista que él persigue. Pero será en los años veinte cuando su nombre adquiera fama internacional. Ramón, como así se le conoce, ha creado en 1915 la tertulia de Pombo en un antiguo café de la madrileña calle de Carretas y todos los sábados allí acuden grandes firmas de la literatura española y muchas extranjeras. Convencido de que su estilo literario hará época –ya se habla entonces de “ramonismo”– Gómez de la Serna asedia a sus interlocutores con las novísimas greguerías y una peculiar personalidad exuberante que hará las delicias de sus amigos y estimula a sus detractores. Después, cada noche él se retira a su domicilio en la calle Velázquez donde le aguarda su más fiel amiga: una muñeca de cera, de tamaño natural, comprada en París, que en medio de una decoración caótica, contempla sus creaciones. Efectivamente como han reconocido prestigiosos especialistas nos encontramos ante el escritor perteneciente a una “generación unipersonal”, en quien las peri-



pecias particulares ligadas a una vida de bohemia feliz corren parejas a narraciones y ensayos redactados con un estilo inédito. La Guerra Civil le sorprende en Madrid en 1931 y se siente impelido a viajar a Buenos Aires, comenzando un largo exilio en el que su suerte va a cambiar. Con el paso del tiempo la aventura del cubismo, del dadaísmo se extingue y *La viuda blanca y negra*, *El torero Caracho*, *Cinelandia*, *El secreto del acueducto*, algunos de sus títulos, se venden cada vez menos. En un momento en el que muchos de sus contemporáneos ya han muerto o caminan por diferentes paisajes estéticos, Ramón se siente solo e incomprendido, pese a que Pablo Neruda solicite en 1955 que le concedan el Nobel y pueda hacer una última visita, igualmente nostálgica, a España en 1949. Quizás por ello cuando muera, su nombre se asocie oficialmente al de creador de *El Rastro*, olvidando casi el resto de su obra, y en su entierro resuene el pasodoble “Madrid”. Aunque también esté enterrado junto a Larra en el Panteón de Hombres Ilustres de la Sacramental de San Justo y de su pluma hayan surgido las revolucionarias páginas que determinaron la llegada de la Vanguardia literaria a nuestro país.

La Nardo es un perfecto ejemplo de esta unión entre lo popular y lo cosmopolita. Escrita en 1930 y perteneciente al grupo de novelas de ambiente madrileño, muestra a un Gómez de la Serna conector de todas las técnicas narrativas de su estilo, el ramonismo. La novela cuenta la historia de una mujer, Aurelia –“La Nardo”– que regenta un puesto en el Rastro y de la mano del desaprensivo Samuel inicia el camino de una progresiva degradación con un final trágico de drogas y crimen. Es pues un folletín con todo el sabor melodramático del mundo finisecular en el que se había formado Ramón. La gran novedad radica en el estilo con el que está compuesta la novela, un curioso paseo por el Madrid castizo de las verbenas y la calle de Toledo, auténtica unión de greguerías enlazadas con una perspectiva distinta a la habitual en la literatura realista. Los capítulos escogidos pertenecen al punto de arranque de la novela, el conocimiento de la pareja protagonista y la posterior seducción de Aurelia, envuelta en el clima catastrofista del cometa Asor. El mundo popular que ya había sido descrito por el autor en 1915 en *El Rastro* se encarna en Aurelia, casi una figura de Romero de Torres, que escapa del fácil retrato costumbrista en la visión irreal de Gómez de la Serna. Ella es Madrid, hondo y popular, lejos de la ciudad galdosiana y del ámbito noventayochesco, convertida en una idealización –vanguardista en cuanto cosmovisión subjetiva– del mundo pasional.



La Nardo

2

La plaza del Progreso estaba envuelta en esa nube de polvo blanco que se aglomera allí siempre.

Todo estaba metido en una nube de calor mezclado con polvos de arroz, nube alegre, jacarandosa y siempre con cierta coquetería de barrio.

Unos misteriosos vendedores de relojes ofrecían aquellos cronómetros que andan sólo mientras los chalanes los prorrratean, pues inmediatamente después, dejan de funcionar.

–Yo creo –decía uno de los escarmentados– que andan por magnetismo personal como esos relojes de cristal de los prestidigitadores, que sin ninguna maquinaria, marcan las horas que quiere el público.

Relojes de un dorado ni de oro ni de oralina, el que los vende los frota contra su americana, como si así les infundiera nueva vida.

En aquel rincón las piedras para los mecheros eran falsas, granitos de plomo sólo, y los décimos tenían la fecha enmendada.

Pasaban esos vendedores inefables de la modestia madrileña, como la vendedora de abanicos para niños.

Unas comadres hablaban de aquella pobre muchacha, a la que acababan de hacer sufrir el timo de la bata. Aún lloraba en un grupo la despojada.

–¿A ti qué te dijo esa mala mujer?

–Que era de mi pueblo... Después me preguntó si tenía dinero para comprarme una bata negra... Eso me puso a temblar... Yo le

dije que por Dios me dijera qué sucedía, si era mi padre... Ella me dijo... “Dame el dinero y vamos a comprar la bata...” Yo le di todo lo que tenía... Entramos a comprar la bata negra y entonces ella desapareció de la tienda.

—Por lo menos —dijo una comadre sensata— es robo con consuelo... Mejor es que te hayan robado que no que fuese verdad que se te hubiese muerto tu padre.

“La cantaritos”, célebre mujer de la calle, vestida de percal y recién bañada en las fuentes —que de paso retiñen el pelo— era de lo más limpio del mundo.

Vieja, arrastrada, sin nada para comer, era un ejemplo de “desgracia” que era conveniente que pasase frente a futuras desgracias.

—¡Y fue una celebridad de belleza en su tiempo! —decía Ricardo.

La Odalisca, la célebre tienda de corsés, lucía, en sus cuerpos de amplias caderas, corsés para morenas que se combean y se vuelven más suntuosas en cuanto se quedan sin ellos y que no podrán servir de ningún modo para esas sílfides que cuando se quitan la faja se quedan más flacas.

En la cervecería del medio de la plaza se sentaron dos jóvenes, huéspedes de una hospedería de la calle de Carretas y que vagabundeaban desde tan temprano. El uno era un tal Samuel Barros que había venido de Toledo a estudiar Aduanas hacía cinco años y el otro era un pobrecito que había venido de Asturias a estudiar para Correos.

—Las popas deben ser redondas —insistía Samuel—. Estrechadas, significan mala constitución, o sensualidad de serpientes o tornadiza sensualidad de galgas... Hay que desconfiar de toda mujer en la que no se le redondeen bien las caderas y su popa no tome la pompa que Dios le dio.

En eso pasó La Nardo y Adolfo insinuó a Samuel:

—Ahí tienes una de las que te gustan. Pero ésa no es para ti.

—¿Que no? Paga tú, que ya te lo daré yo a la noche —dijo Samuel, que salió corriendo tras La Nardo.

La Nardo, que se sentía aquella mañana indefensa ante aquel saldo que imponía a la vida el anuncio del cometa Asor, desgarrando el terráqueo, oyó que una voz con tono de desvergüenza le decía:

—¿Se la puede acompañar para saber de qué color tiene la voz...?

La Nardo, que otro día hubiera seguido su camino sin volver la cabeza, se volvió con una sonrisa de corazón abierto de par en par y contestó:

—Hasta ahora no había oído que las voces tuviesen color.

—Pues lo tienen y la suya es “modoré”: negrilla y dorada, con negruras de pasión y luces de alegría...

La Nardo sintió que así es como ella había soñado que le hablase un mozo, con esas incongruencias y medios tonos que sólo se oyen en las novelas.

Samuel se dio cuenta de que había “fijao” el torito y se puso completamente a su lado, sin guardar ese medio paso hacia atrás que revela el comedimiento de los enamorados recién admitidos.

Con esa sensación de aparición con que el hombre que la mujer cree el “elegido”, se presenta a ella, Aurelia vio en Samuel al hombre que ha apresurado el paso precisamente para que ella no se quedara sin amor si el mundo se extinguía el diez y ocho de agosto.

Se dijeron sus nombres, ella le mostró desde la cabecera del Rastro el sitio en que hacía centinela y él le confesó, para engañarla más, que la había visto muchas veces allí y que por eso estaba tan enamorado de sus ojos.

Se mostró ella miedosa de su madre, pues su padrastro la tenía sin cuidado y por eso le rogó que la esperase al anoecer, a eso de las siete y media, en la rinconada de la plaza del Humilladero.

La detuvo Samuel un largo rato más después de conseguida la cita. Conocía muchas citas irrealizadas y no quería que aquélla pudiese fallar:

—¿Muchos novios?

—Ninguno... He arañado hasta hoy.

—¿Pero me esperaba a mí?

—Mentiría si le dijese que no... Quería ver aparecer un chico con la lengua tan suelta como usted y que nos entendiésemos muy de prisita en todo lo que dijésemos. ¡Han pasado por mi vera tantos trastos viejos y nuevos!

—Aurelia...

—No, no repita tanto ese nombre, que no es el que me gusta que me digan.

—¿Pues no me ha dicho usted que era el suyo?

—Sí, al principio... Pero es que de hace un rato a ahora, ha pasado mucho tiempo... Y por eso le voy a decir que quiero que me llame como me llaman los míos: La Nardo.

—¿La Nardo? ¿Y por qué? Un olorcillo a una flor muy buena había sentido yo ya a su vera, pero no había calculado que fuese nardo.

—Pues no es por eso... Es por el tono de mi color.

—¡Es verdad! En su frente abombada y graciosa está el mejor capullo de la vara... Y que es usted como esas varas buenas en que

todos los capullos están cerrados y se están abriendo toda la vida...

–No tantas zalamerías y hasta luego... En la esquina del Humilladero.

–Adiós, mi Nardo.

–Adiós, Samuel...

Samuel se quedó un rato viéndola poner tacones de cabra montesa en el despeñadero de la Cuesta del Rastro, apresurada, volviendo la cabeza, pareciendo ir a doblarse en un tropezón sobre aquellas piedras toscas de la bajada, precipicio de los andurriales madrileños, pero sus garbosas piernas hacían un arco y colocaba el firme tacón en el escalón del irse a caer y no caerse.

Samuel, por fin, dio media vuelta, riéndose por dentro estrepitosamente, como si se hubiera tragado la pianola de un bar, viendo en aquella suerte tan inesperada y tan rápida un comienzo de felicidad y el motivo que esperaba para gastarse la hijuela de su madre, breve pero suficiente para rematar un negocio alegre. Aquello lo presentía como preparado por la Providencia, que es la que escribe el nombre del premiado a estos regalos de mujeres y hombres.

3

Día tras día se habían visto ya hacía casi un mes en aquel recodo de la Plaza del Humilladero hecho para novios que no quieren moverse mucho y quieren ese abandono que hay en los sitios en que se han almacenado los papeles tirados.

A veces daban una vuelta por los alrededores.

A él le gustaba gritar en los portales porque en todos sonaba la voz de distinta manera.

–Mira éste –dijo en una ocasión frente a un portal a trasmano de todos los portales– es aquel en que Cristo dio las tres voces.

A veces era atrevido en sus comparanzas para que se asustase ella.

–Mira –decía frente a la mujer que daba de mamar a un rorro– le está dando teta usada... Mira qué colorcillo tiene.

El la mentía mucho y ella le solía decir: “Sabes más que Lepe, Lepijo y su hijo”.

La dominaba. Ella quería comprar aceitunas al aceitunero pero él le demostraba que estaban envenenadas, que de ningún modo debían comerse aquellas aceitunas remojadas en agua de arrabales.

Abusaba de que una de las dulzuras mayores que se pueden comer con la mujer chulona es quitarle las peinetas chicas y pei-

narse con ellas.

–¡Trae, trae! –gritaba ella como si la hubiese dejado sin sus agallas, sin algo sin lo que no podía vivir.

Ningún peine tan voluptuoso, tan ceñido a las guedejas, suave y prendido como el peinecillo de las castizas.

Los gritos de los pescaderos, elegidos por su voz de tenores, daban vuelo a los pescados en aquellas calles de sus idilios. El temor de la pescadería era el de quedarse con mucho para mañana, pues el hielo no basta, para salvar de la corrupción, ni cincelado por los artistas del martillo de madera.

Era bonito el tal arrebatado de sus barrios populares que distrae del conflicto que la mujer llevaba en sus entrañas. Los barrios silenciosos y ricos para quienes tengan menos conflictos redañeros.

Se veían los letreros pobres de “¡YA BAJO EL ACEITE!” “¡EL VALDEPEÑAS DE VALDE!”

Pasaban mujeres jóvenes y bellas que iban pegando y despegando del suelo sus medias suelas nuevas.

Se paraban ante los escaparates de confecciones para mujeres y niños.

–Mira –decía ella– un gorro de dormilona.

–No, es un gorro de parida.

–¡Calla, hablador!

Ante un escaparate con la mesa puesta, con mucha cristalería, dijo ella:

–Nos esperan... ¿Llegaremos tarde?

Samuel dijo:

–No es para nosotros... Eso es para los que se comen las herencias del que acaba de morir... Tienen muy mala para todas esas copas con el borde negro.

Ella, en aquel dicharacheo perpetuo en que Samuel la empujaba contra las paredes, se ponía de pronto muy triste para que él no creyese que podía abusar de ella.

Quería decir: “Te adoro, puedes abusar de mí, pero fíjate cuánta tristeza dejaría en mí tu abuso.”

Lo usual en ella era estar alegre, pero a veces, como no queriendo que olvidase él que podía estar triste y se contuviese en ponerla así, tomaba un terrible aspecto trágico.

El marrullero la contaba muchas historias de los sitios por donde pasaban.

–Te quiero más porque sabes la historia de todo –le decía ella.

Se sentaban en las mesitas de “El Parnaso”, el tupi de la Plaza

Mayor.

La tarde de provincia estaba caída dentro de la Plaza, agarrada a los balcones, uniendo todos los tiempos.

El reloj hacía con sus manillas el punto grueso de la red de horas para contener la historia.

Muchachas de la vida dudosa hacían que esperaban junto a la parada de tranvías y los cobradores que las conocían las comprometían, diciéndoles adiós con sobreentendido gesto.

Mujeres de sastre –cosedoras, paridoras, cavilosas– se asomaban a los balcones.

De los barrios fuertes venían los hombres con mandilón largo que han tajado la vianda cruda de la ciudad, lo que quedaba detrás de ellos colgando en tiendas y despensas.

–¿Y aquí quemaron a mucha gente, según dicen? –preguntó ella.

–Aquí no quemaron a nadie. Aquí los traían para sentencia firme y desde aquí eran conducidos a los quemaderos de la Puerta de Alcalá y de la Puerta de Fuencarral. ¡La peste a carne quemada no la hubieran podido aguantar ni reyes ni validos!

La Nardo, que le oía engañada, respondió a sus palabras:

–Pues deja muy sosa la plaza el que aquí no se hubiesen cumplido las sentencias.

–Las de sangre y degüello se cumplieron... Allí en aquel rincón, es donde se empleaba la cuchilla que sufrió don Rodrigo de Calderón.

El aire de la plaza era aire trovero para apalabrarse allí y marcharse por cualquiera de sus desembocaduras a sitio de recato, a portería de alcoba.

El Madrid veraniego tenía ese tono de incendiado bajo rescoldo de estrellas, cayendo algunas como tizo escapado a la maquinaria del mundo.

Aurelia quería que todo llegase aquellas noches, hasta la consumación del destino.

Pasar por entre las verjas de los jardines y reposar sobre la hierba convidadora.

Las fuentes refrescaban la noche y se sentía su surtidor como un juego inútil, como un artificio de verbena para punterías perdidas.

Acababan en un portal sin portería que había cerca de su casa.

Samuel lo había elegido para las despedidas, porque amaba las máximas verdades de la vida y por eso practicaba la de que “donde mejor sabe el amor es en los portales”.

La acosaba en aquel portal en que había ahogo de capilla por el olor que despedía el pelo de ella, lleno de brillantina y cuando ya ar-

dían como dos incendiados se despedían hasta mañana.

Ella se iba poniendo las peinetas en mejor sitio, recogiendo greñas, y él volvía a su centro matemático la corbata ladeada.

4

Por aquellos días le planteó su madre la cuestión del viudo, aquel don Pedro que vivía en el mismo corredor.

Don Pedro era un tipo de hombre maduro teñido con el negro de las botas y por entre cuyas negruras le asomaban calvas blancas y fatales, chichones del destino como si le hubieren dado en la cabeza con los grandes martillos que sirven para marcar la fuerza en las verbenas. Parecía llevar en la cabeza el recordatorio de su mujer.

—¡No quiero un viudo! —gritó Aurelia a su madre.

—¿Pero chica, qué tiene un viudo?

—Pues viudez... He dicho que no quiero.

—¿Así se habla...? Hay que razonar. ¿Qué le encuentras tú?

—Pues aire de mesilla de noche muy usada...

—¡Vaya un modo de hablar! ¡Con lo bueno que es!

—Bondad de hipócrita, de achantador de mujeres. ¡Viudo!

—Mira que quiere casarse en seguida y tiene tierras y una herencia posible...

—¡Vamos, que lo del cometa le ha hecho adelantar los asuntos...!

Pues por la misma razón yo he adelantado los míos.

—¿Y se puede saber cuáles son los tuyos?

—Derechos del amor, madre... Yo también tenía que querer a alguien...

Quedó largo rato pendiente del aire aquella pregunta tan natural que parecía hacer que las novias se echasen a cuestras a su novio, como si le ayudasen a vadear el idilio.

—¿Y quién es él? ¿Un vendedor de bidones usados y de botellas viejas?

—Nada de eso... Un chico decente que podrá hacer lo que quiera en la vida y que me sacará de vendedora de pobreza.

—Quéjate encima... Sólo con ese puesto tendrías una renta en caso de morir yo... ¿Crees tú que me hubiera yo casado con tu padrastro si no hubieras quedado independiente gracias a ese cebo de pobreza? En ese puesto de porquerías se podrá quedar lo que quieras, lo mejor de lo que baje o lo peor, lo que te convenga... Pero eso sí, si no me conviene el yerno no le traspaso el puesto ni la hija,

máxime, siendo como eres, menor de edad.

Dicho eso, la madre se retiró a dar coba a la artesa y Aurelia salió a escape, buscando en la calle y en el novio consuelo a aquellas intransigencias de quien la parió.

Se citaban en el Paseo de las Acacias.

Ahora se citaban junto a un poste de madera agrietado como si le hubiese sentado mal el clima y se hubiese resquebrajado.

Pero aquella tarde no pudo esperar ella allí, porque había un gato muerto junto al poste.

Al llegar Samuel echó tal mirada de desesperación, que comprendió Aurelia que aquel hombre la adoraba. No iba a ser aquel amor un amor cualquiera. Aquel hombre iba a ser el Salvador. Le llamó desde la otra esquina.

–Samuel... Aquí... ¡Que ahí hay un cadáver!

Le explicó todo lo de la madre y él respondió sólo:

–Si no estallamos todos el día diez y ocho, ya pensaremos en lo que tengamos que hacer... Ahora a amarnos sin pensar en más... Dame el brazo.

Y siguió con ella del bracete, entregados a unos largos silencios de merodeo.

Buscaban el camino de las vacadas que iban a encerrar en el matadero, camino oscuro que se llenaba de miedos y polvo espeso, de nubes de ganados de ovejas que ponían en el suelo ese entrecomillado que hace a los caminos bíblicos, parecían aborregadas nubes que hubiesen caído en el suelo.

A él le parecía aquel espectáculo estimulante del amor y de sus ensimismamientos.

Los novillos saltaban sobre las vacas veloces, pero se escurrían en la carrera, como encucillados y torcidos, cual si se derrumbasen de su quimera de deseo, como si supiesen que por última vez podía gozar a la hembra y se empeñasen en conseguirlo.

De nuevo, como engavilándose sobre el cielo, volvían a cabalgar a la vaca en despropósito de formas, en cubrimiento torpe, soltados otra vez por el escape del ganado, llevado como a la deriva de una riada.

En la carrera los toros eran zancones y sus cuernos resultaban perchas desigualdradas.

Sólo adquirirían de nuevo apostura descomunal cuando el seminal, encabritándose sobre los demás, volvía a ser fantasma monstruoso de la hora de las pesadillas. Empinado tenía algo de árbol aplastante y rijoso.

Después subían por la calle de Toledo despacio y ella se iba so-

la por la calle de la Ruda, como si hubiese descubierto que tenía una belleza distinta para cada día, orgullosa como si fuese vestida con diferente disfraz que el día anterior.

5

Nadie repetía la predicción; pero se filtraba en las almas como esos líquidos que se cuelan con un paño.

La sombra más pesada es la sombra de las nubes, que gravita con peso de cielo sobre las espaldas de los que se hacen los perdidos y los distraídos en medio del paisaje, pero aún es más pesada la sombra del presagio de un cometa, porque la derrumbación tendrá empuje que extravasará el enorme cántaro de lo épico.

Toda la totalidad pesa sobre ese cometa y está agarrada a él. A la luz de esas estrellas amenazadoras se fabrica, como bajo el golpe del más potente magnesio, el último retrato de la humanidad y se fijan unos retratos de boda que sólo ha inspirado el terror al astro.

El día de Asor iba llegando. Lo que apenas se creía se va creyendo. La verbena fatal cuelga sus farolillos en la noche. Asor va a incendiar el mundo con los cohetes de su influencia, y al pasar en plena fiesta junto a él lo va a abordar sólo con remover con su enorme proporción las aguas de su alrededor, los espacios alterados por las más potentes ruedas de la tempestad. El gran barco de la Mala Real Sidérea irá embriagado por uno de esos cotillones del Carnaval extraños a su fecha, que se improvisan en los barcos.

En las noches, todo Madrid se asomaba a las ventanas, viendo cómo el cáncer del cielo prosperaba y resultaba inconfundible con las demás estrellas, hasta con ese célebre gallo del cielo que es Júpiter.

Asor se hinchaba. Estaba más bello que nunca. Se veía su ventanal abierto de par en par. Tocaba los gramófonos inmensos de sus salones y esplendente de cinematógrafos atraía como la luz de una gran lámpara a los mariposones perdidos. Era como la verbena de una estrella.

Se hablaba de Asor de balcón a balcón y se veía cómo reposaba el enorme botijo sobre el alto balaustral de los cielos.

Los enamorados estaban prontos a encargarse la alianza urgente en la que estuviese grabada la fecha en que temían el naufragio final.

El cometa Asor daba un insomnio inolvidable a los más apasionados, en los que el miedo insuperable se mezclaba a la pasión. Ve-

latorio medio de viaje por mar, medio de viaje por tierra, medio de viaje aéreo, iba a ser ese velatorio de la noche en que el cometa enconado y temible pasaría junto a la puerta de todos y haría vibrar los vasos de las alacenas.

Alumbrados en el agachamiento de la vida por la lámpara envuelta en papeles y tocas del enfermo, todos sentían cómo el mundo pasaba por un septenario fatal.

Las últimas cenas de la medianoche se despachaban en esa contemplación del desalojamiento del mundo y eran más apetitosas que nunca y el jamón era más curado y serrano, con un gusto exquisito de último jamón del mundo.

El nuevo temor sideral hacía que esperasen muchas almas ese suicidio colectivo que supondría esa carambola de tres mundos, pues la bola roja que es Asor tocaría a la bola pintada que es la Tierra, y ésta, a su vez, entrechocaría con la bola blanca, que es la Luna, la pobre Luna, que juega un tercer papel inevitable en lo que le sucede al terráqueo.

La Tierra conservaba su impasibilidad; pero cuando se apagaban las luces de las casas, las gentes se asomaban para dirigir la oración indecible a Asor, quizás olímpico y despectivo, quizás avieso y solapado.

Ese día de gran verbena de la muerte que se prepara, ese diez y ocho de agosto, adornado con farolillos de miedo y pasión, gravitaba sobre los almanaques como hoja fatal, la hoja en que pueden quedarse parados para siempre.

Por sí o por no, las risas locas eran más locas y la voluptuosidad de vivir se espesaba más.

Samuel, en víspera del diez y ocho, se preparaba por si acaso una noche feliz antes de esa madrugada en que estaba anunciado el terrible acontecimiento.

Desde luego, empeñó cuantas cosas de poco uso tenía, porque le parecía una granujada última e importantísima engañar a los prestamistas y correr la postrimera juerga del mundo con dinero que ya no podrían recuperar más.

Samuel rebañó todas sus cosas. Hasta la caja de compases fue a la casa de préstamos, porque como él pensó “suprimido el mundo, ¿quién va a aprender Geometría?”

La última duda que le quedaba en aquel apresuramiento a Samuel era que si no se hundía el mundo, ¿con qué iba a seguir viviendo y estudiando?

Todo estaba jugado a aquella misma carta y sobre ella había amontonado toda su credulidad. Si perdía iría mejor que si ganaba

y, sin embargo, quería ganar.

Todas las cartas que tenía que escribir las dejó para después del día diez y ocho, porque como se decía: “¿y si no las tengo que contestar ya de ningún modo?, me ahorro en sellos.”

Ni se cosía un botón, ni apenas se cepillaba, porque todo lo dejaba para después del diez y ocho “si vivo para entonces”.

Todo lo veía diferido, nada doloroso ni halagüeño en el porvenir porque todo quedaría conmutado el diez y ocho de agosto. Desde luego, a partir de esta fecha, todo en su vida resultaría un poco curado en salud de la muerte. Veía vencidas las asechanzas del porvenir. Ya podía ser fuerte ante los acontecimientos, pues se habría despedido una vez definitivamente de todas las cosas.

Como ese que a todo lo que piensa se dice: “cuando me toque la lotería”, él se decía: “cuando pase el diez y ocho”.

Samuel se quedaba soñando sobre los libros que abría para tomar el aspecto del que ara por medio del libro en el surco que se vuelve a cerrar en el centro de cada página que se pasa.

Toda necesidad, todo proyecto quedaba devuelto a su incipien-
cia hasta después del diez y ocho.

Las hojas del almanaque disimulaban una serenidad que no tenían. Se quemaban más con aquel sol de agosto y tenían una cosa de vividas que contrastaba con las posibles hojas inéditas en blanco.

Primero un poco de mentira, pero ya completamente de veras, iba dejándolo todo para después.

Le salió en el periódico un anuncio que auguraba la mejor existencia al que comprara la mágica bola de cristal y también lo dejó para después. En aquel momento hasta el sello que pedían era un gasto inútil.

Así amaneció el día diez y ocho.

Madrid alboraba con cúpulas y luces de pan dorado. Un olor a buena suerte se esparcía por la atmósfera.

—Huele a que nos va a tocar la lotería —dijo el compadre de alcoba a Samuel.

—¿Se sortea también hoy?

—Hoy nos sorteamos todos.

Un aire de vida bien conservada se desplegaba en aquella mañana, como si saliese de una antigua casa de empeño.

La trasilueta amarillenta de todos los remates de las casas era como de natillas de buen día.

Samuel se lanzó a la calle desde muy temprano, remachando el

plan de ultimátum que preparaba.

“Mis palabras de hoy con Aurelia tienen que ser muy sintéticas –se decía–. Una más que le diga y no será mía.”

Tenía vagar de criminal antes de cometer el crimen.

Estaba alegre de ver un día así y pidió en un café una buena paella, pero que estuviese “muy amarilla”.

Su plan iba hacia la media tarde, pues había quedado con Aurelia que ella cerraría muy temprano el puesto rastrero.

Entre sedes y cansancios llegó a la hora de la cita. La Nardo se había adelantado y ya le esperaba cuando él llegó.

–Tiene cara de último día del mundo... Es bueno el bochorno que hace.

–Por ser su último azul, el cielo ha sacado la colcha de cuando se casó con la Tierra.

–Los periódicos aseguran que va a ser verdad... Un sacerdote predica esta noche en Londres el sermón de las últimas palabras.

–Esta madrugada, a las cinco, todas nuestras ilusiones muertas.

–¿Y si las realizásemos antes?

Samuel había lanzado la pregunta sin preámbulo; de un modo indubitable, atravesando con su acero el alma atemorizada de Aurelia.

La Nardo se quedó pensativa.

Samuel no quiso dejar que se rehiciese y continuó su murmujo:

–¿Es que siendo tan posible que no nos volvamos a ver vas a pasar esta madrugada en tu casa? Bien merece que no vuelvas esta noche, para morir juntos si la cosa es cierta, y para volver mañana, los dos juntos, si resucitamos de esta muerte que nos auguran.

–¡Suelen ser tan falsas estas predicciones!

–Pero esta tiene más verosimilitud... El Director del Observatorio de Auvernia ha confirmado rotundamente que el cometa chocará con la Tierra... Estaremos en vela toda la noche, divirtiéndonos muy juntitos por última vez... Iremos a la corrida nocturna, después a la verbena, después a ver amanecer por última o por primera vez... Por primera, porque nuestra unión va a afirmar el mundo esta noche... Sólo por piedad de nuestros besos continuará la Tierra en el espacio, si es que continúa.

La Nardo opuso algunos reparos, pero no podía dejar de agradecerle a él que pasase con ella aquella última noche de su vida, en que los juramentos caerían tan en lo hondo de ellos mismos que no podrían dejar de ser verdaderos.

–Pero ni contigo ni sin ti, podré ya volver a mi casa...

—Eso ya lo veremos mañana... Ahora a pasar la noche más feliz de nuestra vida... Tú coges tu mantoncito de flecos y lo que quieras conservar de joyas o de ahorrillos... Yo a preparar una última noche de alegría y de amor.

La Nardo se dejó acariciar más que nunca y caminaron hasta el sitio de las despedidas en un silencio espeso de dulzor, como si preparasen a fuego lento el postre de la noche del augurio.

6

Salió después de cenar a esa hora en que solía dar unas vueltas con las amigas y se agregó a Samuel que la esperaba con unos ojos más de gato que de costumbre.

El apretón de manos fue el de la complicidad suma y tomaron camino de la corrida.

—No traigo más que lo que he podido echarme al bolsillo... No iba a salir con un cajón. En el beso que me ha dado mi madre he notado que sospechaba algo.

—No, mujer, es que por si acaso te ha despedido en la última noche del mundo... No olvides lo que puede ser esta noche y apriétate mucho a mí cada vez que lo sientas.

Entraron en la vereda de los que iban a la corrida. Todo el Madrid de esa noche tenía un gesto especial de frenesí contenido.

Samuel la miró como a pan comido, con mirada de avidez suprema, con fauces de dragón.

Ella iba más color nardo que nunca, nardo que va a estar en segunda sazón, contrastado con el blanco de su rostro el color sangre del pañuelo ceñido a la garganta y atado con un fuerte nudo. Era una costumbre del barrio y de la chulería de las mocitas, aquella de ponerse un pañuelo por miedo a que la guillotina del tiempo las atacase el cuello.

—Esta noche te quitas ese pañuelo —pidió Samuel con intransigencia de amante.

Ella, ya sin miedo a las terribles anginas de Madrid, dejó como recién estrenada la blancura de aquel descote.

Llevaba un traje lleno de trencillas y flecos que se iban entreabriendo al andar como una cortina peluquera.

Tenía algo de heroína de la fiesta, siendo sus flecos como las numerosas banderillas que oscilan sobre los lomos del toro y algo también de la sangre que chorrea en cintillas y flecos de su testuz.

Mujeres jóvenes, guapas, con blusas flojas en que se movían con languidez sus senos enlechecidos, llevan sus criaturitas en brazos. Es a los toros el único espectáculo al que puede ir una criatura que lllore sin que el espectáculo se interrumpa.

Más que siempre, la ida a los toros nocturnos tenía algo de huida de Madrid, porque iba a suceder el temblor de tierra.

Muchedumbre de fuegos artificiales, muchedumbre que va a ver el eclipse total de luna se hacía más compacta y en el camino semioscuro de la noche, brillaban los mantones de crespón y se veían las botas negras hinchadas de pez, de oscuridad y del tinto de la noche.

Tenía un aspecto de peregrinación a pie, que se comienza de noche para estar en el punto de destino cuando apriete el sol. ¿Eran peregrinos que van a la ermita del Cristo de los Suplicios? Porque para el Cerro de los Angeles no es ése el camino.

Se oían los gritos de los cocheros lanzando “¡Aoe!” insistentes.

Al entrar en el coso, se detuvo Samuel para contemplar el fenómeno de la noche y vio sobre el alto pozal de la plaza una aureola de luz craterosa y bullente.

La puerta en arco de la larga visera que da al tendido era como una puerta abierta en un grueso muro de muralla, que diese a un día de gran luna, aunque una luna de luz densa, lacteada, llena como de polvos de luz.

Por fin entraron en el coso iluminado como un gran cine o un gran circo. Todo quería aparentar en aquellos alrededores que se trataba de una corrida de tarde, y los vendedores vendían las mismas futesillas y las aguadoras despachaban agua para la sed de la noche, y hasta las abaniqueras querían vender abanicos para el sol de la noche.

Fiesta de Gran Circo es esta fiesta, aunque en vez de ser el toro ese perro travieso vestido de toro de las corridas de circo, fuese un toro de verdad, pues hacía el efecto de ese número en que los dos payasos de cejas altas sacan el baúl de mimbre ante el que el público aplaude porque sabe que allí están las capas y los arreos de torero.

—Como nos vamos a ir a la Luna, después del puntapié que nos va a dar Asor —dijo Samuel— allí seguiremos viendo corridas, pues estos huecos redondos que se ven en la Luna son plazas de toros que hay por allá.

—Mira, parece un público que ha venido a despedirse de la vida. Parecen abrazados unos a otros.

El despeje de la cuadrilla con Charlot, Llapisera y sus Botones al



frente de sus peones era tragicómico. Tenía un aspecto de tropa seria en que los pobres toreros son unos desgraciados vestidos gravemente con su traje de luces, andando con su flamenquismo jactancioso, dispuestos a ser y seguir siendo toreros y a lucirse como toreros. ¡Qué gran contradicción entre unos y otros!

La salida del toro en la noche iluminada por los arcos voltaicos era tan fiera como en el día lleno de sol. No miró siquiera las luces; no distrajo su impulso; tenía el mismo arranque retador y valiente de por las tardes; la cabeza erguida, como la de los toros dignos que no tienen miedo de nadie.

Eran novillos, pero no muy esmirriados, y, sobre todo, sus cuernos tenían la puntiaguda forma de todos los cuernos.

—¡Y pensar que lo van a matar de veras en broma! —dijo Aurelia.

—¡Gran juerga para después de cenar una cena opípara de conejo con tomate y rociada con buen vino! —dijo Samuel exagerando su optimismo.

Las bromas eran incesantes; pero sólo unas cuantas merecían la hilaridad, pues todas las suertes eran como grandes verónicas de guasa, como hermosos faroles de chistosidad, como coleos de retruécano, como saltos a la garrocha sin garrocha, sólo sobre la pèrtiga del chiste.

Parecía que jugaban en la plaza pública a torear a un golfillo cualquiera, pues se sorbían el miedo, y todas sus expresiones eran alegres, aun después de los agudos y dolorosos puntapiés que les daba el cuerno.

Los picadores no eran picadores de mentira, sino picadores de verdad, que clavaban su lanza con punta de abrelatas, y que perdían el caballo destripado en medio de la broma. ¡Gran navajada en la tripa del mediador como en las riñas de los borrachos!

La Nardo había aprovechado aquellas axilas de oscuridad que se formaban en los tendidos para estar muy junto a él, temblando con exageración como si cada viaje de los cuernos de los toretes fuese una inyección que la pusieran.

Así como en las plazas de la tarde las mujeres están lejanas, aunque a veces se pongan de pie en el tendido como orgullosas Doñas Tancredas que desafiasen a la multitud, en las de la noche, la celestinesca luz de la noche hace de las suyas y la gran sensualidad se repliega alrededor de las mujeres.

Se veía que era un afán monstruoso el de utilizar noche para un espectáculo que necesita inimitable luz de sol. Primero debieron pensar en acercar la Luna, tirándola del cordón que la une a la Tierra y acercarla a la plaza.

–¿No se aplacará el cielo –dijo La Nardo con frío– al ver a toda esta humanidad que se divierte tan crédulamente?

–Si cometiesen un acto menos cruel se aplacaría, pero si lo nota, lo que pasará es que precipitará el golpazo.

–Es verdad, una cornada es la que va a recibir la Tierra esta noche.

–“¡Toma Toreo!” –dirá Asor.

–Pero el resto del mundo no tiene la culpa de la afición de España.

–En todas partes hay una diversión igualmente cruel.

El toro gritaba, con esos berreantes gritos de mujer que ha perdido a su hijo, al sentir los agudos pinchazos de la pica, que le ha picado donde más duele y al ponerle los arpones de las banderillas, cuyos anzuelos le tiran de la carne viva atrocemente y le dan un pelizco interior de garabatillo.

Llapisera y Charlot’s reían de sus arrebatos como si no les importase la sangre, y los caballos muertos les pareciesen de esos con haldas en que se mete el picador de circo, soltando unas largas tripas de trozo en la hora de la falsa cornada.

Sobre todo, las muertes con vómito de sangre de los toros hacían más injusta aún la muerte del toro porque era como matar el corderito con el que acababa de jugar el niño.

Aurelia no podía más y dijo:

–Vamos a la verbena, aquí estamos perdiendo la noche.

Salieron dando pisotones a toda una fila de pies.

A la puerta tomaron un simón.

A Samuel le hacía gracia el trote de su penco.

Los caballos de simón, sobre todo, tienen un falso trote, con el que imitan que corren, cuando en realidad apenas se mueven y lo que más hacen es bailotear sobre el empedrado.

Ese engaño de los caballos madrileños, granujas y perezosos, se debía a la necesidad de engañar al cochero y al casual inquilino.

Sólo si el morador del coche cerrase los ojos creería que es transportado vertiginosamente; pero si se fija en las tiendas frente a las que pasa, comprobará cómo se proyecta un largo rato sobre tal tienda de ultramarinos o en los numerosos escaparates de un café.

Samuel, que no cerraba los ojos atento sólo a las languideces de aquella mujer, como refresquecida por su mantón de crespón, dijo:

–Aurelia, hay que contar los minutos que nos quedan, con mayor ilusión que nunca... Tienes que poner tu corazón a más marcha.

–Tócame aquí para que veas qué carrera lleva... Lleva un paso loco y ofreció el lado izquierdo a la mano de Samuel, sin pensar que



Salomé, de Julio Romero de Torres.

sobre el corazón había un seno tentador, descuido de mujer cuando ofrece su alma.

–¡Que nos ven! –dijo La Nardo poniendo fin a la auscultación.

–¡Más quiero yo que lata! –dijo Samuel, queriendo borrar con ese deseo apasionado el arrebató de su mano.

Ese aire de noche de iluminaciones que toma la buena noche de verano estaba exacerbado. Alrededor de las luces había la aureola polvorienta y densa del verano.

Los relojes públicos señalaban horas alegres, verbeneras, las horas tostadas y acarameladas de la noche de verano; las noches con fuegos artificiales.

Las acacias con su ramaje inquieto y alegre hacían cosquillas en la oreja a los faroles.

Los martillazos de los aparatos medidores de la fuerza, que resonaban en la verbena próxima, clavaban a la noche en su sitio, la hacían definitiva, la incrustaban en el terráqueo.

Los conductores de tranvías, al sentir la alegría de la noche, bailaban un zapateado sobre el timbre, que por eso tocaba el tango veraniego.

Los pitidos de los trenes hacían propaganda de los viajes a las playas.

Llegaron a los reales de la verbena.

Dejaron el simón.

Ella en pie se aderezó para el paseo.

La caía el mantón en unas caídas largas como si bajasen del cielo a la tierra, como si fuesen inundantes lluvias de gracia desde lo alto de una figura ágil.

–¡Qué bien está! En esta noche que no sé por qué es alegre, siendo tan seria, parece que te has bajado del coche para bendecir la verbena, para ayudar a morir a todos dejándote ver.

Samuel la piropeaba separado de ella, en actitud de torero saliendo de los chicoleos, ceñido, pero sin rozarla.

–¡Que me vas a azarar! –dijo ella ofreciéndole el brazo.

La gran verbena era la fiesta indicada para una noche de final de mundo, pues calmaba la multitud, la desfogaba, la saciaba de su sed de viaje gracias a los “carruseles”; de su sed de vino, gracias a los porrónes libres “por diez céntimos todo lo que se aguante sin interrumpir el sorbo” y de su sed de dar una patada a los balones de los partidos de fútbol, ofreciendo a todos los puntapiés la pelota para el “goal” con premio de un pitillo.

Todo lo fracasado en las multitudes se consolaba en aquella última verbena.

¿Que había algún hombre desesperado de no haber sido torero? Pues allí estaba ese toro en que meter la espada por diez céntimos. ¿Que había quien tiene el palpitante deseo de usar el volante automovilístico? Pues ahí tenía una colección de volantes verdaderos con los que se va estableciendo contacto en pequeños automóviles que han de pasar por arcos de triunfo. ¿Que hay un flaco que desea ser gordo? Pues ahí estaban las fotografías grotescas en que basta meter la cabeza en el patrón de corpulencia que se desee, o retratarse de general si eso es lo fallido en algún alma de soldado.

Todas eran realizaciones fáciles de ansias insatisfechas y los enamorados se subían a los canchales de la gran rueda como si desearan fugarse en lo que de falso avión tiene el alegre aparato, y la que jugaba a la rifa de los bebés era que tenía el deseo irrealizado de un hijo.

—Mira... Todos se creen que van a vivir siempre y pueden morir esta noche.

—Quizás esto aplaque al cielo... Todos parecen haberse echado a la calle.

—Es la única manera de conseguir algo... Para los que están resguardados en sus casas son ciegas las estrellas.

—Hay una ahogada emoción en la gente... Yo siento que estoy conmovida por muchos corazones, no por el mío sólo.

Cada vez más metidos en la corriente de lodo de la muchedumbre, Samuel dijo:

—Si no hubiese coincidido con la verbena, la última noche de la ciudad la hubiera saqueado y violado el pueblo.

La verbena tenía esa ofuscación de las ferias de pasar de una música a otra, oyéndose los rabos de músicas lejanas.

Relucía la noche en los faroles a los que había tocado ser faroles de verbena.

Entre todos los botijos lucía el de gallo, gran botijo con espolones, que tiene una cosa alegre y cacareante en su figura. Es el gallo fresco, que se salva y se redime del calor de los corrales y que al llenarle echaba el chorro sobrante por la boca como si cantase un verdadero “cocoriko” espléndido.

Se veían borrachos de columpio, porque así como los que se emborrachan de champagne hay los que se emborrachan con el movere en las barcas de columpio.

Aurelia llamó la atención de Samuel sobre una que iba vestida con una tela que le hacía una cruz en la espalda. Tipo de muerta de pueblo.

Estaba sobreexcitada, frenética y todos los balines de flecha que

se puso a disparar Samuel en un tiro al blanco, sentía que se le clavaban en el corazón.

Tiró del brazo de él para que no disparase más.

Poco después se enfurrñó porque él miró a una señora de largos senos, con los que acornaba toda la verbena como un toro suelto en una feria.

–No creas que me importa nada ese primer premio de tetas a pie –dijo él.

Samuel, que llevaba en la cartera el retrato de Aurelia, lo prestó para que el miniaturista barato lo convirtiese en plástica miniatura, en algo así como en retrato con senos.

Echaron en numerosas máquinas de la suerte para poder elegir entre todos el papelito en que la Fortuna dijese cosas mejores. Arrancaban todas las hojas del almanaque de la suerte y tocaron todos los timbres y manivelas de la Fortuna. Aunque, a veces, le salía a él destino de mujer y a ella de hombre.

Se hicieron varios retratos entre los súbitos resplandores de luna con que fotografían en las barracas del transformismo, mientras ofrecían su cabeza en la guillotina de los bastidores.

Subieron al “carrusel” en que los niños se convertían en niños antiguos y al que era sólo un antiguo tranvía alrededor de la Puerta del Sol y al que era berbiqueador de los cielos con sus berbiqués dorados y en cuyas carrozas se va al país de las hadas.

Lo agotaban todo, la locura del descarrilamiento y de jugar al escondite de las montañas rusas, los grandes relojes sin compás de los columpios, las corbatas de churros recién hechos, los organillos que tocan los cojos –por lo general ayudantes de oficio en las verbenas–, todo movido en giro geocéntrico al espectador, poniendo flautas a toda la verbena el órgano de un primitivo “cine”.

–Estoy mareada de amor y de columpios –dijo Aurelia más pálida que nunca, con dos grandes zarcillos por ojeras.

–Pues esta noche hay que marearse hasta el delirio, para pasar bien de un mundo a otro... Tenemos que encaramarnos en todos los estrados de la feria para despedirnos bien de la vida.

–¿Sabes lo que quisiera yo para que nos salvásemos?

–¿Qué?

–Subir a un aeroplano... Los que esta noche estén en un avión se salvarán.

–No, tonta... Se los tragará el remolino que haga la Tierra al hundirse en el vacío... como les sucede a los botes de salvamento que están junto al buque que se hunde.

El algodón hidrófilo de la dulcería entraba a curar el ardor de estómago de los golosos, y relucían como bombones las cápsulas de las botellas que esperaban premiar al que lograrse poner collar a su gollete.

Las barracas de siempre mostraban detrás de la colcha de su entrada los mismos engaños de tiempo de los romanos. En los tiros al blanco, el huevo de alas misteriosas es el que se ofrecía como mayor tentación al chispazo del franco tirador, aunque la novedad fuese el tiro al blanco que operaba automáticamente sobre el que da en su punto central, encendiéndose un volcán de luces y verificándose la instantánea.

—Así —dijo Samuel— ya no habrá eso de engañar a los demás contando fantásticos hechos de armas. Ahora o presenta la fotografía del buen tirador o todos podrán dudar de que haya hecho blanco. Subieron al “carrusel” sidéreo, y Samuel le dijo:

—Mira, parece que hemos entrado en una lámpara de comedor que diese vueltas.

Algo de mariposa pillada en un artilugio de estalactitas y estalagmitas de cristal, tenían los dos jinetes del tiro del dorado trineo.

El “carrusel” de la fantasía estaba adornado con carillones, con taparrabos de resplandeciente gimnasta de los circos, con cruces de primera clase, entorchados, con caireles y todas las brillantes charreteras que sobraron desde que los ejércitos dejaron de usar aquellas doradas cascadas de los hombros, engatusando con su juego de espejos expresivos y delirantes,

Samuel, subido en su caballo negro junto a la yegua blanca de La Nardo se sentía transportado por los espacios, huyendo del mundo para salvarse de su catástrofe próxima.

Entraron en la barraca de Granero, el torero muerto por la cornada más terrible en el ojo izquierdo, como tiro de primer premio de suicidas.

—Yo ya lo he visto, pero quiero verlo en tus ojos —dijo Samuel.

—Poco verás en ellos... cuando entro en una barraca siento que se quedan oscuros y con un largo pasillo en su oscuridad, como si entrase en unas catacumbas.

—Tú figúrate —dijo Samuel enredándola en el brazo como a una capa de paseo— que yo soy ese hombre herido y destrozado por el toro.

—¡Qué horror! ¿Y por qué?

—Porque así puede suceder esta noche. ¡Cómo no le hubiera querido su hembra a Granero momentos antes del suceso! ¡Qué beso último no le hubiera dado! Pues fíjate que en este instante esta-

mos los dos en el mismo caso. Tenemos que querernos mucho antes de caer desnucados en el abismo.

En un interior oscuro estaban los bustos medio presumidos, medio penitentes y trágicos de los toreros: Granero con su calañés claro con alto luto; “Gallito” con la cosa un poco estrábica de su mirada, dirigida a la “cruz” que tiene cada cosa en la cocorota; “Valerito”, mas rústico y con tipo de torero desgraciado. Junto a todos, en un estilo de cuadro de catedral “con indulgencia para las ánimas benditas” estaba la esquila de defunción del torero y el recuerdo del toro asesino que fue bautizado para una tarde alegre, pues el que mató a Granero, se llamaba “Pocapena” y el que mató a “Joselito” se llamaba “Bailaor”.

En el ruedo de la barraca, y detrás de una barrera para que se puedan asomar hasta los niños, se veían de tamaño natural, dentro de tres burladeros o biombos que comunican con la misma plaza iluminada, los tres momentos de la cogida que costó la vida a Granero.

El acto de acercarse a aquello era emocionante y la mayor parte del público sentía esa palpitación apresurada y gustosa, en que el corazón se baña con más gusto en su sangre, durante la tarde con “hule”. Todos habían entrado en la barraca, porque habían visto en las esquinas un programa en que se anunciaba la cogida y muerte de Granero con seguridad. En el programa todo tenía estilo de verdadera corrida: “Toros auténticos del Excmo. señor Duque de Veragua”, y en una nota: “Esta Empresa y dirección artística han tenido especial interés en reproducir fielmente y con toda clase de detalles la desgraciada muerte del torero valenciano”.

En el primer momento ya jugaba el toro con el torero, en esa emocionante escaramuza que no se sabe si será sólo un volteo o si será muerte. El torero está dentro de esa ola trágica que puede ser sólo un susto o que puede ser el naufragio.

En el segundo momento ya estaba el torero en pleno pánico, demasiado voltijeado, como si el presagio de muerte se fuese a realizar, manchada ya una de sus medias color rosa con la sangre crespada del toro.

En el tercer momento el cuerno del toro alcanza al torero en el ojo izquierdo, y ahí acababa el lance fatal. En ese tercer momento se observaba mejor al torero y al toro. El torero tenía su traje de luces auténtico; su pelo se enmarañaba sobre la arena; su coleta se enguizcaba; sus manos de cera se posaban en la arena con demasiado cuidado, como temiendo romperse.

El toro era verdadero y tenía el pelo de la dehesa manchado con

la sangre brillante, azabachada, de la tarde taurina, y hasta con espumarajos en la boca, imitados con algodón en rama.

El espectáculo de “la más alta emoción artístico-taurina”, como decía el programa, conseguía el engaño cinematográfico, y aunque eran tres toros los que se veían y tres los toreros, el último toro y el último torero conseguían la hipótesis, de los tres momentos.

El público pintado en el telón de fondo era numeroso, el de las grandes corridas, todo el abono completo; pero aunque estaba bien de confusión, de sombreros de paja, de impresionismo, “estaba sentado”, no tenía el aspaviento y la emoción en pie que inspira toda cogida, por no saberse nunca si será sólo aparatosa o de cornada “jonda”.

Junto al ruedo escucharon a una madre que decía a su hijo, niño de pelo peinado con filigranas de viejo:

—Mira, hijo, para que le cuentes a papá lo que has visto y deje de ser torero.

Otros comentaban el suceso.

—El toro es el que mató a Granero; pero Granero es de cera.

—¿Es que querías que fuese disecado? —le contestaba otro.

Las magníficas prostitutas, a las que no sacan de las casas empersianadas más que los más opulentos protectores, se asomaban a la plaza con curiosidad de hembras que quieren ver agonizar a la víctima.

Ponían más oscuro el recinto con sus trajes de seda negra y daban escalofrío blanco con sus rasgados descotes y sus brazos que asomaban por entre las mangas hechas trizas con picardía de modistería.

Un borracho frente a una cabeza de toro de las que colgaban disecadas exclamó:

—¡Ya se ve qué país es éste...! El toro es lo único que queda, lo único que se “desea” para la posteridad, en vez de poner a Ramón y Cajal y a Benavente...

Parecía querer ver las cabezas de todos los grandes hombres disecadas sobre las panoplias negras en que se empotran las cabezas de toro.

Todo era sabroso y castizo en la oscura nave de las evocaciones; pero cuando se producía un serio conflicto era cuando el público tenía que cruzar por la enfermería. Entonces había señoras que temían desmayarse y no querían pasar por esa puerta, por la que no había más remedio que salir. Algunas se tapaban los ojos y otras se compungían como ante lo irremediable.

Granero estaba acostado en la cama de operaciones de brazos

de níquel, muerto, desnudo, con la herida en la sien y el ojo tuerto, destacándose mucho el horroroso zurcido, que ya no cicatrizará nunca; el “siete” mortal, que recordarían siempre los que habían entrado en la barraca, sobre todo Aurelia, que se sentía llena de agonías.

Del cadáver se escapaba ese olor a muerto, que tiene la cera, un olor lúgubre. El mozo que velaba al muerto, le oseaba las moscas con un plumero.

En la enfermería se pararon las “Furciales” y con la cabeza metida entre los senos al agacharse para ver mejor, dijeron en son de apuesta: “¿A que no lo tiene todo?” “¿A que no?”, y una de ellas, ni corta ni perezosa, tiró de la sábana que cubría al torero y se vio que, como cierto Cristo sevillano, lo tenía “todo” con la pelambre fresca de céspedes espesos.

El mozo sorprendido se indignó. Una señora casada que iba con su marido se aspayentó y el marido se volvió airado contra las dos desgarradas gritando: “¡Qué profanación! ¡A un muerto!”

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —dijo trémula y más ardiente que nunca Aurelia.

Samuel pensó, mirándola con arrobó y tropezando con sus senos, que estaba en sazón, que ya estaba bregada, cansada, vencida y que aquel tirón trágico y sensual de la sábana, la había acabado de disponer para el sacrificio.

Entonces él le propuso:

—Tengo ganas de respirar solo las estrellas. Vámonos en un automóvil a las afueras...

—Vamos —contestó ella ansiosa del aire de la carrera.

—Paseo del Canal —dijo Samuel al chófer; y bajaron las cuevas tremulantes, en que ella, mondada de su ropa, le ofrecía tersuras de marfil.

Al llegar al promedio bajaron del automóvil y se embriagaron de besos y de estrellas.

—Nos quedan dos horas... Son las tres...

—¿Quieres que nos sentemos en algún sitio y nos preparen una cenita...? Que nos suenen las cinco brindando con champán.

—Vamos —dijo ella que quería quitarse los zapatos en el sofá del descanso.

—Por aquí hay un tabernero muy obsequioso que nos tratará bien.

Samuel fue contando a Aurelia la historia del tabernero, porque conocía ese último plante de la mujer ante las puertas de la seducción, y con la historia procuraba distraerla.

A aquel tabernero le llamaban “tío coronas” por las “coronas”

que dejaba al llenar los vasos, anchas diademas que hacen de una copa sólo media copa.

De allí salían los borrachos de orilla de los cementerios que son los que pasan más miedo y llegan a su casa gritando que llevan un faccioso o un magistrado dentro. Parecía que los muertos aprovechaban la borrachera para penetrar en aquellas almas de puertas descuidadas.

Al pobre tabernero se le había muerto una chica igual que Aurelia, una bella joven a la que dieron un poco de ricino siendo propensa a la apendicitis y murió esperando la hora de la muerte en plena vida, sin veladuras y sin remedio.

Vendiendo calcetines por las calles –fue el inventor de esa venta en las afueras– había hecho un poco de dinero para establecerse.

Daba buenas chuletas de cordero, porque “tenía ganado en casa”, ya que todos los días adquiría un par de corderos de aquellas majadas que filmaban el camino.

Como noche entre final o no final del mundo, la taberna estaba llena de gente.

La mujer del tabernero lucía un pelo muy tirante sobre un cráneo cavernario.

Samuel cogió unos bocadillos y le dio uno a Aurelia.

–¡Buen provechito! –dijo un hombre optimista de blusa azul, que bebía en aquel recodo del mostrador.

El dueño de la taberna al ver a don Samuel les dio albergue en un comedor íntimo en que lo primero que sintieron es que ya se habían visto otra vez sus almas entre transmigración y transmigración.

El canesú verde de la lámpara les hizo un gesto de malicia.

Un almanaque colgado en un rincón les dio una punzada de frío e indiferencia.

El diván les sonrió como una peana amable.

Se acercaron al balcón de rodillas sobre el diván, como atisbando los cielos.

Él sacó el reloj.

–Ya van a ser las cuatro –dijo.

Ella temblaba y se oía el menudiente ruido de su tiritar.

–¡El amor puede con la muerte! –dijo él, que sabía que lo que necesitaba en aquel momento era una gran frase.

Ella se dejó abrazar como no se había dejado abrazar nunca. ¡Y estaba su vida tan apretada, tan ceñida y tan estallante en sus brazos desnudos que se oía su ceder en un crujimiento delicioso!

La luna apareció con una ligera nube delante y ella desconfió de

aquella mancha como si fuese algo grave.

–¡Mira, mira! –dijo medrosa.

Samuel aprovechó aquella mancha en el rostro carrilludo de la luna y precipitó el amarse como en delirio in extremis.

Volvía a ser la ciudad el pueblo primitivo, porque no hay ningún temor más clásico que temer al cielo.

Samuel iba sabiendo todos los caminos de Aurelia.

El amante es el médico que reconoce a la mujer sobre aprensiones de muerte, pues si ella no fuese mortal no sería tan adorable. ¡Con un ser menos precedero el vicio sería tedioso!

A través del traje levantado en el pliegue del brazo reconoció aquella carne tostada.

“Vas a ser la muerta de esta noche” –se dijo él, y la encontró más amarillenta y atractiva para el amor.

Se agolpó a su curiosidad la profunda caricia anatómica que tiene el deseo, caricia de autopsia amable, de palpar los macizos de los órganos, encontrando el tiesto de los riñones, el sitio del hígado, el xilofón nervioso de las costillas.

–¡Qué maravilloso capullo eres! –dijo él sin poderse contener, con emoción de quien sabía que después de aquel instante no podía ya ser ella la del instante anterior.

¡Porque era tan grave capullo sería por lo que había de ser tan gran desgarrada!

Era la mujer dadivosa que no recurriría después a la estafa del amor. No iba a ser usuraria. Que él hiciese lo que quisiera.

–Tienes nalgas de nácar –dijo él por último, y apagó la luz, quedando luciendo en la oscuridad el piropo lunar, mientras esperaban en agonía la muerte súbita del mundo.

– Ramón Gómez de la Serna, *La Nardo*, (Barcelona, Bruguera, 1981).

Carmen de Burgos (Colombine)

Carmen de Burgos Seguí nace en Almería en 1867 y muere en Madrid en 1932, protagonizando una de las más interesantes trayectorias de la literatura femenina en España. “Colombine”, como así firmaba sus escritos, quiso desde un principio asumir su propia biografía sin ningún tipo de condicionamiento social, múltiples en la época, y tras un prematuro y fallido matrimonio y obtener la titulación de maestra de Enseñanza Superior, en 1901 abandona su ciudad natal dispuesta a abrirse camino en el ambiente artístico. Desde 1902 abundan sus publicaciones en diferentes periódicos madrileños como *El Globo* y *La Correspondencia de España*, siendo la primera mujer redactora del *Diario Universal*. Será en *Heraldo de Madrid* donde descubre su auténtica personalidad, inconformista y vinculada a un muy activo feminismo que aboga por la reivindicación de los derechos de la mujer. En esta línea se encuentran *El divorcio en España* (1904), *La mujer en España* (1906) o *Misión social de la mujer* (1915). La autora es infatigable y junto a estos volúmenes y otros dedicados a sus impresiones sobre diversos países, extraídos de múltiples viajes –fue la primera mujer corresponsal de guerra– becados algunos por la Junta de Ampliación de Estudios, publica incesantemente relatos con destino a las colecciones de *El Cuento Semanal* o *La Novela Corta*.

Sin embargo pese a la popularidad que conllevaba su apellido, la también conocida como “Dama Roja” no llevó una existencia demasiado confortable. Superviviente en el Madrid de la década de los veinte, con una hija y una hermana a su cargo, la ingeniosa y perversa pluma de Rafael Cansinos Asséns la describe en su hogar atezada por preocupaciones domésticas poco evanescentes y muy



reales. A su tertulia acuden conocidos escritores del momento como Vicente Blasco Ibáñez o Felipe Trigo, autoras de tendencia conservadora, Sofía Casanova, y también ilustres desconocidos, los futuros padres de la Vanguardia caso de Cansinos Asséns o Gómez de la Serna. Ramón fue su relación más importante y la gran diferencia de años que los separaba no se convirtió en obstáculo para una excelente relación personal y artística. Gracias a él “Colombine” abandona los planteamientos de la estética del realismo al que por cronología se hallaba vinculada, para adentrarse en la revista *Prometeo* y en la Vanguardia de Pombo. Por otra parte, habría que determinar con precisión las influencias de la escritora en el Gómez de la Serna de las novelas cortas y en las renovadoras *El Rastro* y *El Circo*.

“Colombine” tuvo una muerte acorde con la vieja leyenda de fusión vida–literatura. Víctima de un ataque al corazón cuando pronunciaba un discurso en el Círculo Radical Socialista, sus últimas palabras estuvieron dedicadas a la alabanza de la República y de la actitud política en la que siempre creyó.

El texto ofrecido recoge la segunda mitad del relato *Los negociantes de la Puerta del Sol* y ofrece muchas de las características que antes se apuntaban. De una parte la narración de la peripecia de Don Justo, una figura sepultada en toda la grisura del mundo decimonónico, con su costumbrismo y sus herencias picarescas que transparentan la crítica hacia la sociedad burguesa. De otra, una descripción digna de un riguroso científico al hablar de la Puerta del Sol y de sus aledaños, con especial mención a los cafés. Lo interesante es que las dos historias se funden y sin aparente solución de continuidad “Colombine” va de una a otra reuniéndolas en un proceso que vincula al hombre y al objeto, al individuo con su entorno cosificador. Parece inexcusable aludir a Ramón Gómez de la Serna cuya influencia en la expresividad de la greguería se hace patente aquí, y en especial a su obra *El Rastro*. Porque no otra cosa trasluce la Puerta del Sol de “Colombine”, menos deshumanizada y genial que la del autor pero más puntual en el detalle todavía captado con ojo realista, unidas ambas narraciones por un sentimiento de caótica armonía.



Los negociantes de la Puerta del Sol

I

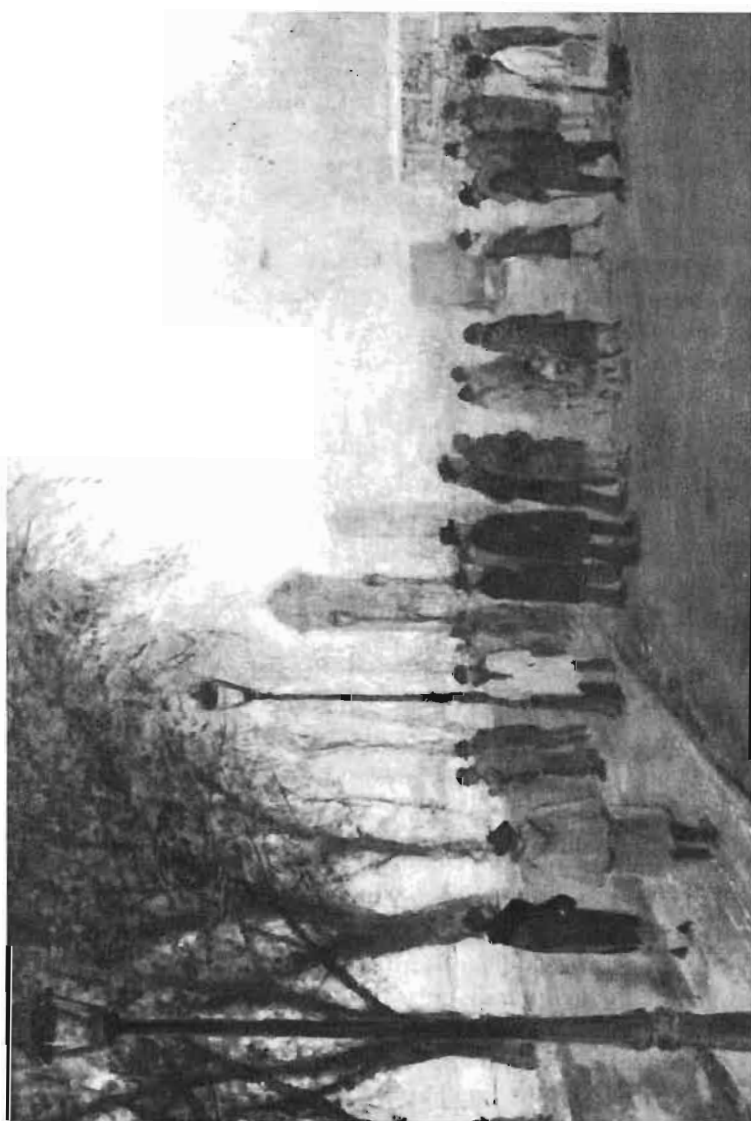
[...] El cabo de vela colocado en la boca de la botella vacía que servía de candelero iluminaba la estancia.

Aquel bohardillón al que se llegaba gateando por el corredor, perfumado por las emanaciones del retrete que servía de vanguardia a la mísera vivienda, se componía de una sola estancia, que habían dividido colocando en uno de los ángulos una falda vieja a guisa de cortina, donde estaban las camas de la joven y del chico separadas de la cama del matrimonio, debajo de la cual se guardaban la arqueta de la ropa, los líos de las ropas sucias, el tintero, la pluma y la enorme cartera que le servía al padre de mesa, colocada sobre las rodillas, cuando quería escribir.

Unos cajones con tablas servían de estantería para guardar los libros y los manuscritos de don Justo. El resto del mobiliario estaba compuesto por una mesilla de cocina, pequeña y desvencijada, dos sillas, algunos cacharros de cocina, y un cajón lleno de arena que servía de escupidera y que don Justo tenía siempre cerca.

Anita no era fea, delgada, alta, mórbida, su palidez era blanca y su anemia le daba un cutis fino, lleno de suavidades y de dulzura para los ojos. El hermoso y abundante cabello que tan pocas veces se trenzaba, formaba una selva virgen, encrespada con matices de oro cobrizo, que hacía aparecer enormemente grande la cabeza y más pequeño el rostro de facciones correctas, boca rosada y ojos claros, muy vagos y soñadores.

Bien vestida y bien cuidada Anita hubiese sido una mujer capaz



El cruce, de Ricardo Baroja.

de llamar la atención por su belleza; así y todo era agradable, daba la impresión de lo que podría ser cuidándola un poco, si bien ofrecía ya esa semejanza de las hijas bellas con las madres feas, que son como una amenaza para lo porvenir. Esas semejanzas en que las dos parecen decir: “Así era.” “Así seré.”

Participaba de las ilusiones de su padre al que veían volver cada noche lleno de una alegría nueva, de una esperanza reanimada en los estupendos negocios que podían hacerse en “este país” donde estaba “todo por hacer”.

Sus nuevos amigos lo habían relacionado con una agencia importante, que sin pagar contribución se ocupaba de toda clase de negocios. La agencia de “Ramírez y Compañía”, que se ocupaba de todo: testamentarías, cobro de créditos, dinero a rédito sobre sueldos e hipotecas, patentes de invención, protección a las industrias, negocios de minas y de compra-venta.

La agencia tenía “ganchos” para proporcionarles los negocios, con el pretexto de eludir la terrible contribución que tendría que pagar si declarase sus negocios. Eran esos ganchos los que citaban a los clientes que aún no les inspiraban confianza, en aquella acera de la Puerta del Sol, donde se resolvían los más arduos proyectos, a no ser que el citado los pudiese convidar, en cuyo caso entraban en alguno de los cafés de la Puerta del Sol o en las más próximos, como el Bar Monopol o el Relámpago.

Sin embargo, a pesar de su optimismo, don Justo tenía que confesar que aún no se veían los resultados de su esfuerzo. Algunas pequeñas ganancias habían venido de vez en cuando a hacerle olvidar los gastos que le ocasionaban.

—En todo negocio es preciso esperar —le decía Galán— no llegan las ganancias el primer día. Siempre se necesita un pequeño capital de resistencia.

Él lo esperaba todo del Metropolitano. Constantemente se ocupaba de eso.

—Cuando el Metropolitano funcione —decía a los capitalistas que le confiaban sus intereses— se venderá cuanto se quiera.

* * *

La Puerta del Sol ha tenido siempre una relación con la hora. En los antiguos edificios, en los más antiguos, había siempre un reloj, desde que los relojes se inventaron. Uno de los primeros fue el de la Puerta del Sol.

El reloj de la Puerta del Sol con su gran bola descendente al dar



las doce, es aun célebre en toda España y no hay paleta que al venir a Madrid no pase por la gran plaza para ver caer la bola, en la acera de enfrente al Ministerio de la Gobernación con los ojos y la boca muy abiertos, como el que espera un milagro.

No tiene este reloj la complicación del reloj de Berna donde se mueve un pueblo entero, pasa una procesión de osos y hasta canta un gallo; ni siquiera tiene lo pintoresco del viejo reloj de Medina del Campo con sus figuras que tocan la campana; pero tiene el prestigio de ser el reloj de la Puerta del Sol y con eso le basta para ser el reloj de los relojes, como ella es la Plaza de las Plazas, a pesar de esa maravillosa Plaza Mayor, invencible en belleza y en poesía.

Ahora en la Puerta del Sol se puede saber la hora que es en cada parte del mundo porque el Trust Joyero ha colocado ese reloj de todo el mundo y que, sin embargo, es típicamente nacional porque un toro da con los cuernos la hora embistiendo la campana.

Sin embargo el reloj que toma importancia en los grandes sucesos es el antiguo reloj de la bola. La última noche del año se puede decir que la que se celebra es la fiesta del reloj. Es en vano que embista el toro del reloj mundial, diciéndonos que hay gentes para los que ya empezó el año y otras para los que no empezará todavía. Los ojos de todos buscan el reloj que dejará caer su bola, como si de un formidable reloj de arena cayese en la eternidad el grano que marca un año en el tiempo. Es todo un año el que cae al caer la bola y un año nuevo, con su aurora de esperanzas y misterios, el que con ella se vuelve a levantar.

El pueblo de Madrid despide con alegría poco filosófica al tiempo que se fue y recibe con confianza el misterio que se anuncia. Las alegres pandillas de gente del pueblo pasan tocando guitarras, acordeones y panderetas y cantando “couplets” de moda con voces más o menos destempladas. No es sólo alegría del pueblo, es alegría de la clase media, de señoritas que acuden con sus novios y sus mamás, familias enteras que llevan con ellos hasta los niños en pañales; modistas, criados, estudiantes... la algaraza de Madrid, el pueblo más alegre y gritador del mundo, que parece despedir al año con una estrambótica cencerrada.

Las niñas llevan cestitas de uvas, se han conservado para esta fiesta muchos barriles de uvas. Salen doradas, transparentes, con esa cosa de vidrio que tienen las uvas, y limpias del polvo del aserrín se colocan en las cestitas, adornadas con una cinta rosa o azul, que hacen de la docena de uvas que es preciso engullir, una a cada campanada, un regalo elegante. Los hombres llevan botas y botellas de vino, que pone más bullicio aún en el conjunto de la multitud.



Al dar las doce todos los ojos están fijos en el reloj, se inicia el movimiento de cansancio, en esa misa pagana al empezar a descender la bola. Es preciso no descuidarse en cumplir ese rito que asegura la felicidad de todo el año. Algunos quedan tristes y desanimados por no haber podido tomarlas lo bastante deprisa y un temor vago y supersticioso se apodera de las almas. Es la verbena, la verdadera verbena, de la Puerta del Sol, verbena sin farolillos, porque le basta solo para engalanarse el prestigio de su reloj.

Un año la multitud esperó en vano; el reloj no dejó caer su bola. ¿Se había descompuesto? Parece que eso era lo lógico pero el pueblo echó la culpa a sus gobernantes y les achacó el hecho de amargar la alegría de todo un pueblo en fiesta. Éste era un crimen. Había sido como matarlos a todos... suspendiendo el tiempo y retardando la entrada del año.

Para don Justo y sus amigos aquello constituyó un atentado. Ellos tenían su propiedad en la Puerta del Sol y era una deslealtad aquello. Don Justo había llevado a toda su familia. Anita apenas podía andar con los zapatitos tan estrechos que compró para esa noche y el dolor de los pies le hacía subir el color de la cara. Reco-gía piropos al pasar por los grupos alegres, esos piropos pintorescos y poco respetuosos del pueblo de Madrid, que la hacían ruborizarse aun más, pero que le regocijaban en el fondo del corazón, haciéndole sentirse bella. Antoñito iba ya ronco de gritar y rendido de darle a la pandereta, mientras que doña Antonia se quejaba continuamente de los callos y del dolor de cabeza y lo criticaba todo.

En cuanto a don Justo se sentía feliz. Era como si fuese él quien recibía a sus invitados. Se sentía como un gran señor que tenía fiesta en su casa.

Así es que a pesar de las quejas de la mujer, y con gran contentamiento de sus hijos, esperó a que *el salón* se quedase desierto; parecía que quería ver las sillas colocadas en su lugar. Respiraba con satisfacción el aire frío de aquella primera noche de enero. Todos habían comido sus uvas a tiempo, todos menos doña Antonia que seguía quejándose del frío. Anita volvía con disimulo la cabeza. Para ella empezaba bien el año. Dos jóvenes la iban siguiendo con un paso militar y acompasado a respetuosa distancia. ¿Sería un novio sacado de la Puerta del Sol?

En el momento que el sereno con el farol y el chuzo en la mano les abría el portal, los vio parados en la acera de enfrente. ¡Qué pena no tener un balcón que diera a la calle! Sentía una verdadera atracción hacia aquellos hombres entrevistados que quizás pertenecieran a la clase de *encerradores* de la Puerta del Sol que son unos

jóvenes que siguen por costumbre todos los días a media docena de mujeres bonitas, hasta dejarlas encerradas en sus casas y no piensan en volver más bastándoles con saber dónde las encerraron.

* * *

Como hay días de días, de fiestas onomásticas, hay días de la Puerta del Sol. Además de la *Fiesta del reloj*, la noche de año nuevo, la Puerta del Sol tiene la noche de Reyes, esa noche en la que no se cierran los bazares y las tiendas de juguetes que los padres van a buscar en esa última noche de plazo, para la llegada de los Reyes Magos, porque no se han acordado antes y no se puede defraudar la esperanza de los niños que han puesto sus zapatitos en el balcón que duermen soñando con la visita de los orientales.

Pero ninguno de aquellos muñecos de bazar tenía la gracia de los juguetes de la Puerta del Sol; en ninguna parte se encuentran esos muñecos ingeniosos, inefables, más que allí. Son los muñecos nacionales, los españoles por excelencia, los que se fabrican en casa, fruto de la fantasía de su inventor.

—¡Toribio que saca la lengua!

Un gallito que sube y baja pendiente de un elástico de bota antigua —aquellas *botitas* de elástico que casi han desaparecido—, monitos que saltan, aeroplanos que vuelan, ratoncitos que corren... Toda una serie de juguetes que es inútil buscar en ninguna otra parte, porque son como producto del gran árbol de Noel que es la Puerta del Sol.

Los días de procesiones solemnes pasan por la Puerta del Sol; ésta se engalana como cuando pasan las carrozas de la casa real. Una de estas procesiones es la del Corpus; que tiene más importancia por las mantillas blancas con claveles reventones, color de *sangre de toro* que lucen las mujeres que por el desfile de santos y autoridades, que se empequeñecen en la amplitud de la gran plaza. A él le parecía que en esas procesiones solemnes debían ir los reyes como van los alcaldes en las procesiones de los pueblos.

Fuera de estos días fijos había días de fiestas impensados, como los días de crisis, en los que la Puerta del Sol tiene algo del antiguo mentidero. En esos días se espera saber más pronto el resultado en la Puerta del Sol, que en la de Palacio o en el Congreso. La gente va a la Puerta del Sol a enterarse: se preguntan hasta los desconocidos, unos a otros, y el que la sepa no vacilará en decírselo a los demás; feliz por haber dado la noticia.

Además, allí se esperaban los periódicos que rivalizan en salir temprano y que llegan a la Puerta del Sol antes que a ninguna otra

parte. Los chicos que salen al trote con las “manos” de papel bajo el brazo no se detendrán en su carrera aunque los llamen, van ciegos a la Puerta del Sol para gritar allí “¡El Heraldooo!”

Además el transparente de *La Correspondencia* tiene ese día una atracción. Frente a él hacen su tribuna los directores de muchedumbre, esos que hablan mucho en público en voz alta, y siguen los acontecimientos desde aquella esquina, sin que por eso dejen de tomar un aire misterioso de hombres bien informados por conductos autorizados y secretos.

Los días en que se juega la Lotería Nacional ejercen una influencia también sobre ella. Esos días el comerciante está allí desde muy temprano. A eso de las once de la mañana sale *el gordo*, y sin saber por qué se le considera como a un fetiche que puede ejercer su influencia en las demás cosas. Un dios que viene a visitar la ciudad. Se nota en la Puerta del Sol más animación que de ordinario; los comerciantes se sienten más optimistas. ¡Quién sabe si ese día harán mejores negocios, si a ellos también no les tendrá la suerte guardado su *gordo*! Es optimista pensar en la suerte de la lotería, que puede enriquecer a uno en un momento.

* * *

Por la Puerta del Sol pasa todo lo que hay de notable; se considera como el sitio obligado de todos los espectáculos oficiales. Por allí pasan los reyes para ir a abrir las Cortes –salvo excepciones contadas–, por allí transitan los embajadores que van a presentar credenciales, las princesas que vienen a desposarse y los reyes que nos visitan.

Entradas de un ejército triunfante, actos de grandes exhibiciones, todo tiene que tener lugar en la Puerta del Sol. Es incalculable el dinero que se ha gastado en festejos en ese lugar; arcos triunfales, columnatas, colgaduras, iluminaciones y banderas. Hoy sólo los entierros de gran lujo pasan por la Puerta del Sol; ya no la cruzan aquellos míseros que conducía la *Cofradía del Consuelo*, encargada de dar sepultura a los muertos pobres, llevando el ataúd encima de unas angarillas, y delante el mismo estandarte de hule negro que se usaba para los ajusticiados en garrote. Hoy es un honor de muertos ilustres, de esos a los que se les conceden honores por decreto, y cuyos entierros, seguidos de muchos coches llenos de gentes indiferentes, se detienen delante del teatro Español, o delante del Ateneo o de las Academias. Se necesita ser ilustre para pasar después de muerto por la Puerta del Sol.



Se evita que pase por ella lo desagradable: Las cuerdas de presos..., los entierros pobres... hasta las *recogidas* de noche del *Gobierno civil* pasan tarde o dan un rodeo. En la Puerta del Sol se han prohibido las castañeras.

* * *

Aquella noche habían acabado tristemente la cena, un potaje de lentejas con unos mendrugos de pan que doña Antonia había rebuscado en la cesta, donde los guardaba revuelto con las patatas y las cebollas.

Don Justo veía con miedo que se aproximaba la hora de pedirle dinero para la compra del día siguiente, sin tener un solo céntimo.

—Es raro... no ha venido ninguno de mis corredores —dijo por decir algo.

—Ni vendrán —repuso doña Antonia—. Sólo son puntuales cuando se trata de venir por género o por dinero.

—No digas eso, Antonia, ya has visto cómo todos cumplen bien.

—Menos el que no. No hace tanto que le diste dinero a Robustiano para comprar los ingredientes necesarios para hacer los polvos de clarificar vinos y no ha vuelto a aparecer...

—Cierto... se valió de aquellas pesetas para desempeñar su gacán. Está mal hecho pero es muy humano.

—Y ahora te están sacando el dinero para fabricar la gelatina pura de pie de cerdo... y lo crees. Buenos banquetes se estará dando a tu costa el señor Galán.

—Mujer, me apuras la paciencia y no sabes lo que te dices. Si tú vieras la casa del señor Galán no pensarías eso. Además está por medio la agencia de Ramírez y Compañía, una gran casa donde se desarrollan negocios importantes.

Como siempre que no tenían un céntimo, Justo deslumbró a su mujer con el relato de grandezas de sus amigos y consocios. Allí se daba dinero a rédito sobre sueldos e hipotecas, se cobraban créditos y deudas dejados por imposibles, se sacaban patentes de invención, se daban informes, se buscaban colocaciones. Era cierto que había que proceder con cuidado para evitar pagar contribución y no se podían anunciar, estando obligados a reunirse en medio de la Puerta del Sol o en los cafés; pero los negocios afluían y todos llevaban sus iniciativas a Ramírez y Compañía. La agencia tenía letrados que asesoraban a los clientes y se encargaban de todos los asuntos jurídicos y contaban con gentes de grandes influencias capaces de conseguir las cosas más difíciles. No eran aquellas agencias

casas de timos como decían los mal intencionados. Ramírez y Compañía era una sociedad importante de “Defensa Mercantil”. Los que buscaban dinero acudían allí y se suscribían a la sociedad, por la módica suma de dos pesetas cincuenta, al mes, lo que les daba derecho a que se les facilitase conocimiento con los usureros que daban préstamos por mediación de la agencia.

El aspecto de la casa era serio, sobre cada puerta de las que daban a la sala de espera o a lo largo del pasillo se leían pomposos letreros “Caja”, “Dirección”, “Letrados”, “Sala de espera”, “Secretaría”.

Verdad es que ningún cliente pasaba de la “Secretaría” y no podía ver que la “Dirección” era la alcoba, la “Caja” el comedor y el gabinete de los “Letrados” el pasillo que conducía a la cocina.

Ni don Justo, que entraba en la casa con cierta confianza, gracias a su amistad con Galán había penetrado en aquellas estancias. Ahora iban a emprender dos magníficos negocios grandes, además de la venta en proyecto de algunas minas. La sociedad para extraer el oro del agua del Manzanares, y la busca de Sevillanos, herederos de la opulenta duquesa que quisiesen reclamar sus derechos. No contentos con poner anuncios en todos los periódicos “Se ruega que se presenten Sevillanos” los amigos recorrían cafés, posadas y pueblecillos cercanos buscando a todos los que tenían ese apellido. Galán los convencía de la realidad a los que ignoraban que tenían parentesco con la difunta duquesa y les hacía firmar un documento cediendo una parte de su futura herencia después de conseguida. Nadie podía sospechar de un hombre que sólo pedía a cada heredero cinco pesetas y que nada iba a cobrar hasta solucionar el negocio. Eran ya miles de Sevillanos los que había coleccionado y por lo tanto miles de duros los embolsados.

—Está claro el derecho —decía don Justo— y figúrate tú qué millonada; el día que se cobre empezaremos la explotación del Manzanares.

—Pero entre tanto...

—Siempre tu impaciencia, mujer.

—Es que no tenemos para comer mañana.

Estas palabras volvieron al pobre hombre a la realidad.

—Caramba, eso es verdad... Yo esperaba hoy alguno de mis co-reedores. Ya es que no estoy parado.

En efecto, esperando el desarrollo de las grandes empresas y mientras buscaba Sevillanos y gentes necesitadas que llevar a los prestamistas, don Justo había emprendido una multitud de aquellas industrias que explotaban los negociantes de la Puerta del Sol.

Con hojas de acacia que le recogía Severiano y otros ingredien-

tes había compuesto un específico para curar los sabañones, del que pensaba sacar patente.

Hacía además emplastos para las mataduras de las caballerías, polvos para clarificar vinos, jarabe para curar la diabetes, unguento para cicatrizar heridas, tintas de todas clases, unas famosas bolitas para limpiar los ojos, quitando las motas y el polvo que se hubiese introducido en los párpados.

—Ya ves, Antonia, que con todo esto es imposible dejar de triunfar.

Como si quisiera darle la razón sonaron unos golpecitos en la puerta. El chicuelo acudió a abrir y apareció un hombre alto, derrotado, con el cabello hirsuto, medio desnudo, con el pie fuera de la bota, que llegó tambaleándose cerca de la mesilla.

—Buenas noches, don Justo y la compañía.

—¿Trae usted algo? —preguntó don Justo ansioso, después de contestar al saludo.

No, no traía nada; la tinta estaba demasiado clara... era menester hacer otra nueva. Aquélla la había tenido que dejar gratis para no perder clientela. Eso no significa nada, tenía un gran negocio, un pedido de tinte azul para las fábricas de paños de Béjar.

Don Justo disimuló su mal humor. Nemesio era un buen hombre, aquel vicio de la bebida lo perdía, no era la ocasión de decirle nada, estaba tan borracho que parecía que se había bebido la tinta, sería menester proceder con más prudencia en adelante.

No había acabado de salir Nemesio cuando apareció otro hombre alto, barbudo, con una cara de Cristo martirizado y macilento, con una gran caja de cartón, en cuya tapa se leía en letras gordas “Sabañones. Se curan en 24 horas”.

Un relámpago de alegría iluminó el rostro de don Justo; éste sí que era un muchacho formal y juiciosito. Había sido sacristán en un convento de monjas y era muy aficionado a la literatura, tanto que había escrito un soneto hermosísimo destinado a cantar las glorias de un español ilustre, y con una hábil combinación de consonantes lo variaba para poderlo dedicar a todos los que han sobresalido por su talento en las diversas ramas del arte o del saber. Aquel soneto era una mina porque lo iba ofreciendo a todos los descendientes de hombres ilustres, que conmovidos por la lisonja, no vacilaban en abrir la bolsa y sufrir el sablazo que seguía a la lectura de aquellos renglones que lo mismo exaltaban la figura cruel de González Bravo, que los nombres de Echegaray, Núñez de Arce o Benot. Era un hombre rubicco cuya barba y cabellos toscos y encrespados tenían algo de cepillo viejo y entre aquel monte de pelos cerdosos del bigo-

te y la barba que le cubrían la boca, sin dejar ver los labios, se descubrían al hablar unos dientes largos grandes, con tono de dátiles maduros que armonizaban con el conjunto del rostro inmóvil, largo y los ojos sanguinolentos. Mejor vestido que el anterior no iba por eso menos sucio. Las solapas caídas iban lo mismo que el cuello, el sombrero y el chaleco llenos de manchas y residuos.

–Siéntese, amigo mío, siéntese –dijo complacido don Justo presentándole la silla.

Andrés, con el aspecto humilde de sacristán que conservaba, tomó con timidez la silla que se le ofrecía y se sentó, permaneciendo con la caja y el sombrero en la mano.

–A ver, a ver –repitió don Justo impaciente–. ¿Qué se ha vendido?

–Toda la remesa –repuso el otro con voz pausada, dejando deslizar las palabras sílaba a sílaba.

–A ver, Antonia, saca de debajo de la cama mi carpeta y trae el tintero... Por fortuna tenemos bayas e ingredientes y se pueden fabricar más.

–Sí, señor, hay pedido y se venderán admirablemente. Sólo en la Guindalera me han encomendado cien botes.

Así hablando colocó sobre la mesa la caja abierta, cuyo fondo vacío miraban todos con satisfacción. Doña Antonia empezaba a pensar que tenía razón su marido y que les aguardaba aún una vida de opulencia. Dándose bien aquellos negocios era tremendo, cada duro producía cincuenta pesetas de ganancia.

Conociendo el buen efecto causado a su familia, lo que no era su menor triunfo, don Justo puso la cartera sobre las rodillas, se caló los anteojos y dijo procurando disimular su satisfacción:

–¿Conque casi todo se ha despachado?... Bueno... Bien... Prepararemos la otra remesa.

–¿Y cómo están mi señora doña Antonia y la señorita Anita?

–Muy bien –contestó doña Antonia satisfecha de la finura.

–Traigo un tomito de la Biblioteca Clásica que gustará a la señorita. *Romeo y Julieta*. Siento haber venido tarde para saludarla. Harán el favor de dárselo –así diciendo puso su grasiendo librito sobre la caja–. Verdaderamente he venido muy tarde y es hora de descansar. Ya volveré por la nueva remesa.

–Pero ¿y el dinero de la venta? –preguntó don Justo interrumpiendo sus cálculos y tendiendo hacia Andrés su cabeza de viejo león.

–¿El dinero?... Le diré –repuso Andrés con su imperturbable calma– en confianza, lo que me ha sucedido, a mí me gusta mucho

el pan, no lo puedo remediar... pues bien, el otro día comiendo en casa dice mi padre: “Hijo, eres caro de mantener por el pan; si estuvieras en otra parte no comerías tanto pan.” Yo digo: “Pues padre será que darán cosa de más fuerza.” Y entonces dice mi padre: “Hijo, si no estás conforme con la comida de aquí te vas.” Yo dije: “Pues me iré.” Y me marché al colegio de las Madres donde me habían ofrecido una plaza de pasante.

Don Justo se había calado los anteojos y miraba ansioso de comprender a dónde iba a parar aquel relato.

—¿Qué quiere decir todo esto? ¿eh? ¿Y el dinero? ¿eh? ¿eh?

—Como sólo me dan tres duros... y como uno tiene necesidades—siguió el otro imperturbable con su aire modesto, su mirada baja, dando vueltas al sombrero entre las manos— he dispuesto del dinero de la venta de los sabañones.

—No entiendo. ¿Qué dice usted? No entiendo—exclamó don Justo levantándose con violencia.

—Quiero decir que he dispuesto del importe de la venta de los sabañones—siguió el otro imperturbable.

La cólera ahogaba la voz de don Justo; quería hablar y balbuceaba.

—¿De manera que ha dispuesto usted del dinero?... Del dinero que no es suyo. ¿Y sabe usted como se llama quien dispone de lo ajeno?

—Perdóneme usted don Justo. Yo no he tomado nada que no fuese mío.

—¡Cómo!

—No he hecho más que cobrarme de mi comisión de venta que descontaremos en las remesas sucesivas...

—¿Pero qué está usted diciendo?—exclamó el pobre señor—. ¿Con qué voy a hacer nueva remesa? ¿Con qué doy de comer mañana a mi familia?

—Es que yo no podía suponer que un señor como usted...

—Pues sí, señor, sí; un señor como yo no tiene hoy una perra y es preciso que me traiga hoy mismo, en el acto, cinco pesetas... porque si no... —Se adelantaba amenazador, con la atochera de sus cabellos encrespada y las manos trémulas.

El otro no se alteró.

—Si usted tiene a bien decirme de dónde las he de sacar se las traeré.

Haciendo un saludo ceremonioso ganó la puerta y desapareció.

—¡Pillo! ¡Pillo!—gritó don Justo queriendo lanzarse detrás de él.

—Justo, por Dios.

—Papá.

Todos se precipitaron a detenerlo. Aquella muestra de cariño de la pobre familia cambió la cólera en dolor y rompió a llorar.

—No te aflijas, Justo —exclamó la pobre mujer olvidando su penuria— todavía queda algo que empeñar. Ya iremos saliendo. ¡Quién había de pensar esto de un hombre tan fino!

* * *

La situación de don Justo había mejorado algo, gracias al crédito que iba teniendo entre sus consocios por su actividad para buscar los negocios y las iniciativas que ofrecía constantemente. Aquellos explotadores conocían que les convenía explotarlo de una manera diferente y así estaban obligados a darle una parte de sus ganancias.

Sin darse cuenta don Justo iba siendo un verdadero negociante de aquellos típicos negociantes de la Puerta del Sol. Empezaba ya a ver el fondo oscuro de los negocios sin asustarse de ellos, se inmoralizaba hasta el punto de contribuir al engaño de otros, aunque siempre en cosas que le parecían de poca importancia, como llevar a un cliente a conseguir un préstamo firmando triple de la cantidad recibida; proporcionando a las pensionistas dinero a peseta por duro al mes, sin amortizar; convenciendo a muchos para que hiciesen seguros sobre la vida y sobre fincas, en sociedades insolventes, cuyos médicos fingidos aseguraban cancerosos y tísicos en último grado, cobrando fuertes sumas de las familias cuya ambición había de quedar chasqueada.

Intervenía también en el ramo que la Agencia tenía destinado a colocaciones, cobrando primas para colocar dependientes y criados que a los pocos días estaban de nuevo en la calle, y amas de cría, entre las que las había de “profesión” ofreciendo como fresca la leche con que habían criado tres o cuatro muchachos.

Había aprendido ya de Galán la habilidad para elegir los cafés según el asunto de que iba a tratar, en lo que estribaba una gran parte de su éxito.

Al *Café de Correos* iba sólo alguna que otra vez, cuando quería descansar, y se distraía presenciando las intrigas de las niñas que acudían a las citas para ver a los viejos. Le parecía poco propicio, siempre cerrado y lóbrego.

El *Café de Lisboa* era su preferido. Gustaba de él para llevar a su familia, parecía que se facilitaba el salir y el entrar aquella doble

salida a la Puerta del Sol y al Bazar de la Unión. Era el café para los negocios claros, y tenía la ventaja de poder entrar de un modo optimista en el planteamiento del negocio contando la historia del café. Se creía como artículo de fe en aquella historia del pastor al que le tocó la lotería —casi todas las cosas buenas les suelen pasar a los pastores— en aquel tiempo en que había quinas, ambos, cuartos, ternos y doscientos mil líos. Al pastor le tocaron nada menos que el primero, el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto premio y todos por duplicado. El rey no le pudo pagar y le concedió aquella manzana de casas, además del pago que le haría el Tesoro en distintos plazos, pues se dio el caso de no haber dinero en España para pagarle. Después de esta introducción, de esa evocación de dinero y suerte, se sentía con confianza para lanzarse a cualquier negocio.

El *Café de Puerto Rico* llevaba en su nombre algo de tejano que le hacía más propicio para plantear los negocios con América o con las provincias.

El *Nuevo Levante* le gustaba para los negocios difíciles. Se prestaba más, tenía más fondo, y el saloncillo central con *Panaux* negros, que le da cierto aspecto de sala de los milagros, donde los negocios se tramitan muy bien. Tenía la ventaja, además, de que allí daban bien de comer, sobre todo unas perdices escabechadas y un vinillo de la tierra estupendo para acabar de realizar un negocio.

Para negocios más secretos era preferible el *Café Universal*, lleno de medallas de oro en la portada, café que daba confianza en los negocios en que hay que emplear dinero y que para el negocio silencioso tiene un cuartito completamente escondido, especie de sacristía del café con puerta al portal de la Puerta del Sol y donde el negocio más peligroso puede ser realizado sin que se oiga una palabra.

El *Café de la Montaña* era el café a propósito para cazar *santanderinos* y *bilbaínos* ricos, que han venido a sustituir en la fama a los mejicanos y con las mujeres a los príncipes rusos. Aquellos grandes capitalistas, mineros, y fabricantes a los que lo mismo les da perder mil duros en un negocio que ganarlos, con tal de tentar a la fortuna y no tener el dinero parado. Era como hablar en las tierras honradas de la montaña tratar allí un negocio.

Para el *Café Candelas* se necesitaba gran tacto. Café servido por camareras, predisponía bien y regocijaba a los grandes paletos o a los ricachos burdos y mujeriegos que pierden parte de su raciocinio escaso cuando las camareras los rozan, al servirlos, con sus enormes bustos. A los hombres serios y de mal humor, a los que sólo tienen quinientas pesetillas disponibles, no se les debe llevar allí, porque se irritan y desconfían como de un juerguista del que les

propone el negocio. En cambio es excelente para que los que necesitan dinero no discutan las condiciones excesivas del crédito.

Aunque un poco al margen tenía los refugios de *Pombo*, el *Colonial* y hasta la *Mallorquina* y el nuevo *Bar Sol*. Porque era preciso refugiarse de pronto en un café, bien para no perder a un cliente que se niega a ir dos pasos más allá, o bien para hacer perder la pista a alguno que no le convenía que lo viera. El *Colonial* era el buen café para los negocios ayudados por saludar a mucha gente, porque aun abundando los del hampa se puede *saludar mucho* allí, y ese es un elemento importante en los negocios, porque parece una garantía de ser conocido y de tener crédito.

En *Pombo* se encontraba mal; café de artistas, aristocrático por sus recuerdos, solitario por la noche y frecuentado por buenos y sanos burgueses por la tarde, tenía algo demasiado clásico y digno en su ambiente para prestarse a sus amaños.

A la *Mayorquina* iban sólo para casos excepcionales, al saloncillo del interior, y en el *Bar Sol* les prestaba buenos servicios aquel salón del piso alto, donde daban cenas económicas, durante las cuales se veía toda la Puerta del Sol, y eso daba el optimismo que deben tener los negocios y decidía a las gentes a soltar mejor la *pastizara*.

Así podían valerse de todos los teléfonos de estos cafés, que usaban en los momentos necesarios, jugando con claves conocidas. Se habían mandado hacer tarjetas con el número del teléfono de los cafés.

* * *

Don Justo veía ya la mala fe de los vendedores, engañando al público con drogas que carecían de las virtudes que ellos les atribuían.

El hombre de los perros lograba hacerle reír por la habilidad con que transformaba a un perro de baja estofa, dándole toda la apariencia de un perro de raza y falsificando su “pedigree” para hacerlo descendiente de una ilustre familia de canes.

Un día le dio cuenta a Galán de sus observaciones.

—La cría del perro —le dijo éste— es de las más lucrativas. la emprenderemos junto con la de los conejos y gallinas.

Luis de Val, el gran novelista —decía un señor acostumbrado a novelones como la *Hija del Jornalero* y *Doscientas puñaladas en el corazón*—, a pesar de darle tanto sus novelas por entregas se dedica a la cría del perro en un hotelito de Barcelona, que ladra hasta por la chimenea.

—¿Pero es posible?

—Ciertamente. No hay que desdeñar la cría del perro; produce mucho; pero hay que estar bien enterado de ese asunto: razas, cruzamientos, falsificaciones... En sabiendo conducir el negocio da una burrada de dinero..., una millonada.

El caso era vivir y todos vivían. Un vendedor de gomas para los paraguas había logrado hacer con esta industria una pequeña fortuna. Había otro que labraba toscamente juguetes de madera, que conseguían tales ganancias que lo veía entrar todos los días a comer en el Colonial, haciendo sus “menús” con gran refinamiento en la elección de platos, que luego engullía de un modo curioso de manera que a veces, viéndole comer los riñones salteados, parecía que se le iba a clavar la aguja en la garganta, por como le daba la vuelta, introduciéndola toda de una vez en la boca.

El centro de operaciones de todos seguía siendo la Puerta del Sol. De vez en cuando aparecía Galán, siempre precedido de Severiano, que exploraba el terreno, para que no encontrase quien le pudiera molestar.

Se daba cuenta Justo de la habilidad de Galán para encontrar clientes o capitalistas en las paralelas o en aquellos puestos de limpiabotas en donde lo conoció a él. Había en aquello una gran psicología, que escoge para hacer hablar el momento de aburrimiento, de inacción, en esa larga espera, cuando se encuentran confundidos con todos. No menos finura de percepción había en la elección de sitio. La mayoría del público de los limpiabotas lo constituían los grandes provincianos, los hombres relucientes, fastuosos, que vienen a Madrid con el bolsillo lleno de dinero y reventando de orgullo y de presunción. Aquellos hombres fastuosos, de gran puro y facha de conquistadores eran las víctimas predilectas de Galán, que los iba cazando como moscas para vivir una temporada a costa de ellos, bien divirtiéndolos o bien interesándolos en el comercio, según el carácter de cada uno, hasta que la mayoría de ellos recurrían a Ramírez y C^{ia} para irse.

* * *

Con el mayor bienestar económico había mayor paz en la casa. Doña Antonia empezaba a tener fe en su marido y a respetar sus negocios. Antoñito iba al colegio y Anita se ocupaba en limpiar sus vestidos y los deseados zapatitos descotados, que la obligaban a estar siempre esclava de las medias.

Ahora su padre las llevaba de noche a la tertulia al Café de Lis-

boa. Aquel café era el encanto de las dos mujeres, a las que los contertulios solían hacer algún regalo.

El regalo solía ser también de la Puerta del Sol. Una cajita o un paquete de caramelos de *La pajarita*.

—La Puerta del Sol es un mundo en pequeño —decía don Justo—. En ella se encuentra todo: hasta el único estanco que no se cierra de noche.

Miraba enternecido aquel paquete de caramelos. Era enternecedora *La pajarita*, la tiendecita tan pequeña, tan infantil con su nombre y con su jeroglífico en la puerta, que sólo se veía cuando estaba cerrada. Había escrito su dirección con el signo musical *La*, y el nombre con la *pajarita* de papel, para que fuese más pajarita que una pajarita de carne, y después una puerta y un sol a los que seguía el número.

Era inefable: sus dulces, sus bombones y sus pastillas perfumadas resultaban así como más dulces y más acarameladas, por eso era de allí de donde los llevaban al Congreso, para que los diputados galantes obsequiasen a las damas que iban a contemplarlos desde la tribuna de la presidencia.

Le gustaba pasear por aquella acera y mirar al interior de *La pajarita*. El aire estaba aromado con las perfumerías, y a cada vuelta se detenía con cierto respeto en las losas donde cayó muerto Canalejas. Aquel asesinato manchaba la Puerta del Sol, como la había manchado el arrastrar a Riego por allí mismo. Y de este asesinato no se había lavado aún. Él hubiera querido que existiese allí algo que recordara el gran hombre muerto a los que pasaban indiferentes, algo como esas cruces que se ponen en los caminos en el lugar donde muere alguno y a cuyo pie todos los viajeros arrojan una piedra. Le parecía que la luna del escaparate de la librería de San Martín debía tener perpetuamente el agujero de una bala y un letrero, a manera de epitafio, para conmemorar el triste suceso.

Mientras él pensaba todo eso, los labios golosos y húmedos de la muchacha acariciaban un bombón, y Antoñito insistía, dándole golpes por debajo de la mesa, en que le diese más sin que los viera la madre, que por no endulzarse no quería tomar caramelos.

Don Justo no pagaba jamás el consumo y todas las noches eran escoltadas hasta su casa por algún apasionado. Pero nada pasaba de ahí. Ningún compromiso serio, ni una declaración formal. Doña Antonia empezó a pensar con inquietud qué sería de la suerte de Anita si no se casaba y empezaba a molestar a su marido incitándolo a realizar sus magníficas empresas a fin de que su hija tuviese dote.

Algunas noches Galán hacía su aparición en el café. Solía dirigirse a uno de los extremos donde había un hombre grueso, moreno, coloradote, de amplio abdomen y boca grande; vestido con un traje de pana negra, en la que lucían la blancura de la camisa y la doble cadena de oro de su reloj, llena de dijes que acariciaba con una mano chata y morena en la que brillaban los aros de oro con grandes solitarios. Después de conversar un momento Galán venía a saludar a don Justo y a las señoras y solía llevarse a éste aparte para hacerle alguna confidencia o darle algún encargo.

* * *

Después de esto se retiraba satisfecho a su casa, más optimista cada vez, para ir al día siguiente a continuar sus negocios y departir con su amigo don Diego, agotando el tema de cuanto se refería a su querida Puerta del Sol.

Don Diego se indignaba de todas aquellas obras modernas de la Puerta del Sol:

—La están afeando cada día más —exclamaba—; es inicuo haber hecho esos subterráneos con techo de cristal en medio de esta plaza. No era digna de convertirla *en eso* con la historia que ella tiene.

Estaba tan enterado de su Puerta del Sol, que era como si viviese en ella centenares de años y la hubiese conocido en su forma primitiva. Algo semejante a esos antiguos conserjes que quedan en los edificios ruinosos para contar su historia a los visitantes.

—Esto no conserva ya nada de su antiguo carácter —decía con pena, como si lamentase que la plaza central de España no fuese ya la inmunda barriada de casas chatas, oscuras, húmedas y malolientes que había sido en la mitad del siglo XVIII. Se diría que experimentaba la nostalgia de aquel Madrid que no se barría todos los días, formado por callejones sucios, entre tapias de conventos, por donde transitaban cerdos y gallinas y los vecinos sacaban las inmundicias, que recogían los carros de seis a ocho de la mañana.

Paseando con su amigo hacía la reconstrucción.

—Todo eran casitas pequeñas, de dos pisos sólo, ¡tan graciosas!, con uno o dos balcones en cada piso. Baste decir que en este lugar que hoy ocupa el Ministerio de la Gobernación había treinta y dos casas...

Luego iba marcando los lugares.

—Aquí estaba la callejuela del cofre y entre las calles Mayor y del Arenal estaban las casas de mujeres que ahora esperan de noche en ese mismo sitio sin necesidad de casa.

En sus balcones había siempre colgados como muestra, mantones, enaguas y medias de rayas de colores. Fue Carlos I el que echó de aquí a esas *palomas* menos pintorescas que las de la plaza de San Marcos. Por cierto amigo mío que verá usted qué poco vuelan por el centro de nuestra Puerta del Sol; les impone cierto respeto.

—Es verdad.

—¡Es mucha puerta la Puerta del Sol ésta! Aquí estuvieron el hospital y la iglesia del Buen Suceso —seguía, señalando entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo— y ahí, donde se abren la calle de Espoz y Mina estaba la lonja del convento de la Victoria.

—¿Y las gradas de San Felipe?

—¡Ah! *El Mentidero*. El convento de San Felipe el Real que tenía esas célebres gradas se extendía en el sitio que ocupa hoy la calle del Correo, llamada así porque el Ministerio de la Gobernación se hizo entonces para *Casa de Correos*. No me diga usted que a pesar de los defectos de la época no sería entonces bella también esta plaza.

—¿Y por qué se llamó Puerta del Sol?

—Eso es más antiguo. En tiempos de las Comunidades de Castilla, fue transformada en castillo esta puerta y sobre ella se pintó un sol, sin duda porque miraba a oriente.

Escuchando estas descripciones don Justo olvidaba sus asuntos y experimentaba la satisfacción del hombre a quien le muestran su árbol genealógico lleno de brillantez. Se sentía como elevado en su alcurnia.

El otro le seguía contando las transformaciones.

—En el primer cuarto de siglo pasado, contaba mi abuelo, que alcanzó a verlo, que todavía eran las casas mezquinas, pobres y sin simetría. Casi todos los pisos bajos eran tabernas y figones, donde venía el pueblo y los soldados los días de fiesta, y se armaban broncas y jolgorios.

—Naturalmente que todo esto la hacía más popular.

—Además era el mercado de todo. En las casas de soportales tenían las tiendas los comerciantes de cáñamo y los beloneros con sus grandes belones de cobre colgados en los puestos. El comercio ha sido siempre cosa de este lugar; alrededor de las posadas, tiendas y tabernas había cajones de carne y de baratijas, sin contar con los ambulantes, que siempre, como ahora, han encontrado aquí un tesoro. Luego, ya en mi tiempo todo se ha ido cambiando. Los industriales han llenado de tiendas todo esto, porque saben que es el lugar para hacerse ricos. En las plantas bajas seguían los cafés y las tabernas, en los portales había memorialistas y zapateros y exhibían sus muestras dentistas y callistas con dentaduras postizas dentro

de cajas de cristal y los callos clavados en fondos de balleta. En los primeros pisos se establecieron sastres, comadronas y peluqueros; en los últimos los fotógrafos de daguerrotipo. No faltaban tampoco escaparates de librerías... Cada vez más todo esto se ha ido perfeccionando, por más que no esté aún todo lo que es de desear.

Sin embargo no era amigo de sus cambios y modificaciones. Debía quedar así, sin perder su irregularidad para convertirla en una gran plaza de dimensiones armónicas como querían algunos. La Puerta del Sol debía seguir así; sin más cambios que dejar de cruzarla los tranvías; llevar a la Red de San Luis aquel subterráneo y que no haya en ella esos agujeros del Metropolitano que le hacen parecer en madriguera.

Los establecimientos debían ser –según él– dignos del desarrollo y el progreso que requería la Puerta del Sol; de aquel asfalto luciente que había substituido al antiquísimo empedrado y a las antiguas losas. Establecimientos nuevos, elegantes, como la *Agencia Americana* que colocaba allí sus lujosas oficinas de información mundial. Eran esas las únicas cosas que debían permitirse.

El correo nuevo debía haberse hecho allí. Eran los muchos enemigos de la Puerta del Sol –que también tenía enemigos– los que pretendían llevarse el centro hacia allá. Pero no conseguirían nada. La Puerta del Sol era el centro de España y no el cerrillo de los Ángeles, como se quería hacer creer. Era el centro y el alma. Lo había sido siempre. No había nada más que ver sus recuerdos.

* * *

Entonces a la descripción sucedía la historia. Todos los hechos grandes de España estaban relacionados con la Puerta del Sol. Era ella el alma de Madrid. Lo mismo que al decir *Francia* se piensa en París siempre; al decir Madrid se piensa en la Puerta del Sol.

Esta plaza representa un gran papel en la guerra de las Comunidades y en las guerras de sucesión pero fue en los días primero y dos de Mayo de 1808 cuando ganó su inmortalidad. La Puerta del Sol fue el *Foro de Madrid*. Más tarde fue aquí mismo donde el cura Merino detuvo el coche de Fernando VII y entregándole la Constitución le dijo: “Trágala Tirano”. No hubo nunca motines ni asonadas en que no tomase parte la Puerta del Sol. Sólo ahora es cuando va perdiendo este privilegio, sin duda por las pícaras ametralladoras, que ahora, si se acaban las guerras no se van a poder usar más que contra los pueblos.

Empezaba a enumerar y no acababa los hechos ocurridos allí.

No quedó un palmo de terreno que no se regase con sangre el dos de Mayo... Por creer que habían envenenado las aguas de la fuente de la Puerta del Sol se armó a la orilla de la fuente el motín contra los frailes, que dio origen a la célebre matanza.

–Bien es verdad –decía– que este pueblo se amotinaba entonces por cualquier cosa y lo mismo se amotinó contra los frailes que contra las galgas –cintas que usaban las mujeres en los zapatitos descotados– ni más ni menos que contra la falda pantalón. Ahora es cuando se le ha vuelto horchata la sangre.

En seguida le hablaba de sus propios recuerdos, que don Justo oía con cierta envidia.

–Cuando la crisis del 909 estaba yo en la Puerta del Sol –decía don Justo– y también cuando las cargas que dieron a los estudiantes con motivo de no querer dejar casar a la princesa de Asturias con don Carlos.

–Eso no vale nada.

–Y cuando las cargas de Agosto pasaba yo con un paquetito de fresa en la mano y lo perdí.

–¡Bah! Todo eso es nada. ¡Si hubiese usted estado en la noche de San Daniel!...

No se cansaba de referir lo sucedido aquella noche, que hizo de luto la crueldad de González Bravo. Si no es por la tropa nos asesinan –decía– éramos chiquillos, sin armas, que sólo tratábamos de dar una serenata al Rector de la Universidad. Yo estaba delante de la tropa cuando el general exclamó: “Yo no mando hacer fuego sobre chiquillos” y entregó la espada... por eso escapé... y corrí a refugiarme en mi casa entre tiros de la guardia... Tuve que pasar por aquí. La Puerta del Sol estaba militarmente ocupada con tropas y cañones... la casa de correos tenía honores de ciudadela... Mi madre, la pobre, me esperaba llorando...

El buen viejo se enternecía como si aún fuera el niño que huía de los tiros para acogerse al regazo maternal.

* * *

Hacía falta agua en la Puerta del Sol. No apagaban la sed del asfalto las mangas de riego. Don Diego lamentaba siempre:

–Ah, cuando estaba la fuente en medio es cuando esto estaba bien.

–La Cibeles debía estar aquí –añadía otras veces, porque para él era La Cibeles el colmo de la suntuosidad y el modelo de la escultura.



Le contaba a don Justo cómo había sido la primitiva fuente de *Mariblanca*.

—¿Por qué se llamó de *Mariblanca*? Todos oímos ese nombre y pocos lo sabemos.

Era por una *Diana*, a la que el vulgo llamaba así. Una figurita pequeña de la diosa, que alcanzó gran popularidad. Luego sustituyeron, sucesivamente, por otras dos esa fuente que no se debía haber quitado de allí por respeto a la tradición ya que estaba desde el siglo XVII. Era un pequeño, aunque no muy extenso pilar circular, con otros dos pequeños semicirculares adosados al este y oeste y en el centro un surtidor con juegos de aguas, que permitía hacer alarde de las aguas del depósito del canal de Lozoya *cosa de cinco minutos*, pasados los cuales toda la plaza se convertía en un enorme pilón.

Su imaginación se remontaba a aquel tiempo, no tan lejano, en que los aguadores iban a llenar sus cubas a la Puerta del Sol y los arrieros daban de beber a las bestias mientras que tal o cual golfillo se bañaba descuidadamente.

A orilla de esa fuente bienhechora se sentaban los paseantes y era el lugar favorito de los novios en las noches de luna.

Aún se recordaban los viejos de haber oído contar a sus padres las fechorías realizadas allí por los jóvenes de la *partida del Trueño* de la cual formaban parte unos muchachos que se llamaron Mariano José de Larra y José de Espronceda. Se divertían ligando con una cuerda los cántaros y barricas que esperaban turno para llenarse y ataban el extremo de la cuerda a cualquiera de las caballerías, que al salir, espoleada por un varazo, arrastraba todos los cacharros con el estrépito y el escándalo consiguiente. Desde luego que aquello no estaba bien. No era la Puerta del Sol un lugar de las afueras que permitiese esas expansiones. Quisieron quitar la fuente por eso y habría sido una injusticia. Debía haber allí una gran fuente, decorativa, llenándolo todo de frescura, a la que nadie se acercase como no fuese a beber agua. Era el carácter español el que no consentía aquello; el que hubiera hecho que la fuente estuviese rodeada de chiquillería astrosa, que no tendría idea de lavarse en la fuente, sino de estar encharcados con su fango ensuciándolo todo, como sucede en las pocas fuentes que hay en Madrid, que podría ser tan alegre multiplicando sus fuentes.

En lugar de un jardín en el centro, de la fuente o de la farola, que ya era un punto central en la plaza, han puesto esos corralillos, esas infames paralelas para tomar los tranvías. Ningún tranvía debía cruzar la Puerta del Sol. Cada uno debería volverse al llegar

a ella, para eso tiene siete calles, como Roma siete colinas.

* * *

Aquella noche don Justo gozaba el bienestar del ambiente del café sin tener gana de marcharse, aunque ya se aproximaba la hora de que las sillas se subiesen a las mesas como gallinas que se preparan para dormir.

Veía marcharse poco a poco a todos los parroquianos, envolviéndose en los abrigos perezosamente y sorprendía el gesto con que ellas, hijas o esposas, aprovechaban el momento para lanzar una mirada curiosa hacia los hombres que habían visto en los espejos.

Los camareros, cansados de la tarea se iban reuniendo cerca de la puerta, soñolientos y con deseos de poderse marchar.

Apenas quedaban media docena de personas, además de don Justo, su familia y los amigos que los acompañaban. En un ángulo, una pareja que debía ser de enamorados, por cómo él había hecho que ella se sentase en la silla de espaldas al público mientras él se sentaba en el sofá.

En un ángulo estaba el hombre de las cadenas de oro y facha de chalán que unas veces miraba a la puerta y otras a la mesa que ocupaba la tertulia de don Justo, de un modo en el que se reflejaba un interés poco común. Ya doña Antonia lo había notado y le tocaba con el codo a Anita. ¡Quién sabe si ese cotorrón sería un buen candidato a marido! Tenía aplomo de hombre rico, que se encuentra bien situado en la vida, y estaba en esa edad de “la caída” de los calaverones que empiezan a necesitar quien les cuide.

Don Justo no observaba nada, tal vez un vasito de cerveza más que de costumbre contribuía a aquella felicidad, a aquel sentirse bien que experimentaba. Respiraba con gusto, satisfecho, la atmósfera viciada con las emanaciones de la multitud y el olor a tabaco y café. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para decidirse a marcharse. En el momento que se levantó, el hombre de las cadenas se puso de pie y dirigiéndose a él le dijo:

–Tenga usted la bondad de oír dos palabras.

–Quisiera –dijo el hombre sin rodeos– que me dijese usted cuándo le va a pagar lo que le debe al señor Galán.

–¿Yo?

–¿Pero no le debe usted dos mil pesetas al señor Galán?

–Yo no le debo nada.

–Es inútil que me lo quiera usted negar y burlarse de mí. Yo sé muy bien que usted le debe esa cantidad al señor Galán, porque lo

he visto venir a exigírsela y llamarlo aparte para reclamársela muchas veces.

—¡Cómo!

—Sí, señor. Él me ha dado cita aquí varios días diciendo que tenía que cobrarle a usted. Ha venido y ha hablado con usted en presencia mía, pero usted siempre le daba aplazamientos.

—Pero, ¿no comprendo!

—Pues es muy fácil de comprender. Galán me debe dos hermosos caballos que me ha comprado y espera para pagarme que usted le pague a él.

—Pues yo le juro a usted por mis hijos que no le debo nada.

El semblante moreno y coloradote palideció de cólera.

—Entonces yo he sido víctima de un timo.

—No creo que...

—Sí, de un timo indecente... ¡cómo se burlaría de mí! Y esta misma tarde me ha pedido la tartana para probar los caballos... Seguramente me he quedado también sin tartana. El muy pillo me aseguró que vendría a cobrarle a usted esta noche a última hora.

Los gritos y los ademanes del pobre hombre furioso atrajeron la atención de todos. La familia y los amigos de don Justo se acercaron seguidos de los camareros y la pareja de enamorados se levantó para marcharse.

—Vea usted que yo no tengo la culpa de lo que ese señor le haya podido decir a usted —vociferaba don Justo queriendo calmarlo—. Yo soy un hombre honrado y no consiento...

El otro le atajó.

—Eso lo veremos en los tribunales. Del hijo de mi madre no ha nacido quien se ría.

* * *

Había vuelto la miseria más negra y más triste después de la temporada de bienestar.

Al día siguiente de la escena del café, don Justo se había apresurado a buscar a Galán en la agencia de Ramírez y C^{ia}, pero la agencia había desaparecido como por encanto. Ni los porteros ni los vecinos podían darle razón. Sólo sabían que vino el Juzgado y no encontró más que las paredes.

Al pobre hombre le costaba trabajo creer aquello. ¿Cómo desaparecía así una agencia que tenía dados préstamos de consideración? No se daba cuenta de que en letras, pagarés y escrituras, no figuraba para nada aquella razón social y que bien surgiría otra

agencia semejante.

* * *

Con la miseria, que apareció al perder su dinero en la Agencia, volvió el malestar de la familia, las reconvenções mutuas y los disgustos. ¡Algo era preciso hacer!

Sin embargo, él no sabía hacer nada sino pasear por la Puerta del Sol y tratar en sus cafés y sus aceras sus negocios oscuros.

Para librarse del infierno de su casa, acudía allí, se reunía con don Diego, y juntos ambos, se le olvidaban sus pesares, agotando el tema de sus conversaciones sobre aquel lugar tan querido como si fuese su propio solar.

El tiempo pasaba y la miseria se hacía mayor. Don Justo veía con pena que cada día tenía que correr un punto la correa de su cinturón. Se le caían los calzones sin cadera donde sujetarse y su cara rojiza empalidecía cada vez más. Miraba con inquietud a su hija, que se iba poniendo traslúcida; a su mujer, cuya garganta se fosilizaba, tallada en pergamino, y a su hijo, que enseñaba los brazos con esa cosa de alón de pollo que hay en los bracitos delgados de los niños.

Una tarde tomó la resolución de no dejarse engañar por las apariencias que un día le hacían parecer más gordo y otro más flaco. Acostumbrados a verse todos los días ellos notaban poco el cambio, y todos esos amigos que al encontrarlos en la calle dicen: ¡Tiene usted mala cara!, o ¡Qué bien está usted!, sólo hablan maquinalmente o reflejan su impresión sobre los rostros. Para salir de dudas entró a pesarse en la báscula colocada en la puerta del Bazar de la Unión. Dirigió una mirada triste hacia el café de Lisboa recordando sus hermosas noches de café, y no sin pesar, como si supiera que malgastaba lo que hacía falta a la familia, sacó del bolsillo los diez céntimos y los echó en la rendija de la máquina.

La manecilla giró: Él miraba espantado: ¡50 kilogramos! ¿Es posible, cuando el invierno pasado pesaba 85? Movi6 la báscula, la agitó. ¡Nada! Oscilaba la aguja, pero la manecilla, la flechita, quedaba implacable en su sitio. ¡Se había disminuido en más de la mitad! Sintió pánico. Había hecho bien en buscar aquella ficha comprobatoria de su estado. Y todos los suyos estaban peor que él. Se hacía preciso tomar una decisión que los salvase. La falta de voluntad era la muerte segura.

* * *



Entonces don Justo tuvo una resolución heroica. Él y su hijo serían vendedores en la Puerta del Sol. La Puerta del Sol ejercía sobre él una atracción misteriosa, constituía todo su mundo.

A veces le parecía que la Puerta del Sol debía ser algo sobrenatural, que no existían en ella esos hoteles vulgares donde van los paletos ricos que visitan Madrid, cuando sólo debían albergar reyes.

Cuando alguien ofrecía su hotel o su casa en la Puerta del Sol lo miraba sorprendido y le parecía un ser raro, presuntuoso o equivocado, por atreverse a decir que vivía en la Puerta del Sol.

Don Justo había logrado ya cierta experiencia y hasta un barniz de picardía en el secreto de los “timos” o engaños de la Puerta del Sol. Allí lo había aprendido y allí era preciso explotarlo. Su conocimiento del alma colectiva, del gran público de la Puerta del Sol era ya un tesoro. A pesar de las protestas de las mujeres, que no se avenían de buen grado a que sus numerosos conocimientos del café las vieran así venir a menos, una tarde don Justo y Antoñito se colgaron los tableros al cuello y salieron a la calle vendiendo el hijo pajaritos de pluma amarilla que saltaban de un dedo a otro; y el padre, un famoso dentrífico para lavarse los dientes sin necesidad de cepillo.

Éste fue su triunfo. Había encontrado su mina. Las gentes acudían a comprar aquel específico tan cómodo para la pereza nacional, y gracias al cual algunas personas se resolvían por primera vez de su vida a lavarse los dientes. Bien pronto tuvo vendedores a comisión y no tardó en recibir pedidos de las tiendas.

Esta vez don Justo labraba su fortuna sólidamente. Su conocimiento del espíritu nacional lo había salvado y sobre todo su fe y su amor a aquel centro de la Puerta del Sol que absorbió su vida toda.

Carmen de Burgos (Colombine), *Los negociantes de la Puerta del Sol*, *La Novela Corta*, n.º 195, 27 Septiembre, 1919; y Ed. Angela Ena Bordonada, *Novelas Breves de escritoras españolas 1900–1936* (Madrid, Castalia, Biblioteca de escritoras, 1990: pp. 201-259).

Índice de Ilustraciones

<i>La visita del obispo</i> , de José Gutiérrez Solana	4
<i>El garrote vil</i> , de Ramón Casas	39
<i>Paisaje de Madrid</i> , de Aureliano de Beruete	74
<i>La actriz y bailarina</i> , de Tórtola Valencia	119
<i>La corrida de toros</i> , de Mariano Fortuny	142
<i>Portada de la “Novela Corta”</i>	183
<i>Acuarela</i> , de Rafael de Penagos	239
<i>Salomé</i> , de Julio Romero de Torres	273
<i>El cruce</i> , de Ricardo Baroja	286





Índice

Prólogo por Manuel Longares.....	IX
Introducción por María José Conde	XXI
Azorín	1
<i>Diario de un enfermo</i>	<i>5</i>
Pío Baroja	29
<i>La busca.....</i>	<i>33</i>
Vicente Blasco Ibañez	65
<i>La horda</i>	<i>69</i>
Ramón Pérez de Ayala	99
<i>Troteras y Danzaderas.....</i>	<i>103</i>
Felipe Trigo.....	133
<i>El domador de demonios.....</i>	<i>137</i>
Emilio Carrere	171
<i>El misterio de la casa de los gatos.....</i>	<i>173</i>



Ramón del Valle-Inclán	197
<i>Viva mi dueño</i>	201
Enrique Jardiel Poncela	227
<i>¡Espérame en Siberia, vida mía!</i>	231
Ramón Gómez de la Serna	255
<i>La nardo</i>	257
Carmen de Burgos (Colombine)	283
<i>Los negociantes de la Puerta del Sol</i>	285
Índice de Ilustraciones	313

Este libro, Madrid en la novela, 1900-1936
se acabó de imprimir el mes de noviembre,
de 1995





